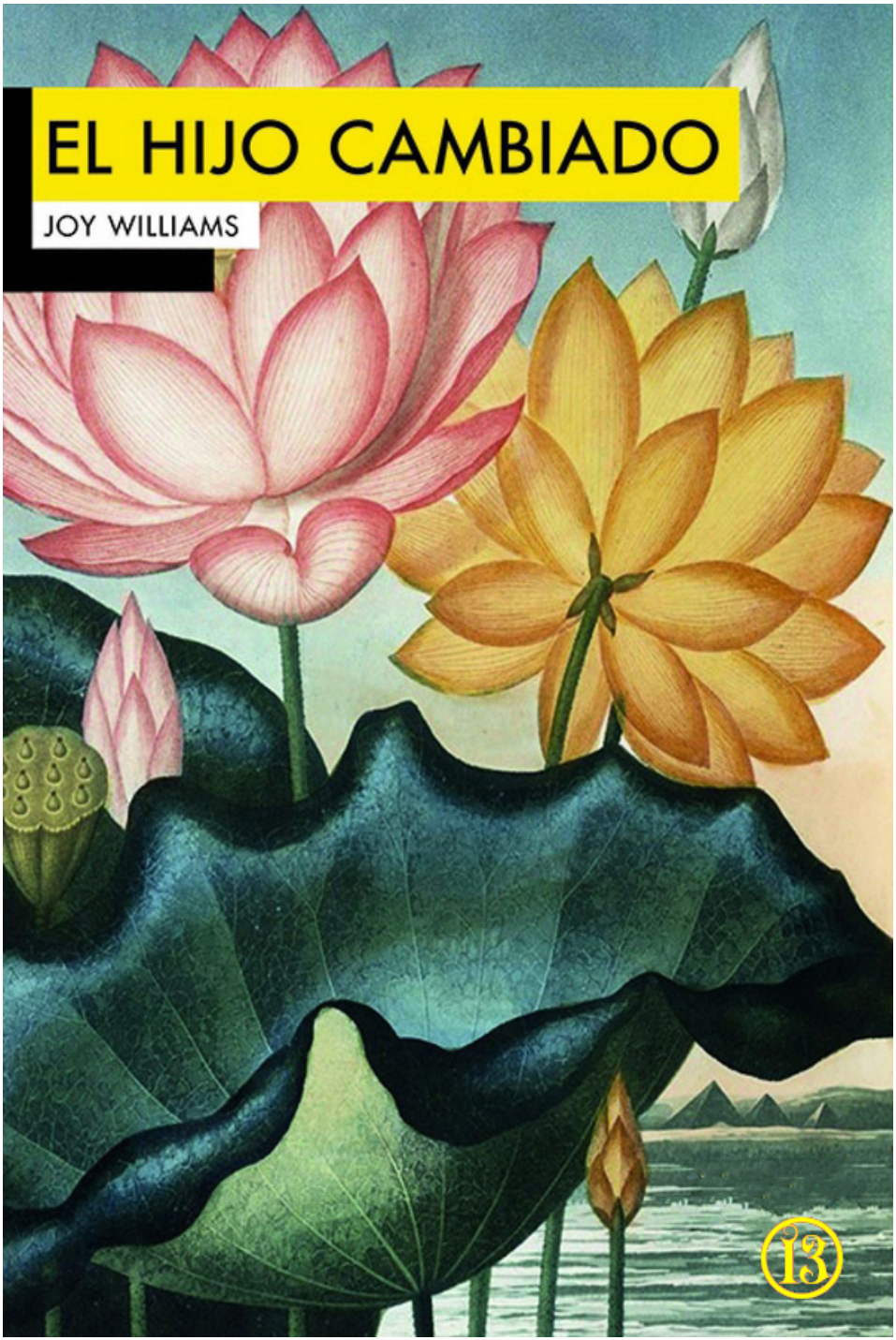
EL HIJO CAMBIADO

JOY WILLIAMS



El hijo cambiado cuenta una historia dura, como todas las de Joy Williams: la de Pearl, una joven alcohólica con un fuerte sentimiento de culpabilidad que vive en una isla rodeada de niños salvajes. Una alegoría *post*-feminista con raíces en el realismo mágico —como una mezcla de William Golding en El señor de las moscas con la manera de narrar accidental de los cuentos de Julio Cortázar— que vuelve a situarnos delante de un nuevo personaje inolvidable, y de una manera insólita de observar la vida en los márgenes de la civilización y las costumbres aceptadas por la sociedad conservadora.

Joy Williams

El hijo cambiado

Título original: *The Changeling*
Joy Williams, 1978
Traducción: David Paradela López, 2017

-

Revisión: 1.0

07/06/2023

Para Rust

PRÓLOGO

¡Segundas novelas! ¡Esos vástagos detestables! ¡Incluso cuando sus autores son los mejores y más dotados de talento! ¡Cómo sin duda es el caso de Joy Williams! Su primera novela, *Estado de gracia*, se publicó en 197a y desde el primer momento tuvo un impacto notable que le valió la candidatura al National Book Award. La prosa con que Williams debutó poseía una luminosidad asombrosa, forjada a fuerza de unos giros y revueltas tan feroces que daban la impresión de aprehender el mundo entero en todos y cada uno de sus párrafos, como si en ella se reunieran todas las percepciones posibles y todos los puntos de vista. Sus intereses eran oscuros, incluso desesperados; sus personajes, gentes afligidas; pero su romántica fe en la imaginación y en el lenguaje parecía apuntar, ya desde el principio, hacia un sólido final.

El hijo cambiado, la novela que el lector tiene entre las manos, llegó seis años más tarde. ¿Es posible que los tiempos cambiaran tan radicalmente en seis años? *El hijo cambiado*, libro en el que abundan las fascinantes imposibilidades del realismo mágico, el surrealismo del renovado interés por el folclore (*La cámara sangrienta* de Angela Carter se publicó hacia la misma época) y la premonición modernista de *Bajo el volcán*, habría sido perfectamente legible en 1973, año en que se publicaron *El arcoíris de gravedad* y *J. R.* de Gaddis. Sin embargo, los últimos años de la década de 1970, marcados por el nihilismo del punk *rock* y la banalidad de Studio 54, no eran quizá el mejor momento para comprender este nuevo reto. Para desgracia suya.

Casi cuatro décadas después, la situación es muy distinta. Felizmente. La Joy Williams que escribió los portentosos cuentos de *Taking Care, Escapes* y *Honoured Guest*, así como esa maravilla realista y ensoñada que es su última novela, *Los vivos y los muertos* (2000), nos ha enseñado, como es de rigor en los escritores más originales, cómo debemos consumir sus

gráciles arabescos. El movimiento tectónico de sus párrafos y sus narraciones ya no resulta repulsivo, si es que acaso lo fue alguna vez. Ahora es la viva imagen de la originalidad.

El hijo cambiado trata sobre todo de las venturas y desventuras de una alcohólica llamada Pearl (y aquí el eco de esa pilluela que lleva su mismo nombre en *La letra escarlata* de Hawthorne no parece fuera de lugar, pues evoca el andamiaje gótico de la novela). Pearl se emplea a fondo para escapar de las garras de su siniestra familia política en una isla del noreste de Estados Unidos, pero, tras sobrevivir a un accidente de avión, vuelve a verse atrapada en el redil familiar, del que tratará desesperadamente de huir mientras sufre el acoso de los asilvestrados chiquillos de la isla. Entre ellos se encuentra su propio hijo, Sam, que durante la confusión posterior al accidente podría, o no, haber sido cambiado por otro bebé más salvaje.

No es necesario consultar el *Motif-Index of Folk-Literature* de Stith Thompson para localizar el origen inmemorial de una historia como esta. Más aún que en sus obras posteriores, en *El hijo cambiado* resuenan las parábolas, como cuando cita a Sherezade a modo de advertencia. Sin embargo, como bien sabrán los fans de la última Williams, en la literatura contemporánea, y en algunos cuentos de hadas, los desenlaces no son difíciles de adivinar, por lo que la trama no será aquí nuestra principal brújula. Los lectores que quieran saber *qué ocurre* se verán obligados a sentarse, relajarse, etcétera. Como siempre ocurre con Williams, el libro cumple con su cometido sobre todo a través de la singularidad del lenguaje:

> La vida de Pearl nunca había escaseado en gestos, pero siempre había eludido la trascendencia. Eludía la trascendencia como el pájaro elude el cepo. Nada en la vida había preparado a Pearl para la trascendencia. Cada momento vivido enmudecía en su interior como una piedra enterrada, aislado e irrelevante, un acontecimiento sin premonición ni consecuencia. No concebía que lo que se definía como el ayer pudiera incorporarse en lo que se consideraba el mañana.

O cuando describe a Lincoln, el cuñado de Pearl:

> En tiempos había sido matemático, profesor en una pequeña universidad. Consideraba que su arte, que dependía del concepto de la nada, era acorde con su vida en general. Números puros como la

luz. Un orden en el universo. Tres el masculino, cuatro el femenino, siete los ojos de Dios. Shelly asistía a una de sus clases y la tenía por la más tonta del grupo. Entregaba sus trabajos en blanco. Apenas unos pocos manchurrones y unos rizos de pelo a título de muestra de las extensas regiones desérticas de su cerebro.

O al delinear los efectos del accidente de avión:

> Ni siquiera un bebé puede ser inmune a un momento de horror, un momento en el que las personas se metamorfosean en carne y testamento junto a un pantano hediondo.

El que los personajes de esta mascarada siniestra posean rasgos arquetípicos —pues fueron concebidos en una época en la que el simbolismo junguiano todavía no estaba tan desacreditado— no inhibe a la voz narradora, que entretanto se mueve con libertad en una no tan limitada tercera persona, una voz a un tiempo elevada y coloquial, melancólica, obscena y elegiaca, tanto en la conciencia de Pearl como por encima y más allá de esta. Cuesta leer un párrafo de *El hijo cambiado* sin tropezar con una frase que apetezca anotar o memorizar, y yo mismo podría llenar este prólogo con pasajes literariamente deliciosos. Si me abstengo de hacerlo, es por puro pragmatismo.

A cambio, unas palabras acerca del alcoholismo. (Sí, la primera frase de la novela es: «Una mujer joven estaba sentada en el bar»). A medida que la novela va sumando párrafos, vemos que el confinamiento de Pearl no se limita a esa isla de frígidos protestantes. Es también un confinamiento en los rigores de la bebida. Es posible, en mi opinión, hacer una lectura de *El hijo cambiado* en la que los hechos fabulosos son resultado del estupor provocado por los infinitos gintónics que constituyen la principal desgracia de la heroína. Sospecho que tal interpretación sería algo simplista, pero al mismo tiempo se hace difícil no creer que la fortuna de Pearl podría mejorar si la encerraran una semana en una institución donde se le impidiera seguir lastimándose.

La incomparable maestría de Williams como escritora reside en ver la verdad de tal tesitura y esperar. No juzga a Pearl. Lo que hace, por el contrario, es diseccionar el caos de su circunstancia. La presencia de los múltiples insectos, los niños con máscaras, las inexplicables muertes y la destrucción, todo forma parte de esta disección, tanto más rigurosa gracias a

la especificidad y la lucidez compensatoria de sus *palabras*.

Como suele decirse, el temple de un jugador se pone a prueba la segunda vez que sale a batear. El bateador ya ha visto el arsenal del oponente y empieza a confiarse. Tal es el aciago destino de las segundas novelas. ¡Ya sabemos qué opinión nos merece el autor! ¡Y no queremos que nos sorprenda! Pues bien, *El hijo cambiado* no es sino un libro sorprendente, una parábola y un cuento con moraleja escrito en un lenguaje tan virtuoso que debería estar escrito en tablillas. Puede que con esta edición, *El hijo cambiado* obtenga una porción más generosa del respeto del que, durante casi cuarenta años, ha sido digno merecedor.

RICK MOODY
Fishers Island, Nueva York

AGRADECIMIENTOS

Mi mayor agradecimiento para Yaddo, la Fundación Guggenheim y la Fundación Nacional para las Artes por su ayuda.

JOY WILLIAMS

Más allá de la sangre y de los huesos,
más allá del pan, más allá del vino,
más allá del fuego,
vienes volando.
[…]
Vienes volando, solo, solitario,
solo entre muertos, para siempre solo,
vienes volando sin sombra y sin nombre,
sin azúcar, sin boca, sin rosales,
vienes volando.

PABLO NERUDA

CAPÍTULO UNO

Una mujer joven estaba sentada en el bar. Se llamaba Pearl. Estaba bebiendo gintónics y tenía un bebé acunado en el interior del brazo derecho. El bebé tenía dos meses y se llamaba Sam.

El bar no estaba tan mal. A su alrededor había gente normal comiendo bastoncillos de pan salados. La dirección anunciaba que el local estaba refrigerado, y era verdad. Colgado en el centro de la ventana había un oso polar de vidrio plomado. Fuera estaba Florida. Al otro lado de la calle había un gran centro comercial de color blanco lleno de turismos de color blanco. El aire, pesado y blanco, se acumulaba formando capas visibles. Pearl podía distinguir claramente las capas. La capa de en medio era toda sueño e incomprensión y responsabilidad. En la parte superior, las cosas se movían con algo más de arrogancia y brío, pero debajo estaba el presente, siempre mudable. Era el presente, había sido el presente y siempre iba a ser el presente. Pearl nunca perdía esto de vista. Por lo común, la hacía obrar con pasividad e indecisión.

Llevaba puesto un vestido caro, aunque estaba manchado y su grosor no era acorde con el clima. No tenía equipaje, pero sí bastante dinero. Acababa de llegar del norte esa misma mañana y llevaba en el hotel algo más de una hora. Había reservado una habitación. La dirección había puesto en el cuarto una cuna para Sam. Al preguntarle su nombre, ella había dicho que se llamaba Tuna, cosa que no era cierta.

—Tuna —habían dicho en recepción—. Es un nombre muy poco común.

—Sí —había dicho Pearl—. Siempre lo he odiado.

El hotel estaba cerca del aeropuerto. Había cientos de hoteles y apartamentos cerca del aeropuerto; aun así, Pearl tenía la sensación de estar actuando de modo previsible. Nunca antes había estado en esa ciudad, pero le parecía que era una elección obvia para una fugitiva. Al día siguiente se

iría del hotel y se adentraría más en la ciudad. Quizá encontrara una pensión. La pensión tendría las persianas negras y estaría rodeada por un porche. Unas mujeres agradables y rechonchas se sentarían en el porche a comer tarta de lima. Ella se convertiría en una más. Se haría vieja.

Sentía la mirada de Walker quemándole la espalda. Walker y su mirada inteligente y silenciosa. A Pearl le tembló el estómago. Se dio la vuelta con violencia y no vio nada. El bebé se despertó con un refunfuño ahogado.

Pearl pidió otro gintónic. Por algún motivo la camarera no oyó lo que decía.

—¿Cómo? —dijo la camarera.

Pearl levantó el vaso.

—Un gintónic —repitió.

—Por supuesto —dijo la camarera.

Pearl a menudo hablaba entre murmullos y no se la entendía bien. Con frecuencia la gente creía que sus palabras insinuaban cosas que no insinuaban en absoluto. Las palabras, para ella, se emitían con una terca imprecisión. Los niños le habían dicho una vez que el sol se llamaba sol porque la verdadera palabra para referirse a él era demasiado terrible. Pearl tenía la impresión de conocer todas las palabras terribles, pero no sus sustitutos. Las sustituciones eran lo que hacía posible conversar civilizadamente. Siempre que Pearl trataba de conversar civilizadamente, le salía un galimatías. Nunca encontraba los eufemismos apropiados. La muerte, decía Walker, es un eufemismo. Pero, a fin de cuentas, los golpes en la puerta, el mensajero, el huésped esperado no siempre era la muerte, ¿o sí?

Pearl creía que sí, que probablemente, sí.

La camarera regresó con el gintónic. Era una muchacha bonita con el pelo rubio cortado a lo paje y una crucecita de plata colgada al cuello. Se inclinó ligeramente para depositar la copa. Pearl detectó un leve olor a orines de gato. Esto no es justo por mi parte, pensó Pearl con bondad. A veces en Florida las cosas olían a orines de gato. Era por la vegetación.

—¿Por qué llevas una cruz? —preguntó Pearl.

La muchacha la miró con una ligera repugnancia.

—Me gusta la forma —dijo.

El comentario se le antojó a Pearl algo grosero. Suspiró. Estaba emborrachándose. Tenía las mejillas encamadas. La camarera volvió a la barra y se quedó hablando con un joven que estaba ahí sentado. Pearl se los imaginó en un cuarto hediondo una vez cerrado el bar, embadurnándose el

cuerpo con masa de harina y comiéndosela siguiendo algún rito burgués. Pearl abrió la mano y apretó los dedos con fuerza sobre los pómulos. Se sentía culpable y molesta.

Se sentía también un poco tonta. Estaba huyendo de casa, de su marido. Había cogido a su bebé y con mucho cuidado había reservado un vuelo en secreto. Se había subido al avión y había recorrido dos mil kilómetros en tres horas. ¡La de engaños que habían sido necesarios! ¡Cuánta organización! En casa, en la isla de su marido, las personas nunca dejaban de hablarle. No podía soportarlo más. Necesitaba empezar una nueva vida.

Pearl pensaba a veces que en realidad no quería empezar una nueva vida. Lo que quería era estar muerta. Pearl presentía que los muertos llevan una existencia no muy distinta de la que han sufrido anteriormente, solo que más aburrida y menos variada y precaria. Había desarrollado esa actitud frente a la muerte después de mucho pensar, aunque ello no le reportaba ningún consuelo.

Pearl iba dando sorbos a su copa con impaciencia. Hasta hacía poco, nunca había bebido mucho. Hasta los catorce años, solo se había tomado una copa, y a lo largo de todo el año anterior se habría tomado quizá una docena. Cuando tenía catorce años, un día lluvioso de verano, ella y un muchacho pelirrojo se bebieron la mitad de una botella de ginebra en una caseta de playa destartalada. Ella llevaba un traje de baño a cuadros muy mono y un suéter. En la pared de la caseta alguien había grabado las palabras pulga loca. Tras beberse la ginebra, el muchacho pelirrojo se tendió encima de ella con toda la ropa puesta. Cuando se despertó, Pearl no estaba segura de si se había iniciado o no en la sexualidad. Se fue a casa caminando a paso ligero y se dio un baño con el agua muy caliente. No le dolía nada. Dejó que el agua caliente siguiera cayendo sobre ella. Pensaba que estaba embarazada. Cuando resultó evidente que no estaba embarazada, temió ser estéril. Hasta hacía poco había estado segura de serlo. Ahora sabía que no era estéril. Ahora tenía un bebé. Walker se lo había dado.

Miró a Sam una vez más. Parecía rudimentario pero intenso. Era un bebé. Era su bebé. Todo el mundo decía que era perfecto, y la verdad es que era un bebé estupendo. Tenía el pelo oscuro y una marca de nacimiento adorable con forma de media luna que lo hacía especial. Cuando Shelly había vuelto a la isla con su propio bebé, le había dicho a Pearl que tener un crío era como cagar una sandía. Pearl, desde luego, no habría elegido una expresión tan repulsiva, pero estaba de acuerdo en que parir era un acto en extremo antinatural. Tras tener a Sam, se había quedado ciega durante un

día y medio. La ceguera no vino acompañada de oscuridad. No, la ceguera se limitó a arrebatarle todo aquello que le resultaba familiar, la habitación que compartía con Walker, la vista del prado, las caras y siluetas de todos ellos, y lo reemplazó con unos desagradables delirios.

Imaginó que el niño había nacido muerto, que si había despertado a la vida había sido solo gracias al grito de rabia de Walker. Walker era un hombre persuasivo, asombroso y ocurrente. No cabía descartar la posibilidad de que fuera capaz de algo así.

Pearl cayó en la cuenta de que ya no estaba mirando al bebé, apoyado en su cadera, sino a la nuca de la camarera. La camarera se giró despacio hacia Pearl. Pearl levantó el brazo. La camarera la miró unos instantes y luego le dijo algo al barman. El barman agarró un vaso recién lavado y le sacudió las gotitas de agua. Cogió la botella de ginebra y escanció.

Pearl bajó la mano con la que había pedido la copa y se atusó el pelo.

Al día siguiente se lo cortaría y trataría de darle un cambio a su aspecto. Al día siguiente olvidaría el pasado y no pensaría más que en el futuro. El ayer era parte del nunca circundante. El mañana era Halloween. Lo había visto anunciado en el aeropuerto. Iban a dar una fiesta para las personas mayores. Al día siguiente, Pearl se esforzaría al máximo por relegar el gigantesco mundo físico al lugar que le correspondía.

La camarera llegó con el gintónic y lo dejó al lado del anterior, que Pearl apenas había tocado. Pearl empezó a bebérselos. La alianza de oro tintineaba contra el cristal. El anillo era parte del nunca circundante. Trató de quitárselo del dedo pero no pudo. El nunca circundante era el mundo que poseía la familia de Walker, el mundo interior que estaba abandonando, el mundo de la isla.

Fuera, el sol continuaba brillando como loco. ¿No debería haberse puesto ya? Las manos le temblaban. Sus manos eran su parte más fea. Eran cuadradas y mostraban unas arrugas prematuras. Se quedó observándolas y las vio cerrarse en torno a un peine, peinando el pelo de Walker.

Walker la encontraría. De repente lo sabía. Y si Walker no la encontraba, la encontraría Thomas, seguro.

Thomas, el hermano de su marido. Un hombre de mundo. Un hombre de extremos, de iras, de ambiciones. Él y Walker se parecían mucho. Tenían el mismo color y peso. El cabello espeso, la boca… La diferencia, evidentemente, era que Pearl veía a Walker con el corazón. En cierta ocasión, no obstante, Pearl había cometido un error vergonzoso. Había confundido a Thomas con Walker. Fue poco después de llegar a la isla, un

día al atardecer, en el rellano de delante de su cuarto. Él estaba de espaldas. De cara a la librería. «¿Vienes a la cama?», preguntó ella, tocándole el brazo. Thomas se dio la vuelta y le lanzó una mirada plana e irónica, desprovista de amor, y a continuación pasó por su lado sin decir nada. Pearl dio gracias por que hubiera pasado por alto su error, pero se fue al cuarto temblando, sudando de miedo. Cuando estuvo dentro, se sentó a mirar los objetos de la habitación, incapaz de entender su propósito o función, muy asustada, dudando de sus deseos y de sus presupuestos más básicos. Lámparas, cestos, fotografías, pequeños frascos con píldoras y fragancias.

¿Para qué eran? ¿Qué representaban las caras de las cosas? ¿Qué se suponía que debía reconocer en ellas?

Más tarde, esa misma noche, cuando se abrió la puerta del cuarto, Pearl cerró los ojos con fuerza.

Dijo:

—Walker, antes he visto a Thomas en el pasillo y he pensado que eras tú.

La silueta se aproximó y se quedó de pie a su lado. Pearl levantó la mano y le tocó la suave piel del pecho.

La voz de Walker dijo:

—La diferencia entre Thomas y yo es que él no necesita a las mujeres.

La observación de Walker no logró tranquilizar a Pearl en relación al reconocimiento de sus deseos. No quería que ninguno de ellos la necesitara. En la isla había una docena de niños, más o menos, y cinco adultos. Thomas, Walker, Miriam y Shelly eran familia. Lincoln era el marido de Shelly. Había sido profesor suyo en la universidad. Tal y como ellos lo contaban, parecía como si Shelly lo hubiera raptado.

Pearl suponía que también ella había sido raptada. Desde luego la familia hacía las cosas de un modo bien poco ortodoxo. El bebé de Shelly era solo unos días mayor que Sam. Lo habían llamado Tracker, nombre que a Pearl se le antojaba bastante absurdo, aunque suponía que se lo habrían puesto a modo de estrambótica referencia a Walker. Shelly se había ido a la universidad y había vuelto con un marido y un niño. Lincoln era un pedante que se reía convulsivamente por la nariz cada vez que creía haber aportado un comentario agudo a la conversación. Las verdaderas preferencias de Lincoln eran inciertas, pero sin duda era un adulto. Pearl nunca estaba segura de si ella debía contarse entre los niños o entre los adultos. Entre los indios o los vaqueros. ¿Eso no era un juego?

Pearl dio un sorbo a la ginebra.

Se pasaba la mayor parte del tiempo con los niños. Ellos siempre la buscaban y le hablaban de manera estrafalaria. Pearl estaba convencida de que si bebía, era por ellos. Pero daba igual. Solo eran niños. En realidad les tenía cariño. Lo que la había empujado a huir, lo que le había hecho sentir que no podía soportar ni un día más en la isla, era Thomas.

Pearl no quería que el pequeño Sam cayera bajo el influjo de un hombre capaz de tronchar la mente de un niño como si fuera una rama. Culpaba a Thomas de lo que le había ocurrido a Johnny. A nadie más parecía habérsele ocurrido que Thomas tuviera la culpa, pero para Pearl estaba clarísimo. Johnny era un niño sensible, y Thomas había sido excesivamente duro con él. Thomas pensaba que Johnny era brillante y estaba decidido a que lo fuera aún más. A Johnny le gustaban los melocotones, hacer cohetes con botellas y sentarse en uno de los taburetes de la cocina para ayudar a su madre, Miriam, a hacer pasteles. Había sido un niño bueno, melancólico e impresionable, pero de necesidades sencillas. No había podido soportar el peso de toda aquella basura que Thomas le metía en la cabeza.

Johnny tenía seis años, pero la última vez que Pearl entró en su cuarto y miró hacia la cama, lo que vio no fue un niño de seis años, sino un bulto blancuzco que semejaba una masa fermentada con cara de centésimo día de gestación.

La última vez que Pearl entró en su cuarto, vio hormigas. Un centenar de hormigas en metódica procesión. Miriam también las vio. Miriam dijo que no había por qué alarmarse. ¿Acaso cuando Midas era niño las hormigas no había acudido a él y llenado su boca con granos de trigo? ¿Acaso Platón, en su infancia, no había recibido la visita de los insectos, que se habían posado en sus labios para conferirle su elocuencia? Pearl se puso a sudar. Pearl no sabía qué decir.

Johnny había empezado a morir, o a sufrir algo análogo a la muerte, hacía dos meses, en agosto. Agosto era el mes en que había nacido Sam. Agosto era también el mes de la fiesta de cumpleaños. Los niños siempre celebraban sus cumpleaños de manera colectiva. Durante la fiesta de cumpleaños, Johnny había dicho que se sentía habitado. Habitado por cientos de cosas. En su cuerpo había células y todas eran más fuertes que él. No podía mantenerlas en orden. No podía contentarlas. A media fiesta, Johnny se había ido a la cama y desde entonces no había vuelto a levantarse. Yacía con la cara en la almohada, su pobre cuerpecillo parecía un cementerio en el que hubieran sido sepultados los difuntos de varias generaciones familiares.

Tenía unos ojos hermosos. Antes de que aquellas ideas se le metieran en la cabeza, había sido un niño muy normal, de los que se atiborran de conejitos de chocolate cuando es la época del año, de los que aprenden a navegar y a pintar acuarelas y demás, y todo con esos ojos hermosos y dominantes de un exuberante color violeta como ciertas profundidades marinas.

Ya enfermo, decía que podía ver cómo la sangre circulaba por las venas de las cosas. Decía que se creía capaz de hacer que las aves y las mariposas y los animales de los libros ilustrados cobraran vida, que salieran de los libros dejando un agujero tras de sí. Decía que estaba seguro de poder hacerlo, solo que le daba miedo.

El muchacho estaba sobreestimulado. Había empezado a leer a los cuatro años. *Todos* leían desde los cuatro años. Le preocupaban la energía nuclear y los volcanes y la sordera de Beethoven. Le preocupaban las personas que escribían a Miriam para contarle las cosas terribles que les habían ocurrido. Thomas le fomentaba esas preocupaciones porque creía que afinaban el intelecto. Thomas le decía a Johnny que podía lograr cualquier cosa con solo proponérselo. ¿Acaso Uri Geller no era capaz de desplegar una rosa cerrada con la mera fuerza de su pensamiento? ¿Acaso Jesús no secó una higuera con la mera fuerza de su enfado? Pues bien, ahora Johnny se había propuesto algo análogo a la muerte y Thomas estaba ocupado destruyendo las mentes de otros niños. Miriam tenía unos gemelos de cuatro meses, Ashbel y Franny, y probablemente Thomas estuviera ocupándose de ellos en ese preciso instante. A Thomas le encantaban los niños. A menudo tomaba en brazos a los gemelos y les hablaba en francés, en latín. Les hablaba de Utrillo, de caballeros andantes, de brújulas. A Thomas le encantaban los niños. Le encantaban cuando eran pequeños. Cuando alcanzaban la pubertad, los mandaba a un internado y se olvidaba de ellos.

En el bar, Pearl inspiró una bocanada de aire, como saboreando la libertad, y tosió suavemente. Introdujo un dedo en el puñito de Sam. Le gustaba su bebé. Estaba contenta de estar con él, los dos solos. Estaba contenta de saber que ninguno de los dos tendría que volver a ver nunca a Thomas. No obstante, pensaba que quizá con el tiempo el bebé acabaría echando de menos a sus primos. Y a su padre. Lo que es Pearl no iba a echar mucho de menos a Walker. Es cierto que en su día Pearl había visto a Walker con el corazón, pero eso ya no era así. Pearl no conocía demasiado bien a Walker, y ese era el motivo por el cual siempre se había esforzado

por verlo con el corazón. Walker rara vez estaba en la isla. No sabía a qué se dedicaba. Se imaginaba que tal vez lo único que hacía era llevarse mujeres a comer para después acostarse con ellas. Durante los meses del embarazo, a menudo deseó que se hubiera contentado con hacer eso mismo con ella, en vez llevarla con su familia y tomarla por esposa.

Parecía innecesario.

De esa manera también podría haberle dado un bebé, pero no la habría obligado a pasar un año de soledad en la isla, donde, por lo visto, ella era la única con algo de sentido común.

Quería que Sam fuera un niño tranquilo y normal. No lo dejaría jugar a cosas de dudoso gusto. Se lo compraría todo en una tienda, con algún tipo de garantía. Cuando se enfermara, llamaría a un médico.

Thomas no llamó al médico ni siquiera cuando Johnny llegó a los ocho kilos. Hizo llamar a un psiquiatra. Pearl pensó que aquello era como recurrir a un sacerdote vudú. El psiquiatra se presentó en la isla con un chándal de terciopelo y se pasó un buen rato hablando sobre el amor, la furia y el triunfo del aborrecible fracaso. El psiquiatra sugirió que Johnny era un muchacho obstinado, furibundo e incluso peligroso.

Miriam se echó a llorar. Todos sabían que Johnny era obstinado. Siempre conseguía todo lo que quería, generalmente por medio del reclamo de sus ojos hermosos e insistentes. Pero eso no parecía tan grave. No hacía ningún mal a nadie. En cuanto a la idea de que Johnny era un niño furibundo y cruel, ¿cómo era posible que alguien, sobre todo Miriam, lo creyera? Miriam solo podía recordarlo como el niño que se quedaba dormido sobre su lecho blanco después de un día al sol, desprendiendo un olor maravilloso y con pequeñas conchas marinas pegadas a las nalgas.

Una lágrima asomó a los ojos de Pearl al pensar en el llanto de Miriam. Pobre Miriam. Podía verla sentada junto a la cama de Johnny, tratando de hablarle, tratando de rescatarlo, de alejarlo de su oscura senda.

Pobre Miriam. A Pearl le decía que cuando se sentaba en el cuarto de Johnny veía todas las confusiones que poblaban la cabeza del pobre crío. Olí a sexo y a muerte y comida, decía Miriam. El ruido de los cuerpos al aparearse y pelear era formidable. El tumulto de una construcción barroca. Gritos y fricciones, risitas y lamentos. Los niños y los animales fabulosos. Los ancianos. En la habitación de Johnny reinaba la penumbra, pero las personas que poblaban su cabeza eran nubes hermosas y radiantes trazadas con suaves líneas doradas. La oscuridad, decía Miriam, no envolvía más que la senda. La senda del niño. Oscura.

Pearl se llevó un bastoncillo de pan a la boca. Sabía como si estuviera mascando la servilleta. Miriam preparaba unos bastoncillos maravillosos. Puede que Pearl nunca volviera a comer bastoncillos decentes. Miriam era la mejor cocinera que Pearl hubiera conocido. Le encantaba hornear y amasar. Todos sabían que, de no ser por ella, los niños no habrían comido más que madreselvas y bayas. Le encantaba cocinar. Nunca se cansaba. Recolectar, seleccionar. Deshuesar, cortar, rallar. La única vez que cometió un error en la cocina fue el día que su marido, Les, la abandonó, una semana antes de nacieran los gemelos. Echó azúcar en lugar de sal en la bechamel.

Les era un desastre. Era el jardinero. Lo conocieron cuando la familia estaba de vacaciones en la isla Sea, en Georgia, cuando Thomas todavía no había decidido que era mejor no hacer vacaciones. Les era un bobalicón al borde del retraso dotado de una cara grande y hermosa y un apetito enorme. Miriam nunca le prestó mucha atención. Estaba demasiado ocupada cosiendo, cocinando, comprando. ¡Cómo le gustaba comprar a Miriam! Entraba en los supermercados apretando los dientes de felicidad. A Pearl nunca se le habían dado muy bien los supermercados. Veía a Miriam como a un conquistador victorioso que penetra en territorio hostil, siempre capaz de encontrar la endibia perfecta, el melocotón sin mácula, el queso más delicioso… En cierta ocasión, Miriam le confesó a Pearl que se alegraba de que Les se hubiera ido. Miriam le dijo a Pearl que tenía un aparato brillante y reluciente como una zanahoria.

Pearl observó los anillos de humedad que su vaso había dejado sobre la mesita del bar. Se recolocó a Sam en los brazos. En la formica había una grieta con pelos. Pearl la tapó con una servilleta. En la servilleta había animales que bebían y jugaban al póquer. Pearl tapó la servilleta con la mano.

En la pared del cuarto de Johnny había una lámina que le había regalado Thomas. Era una cara hecha con cabezas y partes de animales. Arcimboldo. A los niños les parecía tremendamente ingeniosa. Envidiaban a Johnny por tenerla. Johnny adoraba a Thomas por habérsela regalado. A Pearl nunca le pareció muy ingeniosa. La encontraba repulsiva. Una lámina arrancada de un libro de arte. Astas, orejas, colmillos, ancas, colas, dientes… formando la cara de un hombre. La nariz bulbosa del hombre, las ancas de un conejo; su pelo, una maraña de linces y caballos; sus ojos, la boca abierta de un lobo. No era de extrañar que Johnny tuviera pesadillas si esa cosa despreciable era lo último que veía antes de dormirse por las

noches. La nuez de la cabeza, los testículos de un toro… Bueno, eso sí era bastante ingenioso, pensaba Pearl.

Pobre Johnny. Pearl no acertaba a recordar su aspecto. A veces su memoria no era nada buena. Pearl habría sido la primera en admitir que su mente era como un estanque poco profundo en cuyo fondo reposaban unas hojas grandes que iban ablandándose despacio. ¿O quizá eso era lo que Thomas le había dicho alguna vez? Qué grosería.

En realidad, recordaba lo suficiente. Más de lo que le habría gustado. Recordaba la postura del psiquiatra, de pie en el salón, mientras Miriam se retorcía las manos. Decía: «Su niño tiene miedo a cobrar vida y realidad porque teme que, al hacerlo, el riesgo de aniquilación se potencie de inmediato».

Recordaba cuando Miriam le confió que un día había azotado a Johnny. Lo azotó sin convicción porque le producía una sensación extraña, y entonces paró y, al instante casi, empezó a acunarlo. Los pálidos huesos del niño flotaban bajo sus manos ansiosas. Lo meció en sus brazos y hundió la cara en su pelo cálido y enmarañado. Le parecía que todo iba mal. Lo peinó con su propio cepillo de pelo, con la esperanza de que al hacerlo se ordenaran sus pensamientos. Colocó una campanilla de cobre sobre la mesilla de noche para que, si quería, si cambiaba de idea, pudiera llamarla. Pearl recordaba la voz desesperanzada de Miriam saliendo desde el cuarto del niño:

—Ahora mamá se va, pero por la mañana te haré tostadas. Podrás izar la bandera. Podrás ir a buscar almejas con los chicos…

Miriam no volvería a ver nunca las pequeñas conchas marinas en las nalgas de Johnny. Nunca volvería a ser como había sido. Nunca, nunca, nunca. Uno no puede mantener las cosas como son. Las cosas se van. Cambian. Nunca ha habido excepción a esta regla. Jamás se ha visto ni un atisbo de piedad.

Ah, volver a los días en que las estrellas hablaban en la boca de las cavernas…

Regresar a los tiempos en que la oscuridad nos impedía saber cómo habíamos perdido nuestro antiguo yo…

Pearl comenzaba a sentir náuseas. En el avión había ganado una botella de champán por ser la pasajera que, en un concurso a la altura de Richmond, había estado más cerca de adivinar la edad conjunta de la tripulación del vuelo, un número que ahora no era capaz de recordar. Se había bebido el champán ella sola.

Las copas aquí no eran tan buenas como las que ella se preparaba en la isla. Sería por el azufre de los cubitos o algo así.

Una mujer bien vestida con un aliento espantoso se acercó a su mesa y se inclinó sobre Sam. Agitó un bastoncito de cóctel delante de su cara. Le parecía un niño maravilloso.

—¿De qué es esta cosita? —le preguntó a Pearl—. ¿De chocolate o de vainilla?

Pearl, con cara de pasmo, miró a Sam y luego a la mujer.

—Es una vieja expresión rural —dijo la mujer—. Quiere decir si es niño niña.

—Oh —dijo Pearl.

Qué amable es la gente de por aquí, pensó. Sam dio un brinco sobre su regazo. Pearl cerró los ojos y apuró la copa.

Cuando volvió a abrirlos, la mujer se había ido. Al otro lado del local, detrás de una falange de botellas, había un espejo. En él, Pearl no presentaba muy buen aspecto. En el espejo se veía a una pareja sentada a su lado con un pequeño aligátor entre ellos, sobre la mesa. Cuando Pearl se volvió para mirar la mesa, vio que era verdad. El aligátor era del tamaño de los que pueden encontrarse, muertos, en las tiendas de regalos, al lado de las gelatinas de kumquat. Ese estaba bien vivo. Sus piecitos hacían un suave frufrú, como las hojas.

—Eres de lo que no hay, Earl —decía la mujer.

—¿Sabías que tiene un badajo tan grande como el resto del cuerpo? —dijo Earl—. Una cosa grande de cojones.

Con un gesto decidido, Pearl anotó su número de habitación en la cuenta. Se levantó y se fue hacia la puerta del bar. Sentía las piernas como si se las hubieran envuelto entre colchones.

El barman interrumpió sus cautelosos pasos.

—Señora —dijo—. Hay una llamada para usted.

Sin sorpresa, Pearl cogió el teléfono y, tras cambiarse a Sam de brazo, se colocó el auricular en el oído.

Nada. Un canto apagado. Como esas canciones infantiles sin sentido. O quizá se debiera a algún problema en su oído interno.

Colgó el auricular y salió al vestíbulo. Tomó el ascensor hasta la quina planta. Recorrió un pasillo largo. Había una camarera que empujaba un carrito y recogía las bandejas de la cena que los clientes habían dejado delante de la puerta. De la boca de la camarera sobresalía un trozo de queso.

Pearl forcejeó un instante con la cerradura de la habitación y finalmente

abrió la puerta. La habitación era fresca y angosta. Alguien había instalado una cuna con ruedas. Había una cuna, una cama y una silla.

Walker estaba sentado en la silla, de cara a ella.

—Hola —dijo. Se levantó y le tocó la cara con los dedos—. Cariño —dijo.

CAPÍTULO DOS

La primera vez que Pearl vio a Walker fue mientras estaba robando en unos grandes almacenes. Walker la había visto en el acto de delinquir y se la había llevado con él. Así era como habían ido las cosas un año atrás. Pese a que intentaba recordar haberlo conocido en circunstancias más respetables, era incapaz, porque era así como había ocurrido.

Pearl guardaba apretujados en el bolso artículos por valor de varios cientos de dólares. Llevaba rato subiendo y bajando las escaleras mecánicas, un muchacha guapa y aburrida, con pequitas. Una muchacha deliciosa con un vestido estampado de cuello redondo. En ese momento, llevaba seis días casada con un joven llamado Gene Jones. El bolso contenía mermeladas caras y joyas, suéteres y libros y una cafetera exprés. Ella no sabía hacer café expreso y a Gene no le gustaba el café. Le hacía ir al baño, y a Gene no le gustaba el baño porque Pearl no lo tenía muy limpio. Gene solo bebía jugo de manzana. Era un joven sensato, decidido a ganarse un puesto en la junta escolar en las próximas elecciones para, desde ahí, lanzarse a la política. Por aquel entonces no era más que un profesor de gimnasia, pero pronto sería delegado estatal. Solo era cuestión de tiempo. Sin embargo, en el momento de casarse no era más que un profesor de gimnasia y tenía el cuerpo terso de tanto ducharse. Siempre tenía el pelo húmedo. Mascaba chicles sin azúcar y era capaz de encoger la barriga de tal modo que la separación entre el ombligo y el coxis era de apenas dos dedos. Cuando se acostaba con ella, su rutina y su tempo eran los de un gimnasta. Se movía como si lo estuvieran cronometrando. Hacían el amor cuatro o cinco veces al día, y cada vez se las arreglaba para emplear todas las posturas que conocía. El ritmo de sus relaciones sexuales hacía que Pearl se sintiera sana y serena. No obstante, el carácter poco sutil de sus relaciones no tardó en alcanzar un tedioso equilibrio entre lo pueril y lo depravado. Cuando no estaba en la cama con Gene dedicándole sus refinadas y estudiadas ofrendas, no sentía gran cosa

por él. Vivían en una pequeña casa en un callejón arenoso. Fuera había ratas y pájaros. Había una rata muy lenta y enferma que se había pasado los seis días que ella y Gene llevaban casados merodeando fuera de la casa. Pearl le gritaba a través de la puerta. Aparecía todas las mañanas hacia la misma hora y caminaba miserablemente de un lado para otro entre la hierba baja. En realidad no era una rata desagradable a la vista, es decir, que no tenía ni llagas ni claros en el pelo. La verdad es que tampoco le prestaba mucha atención. La compadecía por el incierto y truculento fin que la aguardaba.

La casa venía amueblada. La propietaria pasaba por ahí todos los días a charlar con Pearl. Le hablaba de su marido. Su marido se llamaba Arthur y tenía cincuenta y cinco años. «La edad a la que la mayoría de hombres empiezan a apagarse —le decía a Pearl la mujer—. Pero Arthur está cada día más fuerte». La mujer le contó a Pearl que su marido se excitaba sobre todo después de fumigar la parcela. «Me di cuenta el año pasado —dijo—. Teníamos hormigas y cucarachas y, justo después de fumigar, Arthur empezaba a buscarme. Se apasionaba tanto que le daba igual que yo estuviera limpiando o incluso cocinando. El año pasado fue terrible, pero este año es peor. A veces, los fines de semana, fumiga dos y hasta tres veces al día. Me está dejando hecha polvo». Pearl sentía lástima por la propietaria. «Estoy tan cansada», le decía la mujer.

Gene y Pearl no tenían nada que fuera suyo, salvo el televisor. Gene siempre decía que la luz del televisor era estupenda para follar. Pearl trataba de imaginarse comprando montones de cosas y siendo dueña de montones de pertenencias, aunque no sabía muy bien en qué podían consistir tales pertenencias. Nunca había coleccionado nada, ni siquiera de niña. Comprar y tener cosas parecía una manera de conocerse a uno mismo. Uno era un agregado de intereses y de deseos. Las personas obtenían energía y solaz del hecho de querer cosas y obtenerlas. Pearl quería energía y solaz. Le daba la sensación de que interesándose y dominando algún tema exótico, como el *hockey* o los tiburones, se habría sentido más satisfecha. No podía estar follando todo el tiempo. Pronto tendría que ocurrir algo más. Pearl no tenía la impresión de ser una persona real. Le parecía estar engañando a Gene de un modo horrible.

El quinto día de su matrimonio cayó en domingo y se pasaron el día en la cama. Pearl se había puesto unas cuantas almohadas detrás de la espalda y observaba los hombros sudados y temblorosos de Gene. Tenía la impresión de que la imaginación no es tan buena como dicen por ahí. Tenía la impresión de que innovar era imposible, pues ¿no está ahí siempre el

ambiguo recuerdo de cualquier acto? Le palmeó el hombro para reconfortarlo. A fin de cuentas, él era como todos. Lo hacía lo mejor posible. No podía dejar de palmearle el hombro. Finalmente, Gene paró y se dio la vuelta. Pearl se fue a la cocina y puso agua a hervir para hacer té. Tenía veinte años y no conocía a nadie. Sus padres estaban muertos. Su único pariente era una tía anciana que llevaba dos años viviendo en el Hotel Aldea Polinesia de Arizona. Le había escrito a Pearl diciendo que era caro, pero que estaba encantada. Delante de su ventana había un seto podado con la forma del dios polinesio de la felicidad. El lugar estaba muy bien organizado y más lleno de cosas que la vida. Su tía le mandaba recetas.

«Oh», dijo Pearl en voz alta. No quería más recetas. Volvió al dormitorio y se pasó un buen rato contemplando a Gene. Dormía bajo la luz blanca del Magnabox. ¿Era posible que la televisión provocara cáncer?

«Ohhh», dijo otra vez, con un sonido más parecido al sonido del amor que ninguno que jamás hubiera proferido. Parecía tan sustancial, ahí tendido. ¿Es que aquello no iba a acabarse nunca? Sentía una soledad fantasmagórica. Los setos que había delante de su ventana tenían forma de setos muertos. Debió de ser una mujer la que, allá por el principio de los tiempos, decidió que la muerte debía ser parte de la vida. A un hombre nunca se le habría ocurrido. Las mujeres eligen la muerte para poder lamentarse eternamente.

Gene le lanzó una mirada perdida. «Amor mío», dijo con una voz pastosa, y volvió a quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Pearl decidió ir a los grandes almacenes. Quería hacer algo que no hubiera hecho nunca y descubrir con ello algo acerca de sí misma. Sentía que su verdadero yo caminaba fraternalmente a su lado, tomándola de la mano aunque sin darle más pistas. Lo primero que robó fue el bolso. Dejó su bolso de plástico de color azul marino en el suelo y lo metió bajo un mostrador con el pie. En el bolso llevaba el permiso de conducir y una caja de seis minidónuts de azúcar que había comprado esa mañana en la máquina de una gasolinera. También llevaba el monedero con diez dólares dentro. Sacó el dinero y lo guardó en su nuevo bolso. Mientras caminaba por los pasillos, arrancó las etiquetas del bolso con el pulgar y las tiró al suelo. Nadie le tocó el hombro. Nadie le dijo que lo acompañara. Fue por los distintos pisos cogiendo cosas. ¡Qué fácil era tener cosas! Se sentía un poco mejor.

Era casi la hora de comer cuando conoció a Walker. Estaba tratando de decidir si subir arriba del todo de los grandes almacenes, donde estaba el

restaurante giratorio, y pedir un té helado y una ensalada. Eso era lo que hacían las mujeres, ¿no? Mientras trataba de decidirse, agarró unas pulseras de un mostrador y se las puso en la muñeca.

Walker le dijo:

—Te van a pillar. Yo te he pillado.

Pearl se quedó muy quieta. Sintió un calor en el espinazo, que le ardía a través del vestido. Era como si alguien le hubiera prendido fuego con un fósforo. Pearl se quedó muy quieta, pero sintió que la cabeza le daba vueltas desenfrenadamente. Una vez, con el televisor en silencio, había visto cómo un jugador de béisbol recibía un pelotazo. Su cabeza fracturada empezó a girar de manera delirante, adoptando toda suerte de posturas imposibles. Parecía que lo estuviera haciendo a conciencia, poniendo en ello todo su empeño. Su cabeza estaba compensando los años de inmovilidad que tenía por delante.

Pearl se llevó la mano a la cabeza despacio. La tenía quieta. El miedo que sentía no tenía nada que ver con que la arrestaran por hurto. Eso solo sería vergonzoso y ya. Se sentiría como una tonta. Le tomarían las huellas; la meterían en el calabozo y le darían un bocadillo; luego se lo notificarían a Gene y él iría a recogerla y sentiría también una terrible vergüenza. Pagaría cierta cantidad para que la dejaran libre. Subirían juntos al coche y se irían a casa. Él le tocaría la mano y no volvería a mencionar nunca el incidente.

Todo eso no tenía nada que ver con la ansiedad que sintió Pearl al oír el sonido de la voz de Walker. Todo eso solo concernía a las reglas de un mundo benigno y banal del que acababa de caerse. Lo otro, el miedo, el perderse a su lado, carecía de nombre y era absoluto.

Se volvió hacia el hombre que estaba de pie a su lado. Tenía el pelo y los ojos oscuros. Una piel suave, prodigiosa. Sus manos estaban posadas sobre el hombro de ella. Era un hombre corpulento. Incluso su pelo parecía pesado. Sabía que no iba a arrestarla. Su autoridad no tenía nada que ver con la ley. Las manos que posaba sobre ella eran manos de cazador, amonestadoras. Se sentía tensada, estirada, terriblemente expuesta.

—Vamos —dijo—. Ven conmigo.

Al instante se sintió como si la estuviera vaciando, como si él absorbiera pequeñas partes de ella y las anulara, como si cerrara las pequeñas vías de escape de su mente. Jesús se había ido. Las puertas seguían cerrándose en su mente. Pearl no quería interferir. Ventanas cerradas. Su corazón era un ocaso. Pearl no era nada, estaba en un campo, unos niños correteaban por su corazón. Con ese hombre era una nada, un deslugar. Por su cabeza se

arrastraba un pensamiento extraño. Había una vez cuatro animales que sostenían el mundo en el cielo. Entonces a uno lo mataron. Aquello jamás podía redimirse. Jamás podía expiarse. Pearl se sintió muy sola y triste. El animal murió. Las cosas nunca podían salir bien. Pearl nunca se había sentido tan sola ni tan llena de añoranza.

Dejó el bolso que no era suyo en el suelo. Y luego siguió al hombre que era Walker. Cruzaron los almacenes y salieron a la calle. Estaban en su coche, abandonando la ciudad. Mientras conducían, él la interrogó educadamente acerca de su pasado, sus amistades y sus planes. Pearl oyó como su voz respondía y envolvía su vida para ofrecérsela a él. Su vida tenía un principio y un final. Él escuchaba con atención. Entre los dos la liquidaron, ella hablando, él escuchando. Era lo primero que hacían juntos.

Paró en un motel de la carretera, uno de una gran cadena muy conocida. Ella, por supuesto, sabía que iba a hacerlo, y le pareció que de algún modo eso, esa suposición, ese conocimiento, jugaba a su favor. Así empieza todo. El hecho de poseer esa comprensión tan impotente formaba parte del flujo hereditario de las mujeres. Una herida que se abría una y otra vez. Una herida que nunca era fatal. Se sentía mejor. La cosa no tenía más, ni siquiera con ese hombre. No estaba perdida, pero tampoco la habían encontrado. No estaba haciendo nada especialmente anormal. Se encontraba en un motel eficazmente dirigido. En la piscina habría niños con burbujas de poliestireno en la espalda. En la taza del retrete habría un anillo de papel como prueba de que la habían limpiado. En la pared de la ducha habría un asa pegada con cemento. No habría peligro alguno.

Pearl entró en el vestíbulo con Walker y él se registró.

—¿Qué quieres beber? —preguntó mientras rellenaba el formulario—. Thomas. Señor Walker Thomas y señora.

—No sé —dijo ella. No sabía nada de bebidas. No había tomado alcohol desde aquel día con el muchacho pelirrojo en la caseta de playa.

La mano de Walker sobre su cuello era suave. Su forma de tocarla era dulce, despiadada, y Pearl sintió de nuevo el miedo de la nada, la extinción de la luz. No quería ser la responsable de mantener encendida su luz interior. Se dejó caer ligeramente sobre él, pero enseguida volvió a enderezarse.

Walker la condujo fuera del vestíbulo y se la llevó al bar contiguo. Dentro solo había una camarera y una pareja obesa que tomaba Coca-Cola.

—Los niños una maravilla —decía el hombre—. El nuestro de cuatro años, ¡las cosas que dice! El otro día no quería irse a dormir, ¿sabes? Se

hacía el remolón y decía que le daba miedo la oscuridad, y su madre va y le dice: «No tengas miedo de la oscuridad. Dios está en el cuarto contigo», y él va y le contesta: «Ya sé que Dios está aquí, pero quiero a alguien que tenga piel».

La mujer se echó a reír. Era rechoncha y rubia y olía a bizcocho fermentando.

—Qué chico —decía la camarera.

Pearl extendió la mano y se sujetó a la barra. Le parecía la historia más horrible que hubiera oído en la vida.

Walker compró una botella de *bourbon* y, tras salir del bar, caminaron por un sendero de hormigón hasta la última habitación del complejo. En el césped que flanqueaba el sendero había varios montículos de excrementos de mascota.

Walker abrió la puerta. La habitación era fría y oscura. Ella empezó a desvestirse inmediatamente. Walker se sentó en la cama y se fumó un cigarrillo. Ella sabía que eso iba a ocurrir, que él iba a sentarse en la cama a fumar mientras la miraba. Pearl tenía sucias las plantas de los pies. Era de ir siempre con sandalias. Frotó los pies descalzos con torpeza sobre la moqueta.

—Me estoy poniendo gorda —dijo. En verdad estaba delgada. Pero ella sabía que iba a decir eso.

Walker no decía nada. Tenía los ojos entornados, secretos. Parecían no tener blanco, en la penumbra de la habitación. Se puso dos almohadas detrás de la cabeza y se tendió cuan largo era sobre la cama. Ella se echó a su lado. Esa manera suya de estar tendido junto a ella, tan pesada, tan poderosa, la excitaba. Su cuerpo era incapaz de aceptar esa fuerza, esa quietud. Lo acarició. La tela de su traje era cara. Ella estaba sudando, ardiendo de castidad a su lado. No podía mirarlo a la cara. Empezó a desnudarlo a hurtadillas, como una ladrona sexual. Como una criminal detenida y sentenciada. Él la detuvo.

—Espera —dijo—. No pasa nada. Cuéntame algo, lo que sea. Empieza por dónde quieras.

Pearl recuperó la compostura de nuevo, aunque con menos éxito que antes. Sacudió la cabeza aburrida. Se incorporó. Tenía veinte años, sus pezones eran como los brotes duros y prietos de un árbol nuevo. Estaba casada pero ahora parece que no lo está. No lleva la billetera. No lleva ninguna identificación.

—Una vez tuve un perro —dijo—. Mi padre le pegó un tiro. Mi madre

y mi padre me dijeron que el perro había atacado a una niña, una niña pequeña, y que le había desgarrado el brazo, y que mi padre tenía que matarlo.

Pearl miró a Walker. Era un perro muy bueno. Un pastor negro con las patas de color coñac. Nunca lo había visto morder a ninguna niña.

—Nunca aprendí a remar. Nunca aprendí a ponerme las gafas de sol encima de la cabeza como las otras niñas.

Walker no decía nada.

—Nunca aprendí a masturbarme —dijo Pearl—. La verdad es que no aprendí muchas cosas, pero nunca he entendido por qué no aprendí a masturbarme.

—Estabas sola. No podías imaginarte a tu amante.

—Se me hinchaba el estómago. Me ponía rígida. Lo hacía con cuidado, poco a poco…

—¿Y nada?

—Al poco rato sentía vergüenza.

—No podías imaginarte a tu amante. Pero ahora yo soy tu amante.

—Sí —dijo ella.

La habitación estaba muy oscura, aquella primera habitación con Walker. Fuera, era de noche. El aire acondicionado anulaba cualquier sonido que pudiera llegar desde fuera. Desde que habían entrado en la habitación, él no la había tocado. Seguía de cara hacia ella. Pearl estaba quieta. Pero era como si ese hombre, al fin, hubiera puesto su vida en marcha.

—¿Qué hacías en los almacenes? —preguntó Pearl—. ¿Qué hago aquí contigo? No tenía por qué seguirte. No debería estar contigo.

Se preguntó si la mataría y si su nombre saldría en los periódicos, como el de su padre cuando se mató.

—Eres como un hermoso trocito de cristal en la playa, un trocito de madera a la deriva. Algo que quiere que lo encuentren, algo que quiere que alguien descubra su personalidad. La marea te ha arrastrado. Y yo te he recogido. —Tenía una voz suave, veteada de sol en la oscuridad como los flancos de un animal en movimiento—. Puedes pensarlo así, si quieres.

—No voy a pensar nada —dijo ella. Estaba muy cansada. Se durmió. Cuando se despertó estaba tendida boca abajo. Sentía como si hubiera algo respirándole encima. No era su aliento. Ella era el aliento, arremolinado entre mandíbulas carnosas. Estiró el brazo hacia atrás y agarró la cabellera espesa de su cabeza, seca y fragante. Se contorsionó con él en la oscuridad,

sin protestar. Comenzó a gemir. Era como cantar. No podía detenerse. Él se alzó y le dio la vuelta para ponerse encima de ella. Era tan ligera, solo una pluma, solo un hueso. Se abatió de nuevo sobre ella. Sus pechos se introdujeron en su boca. Él era un árbol; ella, una serpiente enrollada a su alrededor. Era muchas serpientes enrolladas al sol junto a las raíces del árbol, sobre el suelo, por doquier.

Walker la dejó deslizarse al suelo. Ella levantó las caderas hacia él, comprimió la mejilla contra la moqueta. Polvo en la nariz, el color de la moqueta, de tonos rosados. Un dibujo que describía volutas hacia dentro, hacia el capullo de las flores. Él apretó la boca contra su cuello y acabó sobre ella con un grave bramido. Ella no estaba con él, pero sentía un placer grato y asombroso. Y con eso se fue, y siguió yéndose, hasta que estuvo lejos.

Horas más tarde, Pearl se sorprendió casi al abrir los ojos a una mañana cualquiera. Miró a través de la veneciana y vio a unos viajeros que estaban subiendo las maletas a los coches. Una madre irritada estaba pegándole en los hombros a una niña con el maletín de Barbie y Ken. Los motores se pusieron en marcha. En la habitación de al lado estaba vaciándose una bañera. Eso le recordó que debía darse un baño.

Se ducho rápidamente y se vistió, luego abrió la puerta y salió del cuarto. Walker estaba tendido en la cama, boca arriba, contemplándola con sus ojos oscuros.

—Tengo que ir a comprar unas cosas —dijo ella.

—Apúntalo en la cuenta —dijo él—. O coge dinero, si lo prefieres. La billetera está en la chaqueta, ahí encima.

Cogió unos cuantos dólares de su billetera.

—Ahora no desaparezcas —dijo él.

—Oh, no —dijo ella. La idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Él sonrió.

—Nos vamos a mi casa —dijo tan solo. Tan solo eso—. Tenemos que hacer unos treinta kilómetros en coche hasta el transbordador, y luego cuarenta minutos en barco hasta la isla de Saddleback. Luego tomaremos un bote hasta nuestra isla. Está a siete millas, algo más de media hora si Joe trae la Chris-Craft. Saldremos en cuanto vuelvas.

—No sabía que había una isla detrás de Saddleback —dijo Pearl.

Walker balanceó las piernas por el lateral de la cama.

—Hay unas cuantas. La nuestra es la más grande. Ocho mil hectáreas.

Es nuestra desde hace cien años.

—Oh —dijo Pearl—. No sabía que hubiera ninguna isla.

Se sentía estúpida. Al ver que se levantaba, evitó su mirada.

—Nadie tiene por qué saber que existe —dijo él, y se rio—. Aunque el estado sabe que estamos ahí. El año pasado nos subieron los impuestos de seis mil a cuarenta mil.

—Oh. Bueno, voy a comprar unas cosas —dijo ella haciendo un gesto hacia la puerta.

Cuando volvió a la habitación, él estaba esperándola vestido. Empezaba el otoño y el día era fresco. Hacía años que Pearl conocía la existencia de Saddleback. Era una elegante isla de vacaciones. A las casas buenas y antiguas las llamaban «quintas». A las casas más sencillas, aunque cómodas, las llamaban «cabañas». De adolescente, Pearl creía que si algún día llegaba a tener una falda de tela de safari y un suéter de color arándano y llegaba a pasear entre los ricos habitantes de aquellas calles veraniegas, la vida acabaría sonriéndole.

Ni una sola vez, durante el trayecto al transbordador, pensó en Gene ni en aquellas noches muertas. Era como si hubiera desaparecido por ahogamiento. Jamás volverían a verle la cara con vida. No recibirían ningún aviso.

En un momento dado le dijo a Walker:

—¿Ahora estaremos juntos? ¿De ahora en adelante?

Él se encogió de hombros.

—Si no tenemos tiempo, tendremos la eternidad —dijo ella, medio riéndose y sin saber muy bien qué había querido decir.

—Ya sabes lo que dicen de la eternidad —dijo él—: hay una roca que mide cien kilómetros de alto y cien de ancho. Cada mil años, un pajarillo se posa sobre la roca para afilar su pico.

—Que no soy ninguna niña —dijo Pearl.

Él sonrió. Pasaron por delante del anuncio de una vidente. Una mano gigantesca, *MADAME* CLAVELL. La mano estaba cubierta de destellos luminosos. Los destellos eran agujeros del calibre AA. Aplastados en el centro de la mano, se distinguían los restos de una cosa con plumas.

Pearl abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla.

—A ese pájaro sí que le han leído la fortuna —dijo Walker.

Pearl se rio. Le parecía que le debía mucho a ese hombre. Él la había despertado, no a la vida, sino a un dulce vacío en el que creía que podía vivir para siempre. Aunque estaba tan cansada… Su cuerpo, desplomado sobre el

cuero rubio del asiento, era un peso cuya carga resultaba excesiva. Sentía aquel agotamiento como algo ajeno. Cerró los ojos y se sumió en los sueños.

Estaba dando a luz a un bebé en un prado amplio y recién cortado. En la hierba había sangre, pero podía ser de otro. El tiempo era frío pero seco. A lo mejor era color, y no sangre, una hiedra serpenteando entre la hierba. Tenía las piernas abiertas. Abiertos los brazos. Iba a tener un bebé. Sabía que quienes la rodeaban iban a rajarle el estómago y a replegarle la piel, como si fuera un vestido nupcial, para extraerle su bebé. Sabía que iban a abandonarla ahí y que su terrible herida oscura serviría como nido a las criaturas de la noche.

El bebé se deslizó hacia fuera. Era hermoso, negro y plata, boqueaba y relucía de sangre y agua. Ella no alcanzaba a verlo claramente. Se esforzaba en mirarlo. Le dijeron que era guapo. Ella, ansiosa, agitó la cabeza de un lado para otro. Quería alimentarlo. Quería verlo para poder empezar a amar. Temía no saber nada acerca del amor. Que el amor fuera como la física, algo que alguien había tratado de enseñarle en el pasado, algo que no había logrado asimilar. Las siluetas que bordeaban el borde del prado ahora la rodeaban a ella. Le aseguraban que el niño estaba perfectamente. Y el que hubiera nacido al atardecer era buen augurio, decían, pues era la hora más afortunada.

Sus voces eran quedas, pacíficas. Ella no lograba entender cómo sabía lo que decían. No eran palabras lo que decían. Era un sueño, lo sabía. Si conseguía relajarse en el sueño, despertaría. Pero eso la inquietaba. Se encontraba en un coche en marcha. Así era como soñaba la gente. Ahora estaba despierta pero seguía haciendo presión con los párpados.

En el sueño había oscurecido tanto que Pearl no podía ver a su bebé.

Abrió los ojos.

—No puedo —dijo.

—Ya casi estamos en el barco —dijo él—. En breve estaremos en casa.

—Estoy casada —dijo ella algo incómoda.

—Eso no cuenta. Seis días. Nadie se casa por seis días. —Le pasó la mano por el pelo—. Mi ratoncita.

—Oh —dijo ella.

—Mi ratoncita —repitió él—. Mi pequeña alma perdida.

Pearl lo miró abriendo mucho los ojos. ¿Cuál es la pregunta redentora?, pensó. No he hecho la pregunta redentora y ahora es demasiado tarde.

—Estás conmigo —dijo él.

CAPÍTULO TRES

Habían tomado el transbordador de Saddleback. Iban de pie en cubierta con el resto de pasajeros. Todo el mundo estaba bronceado, y había muchos perros y bicicletas.

Una mujer le dijo a su compañero:

—Se han comprado un caballito de juguete con unos documentos que demuestran que perteneció a Rommel. Les ha costado una fortuna y se lo han regalado a Jennifer, ¿tú te crees…?

Al lado de Pearl iba un hombre con alzacuellos, vestía traje de cloqué y zapatillas, y tomaba fotografías con una Nikon. Tenía un perro que estaba atado a la barandilla y, de vez en cuando, el hombre daba la espalda al paisaje, en general azul y vacío, para sacar fotografías al perro.

Pearl recogía las tazas de plástico que rodaban por la cubierta y las tiraba a la basura. Un hombre vestido con un pantalón corto de montar azul desteñido y unas sandalias mexicanas decía:

—Gracias a mí, ha aprendido a follar y a jugar al tenis, y aun así el tipo no quiere casarse conmigo.

El barco surcaba el mar sencillo, y Pearl se sentía algo mareada.

Cuando atracaron, todo el mundo se fue a esperar a la estrecha escalerilla. El hombre del pantalón de montar le dijo al del alzacuellos:

—¿Sabe, padre? Tengo una hermana que es una verdadera pánfila. Entró en un convento y la primera noticia que nos dio fue que estaba embarazada. «Jesucristo ha pensado en mí», va y me dice. Esa es la explicación, según ella, se lo juro. ¿Qué opina usted, padre?

La gente bajó en tromba a la bodega y, como pudo, fue metiéndose en los coches, que estaban aparcados muy juntos. Al lado del Mercedes de Walker había un descapotable. Dentro había una jaula para gatos. Del interior sobresalía, inerte, una pata gris y redonda. Una mujer se lo recriminaba a gritos a su marido. La mujer miraba con tristeza hacia la jaula

y luego le gritaba al marido. El marido parecía muerto de vergüenza.

Walker cruzó la isla rápidamente en dirección a Morgansport. Pasaron por varias aldeas bonitas, antiguos puertos balleneros con saludables vistas y calles flanqueadas por olmos que habían escapado a la plaga. Pearl quería quedarse ahí. Quería que Walker le mostrara el lugar, pero él no tenía el menor interés en la isla de Saddleback. La isla, su isla, estaba más allá.

Walker estacionó el coche en el carril que conducía hasta su muelle privado. A un lado del carril había una gran cochera para los vehículos de la familia. Las paredes de la cochera estaban empapeladas con carteles. Uno de los carteles era el anuncio de un circo. En él se veía la cara de un payaso. La mitad de la cara del payaso estaba maquillada con una expresión muy triste, mientras que la otra sonreía con regocijo.

—Me encantan los payasos —le dijo Pearl a Walker—. Son como los niños. Pueden hacer lo que quieran. Siempre se salen con la suya.

—Admiras a los niños, ¿verdad? —preguntó Walker.

—No lo sé, la verdad es que nunca he conocido a ninguno. Yo hablaba de los payasos.

Los carteles estaban pegados unos encima de otros. Pearl vio la grupa de un caballo pinto dividida en dos por un anillo de fuego.

En ese momento, la idea de tener un hijo volvió a deprimirla y exhaló un suspiro.

—Me imagino que querrás que tengamos un hijo, ¿no? —dijo.

Walker la rodeó con el brazo. Tenía aspecto de hombre de negocios, ligeramente fuera de lugar con su traje color beis, un hombre de dimensiones excesivas, aunque elegante al caminar, el brazo posado ligera y posesivamente en tomo al talle de Pearl.

En el muelle había amarrada una lancha motora vieja y repintada. Una figura vestida de blanco estaba arrellanada en la lancha. La figura era un chico que llevaba un pantalón amigado y una camisa de color blanco. Tenía el pelo blanco. Las cejas eran espesas y blancas. Mascaba chicle y sonrió a Pearl de una manera que ella, sencillamente, no tenía medios para interpretar. Pearl nunca olvidaría su perplejidad al verlo.

—Te presento a Joe, mi sobrino —dijo Walker—. Tiene nueve años. Nunca habla con los adultos, si puede evitarlo.

El chico los ayudó a subir a bordo. Puso el motor en marcha y luego se sentó en la popa, sobre una elaborada silla de mimbre. Echó la silla hacia atrás poniéndola sobre dos patas y timoneó a una sola mano, mientras con la otra se tocaba la mejilla bronceada. La luz blanca del agua danzaba en sus

ojos.

Pearl no se podía creer que Joe tuviera solo nueve años. Aparentaba el doble de edad, como si sus esfuerzos por seguir siendo niño lo hubieran hecho envejecer de forma prematura. Pearl tenía dificultades para no quedarse mirando lo que obviamente era una erección. Joe parecía no darle la menor importancia. Pero los niños de esa edad no podían tener erecciones como esa, ¿no? A lo mejor le estaba tomando el pelo. A lo mejor era algún tipo de accesorio, como los que se usaban en los antiguos dramas litúrgicos.

El chico no decía nada. Estaba reconcentrado mascando chicle como si fueran sus mandíbulas las que impulsaban la lancha.

Hacía frío y Joe le dio a Pearl un rompevientos naranja. Tenía mucho frío. No sentía la más mínima impaciencia. No podía imaginarse cómo sería la isla. Nunca había sentido mucha curiosidad por las cosas. Ella, en cierto modo, se tomaba eso como un don, como un talento que le había sido concedido. De esa manera, se ahorraba desengaños e incluso penas.

Vio un gajo de luna en el cielo verde, como un amanecer. Se agazapó bajo el brazo de Walker y miró sintiéndose a salvo, cual criatura arbórea en su nido de medianoche. A medida que se alejaban, poco a poco el cielo se fue tomando gris, de un plata cremoso como el interior de las conchas marinas. Un cormorán solitario cruzó por su lado volando, muy cerca, del color del hierro en la niebla. Pasaban los minutos. Pearl iba entrando en calor. El día estaba totalmente despojado de color o calidez, pero ella empezaba a sentirse cómoda. Se sentía extrañamente iluminada, transiluminada, como si en el transcurso de la travesía el sol hubiera hallado un lugar en su interior, y, al mismo tiempo, sentía que el sol se convertía en algo más, algo sencillo, la certeza de que nunca podría volver a ser lo que una vez había sido.

La bruma se levantó por partes y se hizo nubes. La isla se veía a ambos lados, verde y serena. Habían tardado casi una hora.

Siete millas. Bien podrían haber sido siete años. Pearl supuso que en adelante no se le haría tan largo.

Joe acercó la lancha hasta unos cientos de metros de la orilla y desde ahí realizó una serie de hábiles y complejas maniobras entre las rocas hasta entrar en una pequeña cala. Era casi pleamar. A cierta distancia, las rocas resultaban invisibles, pero cuando Pearl se asomó al agua por encima de la barandilla repintada vio cómo sus abruptos e irregulares picos se deslizaban por su lado.

—¿Cómo se llama tu isla? —le preguntó a Walker.

—Nunca le hemos puesto nombre —dijo él girando la cara un momento para prender un cigarrillo—. En los mapas figura como «isla de Hart» y en Morgansport oirás a gente que la llama así, pero no tiene nada que ver con nosotros. Si la llama así, no es por ningún cuento de ciervos de los tiempos de la guerra de Independencia, que yo sepa, sino porque la isla tiene forma de corazón[1]. Por lo menos desde el aire. —Se echó a reír—. Podríamos decir que la casa ocupa el ventrículo izquierdo.

Joe paró los motores y arrimó la lancha al muelle sin pronunciar palabra. Reinaba un silencio absoluto y Pearl no podía ver nada, ni tan siquiera un pájaro. En el muelle había amarradas varias embarcaciones, todas en distintos estados de limpieza o de abandono. La marea seguía subiendo, arrastrada por una brisa impetuosa que la hacía batir contra los pilotes. Walker ayudó a Pearl a salir y luego ayudó a Joe a atar los cabos. No muy lejos, sobre la arena apelmazada y oscura, había aparcado un viejo Buick. Se subieron a él.

—Nada de virguerías, Joe —dijo Walker.

Pearl y Walker se sentaron en la parte de atrás del Buick. El interior estaba mohoso y la tapicería profundamente rasgada. Pearl observó la nuca del muchacho mientras este conducía. Tenía un perfil plano, huidizo. El pelo, largo y blanco, se le arremolinaba en la cara por el viento. Era como si condujera una anciana. Pero entonces sus ojos se encontraron con los de ella en el retrovisor y eran los ojos de un niño precoz, adusto. Walker le dijo que Joe había modificado el coche él mismo para poder conducirlo. Al muchacho le encantaba trastear con todo tipo de máquinas. Cuando tenía cuatro años estaba convencido de que su verdadero padre era un astronauta y construyó un vehículo espacial que intentó hacer despegar desde el tejado, fracturándose la pierna en el intento.

Pearl miró asombrada el perfil petulante y temerario del muchacho.

—Madre mía —dijo.

Condujeron unos cuantos minutos por una carretera que era poco más que una pista de tierra. Vio algunos ramales que se apartaban y se perdían entre la maleza. Algunas porciones de tierra habían sido despejadas para pasto, pero no había animales a la vista. Solo unos cuantos rediles medio desmoronados entre los matorrales.

—¿Criais animales? —preguntó.

—No, eso es de tiempos del abuelo Aaron. El bisabuelo Aaron, para ser exactos. Hizo fortuna con los animales, de una manera o de otra. Los niños

te contarán su vida y milagros. Les fascina. Para mí fue un simple carnicero. Pero tuvo suerte y dinero.

El Buick pasó dando bandazos por una marisma y se entrevió fugazmente el mar. Entre las aneas y la espartina de la orilla, rica en compuestos orgánicos, crecía un árbol solitario. En lo alto de las ramas había un conjunto de tablones, una casita.

—Oh —exclamó Pearl—. Yo tuve una de esas. Qué sitio tan estupendo, ¿verdad? Las islas son estupendas. Son un mundo aparte. Me gusta. —Bajó la voz para que Joe no pudiera oírla—. Me gusta que me quieras y me hayas traído aquí.

Las ramas de los árboles crujían y golpeaban los laterales del coche. Desde la distancia, Pearl pudo oír el lamento comprensivo de las campanas de una iglesia.

—No me digas que también tenéis una capilla particular en la isla —dijo sintiéndose cada vez más tranquila—. ¿Es que el Dios de tierra firme no es lo bastante bueno para los Thomas?

—Son los niños, que están jugando con la campana de la casa —dijo Walker.

Acto seguido, Joe tomó una curva cerrada y la casa apareció frente a ellos. Las ruedas derraparon sobre la arena y a Pearl se le fue la cabeza hacia atrás con la sacudida. El cielo estaba azul, un azul vivo y ardoroso. Le infundía energía, recuerdos, una suerte de potencial. Los recuerdos no surgían de ninguna experiencia que alcanzara a recordar. Más bien era algo casi químico, innato. Un recuerdo sin errores.

El coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —le dijo Walker a Pearl. Y dirigiéndose al chico, agregó—: Joe, no deberías conducir ni una carretilla.

Joe se encogió de espaldas y bostezó, dejando a la vista la enorme masa de chicle que tenía en la boca. Pearl se dio cuenta de que estaba sudando. Joe parecía mirarla sin fijarse en ella. Sus atractivos ojos estaban como alerta, pero no miraban nada. Pearl sintió alivio al ver que de repente se daba la vuelta y salía corriendo al encuentro de un niño que acababa de salir de la casa. La cabeza del niño parecía cubierta de plumas.

En ese momento, la casa produjo en Pearl una impresión más o menos familiar. Como un hotel de temporada. Uno al que, ciertamente, nunca antes la habían llevado, pero aun así reconocible. Una estructura irregular a tres alturas, con techumbre de lajas. Varias de las habitaciones disponían de pequeños balcones en los que había unas sillas de tela deshilachada. La casa

daba la sensación de haber sido construida en distintas fases según un proyecto cambiante, pero a pesar de la amalgama de estilos mantenía esa naturalidad y esa sencillez que en ocasiones los ricos imprimen a sus hogares. Las ventanas, ligeramente combadas, estaban cubiertas con cristales gruesos y antiguos. La madera era cálida y suave como la piel. Aquí y allá se veían adornos barrocos y de fantasía. En el tejado había una veleta con la forma de un hombre disparándole a un lobo. Entre el primer y el segundo piso había una franja de madera de un color más claro, con muchos adornos. A Pearl le parecían angelitos retozando, aunque no podía verlos bien. La casa estaba rodeada por un porche amplio en el que jugaban media docena de niños. Algunos iban totalmente en cueros.

—Walker, Walker —gritaron felices.

Por un instante, su nombre fue el único sonido que Pearl alcanzó a reconocer en medio del griterío. Entonces una niñita le tocó el brazo y dijo ceceando:

—Me he tragado el diente, pero el ratoncito me ha dejado una moneda igualmente. —La niña se puso a tocarle el vestido—. ¿Vas a darme algo bonito? —preguntó.

—No seas maleducada, cariño —dijo Walker—. Se llama Pearl. Trip, Peter, Johnny, esta es Pearl.

Los niños la miraron con fingida solemnidad.

—Hola, Pearl —dijeron son suavidad.

Walker abrió la puerta.

—Quiero enseñarte nuestro cuarto —dijo.

Entraron a un vestíbulo largo y espacioso al fondo del cual empezaba una escalera.

—Eso de ahí es la biblioteca —dijo Walker—. Luego bajaremos a tomar un cóctel.

Pearl miró al interior y vio una gran chimenea con una pesada repisa de roble, varias sillas de aspecto cómodo y unas alfombras rojas y rosadas. En una esquina había dos chicos jugando con un tablero. No levantaron la vista.

Al llegar al otro lado del pasillo, Pearl olió a pan y oyó a una mujer que cantaba con voz suave. Siguió a Walker hacia las escaleras. La casa era cálida, el aire apenas se movía. La madera del interior también tenía un aspecto pulido y aterciopelado, y los tablones del suelo estaban casi blancos de los años y el desgaste. Varios de los dibujos de los niños habían sido enmarcados y colgados en las paredes, juntamente con dos óleos de Picasso,

una acuarela de Sargent y varios dibujos de Blake.

—¿Son auténticos? —preguntó Pearl entornando los ojos.

—Los de Blake son copias —dijo Walker.

Jesús bendiciendo a los niños. Ángeles buenos y malvados disputándose a un bebé.

El segundo piso era más luminoso. Se percibía cierto olor a rancio. Las habitaciones por las que iban pasando eran sin duda las madrigueras de los niños. Walker le dijo que muchos de los chiquillos eran de la familia por adopción. A su hermano, Thomas, le gustaban muchos los niños. Se había pasado años reuniendo a todo tipo de inadaptados y expósitos, a quienes criaba con todas las libertades posibles a lo largo de una dilatada y caprichosa infancia. Thomas fomentaba sus fantasías. Thomas les concedía gracias sociales y apetitos intelectuales. Thomas tenía dinero suficiente para hacer lo que desease, y lo que deseaba era educar a los niños de acuerdo con sus intereses.

—¿Cuáles son los intereses de Thomas? —preguntó Pearl.

Habían subido otro tramo de escaleras. A Pearl empezaba a faltarle el aliento. Se humedeció los labios, aún salados por el viaje en lancha. Encima de ella había un tragaluz que ahora dejaba ver un cielo arañado de rojo.

—Estamos aquí al fondo —dijo Walker—. La habitación tiene buenas vistas al prado y al mar.

Pearl miró por encima del hombro de Walker a través de una ventana de varios paneles. Al oeste, justo delante del cambiante color del bosque, había una piscina. Al norte, un acantilado arenoso, una playa de rocas y el mar. Al sur, tras unos sinuosos muros de piedra, se veían varias construcciones dispersas, incluida una peculiar casita de piedra con un tejado de hierba.

—Pearl —dijo Walker.

Fue tras él. Su traje había adquirido un maravilloso tono dorado, como el prado.

Entraron en una alcoba en la que había una cama de latón. Parte de la ornamentación del cabecero estaba doblada o rota. La pieza era espaciosa. La ropa de Walker estaba colgada en el armario. El cepillo de pelo descansaba sobre una cómoda de pino.

—Te quiero, Pearl —dijo, sonriéndole como si ella fuera una niña tonta y todo aquello una broma.

—Yo… por qué… creerás que soy una boba, seguro… por venirme contigo a tu casa.

Trataba de indignarse, de asustarse, incluso, pero no podía. Estaba feliz.

Walker recorrió sus pechos con la mano y le frotó el vientre a través de la fina tela del vestido. Ella se tendió sobre la colcha blanca de algodón y él se echó a su lado, levantándole la falda y bajándole las bragas. Dejó caer su voluminosa y oscura cabeza sobre sus pechos. A Pearl se le escapó una risita.

Le lamió las orejas como una cachorrilla. Le susurró sus nuevas palabras de amor. Le gustaba que estuvieran vestidos, que la cubriera no con su desnudez, sino con los ropajes del decoro. Pearl le tocó el cinturón, las caderas, y luego cerró los ojos y se aferró al cabecero retorciendo los dedos, haciéndose una con el entramado roto y frío.

Más tarde, se apretó contra su espalda mientras él dormía. Las ventanas estaban abiertas a la oscuridad. Pearl podía oír una voz infantil proveniente del baño de abajo.

Las doce, la una,
la una y las dos,
redondo es el mundo
del señor reloj.

Pearl se echó a reír. Sonó un repique de reloj y Walker se despertó.

—Walker —gritó un niño desde el otro lado de la puerta—. Thomas quiere conocer a Pearl.

—Ohh —murmuró Pearl—, a lo mejor debería quedarme aquí unos días hasta que me acostumbre a las cosas. No se me da muy bien conocer a la gente…

—Yaya, cuánto lo siento —dijo Walker—. ¿No me he presentado? Me llamo…

—Ohh —dijo Pearl. Todavía se sentía feliz. Y plena y cargada de energía tras el amor.

Abajo, en la biblioteca, Walker le preparó una copa en el mueble bar. A Pearl la hacía feliz la felicidad y audacia de los otros. Walker le tendió el vaso e, inmediatamente, ella dio un sorbo. No había niños en el cuarto; solo dos mujeres y un hombre. De repente Pearl sintió un nerviosismo que parecía ajeno a su persona.

Walker hizo las presentaciones.

Shelly. Mi hermana.

Miriam.

Mi hermano, Thomas.

—Qué falda tan bonita —le dijo Pearl a Miriam.

Miriam tenía semblante amable y curtido y una trenza canosa que le bajaba hasta la cintura.

—Gracias —dijo Miriam.

Pearl se sentía agradecida. Dio un trago a su copa.

—Las hace ella —dijo Shelly—. La gente le manda retales desde todas partes.

—Cuéntanos la historia de ese retazo de tela azul —dijo Thomas señalando un trozo de sarga cosida a la altura de la cintura de Miriam.

—Este —dijo Miriam al instante— era de un joven marinero australiano al que le concedieron un permiso y se fue en avión desde Malta a ver a su mujer, a la que acosaba un fantasma blanco y negro sin cabeza que no dejaba de pegar a sus tres hijos.

Pearl se quedó mirando la falda. Poseía una armonía excesivamente disociativa. Y aunque no era bonita, estaba primorosamente hecha.

Apartó los ojos de la falda y miró a Thomas. Era un hombre corpulento y de piel oscura, como Walker. Llevaba un traje de lino más bien mugriento y una camisa blanca. A Pearl le pareció un sol oscuro y frío.

—¿Y ese de ahí, Miriam? —preguntó señalando un retal cualquiera de color blanco, cerca del azul.

—Este es de la funda de la almohada de un suicida.

—Dios santo —protestó Pearl.

—Cuéntanos algo de ti —dijo Shelly.

Pearl no sabía qué decir sobre sí misma. Dejó la copa sobre la repisa de la chimenea, junto a una pequeña escultura de madera. Había varias tallas hechas con madera, todas de unos diez centímetros de alto. Nerviosa, cogió una.

Nadie dijo nada. En torno a ella se hizo un silencio enorme, acentuado por el crujido de los tablones del suelo.

—¿Qué son estas cosas? —dijo Pearl casi gritando, muerta de vergüenza. Extendió la mano que sostenía la talla. Era un animal, un lobo. Eso era evidente. Recorrió con el dedo su espalda labrada, desde donde el pelo cincelado se derramaba a ambos lados. Estaba hecha con sumo esmero y, en su mano húmeda, parecía cargada de una energía sudorosa. Los ojos y el hocico, la hendidura esculpida del sexo, los colmillos y las ancas…

Se le cayó sobre la alfombra.

Thomas la recogió y volvió a ponerla en la repisa.

—Las hizo Aaron, allá por el siglo diecinueve —dijo—. Hizo una docena. Un lobo, un oso, un zorro, un ciervo… los animales que mataba. Al principio se dedicaba a cazar y a poner trampas. Sabía mucho de animales. Se los comía y los recogía y los desollaba y los vendía. Luego empezó a recrearlos.

—Y Aaron… ¿fue Aaron el que hizo la casa? —dijo Pearl rodeando el vaso con su mano vacía.

—Él y su mujer, Emma. Aaron amasó una riqueza considerable en su día. Por eso hoy vivimos holgadamente. ¿Es eso lo que querías saber?

—Oh, no —dijo Pearl—. No lo había… no…

—Empezó como un vulgar trampero, pero era demasiado inteligente para dedicarse a eso. Los niños te dirán que dejó de matar porque el último animal al que quitó la vida le habló.

Pearl miró a Walker. Dejó escapar una risita.

—¿Y qué le dijo? —preguntó.

—Le dijo: «¿Por qué me miras mientras me muero? Pronto serás un animal moribundo, y la gente te mirará a ti».

Pearl no dijo nada. Parecía bastante razonable.

—Fuera lo que fuese, algo le hizo cambiar de conducta. Se acicaló y se volvió civilizado. Dejó de cobrarse presas en los bosques para cobrárselas en la bolsa. Todo lo que tocaba se convertía en dinero. Nadie le tenía especial simpatía, pero empezaba a ganar demasiado dinero como para hacerle el vacío. Compró participaciones en bancos, ferrocarriles y navieras… Fue uno de los dueños del *Henry Clay*, el vapor más rápido del Hudson hasta que se incendió y se hundió en mil ochocientos cincuenta y dos. Murieron más de cien personas y Aaron fue acusado de homicidio, pero lo absolvieron. Aaron era afortunado. Fue afortunado hasta el día de su muerte.

—Yaya —dijo Pearl distraídamente.

—Durante los últimos años se dedicó a hacer tallas con esto —dijo Thomas levantando una cajita plana situada detrás de los animales. La abrió con el pulgar como si su uña fuera una llave y dejó a la vista un cuchillo corto con mango de cuerno. El mango estaba labrado con imágenes de animales sacrificados, una sucesión de muertes: animales mordiendo a otros animales, retorciéndose por el mango del cuchillo, cavidades corporales abiertas, gargantas desgarradas, animales vigorosos, extrañamente pacíficos, postrados de rodillas.

—¿Talló también el mango? —preguntó Pearl—. Lo hacía muy bien,

¿no? Quiero decir que era todo un artista, ¿verdad?

—No —dijo Thomas sonriendo—. Es de Yucatán, del periodo maya-tolteca. Aaron era coleccionista. Le gustaban las cosas bonitas y extraordinarias.

—Su mujer, Emma, ¿también era extraordinaria?

—Aaron se casó con alguien muy inferior a él —dijo Thomas.

Shelly sonrió sobre su vaso. Pearl se acercó un poco más a Walker.

—Los niños te dirán que Emma era una bruja —dijo Thomas.

Pearl se quedó mirando la copa que Walker acababa de entregarle.

—Yo no creo en las brujas —dijo.

—¿Por qué ibas a creer en ellas? —preguntó Shelly.

—¿Y en los fantasmas?

Thomas enarcó las cejas con indulgencia. Observaba a Pearl con el mismo interés que por lo común se le reserva al polvo.

—Creía que era la hora de los adultos —suspiró Shelly.

—Muchos de quienes me escriben creen en los fantasmas —dijo Miriam.

—Ellos viven en el extranjero —dijo Shelly, impaciente.

—Los fantasmas no tienen acceso a este mundo, ¿verdad? —preguntó Pearl—. Es decir, que solo lo recuerdan, ¿no?

Thomas se rio.

—Te llevarás bien con los niños, Pearl. Les gustan los misterios. Disfrutan inventando historias.

—Ni soporto pensar que nuestra historia pueda ser como los niños la recuerden —dijo Walker—. El único familiar excéntrico al que recuerdo es la tía que quería ser boxeadora profesional.

—Ay, Señor, es verdad —dijo Thomas.

—Hay muchos niños aquí… —empezó a decir Pearl.

—Van y vienen —dijo Shelly—. Cada dos por tres Thomas trae uno nuevo.

—Pues siendo tantos y cada cual con su cumpleaños… seguro que nunca falta ocasión para celebrar fiestas…

Después de varias copas, Pearl empezaba a sentirse alegre.

—Celebramos el cumpleaños de todos el mismo día —dijo Thomas—. Así es más fácil.

—Puede que para ti —protestó Miriam—. Yo soy la que hace los pasteles. Son capaces de comerse un pastel por cabeza, en serio, y cada uno quiere que el suyo sea de una forma y que el glaseado sea de distinto

color…

—Pero si te encanta, Miriam —dijo Walker.

—¿Cuándo comemos? —dijo Shelly—. Mañana tengo que irme temprano y todavía no he metido nada en la maleta.

—Tiene gracia que preguntes por la cena —gruñó Miriam—, tú que nunca tocas la comida.

—Shelly necesita energía —dijo Thomas—. Se va a la universidad a buscar compañero.

—Ay, por favor —dijo Shelly ruborizándose.

—Elije uno que haga buenos niños —dijo Thomas.

A continuación pasaron al comedor. Llamaron a los niños y todo el mundo tomó asiento. Los niños tenían la cara lavada y el pelo chafado. Se sentaron educadamente y se sirvieron los unos a los otros. Thomas ejercía con ellos el papel de catequista. Se sucedían conversaciones entusiastas que Pearl no comprendía del todo. Las copas le habían provocado mareos e inquietud. Para Pearl, ver a un niño de seis o siete años corriendo como un animal salvaje y encontrárselo, poco después, finamente sentado a la mesa discutiendo las teorías de la trascendencia hacia el no-yo del maestro Eckhart resultaba de lo más desconcertante.

Suspiró. Levantó un tenedor.

—Mira, Pearl —dijo uno de los niños. Se llamaba Johnny. Sus ojos parecían viejos y cansados y en su fondo se ocultaba una extraña desintegración. Le acercó una caracola a Pearl empujándola por encima de la mesa—. Póntela en la oreja.

—Ah, sí —dijo ella sonriendo—. Oigo el mar. Oigo las olas.

La caracola estaba pegajosa y desprendía un olor dulzón.

—No, no es eso. Lo que oyes es tu sangre. Es el sonido de tu sangre cantando en tus oídos.

El niño recogió la caracola y se la puso en el regazo. Contrajo la cara con un tic nervioso.

—Puede que sea eso —dijo Pearl.

Sentada junto a Pearl había una niña pelirroja con la boca muy grande. Comía rápido, con movimientos raudos y precisos, y después de cada bocado se tocaba la boca con la servilleta.

—Emma se quedó embarazada y tuvo un bebé que no era suyo —le dijo a Pearl.

Pobres niños… Todo lo confunden, pensó Pearl.

—Si dio a luz a un niño, tenía que ser suyo —dijo Pearl en tono

razonable—. A veces el hombre no sabe si él es el padre del bebé o no, pero la mujer sí lo sabe.

Carraspeó. Pensó que todo aquello empezaba a superarla.

Los niños sentados al otro lado de la mesa la miraban interesados. Negaron con la cabeza.

—No —dijo uno de los chiquillos, llamado Trip. Tenía la cara alargada y flaca, con una marca de nacimiento en la mejilla—. No, el bebé de Emma no era suyo.

Pearl sonrió.

—Emma es alguien que os habéis inventado, ¿verdad que sí?

—No, no, Pearl —dijo la niña pelirroja—. Es la bisabuela de Walker. Y de Thomas. Y también de Shelly y Miriam.

—Muy bien —dijo Pearl—, ¿y qué pasó con ese bebé que no era suyo? Lo quiso igual, ¿no?

Los niños la miraron con malicia.

—Lo devolvieron —dijeron al unísono.

Qué forma tan delicada de familiarizarlos con la muerte, pensó Pearl.

—Oh, eso es muy triste —dijo. Bajó la vista al plato, desde donde un pez pintado la miraba boquiabierto, nadando entre la comida sin tocar.

—Cuando Emma murió, no hubo auspicios —dijo una niña algo mayor.

—¿Auspicios? No entien… ¿Qué auspicios?

—Los auspicios son señales que te dice que alguien a quien conoces va morir. A veces es un golpe en la puerta, pero cuando vas a abrir no hay nadie. Otras es una lechuza que canta en algún lugar donde no hay pájaros. Así es como nos avisan de que van a morir.

Pearl miró al niño que antes llevaba las plumas en la cabeza. Se llamaba Peter.

—Deberías beberte la leche —dijo Pearl.

—Los magos no beben leche —dijo masticando un trozo de pescado; luego hizo una mueca y se sacó una espina de la boca.

Pearl recorrió la mesa con la mirada y observó la intricada oscuridad de los rostros de los niños. Era un alivio no haber llegado a ese lugar años antes, cuando todos eran bebés. Eso sí habría sido espeluznante de verdad. De repente se los imaginó así, gritando y riendo, rubios o sin pelo, todos al cuidado de ese hombre extraño y corpulento sentado a la cabeza de la mesa. Qué pensamiento tan corrupto. Pearl hizo un gesto extraño y torpe con las manos, como apartando mentalmente a aquella caterva de niños. Thomas la

miró sosteniendo el cuchillo y el tenedor en el aire. Comía como un europeo, sin cambiarse los cubiertos de mano. La miraba con ojos fríos, y ella, avergonzada, agachó la vista.

Cuando Pearl y Walker volvieron a la habitación, ella se hizo un ovillo en la cama. Le dolía el estómago. La colcha blanca estaba manchada de huellas.

—Oh, tengo los pies que dan asco —dijo Pearl quitándose las sandalias —. Mira esto. Qué horror. Se me pasará, Walker, de verdad.

Él se encogió de hombros y le sirvió un poco de *bourbon*. El líquido desprendía cálidos destellos desde el interior del vaso. Cuando llegó al estómago, sintió una quemazón.

Se desvistieron y se acostaron bajo las sábanas. Walker le hizo el amor. Fue agradable. Los conductos de la casa canalizaban los gemidos de Pearl. Los niños se ocultaban en los dinteles, inmóviles como alfombras, a la escucha.

—Creo que no les caigo bien —dijo Pearl más tarde, con voz dormida.

—Los niños te adorarán, Pearl.

—Me refiero… a los adultos.

—Claro que les caes bien —dijo. Le acarició la cara.

CAPÍTULO CUATRO

Ahora, en Miami, la caricia de Walker la desplazó hasta el otro lado del cuarto. Pearl trató de ver la situación objetivamente. En realidad, a lo mejor Walker no le había pegado. Y sin embargo, ahí estaba, desparrancada de espaldas en un rincón. Aunque quizá… a lo mejor se había caído ella sola. A lo mejor había bebido demasiado. El bebé había desaparecido de sus brazos.

Walker estaba de pie sobre ella.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—Cariño, yo nunca te pierdo la pista. Es la segunda vez que te encuentro. Empiezo a cansarme. —Hablaba con suavidad y la ayudó a levantarse. Cuando la agarró de las muñecas, notó que le dolían—. Tienes que dejar de preocuparte de por qué ocurren las cosas y preguntarte qué significan cuando ocurren.

—Pero ¿cómo me has encontrado? —preguntó Pearl desconcertada.

—Desde que Sam nació, no has hecho más que decir que ibas a marcharte. Estabas deprimida. Thomas sospechaba que estabas tan deprimida como para hacer algo así.

—Me fui al pueblo a comprar unas camisetas para Sam —dijo Pearl con aire distraído.

—Al ver que no volvías con Joe, preguntamos en los transbordadores que van a Boston. Y, por supuesto, te habías subido a uno. Luego solo tuvimos que confirmarlo en Boston. Hablabas de Miami, Pearl. Hablabas de marcharte. No hacía falta ser adivino para dar contigo.

—Pero creía que había usado el nombre de Tuna.

—¿Tuna?

—Mira, Walker —dijo Pearl—, no me importa vivir contigo, pero no quiero vivir con tu familia.

—No sabes lo que estás diciendo, Pearl.

—¡Claro que sé lo que estoy diciendo! —gritó Pearl—. Sé muy bien lo que estoy diciendo. —Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Voy a matarme, Walker —dijo.

Walker lanzó un suspiro.

—No quiero volver ahí —dijo—. Dime cómo está Johnny. Quiero saber cómo está Johnny.

—Ha muerto esta mañana.

—Lo ves, lo ves… —dijo Pearl sollozando.

—Es motivo para llorar, Pearl, es la verdad.

—Thomas tiene las manos manchadas con la sangre de ese niño —dijo —. Puede que tú no lo veas, pero yo sí.

—Ya basta —dijo Walker. Estaba cansado y furioso. Se sacó la chaqueta y la puso sobre una silla. Se desabotonó los puños de la camisa y se arremangó. Pearl tuvo una sensación extraña y se preguntó si se disponía a pegarle. Se sentó en la cama y entrelazó las manos cuidadosamente sobre el regazo. Pensó que debía de estar muy borracha. Thomas le había dicho una vez que cuando bebía se volvía terca, reservada y ofensiva. Thomas decía que se comportaba de un modo que suscitaba la posibilidad de una respuesta desagradable.

Walker volvió a hablar con voz serena.

—Después de tener a Sam te pusiste enferma —dijo.

—Es tu familia la que me pone enferma —dijo Pearl—. No quiero seguir viviendo con ellos. Quiero una vida normal. Quiero un niño normal.

—No puedes criar al niño tú sola —dijo Walker—. Eso es totalmente imposible.

—Encontraré quien me ayude —dijo ella—. Hay colegios. Lo mandaré al colegio. Pero antes encontraré a alguien que me ayude, y esa persona y yo jugaremos con Sam.

A Pearl le dolía el estómago y tenía la boca seca.

Se preguntó si sería capaz de llegar hasta el teléfono y avisar a recepción de que en su cuarto había un hombre al que no conocía. Estaba en su cuarto y la estaba asustando.

Pearl levantó el teléfono. Walker la agarró de la muñeca con una mano hasta que volvió a colgar. Con la otra, le acarició los huesos de la mandíbula.

En algún momento, Pearl había creído que gozaba de libertad para pensar en su circunstancia de la manera que le viniera en gana, pero ahora se daba cuenta de que no era así. La libertad era una ilusión aun cuando los

instintos de una fueran buenos, y Pearl carecía de instintos de cualquier tipo. Las escasas y sencillas creencias y la moral heredada que había adoptado de sus padres eran guías tan inadecuadas para su vida como lo habían sido para la de ellos. Su madre, que era baptista, le decía que no debía comer galletas en el baño porque Dios se disgustaba. Le decía que debía limpiar el polvo de lo alto de la estantería aun cuando nadie pudiera verlo, porque Dios sí lo veía y la juzgaba. Le decía que podía interesarse por el Diablo siempre y cuando no permitiera que el Diablo se interesase por ella. Su madre era sentimental y tenía buen corazón. Había enseñado a Pearl a trenzarse el pelo y a decorar los jarrones con flores silvestres. Un domingo, a la hora del café en la iglesia, mientras buscaba algo en la despensa, se clavó un cuchillo recién afilado para cortar comida congelada.

Parecía poco realista. El padre de Pearl se lo tomó de un modo poco realista. Se pasaba noches enteras bebiendo en la oscuridad. Durante el día, caminaba por el terreno de la casa, poniendo las manos en los troncos de los árboles y diciendo: «Me gusta esta gente».

Pearl caminaba detrás de él, mirando al suelo.

—Solo son plantas, papá —decía compungida.

Pearl empezó a ponerse nerviosa en presencia de su padre porque veía claramente en su rostro que pronto iba a morir. Hacia el final apenas hablaba, salvo de su abuela, aficionada a volar en globo en Europa. La describía como una personita poco agraciada e intrépida con un miedo neurótico al ruido y a montar en carro y cuyo mayor placer consistía en realizar ascensiones nocturnas para su propio recreo. También decía que de pequeña había visto cómo asesinaban a un negro en las calles de Alabama.

Poco antes del fin, le dio por volver a hablar con Pearl sobre su madre. Ambos la habían amado, por supuesto. ¿Dónde creía Pearl que estaba su madre ahora?, le preguntó aquella noche aciaga. Pearl, por lo general, titubeaba y trataba de responder con evasivas en presencia de su padre, tanto por timidez como por el miedo que le provocaba su aspecto mortecino, pero esa noche le confesó que, secretamente, veía a su madre envuelta en unas alas maravillosas y contemplando desde lo alto todas sus acciones. La veía literalmente, con un aura fragante y dorada, tan grande como toda la casa.

¿Y qué pensaba Pearl sobre la muerte?, le preguntó su padre. ¿Cuál era su opinión al respecto? Y alentada por su serenidad y su interés, Pearl le dijo que para ella la muerte se confundía con la imagen de una persona que abría una trampilla y bajaba al sótano como si fuera a recoger una brazada

de leña o un tarro de confitura de tomate. Era una imagen agradable. Su madre y su padre siempre le habían dicho que era una niña dulce y agradable, pero cuando Pearl dijo esto su padre la miró con verdadera repugnancia.

—La vida —dijo— es lágrimas, sangre, pecado, esperma y excremento. ¡Y la muerte —gritó— es lo mismo!

Aquello hirió los sentimientos de Pearl de forma considerable. Su padre nunca antes le había gritado, y le pareció que cuando uno tiene el espíritu tan enfermo no es el momento más indicado para gritar semejantes cosas acerca de la muerte. Luego cayó sobre ellos un lúgubre silencio. Su padre acabó rompiéndolo para servirse otra copa. Luego se fue al garaje, donde cogió la escopeta. Tras dar un sorbo a su bebida, se fue a la parte de atrás de la casa, retiró a patadas la nieve primaveral que cubría el pestillo y abrió la trampilla del sótano.

—Papá —dijo Pearl tímidamente.

Pero su padre no volvió a hablarle. Bajó al sótano y se descerrajó un tiro en la boca.

La vida de Pearl nunca había escaseado en gestos, pero siempre había eludido la trascendencia. Eludía la trascendencia como el pájaro elude el cepo. Nada en la vida había preparado a Pearl para la trascendencia. Cada momento vivido enmudecía en su interior como una piedra enterrada, aislado e irrelevante, un acontecimiento sin premonición ni consecuencia. No concebía que lo que se definía como el ayer pudiera incorporarse en lo que se consideraba el mañana. Se veía aún como una niña pequeña, el destino de todas las esperanzas maternas. Sentada en esa habitación, ni de lejos tan borracha como quisiera, con un hombre que más parecía un cirujano que un marido, el cirujano a cuyas manos una se confía para una última operación destinada al fracaso.

—Pearl, no deberías beber tanto —dijo el cirujano—. Crees que te estimula, pero no es más que una ilusión.

Pearl salió de la cama y fue a ver la cuna, donde Walker había puesto al bebé. Ahí estaba Sam, con un cómodo pelele azul. Parecía reírse. Era hermoso. Tenía una cara bonita, como la de Walker. Quería calmarse, cuidar del niño, pero lo único que sentía eran las discusiones entre ella y Walker, yendo y viniendo una y otra vez. Era como si las discusiones palpitaran en el aire de la habitación. Imaginó que unas criaturitas oscuras se agazapaban en los rincones de su cabeza, pronunciando insultos y promesas.

Miró a Walker.

—Si pudieras darme un tiempo para estar lejos de… tu familia.

—¿Por qué las mujeres siempre necesitáis un tiempo? —preguntó Walker—. Es algo que me molesta de verdad.

—Eres igual que Thomas —dijo Pearl con un hilo de voz—. Eres cruel y autoritario… y poco realista.

—Poco realista —dijo Walker estupefacto—. Poco realista.

—Quiero decir, o sea… que piensas que volveré contigo solo porque me has encontrado.

—Podría dejar que te fueras —dijo Walker—. Podrías quedarte aquí en Florida y contraer cáncer de piel, pescar langostas con las manos y follar con mozos de almacén. Podría llevarme a Sam y dejarte aquí, pero los niños se pondrían tristes. Contigo se divierten, Pearl. Quieren que vuelvas.

Pearl pensó en aquel año tan largo que había pasado ahí. Lo peor había sido el invierno. Tanto frío y tan poca luz. No hacían otra cosa que dormir como si estuvieran hibernando. Los niños se movían como sombras de lo que habían sido en verano.

—Por favor —dijo Pearl rendida.

—No tienes otros planes —dijo Walker.

—Acabo de llegar. Decidiré sobre la marcha.

—O sea, que no tienes planes —dijo él—. Solos mamá y su bebé en un nuevo mundo de luz y calor.

Ella no dijo nada.

—Eres una mujer que acaba de parir un niño y se siente próxima a la gran fuerza convulsiva, la fuerza vital.

Pearl se sonrojó. Era cierto. Cuando el miedo y la desesperación no la acosaban, se sentía crecida. Las amazonas llevaban a la batalla unos escudos en forma de media luna. Los símbolos de la condición femenina brindan menor protección que la mayoría.

—Tú piensas, cuando no piensas mucho, que lo entiendes todo.

—Todo es bastante fácil de entender cuando separas lo que la gente te hace a ti y las formas que adoptan y lo que dicen —dijo Pearl con aire sombrío.

Walker se acercó a ella, la rodeó con los brazos y le acarició las nalgas.

—El tuyo es un mundo de pulsiones corporales y significados. Tú no entiendes nada —dijo él.

—No pienso volver ahí contigo —dijo Pearl.

—No vas a ir a ninguna otra parte —dijo él con despreocupación.

—Oh, no me amenaces —dijo ella, hastiada—. ¿Sabes qué? Que me da igual. Ya me da lo mismo.

Pero por debajo de todo se percibía un murmullo de pánico. Y si aquello no era el miedo a la muerte, ¿qué era, pues? Lo sentía a todas horas, aun en sus momentos más luminosos. ¿Qué podía ser, entonces, si todo le daba igual?

Pearl se apartó de él.

Sentía el dolor de la incompletitud y la indecisión. Los pechos le dolían de amamantar al niño. El dolor la hizo despertar a un miedo terrible. Se acordó de una cocinita que su madre había hecho para ella cuando era niña. Un cajón de embalaje con unos círculos pintados encima en el lugar de los fogones. Pearl jugaba con ella diligentemente. Aceptando el juego y el engaño del amor. Cuando su padre la llevaba a pescar, le daba una caña que tenía un cáncamo en vez de un anzuelo en la punta del sedal. La protegían. Temían un accidente. Le suministraban simulacros y ella crecía sana y salva a la luz de falsedades.

Le daba miedo que su madre y su padre hubieran muerto, que no estuvieran ya con ella. Dijo sus nombres en voz alta.

—Es la verdad —dijo Walker con dulzura—. Eso fue hace años.

Era un miedo terrible. Era terrible preocuparse tanto por los muertos. Su corazón palpitaba. Había accidentes de coche y enfermedades. Los muertos corrían el riesgo de morir. En su interior, el miedo era como una tormenta, una tormenta sin vida y, no obstante, dotada de una aterradora voluntad de destrucción…

—Estás sola —dijo Walker—. Solo nos tienes a nosotros.

—Me da igual —dijo Pearl—. Me da igual estar sola. Y no estoy sola.

—Resulta impresionante ver cómo funciona tu cabeza —dijo Walker.

—Tengo a Sam.

—Tenemos a Sam —dijo Walker—. Sam será maravilloso.

—No me gustas —dijo Pearl, derrotada.

Walker soltó un gruñido.

—Antes te gustaba —dijo.

—Antes eras tú.

—Deberías salir un poco más, Pearl. Estás demasiado obsesionada con tus cosas. Sal un poco de la isla. Vete a Morgansport, a la peluquería. Vete al cine. Vete a la feria y móntate en los caballitos de madera.

Pearl recordaba los caballitos de madera. Era el tiovivo más antiguo del país. Los caballos tenían dientes de verdad y colas con cerdas de verdad.

Los niños la habían llevado a verlo un día. Los niños también la habían llevado a una estación de bomberos a ver una película que habría jurado que era pornográfica. Los niños la habían llevado a un museo en el que había una maleta de Rimbaud y el dedo índice de un asesino etíope en un tarro de cristal.

Pearl había estado tres veces en Morgansport. No podía ni imaginar qué hacía en aquellos tiempos. Había estado en la isla, pero ¿qué había hecho? Hablar con los niños o pensar en los niños o caminar con los niños entre los muros de piedra que serpenteaban por todas partes. Muros que a menudo acababan en cercados de los que cualquier cosa podía escapar. Muros por todas partes, en campo y abierto y entre la maleza, muros que no impedían entrar ni salir. Piedras que cedían el paso eternamente y que los niños jugaban a cambiar de sitio.

Walker estaba hablando por teléfono. Estaba haciendo preparativos. Un taxi iría a buscarlos y los llevaría al aeropuerto.

—No quiero tener más niños, Walker.

—De acuerdo.

—Una mujer solo puede tener un hijo —dijo Pearl—. Todos los demás son falsos.

—Pobre Pearl —dijo Walker—. Llegaremos a casa sobre las dos de la tarde.

Pearl quería otra copa. La habitación vibraba. Se contraía y se expandía. Pearl miró al niño en la cuna, que agitaba los brazos en el aire y golpeaba los listones de la cuna con sus pies abrigados.

—Me gusta Sam —dijo Pearl señalándolo con la mano—. No quiero que crezca como un niño raro.

—Lo que es raro es tu comportamiento, Pearl. Eres tú la que va por ahí con ese aire de infelicidad e indecisión. La gente de Miami acabará arrestándote si te ven infeliz e indecisa. En Miami no respetan a los enfermos. No es lugar para ti.

Por lo común, Walker tenía una voz agradable incluso cuando decía cosas dolorosas. Pearl sentía ganas de rodearlo con los brazos, de arrojarse abrazada a él por el borde de ese instante y sumergirse en la nada.

Miró al bebé y el bebé le devolvió la mirada. Su torso menudo se agitaba al respirar y tenía la expresión dura. Pearl se desabotonó la blusa, lo levantó y se lo acercó al pecho. El bebé empezó a hacer ruiditos con los labios. El pezón sobresalía, largo y húmedo. Pearl le besó la frente. Cuando acabó, se lo tendió a Walker. Bajaron al vestíbulo y esperaron el taxi.

CAPÍTULO CINCO

El avión que debían tomar para regresar al norte viajaba con medio pasaje. A bordo iban varias familias exhaustas con sus hijos pequeños. Pearl tuvo la impresión de que se parecía a cualquiera de esas jóvenes madres, ojerosa, callada, deseosa de acabar con todo aquello de una vez. Los asientos se agrupaban de tres en tres. Pearl se sentó agotada junto a la ventana. Walker se abrochó el cinturón en el asiento del pasillo. El bebé estaba tendido en un cojín entre los dos.

—Me gustaría tomarme un martini, por favor —dijo ella.

—No sirven bebidas hasta que estemos volando.

—No soy una persona con mucha imaginación, Walker, ni tampoco me sugestiono fácilmente. Pero si cuando sueño ocurre algo desagradable, me tapo los ojos con las manos y me alejo del sueño. No me despierto, sino que me traslado hacia otro sueño. Es algo que se me da muy bien, Walker. En realidad es mi único talento. Ojalá pudiera hacer lo mismo en la vida real.

—La vida real —dijo Walker—. Por el amor de Dios…

—Ya sé que no me expreso muy bien, Walker, pero es que estoy deprimida.

—Sí, de eso no cabe duda —dijo Walker.

Pearl respiró hondo. Dijo:

—El cuerpo es un cadáver, Walker, no es más que un cadáver y lo único que lo separa de la putrefacción es el alma, y yo siento que mi alma se ha marchado. Que se fue hace un año, de hecho. Siento como si, de algún modo, se la hubieran quedado los niños.

—Los niños tienen su propia alma, Pearl.

—Siento como si…

—Solo tienes depresión posparto, Pearl. Tener hijos es algo bonito. Los hijos nos hacen eternos.

—Eso es un concepto judío, ¿verdad? Porque ellos no creen en la

resurrección. No, no, no es eso lo que quiero decir, Walker —dijo mirándolo con ojos lastimeros—. Tengo que ir al baño —dijo.

Walker se levantó y salió al pasillo para dejarla pasar.

—Por qué no te sientas tú ahí —dijo ella señalando la ventana—. No me encuentro bien, puede que tenga que levantarme cada dos por tres.

Pearl se fue hacia la parte trasera del avión. El pasillo estaba lleno de gente colocando sus pertenencias en los portaequipajes. Al fondo del avión había otro bebé en brazos de una mujer muy anciana. Pearl se quedó a su lado mientras esperaba para entrar en el baño. La anciana abría y cerraba la boca en dirección al bebé. El bebé escuchaba muy atento. Era evidente que se entendían. La mujer era la persona más anciana que Pearl hubiera visto en la vida. Era extraño que no se negaran a transportar por el aire a una persona en su estado. En fin, la vida es un misterio, pensó Pearl. Observó el cráneo fuerte y huesudo de la anciana a través del pelo ralo. Era ciertamente extraño que una mujer tan anciana tuviera a su cargo un bebé tan pequeño. Pearl no dejaba de mirarlos. Poco a poco, el bebé apartó los ojos de la anciana y miró a Pearl. Tenía unos ojos dorados, gélidos. Pearl se sentía hechizada. No podía evitarlo. Ser madre la había convertido en una especie aislada. Dobló el dedo índice y lo pasó suavemente, con afecto, por la boca del bebé.

La anciana apartó despacio al bebé y le frotó la cara con la manga del suéter.

—Lo siento —dijo Pearl. La gente mayor es muy especial para ciertas cosas. Les preocupan las enfermedades—. Yo también tengo un bebé y…

Se dio la vuelta y regresó a su asiento, sin recordar por qué lo había abandonado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Walker.

Pearl dijo:

—¿Crees que es posible identificar a una persona transformada solo con mirarla a los ojos?

—¿Perdón? —dijo Walker.

—¿No has oído a los niños hablando del hombre lobo? Peter y Trip. Se han pasado semanas sin hablar de otra cosa. Encontraron un libro o algo así. ¿No los has oído? ¿Es que solo hablan conmigo? Dicen cosas sobre gente que vomita dedos y patas de perro. Sobre cómo las almas de los animales se introducen en el tronco de los hombres…

Walker se frotó la frente con la mano.

—¿Sabías, por ejemplo, que hace mucho tiempo la gente ejecutaba a los

animales por crímenes que creía que habían cometido disfrazados de personas? ¿Qué celebraban juicios y ahorcaban formalmente a las bestias? Y si la criatura en cuestión tenía la mala suerte de que la sorprendieran en el momento del crimen transfigurada todavía en hombre, la desmembraban convencidos de que dentro encontrarían el cuerpo de una bestia…

—Pearl —dijo Walker.

—¡Y esas obras de teatro! Los niños no deberían hacer esas cosas. Los niños deberían jugar al lanzar el platillo o algo así. ¡Las obras de teatro! Dicen que casi todo es de Shakespeare. *Casi todo*. Yo no me lo creo. Siempre están matándose los unos a los otros.

«¿Qué significa ese puñal ensangrentado?
Está caliente, humea todavía.
Salía del mismo corazón de…».

—Pearl —dijo Walker—. Cállate un rato.

La tripulación había cerrado la puerta de la cabina y el avión se disponía a tomar posición de despegue. Desde la ventanilla eran visibles otros aviones de grandes dimensiones formando en semicírculo tras ellos.

Pearl se aferró al brazo de Walker. Se llevó los dedos de él a los labios. Tenía las manos calientes, aterciopeladas, como si debajo la sangre ardiera con furia.

—Solo quiero que entiendas lo que trato de decir. Esos niños volverían loco a cualquiera. Crean sus propios mundos… es terrible…

Estaba alzando la voz. Un adolescente con sombra de bigote y pantalones militares de camuflaje la miró ligeramente alarmado. Los pantalones se habrían confundido perfectamente con un sofá que su madre había tenido una vez, pensó Pearl.

Suspiró. Recostó la cabeza sobre el paño blanco almidonado que colgaba de lo alto del asiento.

Cada cuatro semanas la luna es engullida por un cerdo hostil. Eso es lo que decían los niños, entre risitas. ¡Y qué, y qué! Un modo tan bueno como cualquier otro para explicar por qué no se la veía esa noche.

Pearl acarició el pelo de Sam con un gesto ausente. Estaba durmiendo. El estruendo que inundaba los oídos de ella no lo importunaba lo más mínimo. Era de noche. Por las noches todo iba bien. De lo que ahora recelaba era de las mañanas. De cómo la luz se arrastraba sobre ella *a*

hurtadillas. ¡Y aquel *vacío* entre el ocaso y el amanecer! ¿Quién podía estar preparado para esa luz subrepticia? ¿Quién podía reparar ese daño?

Un día, cuando todos estaban vivos, su padre le había dicho que ella tenía unos mitones mágicos que atraían la nieve.

El avión tenía los alerones levantados. La diminuta maquinaria del interior resultaba visible. Una complejidad arrogante. Indecorosa. Clamaba al cielo.

Estaban todos aprisionados dentro del frágil armazón del aparato. Pearl supo con abrupta claridad que el avión iba a estrellarse. Acababan de separarse del suelo. Los motores producían un sonido agudo y regular. Estaban ascendiendo. Pero Pearl sabía que iban a estrellarse. Estaban demasiado bajos; volaban, de algún modo, por debajo del horizonte. Aferró la mano de Walker.

En el colegio le había enseñado que los bordes del universo habían sido vislumbrados. Pearl había copiado aplicadamente las palabras con que se lo habían dicho: «Los bordes del universo representarían las primeras acumulaciones de materia de un cosmos en evolución. La materia se ve observando a grandes distancias a través del espacio, y por consiguiente, hacia el pasado».

Aquel cuaderno se había perdido hacía años. No era ninguna estudiante, no obstante, esas páginas, esas palabras, resplandecían en su mente: como una señal hacia un caos tan completo, tan ordenado, que en él podía vislumbrar el rostro lunático de Dios.

Soltó la mano de Walker y agarró al bebé.

Se abrazó a las rodillas y apretó la frente contra el respaldo del asiento de delante. Frente a las costas de Madagascar, en las profundidades marinas, viven unos peces obsoletos que nunca llegaron a acudir a su cita con la extinción. De nuevo algo que su padre le había contado en aquellos tiempo en que todos estaban vivos.

Tres minutos después de haber despegado de Miami, el piloto voló con parsimonia hacia la aurora de hierba de los Everglades. Por un instante, el avión dio un fuerte patinazo y acabó hundiendo pesadamente el morro en el barro. El ala derecha se rompió y parte de ella se introdujo en la cabina, separando casi el avión en dos y abriéndolo como quien abre las bisagras de una caja de juguetes infantiles. Pearl sintió como si la arrancaran del asiento y saliera despedida con torpeza, boca arriba, por el aire. A lo mejor era eso lo que en realidad les ocurre a quienes mueren. Imagínatelo. Esa imagen que durante tantos años los visionarios han descrito minuciosamente.

Bastaba con extender los brazos y volar rumbo a casa.

Vio cómo Walker salía disparado hacia atrás y su espesa cabellera se abría para dejar entrar la noche. El brazo de Pearl revoloteó hacia él, pero sus dedos no pudieron aferrar su hombro. Había perdido todo contacto con el bebé.

Cayó del aire con un doloroso impacto y quedó tendida de espaldas a unos treinta metros del avión, con el agua introduciéndose en sus ojos y un gran peso sobre el pecho. La luz del pantano tenía un ligero tono lavanda. Todo humeaba. La hierba desprendía una fetidez horrible. Trató sin fuerzas de arrancarse el peso que le oprimía el pecho. Parecía algo que pudiera levantar. Pero no era nada. El canesú del vestido se le pegaba hecho jirones a los dedos. Algo se alejaba de ella a rastras, gritando. Pearl siguió palpándose el pecho, angustiada ahora por el peso, deseándolo, deseando que fuera el peso del bebé. El cielo poseía un color apagado y absolutamente delirante y proyectaba su brillo sobre un escenario al que despojaba de oscuridad sin por ello iluminarlo en absoluto. Algunas secciones del fuselaje desprendían llamaradas que se extinguían casi al instante. Carne y metal se habían fundido, y los objetos, dañados y deformados, no daban ninguna pista que indicara qué podían haber sido en su momento, y sin embargo todo parecía cruel, ilógicamente vivo. No muy lejos de Pearl había un hombre de pie, muy rígido y en apariencia ileso, que gritaba y gritaba a pesar de que ella no podía oír ningún sonido.

Pearl forcejeaba por girarse sobre el costado, sobre el vientre, por buscar lo que se había extraviado junto al resto de supervivientes. Dos perros, dos mascotas que iban en la bodega de carga, corrieron por su lado sollozando. Uno de ellos regresó, la rodeó, le olisqueó la cabeza y continuó corriendo. Pearl se agarró a la hierba que la sostenía, pero los brazos se le hundieron en el fango casi hasta los codos. Tambaleándose, se puso en cuclillas y por fin, haciendo un esfuerzo colosal, logró levantarse. Se sentía como una salvaje, babeaba, era incapaz de decidir nada.

Oyó cómo su propia voz pronunciaba absurdamente el nombre del bebé. Y luego el de Walker. Tenía la boca hinchada. Las palabras carecían de sentido incluso para sus oídos. Los había arrastrado al desastre por culpa de su estupidez, de su egoísmo. Echó a andar por el pantano a trompicones. Le faltaban un zapato y parte de la piel del brazo derecho. El avión yacía iluminado y yermo bajo la noche sin luna. Ahora había gente que se movía. Por todas partes se veía un humo amarillo. El cielo estaba amarillo. En el cielo se divisaban unas luces que se desplomaban en picado.

Rozó algo y dio un paso atrás. La cosa se dobló contra su brazo desnudo. Estaba tostada, aunque tenía plumas: el ala abrasada de un ave zancuda de gran tamaño. Muerta en sus propios dominios a causa del impacto. Estaba tendida justo frente a Pearl, carbonizada y, a la vez, entera, con sus largas y elegantes patas entrecruzadas con sus piernas, el pico brutal cerrado con discreción. Una criatura piscívora cuyo destino se había cruzado con otro más poderoso y necio. Pearl sintió una arcada. Sus piernas parecían atrapadas entre las patas de la cosa.

Vio una peluca flotando sobre el barro. Varias pelucas.

Se alejó del ave a rastras. «¡Walker!», gritó. Walker. Walker. Había yacido con él y habían concebido un bebé. Los había castigado a todos.

De pronto, sus oídos parecieron abrirse al holocausto. Unas aerolanchas con enormes reflectores flotaban entre la hierba en dirección al aparato siniestrado. Y los gemidos de los heridos eran inhumanos. Aunque familiares, como el ulular de las lechuzas en casa, wuugh-o. wuugh-o. Lechuzas nutriéndose de la abundante carne de la desesperación.

Quienes ahora se movían en tomo a ella eran hombres sanos. Hombres intactos. Pasó junto al muchacho de camuflaje, amarrado aún a su asiento. Una de las cejas estaba medio desgarrada y le colgaba de la cara. Presentaba una espesa mancha oscura en el vientre, a la altura del cinturón.

Pearl volvió a ver a los perros, que corrían delante de ella estampándose contra las cosas como si se hubieran vuelto ciegos.

—Mi bebé —dijo Pearl—. Por favor, yo tenía un bebé. Por favor, devuélvanme a mi bebé. Lo tenía en los brazos.

Un hombre pasó por su lado y estuvo a punto de tumbarla. Pearl lo agarró del brazo.

—Tenía un bebé conmigo —dijo—. Tiene que encontrarlo. Es mi bebé.

El hombre la miró sin esperanzas.

—De acuerdo —dijo—. Quédese aquí, no se mueva de donde está.

Se fue. Pero ella no estaba en ninguna parte. No estaba junto a nada. Ninguna referencia. Las lechuzas, o algo en el pantano, seguían ululando. Los nidos de las lechuzas contienen de todo. Comida para sus penas. Truchas, conejos, tordos. Bolas de pelo y huesos con anillos, wuugh-o. wuugh-o. Pearl volvió a gritar el nombre de Walker y luego el del niño. «Por favor —gritó—. Tengo un bebé. Está aquí».

Pearl se sentó. El pantano, a ambos lados, hizo un ruido de succión. Cruzó los brazos sobre el regazo como si estuviera sujetando algo. Entonces

lo sintió entre los brazos, algo pequeño, que temblaba, y más brazos rodeándola, cargándola, con prisa pero no sin cuidado. Ahora estaba sobre una camilla, con una manta arrugada echada encima. Apretado contra su corazón atribulado tenía a un bebé con vida.

CAPÍTULO SEIS

El bebé estaba tendido en la sala de recién nacidos del hospital, embadurnado con pomada y envuelto en papel aceitado como si fuera un pescado en papillote. De vez en cuando daba un respingo en sueños, estaba rosa y chamuscado, y hasta el último pelo de la cabeza se le había quemado en el accidente.

En el piso de arriba, en una habitación individual, estaba Pearl, con las costillas y el brazo vendados y un rectángulo de gasa pegado con esparadrapo sobre la frente. Estaba tendida con los ojos apretados contra la almohada.

Walker había muerto.

Ella estaba tendida con los ojos apretados, tratando de resucitarlo. El recuerdo es la resurrección. Los muertos deambulan entre nosotros, los vivos, en nuestro recuerdo, y eso es la resurrección.

Pearl nunca había tenido mucha fe. El himno favorito de su madre interfería a cada momento en su colección de imágenes de Walker.

Ohhhhhh El camina conmigo
Y Él habla conmigo
Y Él me dice que soy suuuuuuya

El cristianismo era demasiado carnal para Pearl. Se volteó y se tendió sobre la espalda.

Walker la había llevado una vez en *jeep* por la isla. Tres o cuatro de los niños iban con ellos. Los arándanos caían de los arbustos sobre el *jeep* como si fueran lluvia. Los chiquillos, jadeantes, se asomaban extáticos por los laterales, cayéndose casi, mostrando las encías y agitando los párpados llenos de telarañas rotas.

Los filetes aullaban bajo los árboles. Las espinas de los peces les golpeaban en las órbitas, como pistolas al detonar. Un sonido de puertas cerrándose de golpe, como el sonido de una trampa al dispararse.

Pearl abrió los ojos y se encontró un techo blanco y liso.

Nunca más volvería a recordar a Walker tal y como lo había visto. Había escapado volando de la monotonía de los bosques para internarse en la noche. Hacia el Paraíso, habría dicho su madre.

Dios te ama, decía su madre. Dios nos ama a todos. Y al final nos lleva consigo al Paraíso, donde hallamos eterno refugio contra el pecado, la aflicción y la duda.

Pearl sospechaba que Dios no amaba mucho a los seres humanos. Sospechaba que lo que El más amaba era la Nada.

Dios lo creó todo a partir de nada y Él se nos lleva nuevamente para alimentar esa nada a la que ama.

Aquello era propio de un enfermo, pensó Pearl. Dios no estaba muerto, solo estaba enfermo. Muy, muy enfermo…

La pena era eso, pensó. Todos esos pensamientos e ideas terribles hurgando en su cabeza, tratando de encontrar dónde asentarse.

Vio a otro hombre en la cama de latón que había compartido con Walker… la cama con el cabecero ornamentado hacia el que había levantado sus brazos, sus piernas, con amor.

Un hombre con un pene mitad hierro, mitad carne… Y bellamente bífido, como la lengua de una serpiente, de suerte que le permitiera ejecutar todos los actos del amor a un tiempo…

«¡No!», dijo Pearl. Un pájaro de alas negras había anidado en su ojo izquierdo. Con el derecho veía la habitación de hospital donde sabía que estaba despierta.

Vio a Walker bajo el aspecto de Thomas tirando de ella para dejarla sin aliento. Un muerto que te ama te amará por siempre jamás…

En la habitación había una enfermera ahuecándole la almohada.

—¿Quiere ver a su bebé? —dijo con voz alegre—. ¿Quiere darle el pecho? Acaba de despertarse y aúlla como un hurón. No quiere biberón.

—No —dijo Pearl—. Nunca ha tomado biberón.

Qué bebé tan afortunado, el pequeño Sam. Había otros niños que habían muerto en el accidente. Qué maravillosa gracia. Los designios del destino. Es una bendición que no podamos comprenderlos.

Pearl se desabotonó el camisón.

—Acaba de llegar su cuñado —dijo la enfermera—. Mañana

seguramente le darán el alta.

Pearl se mordió el labio.

—¿No podría quedarme un poco más? —dijo.

—La medicina moderna no tiene solución para las costillas rotas, querida. Y su bebé, el pequeño Sandy…

—¡Sam! —dijo Pearl, preocupada—. Se llama Sam.

—Oh, lo siento, querida, es que hay tantos, cada uno con su nombre, y mi pobre cerebro es tan limitado…

—Sam —dijo Pearl.

—Bien, pues el pequeño Sam está ahora como si se hubiera quemado bajo el sol. Solo eso. No querrá dejar sin cama a quienes de verdad la necesitan, ¿verdad, querida?

La enfermera levantó la cama con la manivela y se fue.

Pearl se quedó sentada, mirando intranquila hacia la puerta. ¿Qué le diría Thomas cuando la viera? Eres detestable. Eso diría. Que era detestable. Que era una holgazana y una estúpida cuya aportación al mundo no era mayor que la de un mosquito. Pearl se abstendría de echarle la culpa a él. Deseó estar muerta para poder, por fin, vivir su propia vida y cantar los viejos himnos.

Y nuestra dicha cuando con Él moremos
todos la ignooooooran

Podía ver a Thomas hablando con los médicos, pagando la factura, firmando los formularios. Podía ver sus ojos tras las gafas oscuras, negros de furia, de rabia hacia ella.

Habían pasado apenas treinta y seis horas desde que Pearl abandonara la isla. Y ahora, con Walker muerto, se disponía a regresar. Y Sam se criaría ahí, junto con los demás. Pearl vio a Peter haciendo que un polluelo se levantara entre los huevos revueltos. Vio a Joe besando a una chica con una lengua pesada como una bota. Vio a los niños corriendo y esperando.

En la casa había un secreter Goddard-Townsend. Alguien quería comprar el secreter por cien mil dólares. Alguien quería que Thomas se presentase a gobernador. Pero el secreter tenía rayones y agujeros, obra de los niños. Y Thomas, cuando se enfadaba, no sabía contener muy bien el genio. Una mujer, alguien familiar, le sonreía y decía: «Ahhh, si la saliva fuera esperma…».

Shelly decía: «No entiendo cómo mi propio hermano, Walker, siendo tan inteligente, pudo casarse con una mujer con un cerebro tan pequeño que podría perdérsele entre el pelo de un gato…».

Miriam cosía sus terribles faldas oscuras, las faldas que representaban todos los miedos de la noche. «Yo ya no creo en el amor —decía—, no desde que murió Johnny». Miriam amaba a Johnny, y ¿de qué le había servido? Sus sentimientos por Johnny eran curvos como una pelota, una barriga, un dogal. No tenían principio. Ni final. Surgían solos. En parte dolor. En parte alivio. Eso era el amor. ¿Cómo era posible? Amar no era sino comprender la muerte. Y Pearl decía, mientras miraba las faldas, mientras veía la historia del esquiador que provocó una avalancha que sepultó a catorce personas, y la del pintor de retratos que pintaba vulvas, y la de la mujer cuya melliza había permanecido veintinueve años alojada en su interior sin nacer, y otras historias, otras imágenes que ni la razón ni la locura eran capaces de aprehender, reunidas en esas faldas que colgaban como casullas de sacerdote en los armarios de la casa que Pearl veía, y decía que el camino que ilumina la muerte es el camino verdadero, que conocer la muerte es lo que nos moldea, lo que nos concede la forma por la que habrán de conocernos. Lo que nos distingue de los animales.

La enfermera le tendió el bebé a Pearl. Sam era una furiosa bola roja que aullaba arrebujada en su mantita.

Pearl lo miró indecisa. Llevaba dos meses dándole el pecho, haciéndole caritas, comprobando a cada momento si estaba mojado. A Pearl los niños nunca le habían parecido razonables. Crecían. Se desvanecían sin haber muerto.

Tomó a Sam y se lo acercó al pecho.

—Mmm, qué rico —dijo la enfermera—. Les dejaré solos.

—¿Tienes hambre, Sam? —susurró Pearl—. Pobrecito bebé. Ya estás a salvo.

Pearl le acarició la mejilla con el pezón. El bebé alargó las manitas en dirección al pecho y empezó a palparlo. Tenía los ojos totalmente cerrados. Comenzó a sorber la leche con furia.

—¡Au! —dijo Pearl con un gesto de dolor.

Se retrepó sobre la almohada para estar más cómoda. El bebé se aferró a ella sin dejar de chupar.

—Yaya, tenías hambre, ¿verdad? —dijo Pearl. Se lo echó hacia arriba, tratando de aliviar el dolor—. Creo que me he olvidado de cómo se hacía esto. Qué idiota eres, Pearl, que no sabes ni…

Volvió a gritar. En el camisón había una mancha de sangre, y otra en la barbilla del bebé. Pearl contuvo el aliento. El bebé resoplaba de rabia, con la carita aplastada y deformada contra el pecho. Aquello era de lo más embarazoso. Quería apartar al bebé del pecho. Su pecho estaba sangrando. Deslizó los dedos entre el pezón y las encías para tratar de separarlo.

—Me parece que ya podrías comer hamburguesas —dijo Pearl. Quería mantener la calma. Quería mostrarse sensata e inteligente.

Una punzada de dolor bajó desde su pecho hasta el vientre. Gritó y apartó de un tirón la cabeza del bebé. Bajó de la cama y se quedó mirándolo. Se había quitado la manta con los pies y estaba tendido gimoteando y dando patadas, con los ojos negros y vidriosos vueltos hacia el cuarto.

Pearl levantó enseguida las barreras laterales para que no se cayera. En realidad estaba tan indefenso… Retrocedió hasta la silla de visitas, situada junto a la ventana, y se sentó. Se miró el pecho. Lo tenía amoratado y salpicado con puntitos de sangre. Se secó con un pañuelo.

Sam no dejaba de revolverse y dar patadas dentro de su pequeño arrullo. Se aferró a la funda de la almohada con el puño. Pearl lo miraba. Sobre el alféizar estaban las sobras del almuerzo. Cogió un panecillo y, acercándose a la cama, abrió el puño del bebé y lo cerró en tomo al pan. El niño se lo llevó hacia la boca y empezó a comer. Cuando se hubo comido más o menos la mitad, se quedó dormido.

A Pearl le parecía bastante evidente que algo le ocurría al niño. De cara se veía normal; era la única parte de él que resultaba visible, que no estaba encapsulada en el suave algodón, en esos adorables artículos de ropa infantil. De hecho, a ojos de un extraño, habría parecido un bebé muy guapo. Pero claro, los extraños solo reconocen lo que están acostumbrados a reconocer en la cara de un bebé.

Le desabrochó la larga camiseta.

—Me parece que no eres un bebé como tiene que ser —dijo Pearl en voz baja. El crío tenía la piel floja y bastante arrugada, recubierta por una pelusilla casi invisible.

Observó sus manitas, las uñas pequeñas y afiladas, la cara lisa, ahora sereña. Su cara era como una máscara, como la de un animalillo.

Tal vez nunca antes lo había observado con tanto detenimiento. Se sentía algo mareada. El bebé tenía en la mano dos pequeñas manchas de nacimiento en forma de círculo. Sam tenía una mancha de nacimiento, pero no ahí, ¿o sí? ¿No la tenía en el pecho?

—Será cosa del *shock*, solo eso —murmuró Pearl.

Se arrodilló en el suelo y vomitó en la cuña. Luego volvió a sentarse en la silla al lado de la ventana. Fuera, el aire vibraba bajo el calor del sol. ¿Qué haría cuando cayera la noche? ¿Cómo soportaría la noche?

—Tú no eres mi bebé —dijo—. Perteneces a otra. —Se apretó los labios con los dedos—. No, no, no —dijo. Quería levantar al niño y acunarlo en brazos, pero tenía miedo. Las cuatro paredes del cuarto parecían ejercer una presión enorme sobre su cabeza.

—Será cosa del *shock*, solo eso —murmuró de nuevo.

En el umbral de la habitación había una anciana de pie. La barbilla, temblorosa, descansaba sobre su pecho. Tenía los escuálidos brazos extendidos a ambos lados del albornoz abierto. Emitía un sonido extraño y quejumbroso.

Cuando apareció la enfermera, se fue.

—Parece que aquí nadie quiere quedarse en su cama —dijo alegremente la enfermera—. A ver si tendremos que ataros.

Era otra enfermera, una mujer de cara redonda, varonil, y con una nariz muy rosada y fabulosamente repugnante.

—¿Quién era esa? —preguntó Pearl—. ¡Estaba a punto de entrar!

—Querría robarle algo —dijo alegremente la enfermera—. Prefieren robar a ver la televisión. La televisión se ha vuelto demasiado obscena para ellas.

No era más que una anciana, pensó Pearl. Florida estaba llena de ancianas. En Florida había más ancianas que granos de uva.

La enfermera estaba mirando a Sam.

—No puedo darle el pecho —dijo Pearl—. Hay que destetarlo, no tengo leche.

—No pasa nada —dijo la enfermera—. No entiendo cómo a la gente puede gustarle tenerlos todo el día ahí amorrados. Me parece casi ofensivo, si quiere que le diga la verdad. Aquí las mujeres les dan el pecho en la lavandería, en el cine, donde sea.

Cogió al bebé y se dirigió hacia la puerta. Sam bostezó. Perfectamente alineados a lado y lado de la encía superior, asomaban unos dientecitos triangulares.

—Madre mía —dijo la enfermera dando un suspiro—. Sí que empieza rápido. La de cosas que he visto trabajando aquí. A veces una piensa que las cosas que lee son ciertas. ¿Ha leído usted eso sobre la fisonomía de las personas? Con el tiempo seremos más altos y más calvos, con la cabeza y los

ojos más grandes, y nos quedaremos sin mandíbula. Dicen que es la contaminación. Yo creo que son los cubanos. Por Dios, estoy tan harta de los cubanos. Gracias a Dios que dentro de cincuenta años yo ya no estaré aquí. Por nada del mundo me cambiaría por usted. Tener un crío, con los tiempos que corren.

Se fue con el bebé. Pearl se quedó sentada, atónita, nuevamente a solas. Al cabo de un rato se levantó y recogió la cuña. Salió al pasillo para lavarla en el baño. En todas las habitaciones había pacientes en condiciones claramente peores que la suya. Entró en el baño. Le apetecía darse una ducha y dejar que el agua se llevara desagüe abajo el dolor que sentía, pero le habían dicho que no se mojara el vendaje de las costillas. Miró con deseo el frío blanco de los cubículos sin cortina. De pronto tuvo la extraña sensación de que había alguien detrás de ella, pero cuando se dio la vuelta no había nadie. Era como si un movimiento sin correspondencia en el mundo de los vivos fluyera hacia el espacio vacío que la rodeaba. Una energía impetuosa que luchaba por cobrar forma. Una sombra famélica. Pearl apoyó la frente sobre las baldosas blancas. Le dio la impresión de que giraban.

Se apartó de la pared y volvió a salir al pasillo. No podía encontrar su cuarto. La habitación que creía que era la suya estaba ocupada por otra anciana vestida con un albornoz pardo manchado. Pearl caminó desconcertada hasta el final del pasillo. Decidió bajar a la sala de recién nacidos, en la planta inferior, para ver a los bebés. Le parecía una idea brillante. Las cosas ya tendrían ocasión de arreglarse. Descendió un tramo corto de peldaños gruesos de color verde. En el rellano había una botella de Dr. Pepper y una novela de bolsillo con una cubierta obscena. El hombre de la cubierta no se parecía en absoluto a Walker. Pearl recordó sus besos, pero todo parecía tremendamente lejano. La boca de Walker era cálida y suave. Era por el oro de sus dientes.

Bajó unos peldaños más y empujó la puerta. Notó un olor dulzón y vagamente sofocante. Las paredes eran paisajes luminosos poblados por animales de feliz aspecto que realizaban tareas humanas. Una parte de la pared, debajo del puesto de enfermeras, estaba esbozada pero no pintada todavía. Estaba llena de unos conejos fantasmales. Ay, ser un niño, pensó Pearl, ser uno con la magia y las imágenes inexpresables. La infancia es un momento maravilloso, un momento maravilloso. Desde ahí uno ve las cosas de un modo distinto. Siguió avanzando con una sonrisa inmóvil en el rostro. Ahí, al otro lado de la sala de recién nacidos, estaban los bebés. Una

de las enfermeras estaba limpiando el colchón de una cuna vacía con un paño húmedo. Los bebés eran una decena y dormían boca abajo, como en cuclillas, vestidos con *bodis* blancos todos idénticos. Algunos eran tan calvos como Sam y algunos estaban tan rojos como él. Pearl se quedó un rato mirándolos y luego se dio la vuelta. Regresó a la puerta de la escalera pasando por delante de varios conejos, un burrito y la Reina Blanca. La Reina Blanca gritó antes de pincharse, ¿verdad? Su memoria iba hacia delante y hacia atrás a un tiempo. Pearl se detuvo frente al depósito de agua y sacó un vaso de papel del dispensador. Al girar la espita se produjo una turbulencia en el interior del cristal. El agua se agitó y golpeó las paredes del bidón, y Pearl vio su cara fragmentada y temblorosa. Se sintió desdichada, apenas humana. Quizá la raza humana todavía estaba por nacer. Quizá todo era un engaño del Gobierno. Todavía no había ocurrido. Esta vida no era más que el vientre.

Pearl salió por la puerta tambaleándose y subió las escaleras. Alguien se había llevado el libro. La habitación que Pearl creía era la suya estaba ahora vacía. Entró aliviada, cerró la puerta tras de sí y se acostó en la cama. El reloj de la pared marcaba las tres en punto. Pearl tenía la sensación de que los relojes marcaban siempre las tres en punto. Alguien le enseñó una vez la fotografía de un niño tendido en un ataúd. Pearl cerró los ojos. Unos bebedores impenitentes estaban bebiendo en una fiesta de bebedores. Brindaban. Por quienes tiran y fallan, dijo alguien. Bebieron todos. Hemos deshonrado lo desconocido, dijo alguien. Hemos aniquilado el espíritu. Bebieron todos.

Pearl miró otra vez el reloj. Todavía marcaba las tres en punto. La hora a la que Cristo murió en la cruz. Hora de que volviera a ocurrir algo. Nos hemos tomado demasiadas libertades. Pearl cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho. ¿Cuándo le devolverían al bebé? ¿Cuándo le dirían que podía irse con él? Ella y Thomas y el bebé saldrían al calor exterior, cual profana trinidad de almas.

Quería que Sam fuera un niño normal, su niño. No como los otros, con sus peculiares retazos de conocimiento, sus deslumbrantes exhibiciones de temperamento. Los otros, aun a pesar de sus múltiples encantos, se le antojaban a Pearl unas florecillas mortales, Satanes en ciernes, citando a Dante con sus dientes de leche, pasando los días en un juego constante cuyas reglas Pearl no acertaba a comprender.

Los ojos de Pearl se desplazaron desde el reloj a la anciana, que volvía a mirar desde la puerta. Era alta y adusta e iba vestida con unas ropas

marrones y descoloridas que, a pesar de su falta de gracia, poseían un aspecto milagroso. La anciana levantó un brazo y fue como si un pájaro levantara un ala y Pearl pudiera verle las plumas de vuelo, distinguir cómo cada una de ellas se imbricaba milagrosamente con la siguiente, del mismo modo en que cada cruel y afilada línea de medianoche era más excelente, mil veces más excelente que las aspiraciones más sinceras de su alma.

Era la anciana del avión, que buscaba a su niño para recuperarlo.

—No está aquí —dijo Pearl.

Pearl estaba cansada de vivir en este mundo. En este mundo las cosas salían mal. Aun cuando uno no albergara deseos y tomara pocas decisiones, su sombra se abatía sobre el camino de los demás y las sombras de ellos se abatían sobre uno.

Pearl buscó a tientas el cepillo de pelo en la mesita de noche. Se puso a cepillarse el pelo. Tenía el pelo enmarañado y cepilló varios pelos canosos en los que no se había fijado el día anterior. Estaban arrugados como alambres. Sus ojos comenzaron a llorar. Tenía un bebé. Tenía que dejar de preocuparse tanto por sí misma.

Pero había algo raro en el bebé. Era como un animal. Ahora tenía un bebé que no era suyo.

La anciana había entrado en la habitación. Sus ojos penetraron en la mente de Pearl y Pearl no dejaba de ver sus ojos y a la anciana detrás de ellos en su mente. Dejó de cepillarse el pelo y trató de retener la posición de la anciana en la habitación para poder llamar a la enfermera y que la echara. Sin embargo, no podía retener su posición. La anciana se movía, rebuscando por el cuarto, volando en círculos por la mente de Pearl.

Pearl dejó caer el cepillo y se agarró los pechos y los ojos y la cabeza en un gesto complejo y desesperado.

A lo mejor no era una anciana ni había estado en el avión ni en parte alguna. A lo mejor solo era la muerte. La muerte, que acudía para decirle a Pearl que una vez más lo había echado todo a perder.

CAPÍTULO SIETE

Tras el accidente, Pearl entró en lo que podría considerarse un periodo de declive. La joven muchacha se había convertido en una mujer disoluta, serena y aquiescente, aunque poseída de una actitud sombría, perpleja y algo ambigua a la hora de expresarse. Pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto o en una silla plegable junto a la piscina, sin energía ni interés para hacer nada más.

Ahí era donde se reunían los niños. Los adultos no utilizaban la piscina. Lincoln iba a la sauna cuando quería relajarse. Shelly no nadaba. Miriam y Thomas eran nadadores fuertes a la vieja usanza y preferían el mar.

Probablemente nadar fuera bueno para el organismo o para el tono muscular o lo que fuese, pero en cualquier caso era un hábito obsesivo y saludable que no iba con Pearl, que personalmente prefería echarse a perder. Llevaba tiempo descuidando su aspecto y cultivando su mala salud, y ahora la piel se le antojaba poco menos que inútil, pues desde hacía tiempo no había manos que la tocaran salvo las suyas propias.

De hecho, había comenzado a abstraerse en la contemplación de su cuerpo enfermizo, el pecho huesudo, la cara bronceada pero enfermiza.

La piscina se hallaba a una distancia considerable de la casa, circundada de forma natural por el prado como si hubiera estado ahí desde siempre. A decir verdad, no estaba muy claro cuándo había sido construida. El pequeño Jesse, que hasta donde Pearl sabía se pasaba el día entero chapoteando por el agua, no se cansaba de hacerle la misma pregunta a todo el mundo, un año tras otro:

—¿Tú estabas aquí cuando abrieron el agujero?

—No —decía Pearl.

Parecía una pregunta sencilla. Pero ella era la única que le daba al chiquillo una respuesta directa. Los otros a veces le decían que sí, que estaban, y otras le decían que no. A veces le decían que lo habían abierto

con unos camiones y tractores más grandes que el más grande de los juguetes, todos resplandeciente y rojos y con olor a caucho, y otras le decían que Miriam había cavado el agujero con una espumadera. Y a veces le decían que lo había hecho el Diablo, que era quien los había creado a todos, porque creando cosas el Diablo disfrutaba incluso más que Dios.

Los niños se burlaban de Jesse diciéndole que había nacido en el agua.

—Tu mamá hizo pis en la piscina y de ahí saliste tú —le cantaban.

A Jesse esas burlas parecían traerlo sin cuidado. A veces ni siquiera las oía. O quizá sí las oía, pero como los peces, gracias al eco, y para él las voces de los niños no eran más que una reverberación familiar en un mar amistoso.

—A tu mamá le gustaba más el agua que los hombres. Tu mamá…

En realidad nadie sabía quién era la madre de Jesse. Thomas lo había sacado de una agencia de adopción de Boston. A Thomas lo había conmovido su fealdad. Jesse era un niño peculiar con un torso amplio y fornido y una piel que parecía arrugada y de un azul acuoso. Incluso cuando se vestía bien y comía con ellos en el comedor formal, tenía aspecto de estar mojado. Su pasatiempo favorito era contener la respiración. Pearl no sabía mucho más de él. Solo sabía lo que veía, que le parecía poco digno de confianza, y lo que los niños le contaban.

Nadie salvo los niños le contaba nunca nada, y sus teorías eran, cuando menos, confusas. Había tantos niños. No obstante, Pearl creía necesario tomar en consideración que crecían rápidamente y que a menudo llevaban ropas distintas, por lo que sin duda no podía haber tantos como parecía.

Solo había doce. No más. No es que no fueran suficientes. Muchos de los que Pearl había conocido al principio se habían marchado. Cuando se hacían mayores, se iban a tierra firme a vivir y a buscar trabajo o al colegio. Thomas era muy generoso. Se lo pagaba todo. Los que ya no estaban enviaban cartas y seguían siéndole devotos, pero él no los invitaba nunca a volver. La «familia» de Thomas se mantenía siempre impúber. De modo que ahora Joe era el mayor, y la pequeña Angie, la menor. Angie tenía una pierna atrofiada. Tenía unos encantadores bucles rubios y unas mejillas rechonchas y una pobre pierna atrofiada. Sin embargo, iba a todas partes con los demás, que la cargaban a hombros mientras ella aullaba y se reía sola.

A Pearl le gustaba la piscina. El fondo estaba pintado de un azul muy oscuro para que pareciera tan natural e insondable como el mar. Atornillado al borde de baldosas, había un pájaro de hierro. Una obra de arte. Valorada

en un buen montón de dinero. Por todas partes había multitud de objetos de aspecto valioso, incluso a los ojos indiferentes de Pearl. Los niños se subían al pájaro, le colgaban las toallas encima y se comían el almuerzo en su interior. En ocasiones, Pearl habría deseado ser más pequeña para poder meterse dentro ella también. Le gustaban las órbitas aplastadas y retorcidas que figuraban los ojos, sus espacios de hierro vacíos, la madera devorada por los gusanos que formaba las patas y el pico.

Pearl no nadaba pero le gustaba tomar vino blanco y frío al sol. Todas las mañanas vaciaba media docena de bandejas de hielo en una cubitera de *whisky* abollada, metía dentro un litro y medio de vino y salía con su pesada carga a recibir el día incipiente.

En verano, durante el día no tomaba más que vino, pues creía que le permitía sobrellevar mejor la presencia de los niños. Ni aun así la sobrellevaba muy bien, a pesar de que prefería conversar con ellos que con los adultos. Los niños eran como borrachos, siempre dispuestos a hablar sin moderación y sin coherencia. En ese sentido, Pearl más o menos los entendía.

Pearl dejaba que Timmy, el hermano menor de Tracker, le descorchara el vino. El corcho se lo quedaba para la pistola.

—¡Pearl, Pearl, ven a nadar con nosotros! —gritaban los niños.

Era agosto, por la mañana. El césped estaba amarillo. El cuerpo de Pearl relucía de lociones y sudor.

—No voy a nadar —dijo Pearl lánguidamente—. Ni siquiera tengo ganas de flotar.

Se echó a reír al ver cómo le sonreían.

—¡Pearl! ¡Pearl! —gritaban incansables los niños. Sus voces llevaban muchas estaciones cantándole, volando suavemente, hostigándola con silenciosa dulzura.

—Pearl, cuéntanos un secreto.

—No tengo secretos para vosotros —dijo ella negando con la cabeza.

—Tienes algo raro en el pecho, Pearl —dijo Trip con los labios acariciándole la oreja.

Pearl abrió los ojos. Notó que sobre el pecho tenía algo blanduzco y húmedo. Lanzó una mirada severa. Alguna especie de hongo. Arrancado de un roble. Lo arrojó a la piscina y volvió a cerrar los ojos.

—Ecs —dijo—, vosotros y vuestros juegos.

Trip tenía en la cara una mancha de nacimiento que a Pearl no le gustaba ver. No es que lo desfigurara. Resultaba más insultante que otra

cosa. Era perfectamente capaz de ocultarla con maquillaje. Pearl lo sabía porque a veces no tenía nada en el pómulo y entonces parecía un niño guapo normal y corriente. Con un rostro acorde con la infancia, pues ¿no es el rostro de la infancia esencialmente el mismo en todas partes? Pero Trip prefería embellecer la mancha a ocultarla. Era del tamaño de una moneda de cincuenta centavos y de color frambuesa brillante. Se prestaba muy bien a la experimentación. Por lo común presentaba el aspecto de una cabeza de zorro, pero en ocasiones sugería algo más sexual. El muchacho era una mancha de tinta ambulante. Era un pillo. Siempre había sido un pillo. Años atrás, durante el primer año de Pearl en la isla, cuando lo enviaron al colegio de Morgansport por primera vez, no duró ni un día. Un chiquillo tan despierto e inteligente, tan encantador con su traje de lana nuevo y sus zapatillas nuevas y el pelo cepillado y reluciente. Y fue y se orinó encima de los lápices de colores de los otros niños en la clase de dibujo. Y mordió al profesor que lo había regañado a la hora de la siesta. Desde entonces no había vuelto al colegio. Alguien debería haberle dado un azote en ese momento, pensó Pearl. Todos necesitaban un azote.

Pearl nunca le habría puesto la mano encima a ninguno de los niños. En lugar de eso, había ideado un truco para no ponerse en su punto de mira. El truco no era del todo fiable, es cierto, pero cuando funcionaba era una maravilla. Se concentraba, se levantaba imaginariamente y se iba a otra parte. Su cuerpo se quedaba ahí, rodeado por las risas de los niños, pero ella desaparecía. Lejos de la irritación o el miedo o el aburrimiento o la conciencia. Sabiendo sin saber, alejada con el pensamiento, aunque su cuerpo permaneciera ahí, en la oscuridad, acariciado por los susurros del verano. Su otro yo, en las alturas. Fría, limpiamente vacía de sí misma. Otra cosa. A kilómetros y kilómetros de distancia, sin necesitar nada, levitando.

Todo ser vivo sufre transfiguraciones. Sí, hasta la creación de Eva, Adán acariciaba a las bestias.

—Pearl, ven al agua —dijo otro de los niños.

—Oh, no puedo —dijo ella sonriendo—. Me ahogaría.

Sonreía y sonreía. Se había elevado como una santa, con el estigma del vino derramado sobre las palmas de las manos, dejando su cuerpo atrás para que los chiquillos se preocuparan todo lo que quisieran.

A veces podía permanecer ausente durante un buen rato. A veces, cuando regresaba, lo hacía a un lugar distinto. Estaba en camisón, en la cama, con el pelo cepillado sobre una almohada. Estaba en la mesa del comedor, con un vestido recatado que Thomas había comprado por

catálogo.

Y Thomas decía con su voz empalagosa y asexuada:

—No deberías pasar tanto tiempo con los niños. Deberías descansar más.

Cuando ella y Thomas hablaban, hablaban sobre todo sobre su salud. Él no le había hecho la vida difícil. Nunca le había dicho que era «detestable». En realidad, Thomas cuidaba de ella. Pearl vivía en su casa, comía su comida, bebía su vino. Él era su guardián, su anfitrión. Con todo, para los niños era obvio que entre ambos había dolor y antipatía. Al igual que con todo, amoldaban esa constatación a propósitos que les resultaran aceptables. Los niños no dejaban pasar nada sin someterlo a interpretación.

—Pearl —decía Thomas—, los niños tienen sus propias reglas. Su mundo es suyo. No deberías intentar entrar en su mundo.

—Pero yo prefiero su vida a la nuestra —decía ella.

Pearl siempre se sentía humillada por Thomas. No le gustaba hablar con él de la vida de los niños. Aun así, lo cierto era que Thomas no le había puesto las cosas difíciles. No había intentado «arrebatarle» a Sam. Sam crecía a su manera. Las cosas se habían asentado. Incluso era posible que hubieran mejorado. Ahora, cuando Pearl se acercaba a Sam, el niño no le pegaba como cuando era un bebé. Cuando era un bebé, Pearl iba cubierta de cardenales. No podía sujetarlo. No se dejaba.

—No debes ceder a las pretensiones de los niños, Pearl —decía Thomas —. Tienes que hacer un esfuerzo. Eres demasiado impresionable, ¿sabes? Dejas que te roben demasiado tiempo.

—Estoy en guardia —decía Pearl.

Pearl sabía que los niños no eran lo que aparentaban. Sabía que muchas de las cosas que la visitaban durante las largas y desperdiciadas horas del día no eran niños. Eran fantasmas, meras manifestaciones de su necio, remordido y destructivo yo.

Hubo una vez en que Pearl había deseado la muerte, pero desde su regreso a la isla había caído en la cuenta de que la muerte era, en el mejor de los casos, una resolución baldía. El alma se separaba al fin del cuerpo, pero seguía reteniendo recuerdos y sintiendo apetitos. Así lo veía ella. Sí. ¿Y para qué servía estar muerto y seguir sintiendo apetitos, los distintos apetitos del amor?

—¡Yen, Pearl, ven al agua! Si te ahogas, te salvaremos.

Notó unos deditos entrelazados entre los suyos. Vio las manos suaves de los niños con sus uñas cuadradas y rosas, en cada uña una preciosa media

luna, reflejo de una porción de mundo. Sus cabezas mojadas goteaban sobre sus pechos.

Jane hurgaba con el dedo en un hormiguero que había al lado de la piscina. Se chupó una hormiga del dedo y se la tragó.

—No hagas eso, por favor —dijo Pearl—. Te vas a poner mala.

—Están buenas —dijo Jane. Era una niña fuerte y bronceada, y tenía los ojos pequeños y muy juntos.

—Pearl, ¿por qué zumban las abejas? ¿Lo sabes, Pearl? —dijo Timmy acercando su cara a la de ella.

El sol los contenía a todos. A Pearl el día no la inquietaba. Era el atardecer lo que la hacía infeliz. El resto del tiempo iba tirando. Pero el atardecer era una hora difícil. Al atardecer se pasaba a la ginebra. La hora de su boda. La hora entre el perro y el lobo. A veces era como si en la isla se produjeran varios atardeceres en un solo día. Llegaban con las tormentas y la niebla. El cambio estaba en la niebla. El Diablo.

La madre de Pearl le dijo una vez que no debía avergonzarse por decir que había visto al Diablo.

—Lutero vio al Diablo, Pearl, y Lutero era un hombre extraordinario. Y lo vio en el baño. El Diablo está en todas partes, Pearl, y nunca debes tener miedo a decir que lo has visto.

Su madre, que en paz descanse, era una mujer de ideas simples, pero a la larga todo era una cuestión de cómo se expresaba uno.

Los niños treparon al regazo de Pearl y le rodearon el cuello con los brazos.

—No llores, Pearl —dijeron, toqueteándola con sus suaves patitas de hechicero—. Es un acertijo.

A veces sentía como si de los niños le infligieran heridas innúmeras e indescriptibles.

—Mira —dijo Ashbel.

En la mano tenía un tarro con dos mantis. Había dejado de jugar con el barro para molestarla un poco también él. Ashbel siempre estaba construyendo cosas. Sus pequeñas estructuras se hallaban repartidas por toda la isla. No muy lejos de la piscina estaba su última creación, un montículo de madera, hierba y cartón que, según él, tenía tres habitaciones. Sería un gran arquitecto, pensó Pearl. Quizá cuando crezca pueda construirme una casa a las puertas del cielo.

Ashbel le sonreía. Pero ella no quería mirarlo. ¿Qué vería? En vez de ello, miró hacia el mar y sus ojos vislumbraron una silueta marrón recortada

sobre el verde brillante del terraplén que bajaba hasta el agua. Semejaba un animal, grande como un hombre, pero recostado de lado, exhausto, con las piernas moviéndose de forma errática y el hocico husmeando el aire. Pero no era nada. Una montaña de césped cortado que los niños no se habían llevado todavía al lecho de flores. Nada. Un desecho putrefacto donde los niños jugaban. Nada.

—Sí, mira, Pearl —dijo Franny, su melliza, girando la cara de Pearl con las manos hacia el tarro. Los niños buscaban el contacto físico. Pearl sentía algo antinatural bajo sus abrazos.

Ashbel separó los insectos con un golpe de muñeca.

—Son una mamá y un papá. Marido y esposa.

Pearl miró el tarro. La mantis macho trepaba por el cristal hacia la tapa, en un frenético intento de evasión.

—¿Por qué querías un bebé, Pearl? ¿Por qué querías a Sam?

—Por orgullo. Las mujeres tienen bebés por orgullo —dijo Pearl, preguntándose si acaso no sería cierto.

—Joe dice que hacen falta entre dos coma nueve y tres coma dos segundos para hacer un niño, ¿es verdad, Pearl? —dijo Ashbel dándole palmaditas en la mano para llamar su atención.

—Cuando los bebés empiezan a formarse tienen cola entre las piernas y branquias en el cuello, ¿a que sí, Pearl? —dijo Franny.

A una de las mantis del tarro le faltaba una pata y un ojo. Era una criatura grácil y de un color muy bonito, pero uno de los ojos se había salido de la órbita y colgaba como un botón sanguinolento.

—Ashbel —dijo Pearl—, me parece que tus mascotas se están peleando o algo.

—Están haciendo el amor —dijo el niño—. Les dejo que lo hagan.

—Tu madre debería cortarte el pelo, Ashbel —dijo Pearl. El chiquillo tenía una hermosa mata de pelo reluciente, pero lo cierto es que lo llevaba demasiado largo. Se lo apartó de las mejillas. A Pearl siempre le parecía que Ashbel le sonreía. Tenía dos dientes delanteros blancos y maravillosamente nuevos, algo protuberantes. Probablemente Miriam debería llevarlo también al dentista.

Franny no guardaba ningún parecido con su mellizo. Tenía los dientes casi grises. A lo mejor se comía la goma de borrar o tomaba té. Aparte de eso, era muy guapa.

—Madre no se fija en el pelo de Ashbel —dijo Franny—. Madre nos ve iguales todos los días. —Ladeó un poco la cabeza para que su pelo, más

corto, cayera sobre la mejilla de Pearl—. Tú eres más guapa que madre —dijo.

Ciertamente, los niños eran inquietantes. Se hacía difícil pensar mucho rato en ellos. Eran todos unos nihilistas pretenciosos y uno no tenía más remedio que protegerse constantemente de sus dotes asesinas.

Pearl se angustió ante esos siniestros pensamientos y se estiró sobre la silla.

—Yo creo que tu madre es muy guapa —dijo Pearl—. Lo malo es su trabajo.

—Sí, es verdad —asintió Franny.

Las faldas de Miriam le consumían cada vez más tiempo. La gente le enviaba material desde todas partes. Cada retal tenía un significado; cada hilo, una fuerza kármica. Pearl la comprendía. No era extraño que no tuviera tiempo para los mellizos. La causalidad hacía que la cabeza le diera vueltas. Su ocupación era la comida y la confección de aquellas faldas cósmicas. Dedicarse a sus hijos no iba a servirle de mucho. Además, ¿no había dedicado su corazón a su primogénito? ¿Y no había sido ello causa de pesar y confusión? Enterrado bajo el romero, con una bolsa de canicas y un tazón de plata con conejitos. A lo mejor, en su corazón, Miriam sentía que los mellizos eran algo desabridos. Redundantes. Tenían edad suficiente para no depender del entusiasmo que su madre sintiera por ellos. Sabían nadar y conocían las reglas del bosque. Sabían prepararse el desayuno. Sabían dónde estaban la leche y las mantas para el frío y las lámparas para la oscuridad.

—Es una mujer muy interesante —dijo Pearl.

—Pero hablar con ella no es muy divertido —dijo Franny. Y apoyando la mejilla sobre la cabeza de Pearl agregó—: Tu pelo huele bien.

—Echo un poco de miel en el champú —dijo Pearl.

Los niños eran afectuosos, pero decadentes. Y a cada momento cambiaban de tema de conversación. Pearl tensó los hombros y Franny levantó la cabeza, riendo.

—Hablar con madre no es divertido porque siempre que le enseñas algo que nunca habías hecho o le cuentas algo que nunca te había pasado se queda mirando una de esas malditas faldas y te dice que es la historia de alguien.

Franny dijo todo esto en voz alta sobre el pelo de Pearl.

—No maldigas —dijo Pearl.

—No hace más que hablar de las cosas que pone en las faldas. Dice:

«Esta pieza de encaje viene del vestido con el que bautizaron a Remedios Borges, una niña española del siglo diecinueve que murió antes de cumplir diez años y cuyos cuadros hechos con heces tuvieron buena acogida entre la aristocracia vanguardista de Milán».

—¿Cuadros hechos con heces? —dijo Pearl consternada.

—El que yo hice —dijo Ashbel— era una casa con un árbol y un sol con rayos.

—Me acuerdo —dijo Franny frunciendo la nariz. Estaba pasando por una etapa muy higiénica. Se lavaba las manos a todas horas.

—Me temo que me estáis cansando —dijo Pearl.

Algunos de los niños estaban acurrucados a sus pies. Vio a uno orinando en un arbusto y a otro que la miraba con esa espera curiosa y desapasionada de los animales salvajes. ¡Qué niños, esos, con sus ojos de cóndor! Pearl sintió que al mirarlos se le hundía el corazón.

Sus ojos, apartados ahora de los niños, se posaron sobre el tarro de Ashbel, donde la mantis macho desaparecía a un ritmo desconcertante. Trataba de aparearse con la hembra, y lo cierto es que lo estaba logrando, aunque ahora le faltaban dos patas y la cabeza. ¿Dónde está el padre de los mellizos?, pensó Pearl presa del pánico.

—¿Dónde está vuestro padre? —inquirió.

—Oh, Pearl —dijo Franny—, huyó, ya lo sabes.

—Un día atacó a Miriam con un hacha pensando que estaba podando una vid y luego huyó —añadió Peter.

—¿Recuerdas aquella vez que yo estaba jugando con los soldaditos de plomo en el porche y se me ocurrió aquel estupendo plan de batalla? —le preguntó Ashbel a su hermana—. ¿Y que madre llegó, miró y tocándose el ombligo dijo: «Este hilo salió de la guerrera de un joven confederado al que mataron en la batalla de Petersburg, donde la presión de los hombres era tal que los muertos no tenían sitio para caer y permanecían en posición vertical»? ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo Franny—. Madre y sus odiosas faldas.

—Oh —dijo Pearl—, por favor, marchaos.

Los niños eran agotadores. Y estaban tan cerca de ella que le respiraban encima con su dulce aliento.

Entonces uno de los chicos dijo:

—Eso, dejad en paz a Pearl un rato.

—¿Quién eres tú? —preguntó Pearl—. ¿Cuál eres? ¿Quién es? —preguntó a los demás.

—Es Sam —dijo Ashbel—. ¡Tu Sam!

—Por el amor del cielo —dijo Pearl irritada.

—Sam dice que puede hacer plantas. ¿Es verdad, Pearl? —dijo Tracker.

—Nadie puede hacer plantas.

—Pearl, eres muy divertida —dijo Franny riendo.

Ashbel olió el pelo de Pearl.

—Si machacas las glándulas pituitarias de una vaca y las usas como champú, ¿puedes ver con el pelo? —preguntó.

—No —dijo Pearl con brusquedad.

Empezaron a llegar más niños que no tenían nada que hacer. A Pearl le faltaban fuerzas para levantarse y dejarlos ahí. Sin duda, nunca volvería a tener fuerzas para abandonar de nuevo la isla. Se quedaría ahí para siempre, bebiendo hasta el estupor, con todos sus deseos cumplidos.

Y es que las islas son el lugar indicado para eso, ¿sí o no? Las islas Afortunadas, etcétera. El lugar donde se originan los niños, la tierra adonde van a parar los muertos.

CAPÍTULO OCHO

—¿Cuál era la bestia de *La bella y la bestia*, Pearl? ¿Qué aspecto tenía? —preguntó Jane.

—Me parece que era una serpiente —dijo Pearl.

—¡Una serpiente! ¡Puaj! —dijo Jane.

Joe se rio. Estaba echado boca arriba, vestido con un traje de baño ajustado de color negro. Olía como un saco de sal. Estaba muy bronceado. Los sábados por la noche, en Morgansport, las chicas tenían que ponerse Kleenex en las bragas ante la mera idea de bailar con él.

Tenía una planta tan formidable que a veces Pearl se preguntaba si no sería un mutante o algo por el estilo. El sudor le perlaba las sienes como para indicar la profundidad de sus pensamientos. Se sonrojó. Había visto de qué forma tan grosera y pragmática flirteaba Joe con las chicas del pueblo. Podía imaginárselas sentadas en el apoyabrazos de la platea del cine, revolviéndose y gimoteando en la oscuridad.

—Eres guapa, Pearl —dijo Timmy con su vocecita gruñona—. ¿En qué piensas?

A Pearl se le agitaron los párpados.

—Tienes un bicho en el vaso, Pearl, mira —dijo Jane—. ¿Quieres que te lo saque?

—Beberé por el otro lado —dijo Pearl.

—¿Por qué bebes? —gritó Tracker, con ganas de molestarla—. ¡Pearl! ¡Pearl!

—Porque hace que te florezcan los huesos, ¿verdad que sí? ¿No es eso lo que tú dices, Pearl? —intervino Peter con entusiasmo. Peter quería ser mago. Pensaba que un número con huesos como ese podía ser la ilusión más bella del mundo. El muchacho hacia cabriolas delante de Pearl con una sábana blanca hecha jirones; en la piel tenía señales marítimas pintadas con rotulador. Vio cómo retorcía los dedos hasta transformarlos en garras y

luego en dedos nuevamente.

—Así es —asintió Pearl—. Bebo porque hace que me florezcan los huesos. Eso es lo que digo.

A los niños les encantaba la imagen y podían ver la verdad. Se imaginaban un fragante árbol de huesos transformándose en flores. Sin embargo, al besarla no notaron más que el sabor de la infelicidad en la que estaba sumida. No sabía a flores en absoluto.

—Sweet, cuéntanos un cuento —dijo Franny de repente.

—Eso —dijo Tracker—. Cuéntanos el de la isla que en realidad era una criatura viva.

—No —dijo Franny—. Ese no. A Ashbel le da miedo.

Había en el mar una isla desconocida. Quienes se perdían la encontraban, pero cuando intentaban vivir en ella, la isla se sumergía en el mar y todas las personas se ahogaban, porque era una criatura viva y sus pies estaban arraigados en la muerte.

Sweet modificaba el cuento cada vez que lo contaba. Se saltaba lo de que los pies de la criatura estaban arraigados en la muerte.

—No se me ocurre ningún cuento —dijo Sweet.

Sweet ya era mayor para cuentos y juegos, pensó Pearl.

El cuerpo se le estaba volviendo espigado, y la cara, angulosa y obstinada. Se le estaban formando una cara propia y unos pensamientos propios acerca de las cosas. Quería crecer y ver el mundo como algo sencillo y peligroso. Quería hacer algo ilícito.

Timmy desplazó la atención hacia su padre, que caminaba silbando en dirección a la sauna. Tracker también lo siguió con los ojos.

—Chicos… —dijo Pearl, nerviosa. Siempre se ponía nerviosa cuando miraban a Lincoln de esa manera. Lo despreciaban. Siempre maquinaban destinos terribles para él.

Uno de los pequeños le entregó a Pearl un cubo de estaño lleno de arándanos. Al verlo, Pearl se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Ya casi debe de ser mediodía, pensó Pearl. Lincoln siempre se masturbaba en la sauna antes del almuerzo. Pearl sabía que a veces los niños lo espiaban.

Tracker sonrió y saludó a Lincoln con la mano. Lincoln estaba demasiado lejos para oír las palabras que salían de la boca de Tracker.

—Papá, papá, cabronazo, comemierda, así las arañas aniden en tu culo…

—Chist —dijo Pearl—. Cállate, por favor.

Se llevó un arándano a la boca y luego alargó la mano hacia la cubitera para rellenarse la copa.

Joe estaba de pie sobre su cabeza. Con las piernas abiertas hasta el límite último. Poco a poco, volvió a juntarlas. Parecía una criatura salvaje y exótica con unos testículos envueltos entre los hombros.

—Lincoln va ahí a meneársela, Pearl, nosotros los hemos visto. Hay un agujerillo en la pared, detrás del zumaque. Yen a ver, Pearl. Te lo enseñaremos.

—No —dijo Pearl. Se quedó mirándolos por un instante—. El zumaque me da urticaria.

Se echó a reír. Un golpe de viento sopló entre los árboles arrancándoles un crujido que sonó como el agua cuando hierve para el té.

Pearl aguantó el vino un momento en la boca, sin tragar.

—Se le queda cara de tonto, Pearl. Saca la lengua. Y abre tanto los ojos que podrías darle de un escupitajo.

—¿Por qué hace eso, si tiene a mamá? —preguntó Jane.

—Tú no tienes a nadie, ¿verdad, Pearl? —dijo Timmy con tristeza mientras revolvía los arándanos taciturno, sin llegar a coger ninguno.

—Pearl tiene a Walker —dijo Jane.

Los más pequeños creían con firmeza que los muertos estaban meramente a merced de una presencia implacable, más o menos prolongada.

—Pearl nos tiene a nosotros —dijo Trip.

Despedía un olor penetrante y dulzón. Una vez, por Navidad, le había regalado a Pearl un bonito frasco con una tapita de plata, un viejo frasco de perfume. Estaba lleno de una cosa que parecía vaselina azul. «Es una pomada especial, Pearl —le dijo—. Peter y yo la hemos hecho especialmente para ti. Lleva estramonio. Cuando la uses, tendrás unos sueños maravillosos y no te hará falta ningún hombre».

Pearl apretó los labios al recordarlo. Miró a Trip con sus ojos heridos de sol y vio su rostro delgado y veloz. La lengua le colgaba felizmente.

—¿Crees que podría darle un infarto ahí dentro? —dijo Tracker con esperanza—. Como hace tanto calor y está tan gordo y eso.

—Me encantaría agarrar mi arco, tensar la cuerda y dejarlo hecho un san Sebastián —dijo Timmy.

—Tú solo tienes un arco de juguete. Como tu pistola de corchos. Con eso no matas a nadie —dijo Ashbel, acurrucado en las rodillas de Pearl. Tenía el labio inferior escondido remilgadamente detrás de los dientes.

—Una vez le enseñé mi cosa a Jane y Lincoln me pegó tan fuerte que me hizo saltar un diente —murmuró Tracker.

—¿Y quién iba a querer ver tu cosa? —dijo Jane.

—No deberías enseñarles tu cosa a las chicas —dijo Pearl distraídamente.

Joe la miraba desde su peculiar postura, con las musculosas piernas separadas de nuevo. Observaba el nivel del vino en la botella depositada sobre la hierba. Joe era algo mojigato en lo que se refería al alcohol. Era un creyente convencido en el cuidado y la preservación del propio vehículo físico. Siempre corriendo por la playa y haciendo hatha yoga con esa cosa ridícula en la cabeza.

—Deberías moderarte con la bebida —dijo desde su posición elevada —. Es tan mala para la mente como para el cuerpo. Las neuronas del cerebro mueren a diario, y la bebida no hace más que acelerar el proceso. Es como si cada día se apagaran un montón de lucecitas en tu cerebro.

Todos parecían pensativos. Miraron a Pearl como si pudieran ver cómo sus neuronas iban apagándose por puñados, cual si fueran bombillas, chispando y titilando, chisporroteando hasta esfumarse.

Pearl volvió a dejar la botella en su nido de hielo a medio deshacer. Prefería a Joe cuando era niño y se pasaba el tiempo callado.

—Cuando los hombres y las mujeres hacen los bebés, ¿se acuestan uno junto al otro y se abrazan y se besan? —preguntó Franny, cambiando hábilmente de tema.

—El amor es algo secreto, ¿verdad, Pearl? —preguntó Jane, acariciando con la cara la mano vacía de Pearl.

—Hay ciertos tipos de amor en los que es difícil pensar —admitió Pearl.

Amar era sumergirse uno mismo en las aguas de la realidad. Ella no sabía nada al respecto.

—Un día podríamos echarle matarratas en la cerveza —dijo Timmy. Tenía las manos cerradas como si fueran garras y miraba a los demás—. A lo mejor así…

—¡Timmy! —gritó Pearl—. ¡Ya está bien! —Sintió como si una corona de frío le ciñera la frente—. Lincoln es tu padre. Él también te hizo. Sin él, ni siquiera estarías aquí.

El pensamiento hizo que la corona de frío se ciñera con más fuerza sobre sus ojos. El cálido día dejaba oír ruido de truenos, a pesar de que el cielo era de un azul perfecto. La pequeña Angie balbucía junto a su cadera.

Pearl la miró.

—Oh, no, cariño, no quiero eso. No es bonito ir dándole popó a la gente. Eso no es un regalo, Angie. Tráeme una flor o algo. Franny, límpiale las manos. Ponle un pañal. Debería llevar pañal.

Timmy miraba a Pearl con semblante ceñudo, como si fuera a llorar.

—Papá no me hizo —dijo.

—Nos hizo Dios —dijo Tracker.

Pearl echó un vistazo al grupo congregado en torno a ella. Miró a cada uno por turnos. Miró a Sam. Sam dormía con los ojos abiertos y miraba con los ojos cerrados. Estaba segura.

—Nos hizo Dios —repitió Tracker satisfecho—. El cabrón ese no tuvo nada que ver.

Pearl miró hacia la sauna y se imaginó a Lincoln machacándosela ahí dentro, las pelotas rebotando sobre el banco como guisantes en un cubo. A la búsqueda de vencer a la muerte convirtiéndose en padre de sí mismo.

Pearl hizo girar el vaso vacío sobre la mejilla. Algunos de los niños corrieron a mirar por el agujerito que habían practicado en la pared. Se imaginó lo que verían: a Lincoln con la cabeza recostada sobre una piedra lisa, el brazo y la pierna colgando de una balda grasienta. Lincoln tendido con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. El pene doblado como un gusano sudoroso. Un músculo palpitante a la altura del estómago…

Lincoln se frotó el pecho con el dedo pulgar para arrancarse una capa de piel fina. Fuera. Con sus ángeles de la guarda. Su mente no era más que carne, tiras colgantes de carne entre el pelo sudoroso. Se hundió ligeramente sobre la balda para que la cabeza le colgara hacia atrás. Los párpados le temblaban. Su polla se alzó. La hizo oscilar. Sondeando el aire espeso.

Qué pena que un hombre de natural tan disciplinado hubiera terminado llevando una vida tan caótica. Odiaba la isla con todas sus fuerzas, pero ahí estaba. Con las mujeres y los chiquillos. Con el olor a orín y tarta y a tabla de planchar. Y aquel impávido cabrón sin alma, Thomas, que se pavoneaba por ahí como un rey en el exilio.

La polla de Lincoln ganó volumen y brillo.

Los placeres de la soledad, de la mente desatada. De la mente al deambular y penetrar en el más ridículo de los agujeros. El follarse esos coños secos y polvorientos que le ofrecían las mujeres. Realmente aquello

no era para él. Prefería los placeres que le brindaba la mente. Nunca lo había atraído demasiado la idea de insertar una porción de su cuerpo en la parte complementaria de una mujer. Llave y cerradura. Esas cosas. El palo mayor y la fogonadura. Cuánto tedio. Los mejores polvos son los de la mente. La conciencia no significa una mierda.

Aquellos chiquillos infelices le llevaban ventaja en ese aspecto. Estaban libres de razón, eran profundamente naturales, profundamente indecentes. La civilización los había rehusado. No había ni uno que fuera al colegio. Demasiado refinados para ir al colegio, decía Thomas. Joe había ido una temporada. Había jugado al fútbol y maldito sea si no había matado a aquel chaval. Lincoln pudo verlo desde la grada, con el resto de la familia. En realidad, oírlo, más que verlo. Un sonido como de carámbanos al caer sobre un suelo de cemento. Aquel chiquillo enclenque, con aquel casco inmenso con un glotón pintado, que desafortunadamente llevaba la pelota.

Nadie castigó a Joe por partir al chaval por la mitad. Ni una palabra severa. Ni siquiera una protesta de la madre del chiquillo enclenque, quien acaso consideró preferible que su hijo hubiera muerto en la inocencia de la juventud a que más tarde se convirtiera en víctima de los crueles desengaños de la vida.

Joe tenía una lengua como una toalla. Verlo comer era asistir a algo portentoso.

Lincoln se acarició las pelotas. Las tenía ardiendo, le dolían. Se frotó la mano por el estómago, trazó un círculo en torno a los pezones amarillentos, la deslizó hasta la garganta, se introdujo el pulgar en la boca un instante, se lamió el sudor de los labios.

El resto de los niños lo sacaban de quicio. Vulgares sinvergüenzas. Lo único que poseían era una capacidad proteica para el cambio anodino. Iones en el aire es lo que eran. Los parían como gatos. Y eran peores que los perros. Ruidosos, aduladores. Su aspecto humano no era más que una caseta de perro. Todavía se asombraba de que lo consideraran padre de algunos de ellos. Detestaba a los niños. Les dolía la tripa, eran tercos y no tiraban de la cadena. Se estremecían ante lo que no era de temer y se mostraban impávidos a la hora de enfrentarse a realidades físicas capaces de exterminarlos en un abrir y cerrar de ojos. No es que lo angustiaran en un sentido intelectual (pues no eran más que niños), ni físico (pues estaban bien formados), ni siquiera ético (pues podía tolerar cierto grado de salvajismo). Su repugnancia hacia ellos era *metafísica*.

—Llámame «tesoro», papá —le decía Jane todas las noches cuando era

pequeña—. Di: «Buenas noches, tesoro».

Por aquel entonces, la niña eran paciente como una piedra y, como su madre, inmune al desaire.

—Buenas noches, tesoro —repetía Lincoln sin ternura, mientras le pasaba el camisón por la cabeza, por el diminuto sexo, lampiño como un panecillo, por las piernas. En presencia de sus hijos, Lincoln no sentía ni amor ni culpa. En su presencia era un hombre equilibrado.

Había sido un hombre equilibrado antes y también lo era ahora. Fue entremedias que ocurrió algo terrible, y ese algo era el haber sido cortejado por Shelly. Aquello había cambiado su vida. Y ahí estaba ahora, un misógino casado en una isla repleta de niños.

En tiempos había sido matemático, profesor en una pequeña universidad. Consideraba que su arte, que dependía del concepto de la nada, era acorde con su vida en general. Números puros como la luz. Un orden en el universo. Tres el masculino, cuatro el femenino, siete los ojos de Dios. Shelly asistía a una de sus clases y la tenía por la más tonta del grupo. Entregaba sus trabajos en blanco. Apenas unos pocos manchurrones y unos rizos de pelo a título de muestra de las extensas regiones desérticas de su cerebro. Lincoln era un hombre arrogante y desdeñoso. Blandía las palabras como un cazador de focas blande un garrote. El aula era un páramo ártico salpicado de sensibilidades de cachorrillo apaleado. Pero Shelly se negaba a sentirse intimidada. Su deseo hacia él era inspirado, inquebrantable y profundamente sexual. No mostraba recato ni sentido común. No se echaba atrás. Todas las noches iba a visitarlo y a requerirlo. Entraba en su apartamento disfrazada de desorden, apestando a jugos y chorreante de agua de mar, manchaba sus sábanas y le corrompía la mente.

Lincoln tenía un apartamento grande y ordenado. Poseía pocas cosas, pero estas habían sido escogidas con gusto y discernimiento. Él mismo se hacía la comida en la pequeña cocina bien equipada. Preparaba unos sufíes perfectos y flanes y blinis que luego arrojaba la basura porque le preocupaba su salud y su peso. No bebía. No soñaba. Salía con pocas mujeres, y no tocaba a ninguna. No le gustaban sus pechos. No le gustaba su olor, por más que trataran de esconderlo bajo el almizcle de osos y bayas. Eran víctimas de la luna y resultaba fácil engañarlas. Tetas como timbres de puerta. Ojos que se abrían con la esperanza de las lágrimas. Todas y cada una de ellas anhelaban la injuria y el abandono.

—Zorra ignorante —le decía a Shelly mientras esta daba vueltas por su casa.

—Oh, eres malo —respondía ella con voz alegre—. Tu madre nunca te sacó al sol para que la luz te llegara al corazón.

—Eres una retrasada —decía él.

Por las noches, en la cama, Lincoln apretaba los labios. Sellaba los oídos. Se concentraba en el hombrecillo ciego y equilibrado que habitaba en su interior. Y no sucumbía, no flaqueaba. Resistía como un monje, inmóvil y frío mientras ella lo exploraba y besaba cada una de sus partes. Él se sentía orgulloso de su imperturbabilidad. No iba a dejar que lo embaucaran y lo controlaran.

Shelly tenía el pelo largo y negro hasta la cintura. Su pubis era un suave talud musgoso. Todo eso lo ponía enfermo. Se deslizaba en la habitación mientras él dormía. Le daba la sensación de que entraba como si fuera una rata. Así mismo se lo había dicho. ¿Acaso no estaba cerrada la puerta? ¿Es que no tenía conciencia de sí misma? ¿Acaso no estaban bajadas las ventanas? ¿Es que no tenía orgullo?

Ella lo seguía a todas partes, cantándole cancioncillas obscenas al oído. Le cocía el pan, le planchaba las camisas, le sujetaba la polla mientras él se aliviaba. Esto último, a decir verdad, no era una gran molestia. Cuando meaba, dibujaba pétalos en la taza. Soltaba una carcajada. Qué impropio de él. Luego dirigía el chorro hacia ella. Impactaba en su vientre con un ruido como de bola de nieve.

«Yo no te quiero», le decía él con la respiración entrecortada mientras ella lo fustigaba con su coño, que se acoplaba a él como un guante. No podía enseñarle nada, ni siquiera la aceptación de su odio. Lincoln tenía visiones de asesinato, de desmembramiento y de cosas aún peores. Deseaba tener el valor y el éxito de Claudio… verter veneno en su oreja, sus ojos, transfigurar su cuerpo liso en un mazacote de corteza despreciable. Le retorcería los labios, haría caldo, rellenaría un pájaro y la obligaría a comérselo con él el Día de Acción de Gracias. Apresaría su garganta con sus mandíbulas y la torturaría de placer hasta que los huesos se partieran como semillas entre sus dientes.

Pero ¿cómo podía hacer ninguna de esas cosas? Él era un hombre civilizado y realista. Hasta que Shelly entró en su vida y lo atenazó con sus fauces de cuervo sediento, sus días habían sido calmos y ordenados. Se sentía como en casa en un mundo templado a fuerza de la pura convicción de su personalidad. Su capacidad para hacer que otros se sintieran nerviosos, incómodos e ignorantes era la confirmación de esa paz personal que él juzgaba indestructible. Se despertaba a las siete, levantaba pesas,

comía cereales fríos y se lavaba los dientes con polvos e hilo dental. No tomaba ni sal ni estimulantes. Jugaba al tenis. Podía conversar acerca de casi cualquier tema. No había viajado mucho, pero tenía amplias lecturas. Por las noches, su principal placer era ponerse los auriculares y escuchar a Landowska.

Ahora se sentía acabado. Su mente bullía de actos funestos y exitosos. Tenía visiones exquisitas de sí mismo follándose el culo de Shelly hasta partirlo como un durazno.

Evidentemente, se horrorizaba de sí mismo. Su trabajo en la universidad comenzó a resentirse. Los números, las fórmulas que había amado por su belleza y valor, lo traicionaban. Lo inducían a error. Se amontonaban por la pizarra como vacas. Empezó a tartamudear. Decía estupideces. Se dejaba la bragueta abierta. Le dio por quedarse mirando a sus estudiantes, los cuales le devolvían la mirada atónitos, y un día, ante sus propios ojos, la cabeza de uno de los muchachos fue volviéndose plana y resbaladiza hasta formar dos estanques, con patos incluidos. Las manos alzadas eran hachuelas para despiezarlo. La boca de una de las chicas se convirtió en la ancha y mullida vagina de una yegua.

Puede que fuera el clima. Puede que Shelly lo estuviera envenenando de algún modo. El corazón de Lincoln latía con fuerza. La saliva tenía un sabor extraño en su boca. La lengua le olía. Estaba débil, lloraba a diario, anhelaba las pequeñas comodidades, como un crío. Cuando en primavera caminaba por el campus, con los zapatos negros de tierra a medio derretir, Shelly iba tras su estela como una niebla, asqueándolo hasta los huesos. Él no le hablaba. No le respondía salvo en sueños, y entonces se despertaba gritando, bañado en un semen que en sus sueños era sangre. Ella era una bruja, una mujer venenosa, con armas escondidas dentro de su cuerpo. Era una bruja con un vientre de hielo al que su lengua se pegaba como si fuera hierro congelado.

Temía dormir. Y a pesar de ello, le parecía soñar despierto. Era primavera. Unas mosquitas amarillas revoloteaban por su cabeza. Caminaba y caminaba, tratando de mantenerse despierto. Era una ciudad soleada. Las ventanas estaban cubiertas con plástico naranja para proteger los objetos de sol. Los niños corrían por delante de él entre risas, con las cabezas desteñidas, sujetando cosas chorreantes de comer.

—Lincoln, cariño —dijo Shelly—, si vinieras conmigo y fueras mi esposo y me dieras una familia, todo se arreglaría. Así no haces más que enfermarte, cariño.

Lincoln la miró aterrado.

Las luces del apartamento estaban encendidas día y noche, y él descansaba sentado en una silla para evitar las pesadillas. Tenía descoloridas las venas de los brazos y notaba el pecho extrañamente liviano al respirar. ¿Qué era aquel piélago en el que embarcaron al poeta Byron?

—Yo lo único que hago es quererte, Lincoln —dijo Shelly.

Él se fingía inconsciente.

Shelly tomó posiciones sobre su regazo. Se introdujo su polla con un suspiro y empezó a mecerse. Al cabo de un instante, él ya se había corrido. Ambos tenían las piernas blancas. Pero ella seguía en su posición. Se meció y se meció. Lo abrazó como un traje. La túnica de Deyanira injertada en su piel. Le introdujo un dedo en el ano, otro dedo en la comisura de la boca y la lengua en la oreja. Su cabello negro y áspero se le derramaba sobre la nariz y los ojos. Todos los orificios estaban obstruidos. Boqueó, se ahogó y, haciendo un esfuerzo, logró zafarse de ella.

Rompió a llorar, agotado. Temblaba. Quería un vaso de leche. Quería un poco de conversación inteligente. Quería calarse los auriculares y escuchar la música de las esferas.

—No soy más que un hombre —dijo desesperado—, y apenas queda nada de mí.

Tosió. Era como si tuviera canicas rodando por el pecho. El apartamento era una fétida covacha. La corriente de aire que circulaba por dentro parecía viciada, como si llevara años soplando sobre la totalidad de los continentes y las condiciones de los hombres y, pese a ello, siguiera aún repleta de desagradables sorpresas.

Lincoln regresó a la silla y se sentó sin afeitar, con la mandíbula suelta. Su pelo, antes primorosamente arreglado, estaba lleno de nudos por culpa de los constantes tirones que le daba Shelly. La silla contenía su imagen sudorosa. Se puso una camiseta. Una impronta grasienta de nalgas, cabeza y manos.

—Eres la persona más nerviosa que conozco —dijo Shelly desde la cama—, pero, aun así, para mí no existe nadie más que tú.

Lincoln la miró, resollando ligeramente. ¿Cómo había llegado a esa situación? Un hombre respetable de cuarenta años. Un hombre eficaz, moderado y civilizado que nunca había sido amigo de los excesos. Nada podía deducir de esa experiencia, esa persecución, ese *suplicio*, salvo que había ido a caer en el infierno. Como hombre inteligente que era, sabía, por supuesto, que no había cielo ni infierno tras la muerte. Por tanto, todavía se

contaba sin duda entre los vivos. No estaba muerto, y no obstante sentía dolor e indignación como si su yo fuera un hogar allanado y desvalijado. Y reordenado. Lo cual era peor.

No estaba muerto, pero estaba desgajado de la vida y la salud y los placeres ordinarios. Y todo por aquella chica, aquella puta, aquella bruja que se montaba en su pene como si fuera el palo de una escoba.

—Tu amor es un flagelo —dijo con toda la serenidad de que era capaz. Del mentón le pendía una gota de babilla—. Es una cámara de los horrores. Si me quisieras, si tuvieras ni que fuese capacidad para querer, verías que soy desgraciado, que estoy enfermo, quizá incluso moribundo, y te marcharías.

—Oh, cariño —dijo Shelly—, ahora no podemos separarnos. Dentro de un mes o así vas a ser papá.

—Papá —repitió él sonriendo como una calavera.

—Sí, sí —dijo ella riendo. Saltó de la cama y fue corriendo al baño. Efectivamente, su estómago parecía distendido como si acabaran de cebarla. Cuando regresó, estaba completamente vestida. Se había cepillado el pelo y se lo había recogido con uno de los fulares de Lincoln.

—Eso es imposible —dijo él, sonriendo aún.

—Oh, cariño —dijo Shelly—. Yo te he sido fiel. Como bien sabes, apenas me he separado un segundo de tu lado.

—Soy estéril —dijo él—. Estéril como un palo.

—Eso no es verdad —dijo ella—. Estás a punto de tener un bebé maravilloso.

—Mira que eres necia —dijo Lincoln—. Ignoras el factor médico. Yo no tengo esperma. O mejor dicho, tengo espermatozoides, pero son inmaduros. Les falta movilidad.

—¿De verdad? —murmuró Shelly. Estaba haciendo la cama y ordenando el apartamento, algo que Lincoln no le había visto hacer nunca antes. La miró con recelo—. Cuando el bebé haya nacido, nos iremos a mi casa —dijo—. Te gustará. Tiene piscina y una pista de tenis.

Lincoln señaló su vientre con un dedo tembloroso.

—¡Sea lo que sea que se está gestando ahí dentro, no tiene nada que ver conmigo! Eres una mujer camal y negligente.

Muchos de tus amigos del campus podrían haberte dejado así, pero yo no.

—Lincoln, estás haciendo una montaña de un espermatozoide. No es propio de ti estar tan equivocado. No hace falta más que un espermatozoide

con un poco de determinación.

—Mis espermatozoides no tienen determinación —dijo él—. Eso es señal de un cociente intelectual elevado.

Se le escapó la risa floja. ¡Un miembro educado! Qué cosas no haría con eso…

—Imagínate el viaje, Lincoln —dijo ella. Juntó las manos adoptando forma de pez y empezó a nadar por el aire—. Los peligros. La atrición.

—¡La atrición! —dijo Lincoln con sorpresa.

—El mayor secreto de una mujer es su vacío, como tú bien sabes, Lincoln, pero en ese vacío reside la sombra. Solo unos miles entre varios millones consiguen llegar a la puerta, pero entonces la sombra elige solo a uno. Y luego el paso se cierra.

—Quizá sea un resfriado —dijo Lincoln—. O a veces el cáncer produce estas hinchazones.

—… El paso se cierra. Las barricadas se levantan. El resto de aspirantes vacilan y mueren.

Shelly se apoyó las manos sobre el vientre.

—Solo es follar —dijo Lincoln—. Y luego no es más que acción enzimática.

—La naturaleza exacta de los elementos sigue siendo desconocida. Pero uno entra. La superficie del vacío no acepta más que a uno. Si los otros entrasen, la vida no tendría lugar. Tendría lugar otra cosa.

Lincoln la miró febril. Su rostro y sus ojos estaban ardiendo. Polispermia. ¿Se estaría refiriendo a eso? Inviable. Qué chiquilla tan atolondrada. Dice la verdad, pero de la forma equivocada. Convierte los hechos en fantasía. Su mente es una trampa. ¡Polispermia! Lo esencial lo comprendía. De ese modo, la reproducción de las especies no tendría lugar por la vía sexual. Así pues, ¿su esterilidad no era la nada? ¿La reversibilidad prueba la validez? ¿La falta de nada, la ausencia? La mente de Lincoln reculó y al instante volvió a dar un paso al frente.

—… El bebé se forma —estaba diciendo Shelly—. Al principio parece una sortija.

—No hay ningún bebé —dijo él desesperado.

—Los bebés llegan porque llega su hora.

—No tengo ningún interés en seguir clarificando tus confusiones. No me responsabilizo de tu estado. Yo no soy el padre.

Haciendo un esfuerzo, se levantó de la silla. No sabía muy bien para qué, pero parecía necesario levantarse. Apoyando la cabeza en la pared, se

puso un par de pantalones. Le iban holgados de cintura. Su delgadez resultaba pasmosa. Se sentía como si de él no quedara más que la pesadez del resuello. Quizá se le hubiera colapsado un pulmón. Debería ir al hospital, llamar un taxi, ir al hospital, cancelar el alquiler del apartamento, tomarse un descanso, rehuir las visitas.

—Tengo que comer algo —dijo—. Por favor, prepárame algo de comer.

Se fue a la cocina. Los armarios estaban vacíos. Y no obstante, se sentía mal olor. Abrió la nevera.

—La leche está cortada —dijo—. Todo está mal. Yo antes comía bien. Me has arruinado la vida. ¿Cuándo fue la última vez que comí?

¿Era verano? ¿Era primavera?

Cayó al suelo cuan largo era, fracturándose la nariz y perdiendo el conocimiento.

Lincoln pasó seis semanas en el hospital. De la cama al baño y del baño a la cama. Serenidad. Zumos. Sábanas planchadas.

Sin noticias de Shelly. Los médicos lo visitaban todas las tardes excepto el domingo, que iba a verlo un sacerdote. El sacerdote hablaba de manera fragmentaria y le leía las noticias en voz alta, como si Lincoln, debido a su afección, se hubiera quedado ciego. El sacerdote era un tipo alegre y blasfemaba de continuo.

—Hay escasez de savia de chicle —dijo—, así que ahora echan plástico en la goma de mascar. —Fue pasando las páginas—. ¿Usted masca chicle? ¿No? En fin, en Portugal una mujer ha confesado haber asesinado a veintiséis personas en un periodo de diez años. En Florida un hombre ha sido arrestado por pescar tiburones en una playa para bañistas. —Sacudió su cabeza pecosa y blasfemó—. Siempre he sentido admiración hacia esos peces —dijo—. No pierden el sueño en la oscuridad, llorando su maldad. Son de una gran belleza moral.

Lincoln asentía a casi todo. Se sentía de un ánimo vacacional. ¿Qué importancia tenían las palabras? ¿O el comportamiento de uno en el mundo? Su desdén había desaparecido. Había estado enfermo, aquejado de escalofríos y fantasías, y ahora su única ambición era reponerse. No tenía planes y se mostraba reacio a abandonar el hospital, pero uno no podía ser huésped eterno de una neumonía. Tenía algo de dinero. Viajaría a alguna parte. Daría clases. Llevaría una vida sencilla, generosa para consigo mismo. Una chuleta a las ocho. Y cuando fuera temporada, alcachofas y ostras. Una colección de libros de bolsillo. Los domingos, quizá, visitaría un paraje con vistas con el coche. En realidad era incapaz de pensar qué hacer. Se sentía

desgastado. Una hogaza de pan apenas degustada. La vida que le quedaba adoptaba las formas de la boca de Shelly. La vida que se le había ido tenía también la forma de su apetito. La polla erguida bajo las sábanas, desacorde con su sentir.

La cabeza pecosa del sacerdote relucía a través del pelo raleante. ¿Qué era lo que les ocurría a los pelirrojos cuando se morían? Desdichados. Se convertían en escarabajos. No obstante, el hombre estaba encantado con sus chistes. Abría las mandíbulas de la risa, pero no profería sonido alguno. Los leones no se comieron a Daniel porque no sabían lo bueno que era. Ja. El sacerdocio no daba dinero. Él no era de los malos. Por las noches vigilaba puentes por cuenta del estado, una manera como otra de reforzar la unión entre cuerpo y alma. Pasaba mucho tiempo con Lincoln porque, como él mismo le dijo, Lincoln era esencialmente un hombre sano. Los casos terminales lo ponían nervioso. Hacían que la nariz le moqueara.

Lincoln no tuvo más visitantes. Shelly ni siquiera hizo acto de presencia. A cada momento esperaba encontrársela en la puerta, histérica, rehinchada y exaltada, pidiéndole dinero y matrimonio. Eso le habría dado motivos legítimos para despreciarla. Tenía la impresión de que si volvía a verla una vez más, lograría extirparla de su vida y de su mente para siempre. Su ausencia, no obstante, ejercía una fuerte influencia. Cara a cara, habría podido desterrarla. Pero no se presentaba. Cuando le follaba el culo, ¿era su cara lo que veía? Al desconcierto lo siguió la irritación. Luego empezó a preocuparse. Sentía que sus emociones estaban siendo manipuladas, como si estuviera siguiendo los pasos de un manual. Aunque también podía ser que estuviera muerta en su apartamento, justo en ese momento, y entonces él sería el responsable. Tendida, perdiendo líquido, como las patatas cuando se echan a perder, con un olor terrible. Shelly muerta detrás de una puerta cerrada, con el alquiler de un año entero pagado. Y es que esa era la clase de hombre que había sido Lincoln. Solvente. Un riesgo maravilloso.

Y ahora era responsable.

Tanto de los signos de omisión como de los de emisión. Ja.

Solicitó que le hicieran pruebas para comprobar su capacidad de engendrar hijos.

—He sido falsamente acusado —le explicó a la doctora.

Apareció una enfermera que lo ordeñó enérgicamente para obtener una muestra, y a la mañana siguiente lo llevaron a un pequeño despacho para comunicarle los resultados. En una de las paredes había un diagrama de la próstata. En otra había una fotografía a color de un puente cubierto de

Vermont. Lincoln tomó asiento en una silla de vinilo muy incómoda a la que cada dos por tres se le quedaba pegada la parte posterior de las piernas.

—Quiero los resultados por si necesito presentarlos ante un tribunal —le dijo Lincoln a la doctora.

—Muy bien —dijo ella—, pero tiene las respuestas en la palma de la mano.

Lincoln se miró rápidamente las manos. ¿Es que creía que se tocaba? ¿Acaso se le marcaba? ¿La tenía empinada? ¿O quizá la carne de los hombres estériles presentaba alguna señal fácilmente legible? ¿Un círculo roto, demostrado quizá por la ciencia?

Tenía las manos flacas y más bien rojizas.

—Fíjese aquí —dijo la doctora, señalando las arrugas que rodeaban la parte superior de la muñeca—. Estás líneas. Se llaman brazaletes. Cuando describen una curva hacia la parte inferior de la palma indican, digámoslo así, problemas reproductores. Pero ese no es su caso. Sus brazaletes no llegan a penetrar en la palma.

Lincoln la miraba anonadado. Aquel hospital contaba, supuestamente, con los cerebros más privilegiados del noreste del país. Un día decantaban su semen en una centrifugadora del siglo XX y al siguiente lo sometían a ese diálogo de besugos. El hospital disponía de un equipo de laboratorio valorado en varios millones de dólares y él tenía que pegar la hebra con un chamán.

—¿Qué clase de profesional es usted, por el amor de Dios? —dijo Lincoln.

—Oh, la quiromancia no es más que un *hobby*. Las líneas de la vida, del amor, las líneas de Marte y Venus. Resulta fascinante ver cómo todo se plasma en ellas. ¿Sabía que lo que más claramente indican las palmas es la locura? Yo solo lo hago por relajarme. Es como leer novelas de misterio. Creía que podía interesarle.

—Pues, francamente, no me interesa —dijo Lincoln malhumorado.

—Muy bien, pues —dijo la doctora sacando una microfotografía de veinte por veinticinco del cajón de un archivador—. Esto es una microfotografía obtenida con un microscopio electrónico de barrido. Está ampliada a unos cuatro mil diámetros.

Lincoln la examinó. Parecía una fotografía tomada desde un planetario. Llamativos cohetes con largas colas frente a un telón de cielo negro. Había una cantidad considerable de ellos.

—El espermatozoide se separa del semen por centrifugación y se

oscurece con platino. —La doctora señaló con la uña la cabeza ligeramente cónica, algodonosa, de una de las cosas que aparecían en la fotografía—. La cabeza del espermatozoide se compone de una densa concentración de cromatina, el material hereditario, recubierto por el acrosoma que contiene las enzimas que permiten la entrada al óvulo. Detrás de la cabeza, se encuentra un breve segmento que contiene las mitocondrias que suministran la energía necesaria para accionar el largo flagelo.

—No me lo puedo creer —dijo Lincoln.

—No tengo ningún motivo para engañarle —dijo la doctora.

—¡Tiene que ser una broma!

La doctora se echó a reír.

—Mierda —dijo Lincoln.

Cuando le dieron el alta y regresó a su apartamento, Shelly estaba ahí esperándolo con un pequeño fardo de maldad. No parecía que Lincoln pudiera hacer gran cosa al respecto. Era un hombre sin futuro. Después de eso, se fue a la isla y ahí se quedó.

En la sauna, la mano de Lincoln dejó resbalar la polla amojamada. Pensar en Shelly siempre lo deprimía. No podía concentrarse. Comenzó a tironear con rabia pero finalmente optó por mimarse como solo él sabía. La sacudió y la acarició, la asió con cuidado, la frotó, la golpeteó, la hizo oscilar como una serpiente encantada. Sintió el placentero cosquilleo de la inminencia. Arqueó el cuerpo ligeramente y aminoró el ritmo.

¿Quién era el nazi que mordía la yugular de los niños a los que sodomizaba?

¿Quién era Tiresias para tener tanta suerte?

Lincoln pegó la lengua a los dientes.

Ciertamente, el hombre no puede soportar un exceso de realidad. Y si el hombre no puede, ¿quién puede, sino el insensato? Mejor olvidar el pasado. No hay palabras para la mitad de lo que ocurre en esta vida. ¿Y adónde va la vida que se les escapa a los vivos, como dice el poeta…? Dale ya, escupe…

Se le abultó el estómago. Se golpeó la polla contra el vientre, contra la barriga rehinchada de fantasías y miedos terminales. Raspó el lateral de la polla con un dedo y lo deslizó plácidamente en torno al tenso prepucio. Tenía el pecho convulso. Sintió un espasmo. La espumilla de la corrida le golpeó suavemente la cara.

Lincoln se quedó tendido, jadeando con los ojos cerrados. Sintió un

algo destripador y sacrificial, como si estuviera en lo alto de una montaña, cerca del sol, en los tiempos en que los placeres del vientre alimentaban el alma.

Dejó escapar un gruñido. Puso los ojos en blanco y a continuación se concentró para sentarse en posición erguida. El corazón latía desbocado en pecho rechoncho. Podía oír el leve silbido del vapor en la habitación.

Apoyó los pies en el suelo, se metió en la ducha y abrió el agua a máxima potencia. Sintió un vago cosquilleo que le bajaba por la espalda y los brazos. Se recostó en el cubículo de madera sin cortina. Su corazón sonaba como el retumbar de un enorme motor defectuoso. El agua se perdía despaciosa por el desagüe. Cerró el agua de golpe y cogió una toalla. Tenía la ropa cuidadosamente doblada sobre un banquito. Se secó y se puso los calzoncillos. Oyó un sonido en la parte posterior de la cabeza y, al oírlo, resbaló torpemente en el suelo mojado y tiró la ropa. Notó un hormigueo en la piel. En la boca se le formaban los nombres de sus hijos. Los nombres acudían a sus labios como burbujas de saliva. Una piedra colocada junto a otra en la rejilla…

—¿Qué es eso? —dijo Pearl de repente.

—Se te ha caído el vaso, Pearl. Mira, no se ha roto.

Peter lo recogió educadamente y lo frotó con el borde de la sábana.

Lincoln abrió la puerta de la sauna y salió al prado. Pearl se sintió aliviada al verlo.

—¡Hola, papá! —berreó Jane.

Lincoln respondió haciendo un gesto rápido con la mano.

Ya estaba otra vez vacío, supuso Pearl. Listo para llenarse nuevamente con la imagen de la apariencia de las cosas, supuso.

Tracker hacía ver que daba puñetazos a su hermana pequeña. Era estirado de cuerpo, aunque de piernas cortas.

—Papá, papá —dijo imitándola—. No sabes nada, Jane.

—Apuesto a que sé una cosa que ninguno de vosotros sabe —dijo Peter —. Apuesto a que ninguno de vosotros sabe qué era lo primero que hacían los egipcios cuando preparaban las momias.

—¿Momias? —dijo Jesse con interés.

—Les sacaban el cerebro por la nariz —dijo Peter con aire presuntuoso.

—Puaj —exclamó Franny.

Jesse se arrojó al fondo de la piscina con gesto asqueado. Pearl vio cómo

se tendía y tocaba el suelo con la barriga. A Pearl le parecía que era capaz de quedarse ahí una cantidad increíble de tiempo. Decía que era fácil. Decía que no había más que cerrar la nariz y las orejas.

—Yo sé una cosa que tú no sabes —le dijo Joe perezosamente a Tracker. Ahora estaba tendido boca arriba, mirando al chiquillo con los ojos entornados—. Un día habrá una chica que querrá ponerse tu picha en la boca.

Tracker abrió unos ojos como platos. La mera idea lo horrorizaba.

—Sois una panda de tontos y de burros —los regañó Sweet—. Me ponéis enferma, de verdad.

El sol arrancaba unos destellos preciosos de su pelo caoba. Sostenía a Angie en brazos y daba vueltas y vueltas en torno a ella.

—¿Qué te pasa, Sweet? —preguntó Franny en voz alta y cautelosa—. ¿Qué es lo que tienes?

—A mí no me pasa nada —replicó Sweet—. Eso vosotros, que sois unos cafres. Unos mocosos y unos cafres.

—No, es que te has lastimado. Te has cortado. Tienes sangre por todo el culo.

Los niños la miraron desde la distancia.

—Oh, Sweet —dijo Pearl—, ven aquí, cariño…

Sweet se pasó la palma de la mano por la parte trasera de su bikini de flores. Lo tenía empapado de sangre menstrual. Dejó a Angie apresuradamente sobre la hierba y se fue para casa con un trote grácil y asustado.

—¿Qué le ha pasado? ¿Con qué se ha hecho daño? —dijo Jane, preocupada, mientras se movía el pulgar por la boca con desenfreno.

—Cuando las niñas se hacen mujeres, sangran —dijo Joe—. Y luego sangran así una vez al mes, a menos que vayan a tener un bebé, entonces no sangran.

Pearl se echó un cubito de hielo en el vaso y luego vertió el vino. Los niños se habían comido todos los arándanos.

—¿Quieres un poco de mi pera, Pearl? —dijo Ashbel.

Había partido la pera en dos. Incluso las semillas estaban divididas a partes iguales. Pearl vio las marcas de sus dientes en la carne blanca de la fruta. Ser niño es vivir en un mundo aparte, pensó. Un mundo que se basta a sí mismo, y cuando uno se cae de él, es como si un ángel se arrojara desde el cielo. Cuando eres niño la magia te rodea, pero luego la magia desaparece… pobre Sweet, pensó.

Pearl llevaba más de un mes sin menstruar. Suponía que por la bebida. La bebida la había vuelto indolente a una luna normal.

CAPÍTULO NUEVE

Pearl atrapó una garrapata entre las uñas y la soltó entre la hierba. Revolvió ligeramente con los dedos en el pelo en busca de otra. Bichos asquerosos… se meten en el pelaje de los animales, anidan justo debajo de la piel y la infectan. De niña se había consagrado a su extinción. Las arrojaba a un frasco de queroseno que guardaba junto a las escaleras del porche. Lo peor era cuando se metían en las orejas del pobre perro o cerca de los ojos…

—¡Auch! —exclamó Tracker—. Pearl, me has hecho daño.

Pearl sostenía una garrapata que todavía tenía un pedazo de piel aferrado entre las mandíbulas. Tracker se frotó el cuello.

—Hay que sacarlas —dijo Pearl—. Pueden contagiarte enfermedades.

La apretó entre las uñas hasta que se oyó un leve crujido.

—Qué loca, Pearl, qué buena —dijo Tracker. Se puso fuera del alcance de sus manos y se sentó meciéndose sobre los talones en la hierba. Sam se sentó a su lado. Habían nacido con pocos días de diferencia. Tracker era inteligente pero brusco y avaricioso. Sam era… Pearl no sabía cómo era Sam. La miraba con sus ojos impasibles. Tenía unos ojos llenos de curiosidad.

El iris tenía una forma como ovalada. Avergonzada, supo que le temía. Era como si encamase todo el desorden de su corazón. En su cara podía ver todavía al bebé. Su otra cara, la cara de niño, le resultaba más difícil de reconocer. Sam no le hablaba como los demás niños. Se mostraba distante. Pearl no lograba hacerse una idea clara de su propósito. ¿Acaso ese propósito no tenía sus raíces en la responsabilidad de ella? Pero ella era una mujer irresponsable, distanciada de todas las cosas, flotaba en el espacio, exorcizando sus anhelos. Le habría gustado hablar más con él, arroparlo en la cama por las noches, compartir la noche con él en su cuarto. No quería estar sola. Ni siquiera los animales salvajes duermen solos. Es demasiado

peligroso. Incluso los perros descubren en la oscuridad cosas invisibles a los hombres. Por las noches, los demonios parloteaban en su cabeza dolorida. Sus voces no eran del todo comprensibles, pero daba lo mismo. Cosas terribles. Reptantes o aladas, oscuras y vengativas, iban labrando a una mujer como ella, pero distinta, sirviéndose para ello de la carroña y el moho. Sus picos afilados iban labrando a una mujer. La bebida era la causa de esas apariciones, decía Thomas, pero de ser eso cierto, y Pearl no admitía ante Thomas que lo fuera, la bebida era también lo único que podía protegerla.

Todo la deprimía. Thomas decía, como para reconfortarla, que no estaba del todo bien. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas dejando en sus labios el sabor de la crema bronceadora. Oh, la idea del infinito siempre está presente, lo maravilloso se halla tan cerca, hasta que uno se enreda en las arbitrariedades de la vida. Todo es desesperado. Absurdo. Ella no estaba del todo bien, pero en el pasado había estado más enferma aún. Había pasado una crisis. Y algo que estaba torcido se había enderezado. Pero había algo más, algo monstruoso, en ese enderezamiento. Y eso era lo que quería recordar. ¿Acaso no bebía para recordarlo?

Sospechaba que era proclive a la sensiblería. En los momentos en que estaba sobria era más consciente de ello. Y aunque su sufrimiento era estúpido y estaba fuera de lugar, su vida se había vuelto una agonía, y si lo que ahora sentía era la desproporcionada angustia del borracho, al fin y al cabo era angustia, y resultaba abrumadora.

Una hormiga que caminaba por su mano le despertó un cosquilleo en la piel. Bajó la mirada y apretó el pulgar sobre ella en el preciso instante en que un arrendajo chillaba no muy lejos. Pearl, sorprendida, dio un respingo.

—No es nada —dijo Sam abriendo mucho los ojos—, no llores.

—Tú me quieres, ¿verdad, Sam? —Pearl miró más allá del chiquillo, en dirección a la casa. Deseó que hubiera sido la hora de tomar una copa de verdad. Las sombras de los niños empezaban a crecer sobre la hierba—. Tienes que querer a alguien, Sam —dijo pasado un momento.

—Te quiero —dijo él.

Pero no era verdad, y ella lo sabía. Pearl miró el rostro del chiquillo, enmarcado por la maraña de pelo aclarado por el sol. Iba sin camiseta y llevaba puestos unos vaqueros nuevos aunque embarrados. Estaba sentado, inmóvil bajo el sol, sonriendo. Pearl dio un sorbo al vino. El niño era consciente de que ella pensaba en él con miedo. Nadie que tenga pensamientos privados en la cabeza está enteramente seguro de que los

demás no puedan oírlos. Cualquier niño lo sabe. Sam comprendía sus pensamientos. ¿No se reflejaba su comprensión en el iris ovalado de sus ojos? Pearl habría deseado no tener esos pensamientos. Bebía para dejarlos atrás. Bebía con la esperanza de que la embriaguez diera paso a una claridad que le abriera las puertas del amor verdadero.

Bebía porque a veces sentía todo su cuerpo centellear con la bebida. Y todo cuanto quisiera ver podía verlo.

Uno de los niños soltó un pedo.

—Ha sido Tracker —gritó Franny—. ¡Tracker ha dejado escapar al Diablo!

Tracker se levantó de un bote sacudiendo los brazos, pero Franny lo esquivó con destreza. Era una niña graciosa y coqueta. Dio una voltereta de pura alegría.

Tracker dio unos cuantos pasos hacia ella, pero era un movimiento aparentemente falto de amenaza, pues de repente se puso de cuclillas en el suelo y miró en paz hacia lo lejos. Era como si de pronto se le hubiera cerrado delante una verja. Una verja, una pared de tablones que lo protegía del dolor y la confusión. Se dejó caer de espaldas sobre la hierba.

Tracker era pendenciero y probablemente cruel, pero ¿qué podía hacer Pearl al respecto? Sam ejercía una influencia cada vez mayor sobre todos ellos, pero ¿qué podía hacer Pearl al respecto? Ella no era más que una mujer débil y malvada. Era malvada porque estaba desequilibrada, confundía la apariencia con la realidad y estaba vacía como un huevo chupado.

Sacó la botella del hielo y volvió a llenarse el vaso.

Timmy y Jane andaban a gatas por el interior de la escultura situada al lado de la piscina. Jesse seguía debajo del agua.

—Tened cuidado con la cabeza de esa cosa —dijo Pearl.

El año anterior las abejas habían hecho miel, pero era miel mala, venenosa, en realidad, porque la habían hecho con flores de rododendro. Timmy la había probado y se había puesto enfermo.

—No estamos jugando con la cabeza, estamos jugando con lo de hacer pipí —dijo Timmy.

—¿Cómo era cuando Sam vivía dentro de ti? —le preguntó Jane a Pearl —. ¿Era raro? ¿Es verdad que las almas de los bebés viven en el agujerito que tienen las mujeres?

—Pearl, cuéntanos un cuento —dijo Franny—. Cuéntanos aquel sobre el rey y la reina que no podían tener niños hasta que la anciana le dijo al rey

que atrapara un pez con las alas de oro y lo limpiara y lo cocinara y se lo diera de comer a la reina y el rey lo hizo —dijo Franny. Tenía el rostro iluminado de expectación. Se sentó con Angie acunada en el regazo, y en su entusiasmo la apretujó tanto que el bebé se puso medio azul. A veces se olvidaba de que Angie no era una muñeca. Angie dio un gritito. Franny la miró con sorpresa y la dejó que gateara entre las flores—. El rey lo hizo —continuó Franny— y se lo dio a los cocineros para que lo lavaran y lo limpiaran y lo frieran y se lo sirvieran a la reina y los cocineros lo hicieron, y lo lavaron y lo limpiaron y tiraron lo de dentro…

—Las vísceras —dijo Ashbel.

—Ohh —suspiró Pearl.

—… Por la ventana y la vaca se las comió y luego la vaca y la reina tuvieron bebés el mismo día y la vaca tuvo un bebé humano y la reina tuvo un bebé que era igual que un bebé de vaca…

—Ya lo has contado tú —dijo Jane irritada desde la escultura. Se miró el pulgar, que presentaba un aspecto estupendo. Se lo metió en la boca. Los ojos se le pusieron vidriosos.

—Vamos a la casa —dijo Timmy— y nos cuentas el cuento ahí.

Pearl no podía seguir conteniendo a los niños en su mente. No era capaz de distinguir sus facciones. Ahora estaban en silencio en torno a ella.

La casita de piedra. Ella nunca había entrado, pero los niños hablaban de ella a menudo. El grado de cautividad de su infancia la maravillaba. Incluso Joe y Sweet se mostraban reticentes a abandonar los rituales de esa infancia… la sociedad secreta de la infancia en la que la expulsión suponía el principio de la muerte. Joe y Sweet, Trip y Peter, juntamente con los demás, los más pequeños, acataban el cuento que habían concebido ahí dentro. El cuento de Sam, en realidad. La formulación que Sam había hecho de su mundo les venía bien.

El día parecía haber refrescado. Pearl se puso una camiseta sobre el bikini. El sol comenzaba a descender en el cielo.

Sam no tenía ni siete años. Su cumpleaños era al día siguiente. «Los cuentos se cuentan aprisa, pero las cosas se hacen despacio…». Era como si hubiera crecido por obra de uno de los artilugios de su cuento. Crecía de hora en hora, del mismo modo que los demás crecían de año en año. Para él una hora era como para los demás un año…

Pearl se ciñó mejor la camiseta al cuerpo y apoyó la barbilla sobre el pecho. Olió la hierba reseca y el sudor de los niños y el suyo propio. Tengo que tomarme enseguida una copa de verdad para no confundirme, pensó

Pearl. El tiempo había pasado. Uno se sienta frente a un vaso de vino y los años pasan. No hay nada de mágico en ello. Sam había tardado casi siete años en cumplir casi siete años. Y ella había estado con él todo el tiempo.

Y sin embargo, no lo conocía. En su cara solo veía la cara de aquel bebé feroz y oscuro que le había desgarrado el pecho. Aquel día supo que sería incapaz de amarlo como debía. El amor por Sam conllevaba aceptar la monstruosidad de la salvación. Los demás no temían esa salvación. Eran niños. Su mundo era como fuese el mundo. Hubo una vez, al inicio de los tiempos, en que los seres humanos, si querían, podían convertirse en animales y los animales podían convertirse en seres humanos. No había ninguna diferencia. Así eran las cosas.

—Vamos, vamos —gritó un niño.

Sam sacudió la cabeza.

En tiempos, aquella construcción de piedra había sido un matadero. La sangre había impregnado la tierra. Fuera ardía una hoguera humeante para ahuyentar las moscas. Luego, por un breve periodo, había sido una capilla. Y luego un invernadero. Y ahora era de ellos. Encendían velas y jugaban en la oscuridad con los animales de Aaron.

Thomas sabía que los niños la utilizaban, pero no sabía lo que hacían. El cuerpo tiene a su disposición menos experiencias que la mente, decía Thomas. Es a través de la mente que el barro humano puede convertirse en espíritu. Thomas permitía que los niños tuvieran intimidad en la casita de piedra. La vida que llevaban en la isla, tan caótica en apariencia, estaba en realidad muy estructurada, a excepción de los meses de verano, en que se les permitía tener vacaciones como a los niños normales.

En invierno, sin embargo, Thomas dedicaba largas horas todos los días a instruirlos, ya fuera en la física o en lectura o en la astronomía. Le gustaba tenerlos a todos controlados, aunque él era el primero en decir que el cultivo del yo espiritual era más importante que la educación formal. Dejaba que ese cultivo, ese descubrimiento, lo hicieran por sí mismos, en la creencia de que, en tanto que niños, la imaginación de ellos era mucho más intrincada y honorable que la suya. Mostradme vuestros pensamientos cuando estéis listos, les decía. Creía en la necesidad de los secretos. Creía en los niños. Y permitía que los niños le ocultaran sus secretos en la casita de piedra.

Pero a Pearl los niños no le ocultaban ningún secreto. Sabía lo que hacían ahí dentro. Su mundo y el de ellos estaban muy próximos. Era como si estuviera presente, siempre, con ellos.

En verano hacía fresco, frío casi. La mitad del suelo era de tierra; la otra mitad, de tablones tendidos encima de la tierra. Las paredes eran de piedra, a excepción de la que daba al sur, que consistía en unos pequeños paneles de cristal instalados durante la reconversión del edificio en invernadero. Por el techo corrían las tuberías del agua caliente. De los semilleros caídos crecían unas plantas escuálidas. Otras, ya secas, colgaban de unos ganchos, con unos bulbos partidos y, a pesar de todo, de aspecto sano. La habitación estaba inclinada y desembocaba en otra sala más pequeña y vacía. La casita carecía de muebles, salvo una larga mesa de pino arrimada a la pared norte. Sobre la mesa estaban las tallas que Pearl había visto sobre la repisa de la chimenea la primera vez que había estado en la isla. Doce figuritas secas y aligeradas por el tiempo.

Cada niño agarraba la figurita que le correspondía y se sentaba con ella en el sitio que le correspondía, a esperar. A esperar que sus sombras acudieran a ellos. Su otro yo, más fuerte, más mágico.

Sam les había enseñado cómo hacerlo. Nunca había dicho nada al respecto. Sencillamente les había enseñado.

A menudo, las sombras no acudían. Cuando eso ocurría, los niños se negaban a admitirlo. Para ellos era difícil distinguir entre la sombra real y algo que se hubieran inventado por la pura necesidad de agotar la oscuridad, algo hecho de aire, no más distinto de ellos de lo que lo es el rostro real de la imagen reflejada.

Al principio, los niños iban a la casita a contar historias y a darse miedo los unos a los otros. Era como el principio del mundo, lleno de caos y semillas discordantes. Las historias acababan confundiéndose y los niños gritaban y peleaban con entusiasmo y repugnancia.

En cierta ocasión, Trip le contó al pequeño Johnny de Miriam una historia tan horrible que Johnny se murió. Trip no quiso decir qué historia era. Por entonces era menor que Johnny. Lo había hecho por llamar la atención. Tras la muerte de Johnny, Trip se había electrocutado manipulando el enchufe de un calefactor, y después de eso ya nunca pudo recordar cuál era la historia que le había contado.

Trip decidió no volver a contar historias y, en lugar de ello, ceñirse más o menos a los hechos. Ahora los intereses de Trip giraban en tomo a la propagación de las ondas electromagnéticas y la creación de un androide a partir de metales de desecho, como el Doctor Universalis.

Ahora en la casita de piedra solo se contaba una historia. La historia de Aaron y Emma. Los niños nunca se cansaban de oírla. Los niños que se

habían ido, que habían abandonado la isla hacía tiempo y ahora eran adultos, habían participado en su elaboración. Durante años había permanecido inconclusa. Pero ahora, con Sam, se acercaba a su final. El círculo se estaba cerrando.

El sol traspasaba los párpados cerrados de Pearl. No solo un círculo, sino dos, próximos e intersecantes, la unión entre dos mundos.

Los niños se sentaban en el frío suelo de tierra, en su oscuridad, en esa tremenda oscuridad humana de la que ellos solo eran conscientes cuando se quedaban quietos, cuando trataban de conjurar el sueño sin lograrlo, en el momento previo a la aparición de la sombra de las historias. Se sentaban a esperar, suspirando un poco, sujetando aquellos pequeños objetos manoseados que Aaron había labrado con su miedo. Los sujetaban con los ojos cerrados, viendo con la mente, alejándose palmo a palmo de la tremenda oscuridad humana…

Menuda historia, esa. Una historia perfectamente adecuada para ellos. Una historia que podía pulirse a diario en función de sus tornadizas sensibilidades.

El primer hijo de Emma se llamaba Stark. Los doce tenían nombre y naturaleza propios, pero Stark parecía ser el mejor, el más imposible y pronunciado, porque era el primero.

Zezolla era la última. Todavía era un bebé cuando Aaron murió. Franny cantaba una canción para Zezolla.

… Tenía una verruga en mitad de la barbilla,
era toda negra, parecía una brujilla…

Angie se reía siempre que le cantaban esa canción. El bebé tenía una peca en la barbilla, pero era una peca bonita.

Los niños sostenían los animales delante de la cara para sentir el contacto de las oquedades que formaban los ojos. Se ponían los animales en la mente. Eran niños y tenían fantasías. Fuera, el día de agosto ardía con su calor salado y seco, pero dentro los niños temblaban como habían temblado los animales que Aaron desollara tiempo atrás. Temblaban y lloraban en su otredad de seres despellejados. Sam les decía que lo hicieran.

En algún sitio está tu animal, y es importante que lo conozcas, que sepas cómo llegar a él, o no serás nada. Siempre tendrás miedo. No tendrás dónde descansar y estar seguro.

Ese verano había ido ahí todos los días. Y del mismo modo que Aaron había creado sus tallas y Emma sus hijos, los niños creaban su historia, una historia que día tras día se convertía en algo vivo y casi tangible, una gran mariposa fantástica que volaba entre ellos, una mariposa que semejaba una mano oscura con los dedos abiertos para envolverlos a todos.

El primer edificio que Aaron levantó en la isla fue la casita de piedra. Ahí vivió con la carne que preparaba. Y es que ahí era donde salaba los animales cuando se dedicaba a poner trampas, donde los desollaba y los extendía y les extraía los sesos. A veces comenzaba a comérselos mientras todavía estaban vivos. Un acto ctónico, acorde con ese lugar parcialmente subterráneo, esa gruta tenebrosa.

Allí, Aaron era un salvaje. Sangre bajo las uñas. Sangre sobre la botas. Una juventud ridícula e inconsistente, toda fuerza e ignorancia oscura. Podía despellejar un animal con una perfección tal que los defectos resultaran inapreciables… Deslizaba el cuchillo en tomo a los cuartos traseros, rajaba la piel a lo largo del interior del muslo hasta la base de la cola, rodeaba la cola con cuidado, bajaba por el otro muslo y desollaba el pie, conservando las garras. Luego los pelaba. Tan sencillo como eso. Como una naranja. Después quedaba separar la cabeza, limpiarla con un palo y un poco de agua…

Todavía hoy, en el calor del verano, los niños pueden oler casi la sangre al enfriarse y el calor de la tierra. Pueden imaginarse sus pesadas manos manchadas mientras tallan y dividen, mientras despellejan algo que cuelga por los talones, algo que da vueltas y más vueltas, que atrapa la luz, los pelos de color canela coronados de oro brillante…

Con qué claridad lo veían los niños. Con qué viveza, en sus mentes, se balanceaba ese algo; tan vivido en su blancura, en su nada. La piel, la externalidad, la otredad, tendida aparte…

Aaron era capaz de desollar un osezno en un minuto y medio.

Aaron era capaz de vaciar y recomponer un animal con tanto primor que pareciera estar entero, ileso, como si echando el aliento sobre su frío hocico pudiera volver a caminar. Había habido tantos de esos animales, tantas de esas cosas caídas en sus trampas o bajo sus balas o envenenadas o ahogadas, sin pedir clemencia ni recibir bendición.

Aaron se jactaba de su agilidad. No había nada que no fuera capaz de rastrear o atrapar. Era capaz de apresar un pájaro cantor con las manos y de romperle el corazón con el pulgar. A los animales que caían en las trampas, los de pelaje más llamativo, se abstenía de dispararles para no estropear la

piel. Les pateaba el corazón con el talón de la bota. Sabía siempre dónde estaba el corazón y ahí era donde pateaba. Nunca parecía algo demasiado doloroso. Sencillamente rompía el corazón de la criatura.

Pero el tender trampas acabó perdiendo su crudo encanto y Aaron se dedicó a matar por deporte durante una temporada. Preferentemente con arco y flechas. Era tan económico y silencioso… Le gustaba su sigilo. Podía disparar una flecha a casi trescientos metros. Como un turco. El vuelo de una flecha es algo terrible. Puede ser vista, pero no evitada.

El último animal al que Aaron quitó la vida le habló mientras agonizaba, y su sangre no manó roja como sangre de animal. La bestia estaba triste y a la vez furiosa y le habló a Aaron, mas no con palabras, y Aaron comprendió. No tuvo miedo. Se rio. Aquello no era más que una carroña con moscas en los dientes y él era un hombre vivo. Se rio también de sí mismo por haber vivido tanto tiempo solo en los bosques como para que le ocurriera algo así. Decidió dejar su impronta en la civilización durante un tiempo, ganar dinero, viajar y aprender. Abandonó los bosques. Dejó que las armas se oxidasen y que los arcos se alabearan. Volcó sus energías en la sociedad, y a todo aquello que le llamaba la atención, a eso se dedicaba.

Para cuando cumplió los treinta y cinco, poseía varios cientos de miles de dólares. Leía en latín y había bailado con princesas. Se encontraba en Europa cuando conoció a Emma.

Y Emma, tal y como los niños habían establecido hacía tiempo, era una bruja.

Odiaba la sal. Vomitaba agujas. Su brujería era como un trozo de tiza roja, pero eso a Aaron no le importaba. Recogió el trozo de tiza roja y se lo guardó en el bolsillo, y a partir de entonces tuvo que seguirla a todas partes. No había nada que pudiera hacer al respecto. Después de haber sido tanto tiempo un hombre afortunado, ahora era tan desdichado como un zorro caído en un pozo.

Emma le lanzó sus embrujos y lo volvió dependiente de ella. No era hermosa ni era rica, y ciertamente no poseía buenos modales. La instrucción de Aaron no le merecía mucho aprecio. «Mierda para Ovidio», decía. Nunca tuvo madre. Había nacido de algo horrendo. Un hígado chisporroteante en una sartén. Tenía los brazos y las piernas llenos siempre de arañazos, y la piel oscura, quemada por el sol, y el pelo apelmazado, caído sobre los hombros y derramado frente a los ojos. Pero su aspecto no tenía importancia porque podía hacer que Aaron la viera como a ella se le

antojase. Por algo lo había embrujado. Emma preparaba su veneno de bruja mirándose al espejo hasta que el espejo amarilleaba y se ponía grasiento, y entonces recogía la grasa y la echaba en la comida.

Los niños tenían su retrato, en el que lo único que se apreciaba era lo inteligente que había sido. Los niños no se dejaban engañar por la fotografía, en la que se mostraba más o menos como todas las mujeres de su tiempo, semejante incluso a Pearl en ese momento… flaca y triste, el cabello oscuro echado hacia atrás con descuido, ojos perplejos y afligidos, con una estructura ósea que encarnaba a su brujil manera la imagen de aquella otra madre criadora de bebés del siglo anterior. El retrato era también su brujería, lo mismo que el trozo de tiza roja. Había sobrevivido todos esos años hasta llegar a manos de los niños, para que pudieran conocer y apreciar sus ardides.

Emma hizo que Aaron la desposara y le hizo olvidar tanto su natural errabundo como su orgullo intelectual. Hizo que se la llevara a la isla, al lugar que había fundado y abandonado tantos años antes de conocerla. Y allí, en la isla, de vuelta en los bosques, comenzaron doce años de silencio, de espera.

Emma le mandó construir para ella una gran casa, grande, sí, pero no demasiado refinada, con muchas habitaciones. Y también otros edificios, cobertizos y graneros… Hizo anidar en él una obsesión por construir y llenar espacios. Amuebló la casa como si hubiera de acoger a una gran familia o a unos invitados importantes. Pero ni había familia ni nadie iba nunca a visitarlos, solo los botes en los que llegaban la madera y las herramientas, y los muebles y las valiosas obras de arte. Aaron siguió construyendo y llenando las habitaciones con circunstancia y detalle, y Emma siguió llenándolo todo de vacío. Así pasaron varios años, sin nada más que la soledad que se extendía entre ambos. El infantilismo y la soledad con que Emma envolvía a su magia como si fuera una segunda piel.

Aaron hacía cuanto ella le pedía, pues tenía hechizada la voluntad. Y la voluntad de Emma lo llevó a aceptar los animales que ella iba reuniendo en torno a sí para roer su soledad. Aaron empezó a coleccionar animales, ahora vivos, para que le hicieran compañía a Emma. Vivos… con corazones que ya no bombeaban tierra, sino sangre. Animales medio domesticados o sin domesticar. ¡Cuánto había cambiado su vida! Y es que Aaron había expulsado a los demonios que antaño se pusieran a disposición de su destreza, los había modelado a imagen y semejanza de algo que pudiera ver y matar, y los había matado hacía tiempo. Ahora, sin embargo, cuando

estaba en la flor de la vida, habían regresado, restaurados por él mismo. Durante el día, vagaban por todas partes en libertad. Por las noches, tenían más limitaciones, al menos al principio, aunque Aaron no era consciente de aquel cambio. Aaron era demasiado inocente para Emma, y la más vil de las bestias congregadas a su vera era también demasiado inocente. Se volvieron sus compañeras, las niñas de sus ojos. Comadrejas, leopardos, halcones, linces. Mapaches, murciélagos, osos, cervatos, tortugas… Aceptaban la comida de sus labios, así como su amor.

Aaron sentía sus formas vivas como algo ajeno. Hasta entonces, solo había pensado en ellos en términos de cueros y cabezas, hígados y bazos, corazones, glándulas y lenguas asadas sobre la leña ardiendo en una hoguera de pino. Pero ahora parecían estar más vivas que él. El aire vibraba con el calor de sus cuerpos. Habían instalado ahí su hogar.

Aaron no les permitía entrar en la casa. Dedicaba todas sus fuerzas a mantenerlos fuera de las habitaciones que él había construido. Todas las noches registraba una a una las alcobas para asegurarse de que no hubiera ningún animal. Las ventanas llevaban años claveteadas. Una de las puertas tenía siete cerraduras. Tras haberse cerciorado de que solo él y Emma estaban dentro, se iba a preparar la cena. Los dos comían viandas sencillas servidas en vajilla de plata, frente a una mesa que Aaron había construido y diseñado para veinte comensales. Tenía un don para coleccionar cosas, pero carecía de gusto y a Emma la traía sin cuidado lo que comía o veía o llevaba echado a la espalda. Comían, Aaron masticando y bebiendo y sirviéndose, y Emma sentada en silencio, una con los animales de su cabeza.

Tras la cena, iban a acostarse, y Aaron se tendía sobre Emma, a horcajadas sobre el cuerpo de ella, con los dedos aferrados al frío latón del cabecero, los pómulos huesudos apretados contra su áspero cabello. Fuera, los animales se restregaban contra los laterales de la casa, desplomaban sus pesados flancos sobre los cimientos de piedra, preservando sus vidas en el interior de sus oscuras formas como si fueran ámbar, y la percepción de su realidad exterior hostigaba la que de sí mismo tenía Aaron, que temía pudieran caer sobre él, atravesar su pecho y penetrar en su corazón.

Y con todo, hasta que nació su primogénito logró mantenerlos a raya y deslindar su propia realidad de la conciencia de la de ellos. Durante el día los veía deambular en libertad por el resto de edificios, a lo largo y ancho de sus tierras. Los observaba desde detrás de las ventanas claveteadas. Ellos no parecían prestarle la menor atención, salvo cuando estaba con Emma, pero él sabía que eran conscientes de su presencia, que lo *conocían*. En ocasiones

sentía deseos de cruzar a gatas el agujero situado en el centro del gran cabecero de latón, gatear a través de él para desembocar en otro sitio, con otra forma y un alma que no pudieran reconocer. Pero entonces nació el primogénito y supo que de nada valía ya mantenerlos fuera, que para ellos no había ninguna diferencia, que vivían en un estado atemporal de permanencia en un mundo que se había transformado en tomo a él.

Hacía tiempo que se esperaba la llegada de Stark. Una agrupación de células que llevaba tiempo gestándose. Acaso dos mil años. Y al fin nació. Surgido de la magia, imaginada o real, a la memoria. Prueba del poder del amor y la soledad; ya fuera sueño o carne sólida, era, pese a todo, un niño. El niño de Emma. Nacido de la magia de Emma y el pecado de Aaron.

Porque después de su llegada, Aaron creyó de veras que era un pecador. Entonces inventó al Diablo. A Emma no le importó. Siempre había estado por debajo del bien y el mal. Su magia nunca había sido trivial. Nada de enterrar dientes y cabellos.

Nada de comuniones de sangre y excreciones. Si Aaron había decidido creer en algo tan trivial como el Diablo, Emma se lo permitiría, por más que fuera una insensatez.

Aaron reconvirtió en capilla el matadero, el edificio que había sido su primer baluarte, su primer refugio frente a los elementos. Construyó un altar, puso una imagen de Cristo en un marco de plata, hizo traer desde Boston una hermosa cruz de latón. Era un hombre atemorizado. Rezaba. Rezaba pidiendo amor y comprensión.

Pero ahí no había comprensión. Ahí estaban ellos. Sus hijos y los de Emma. Tras doce años de espera, hubo doce años de niños. Uno por año. Un milagro.

Se decía que, tras el duodécimo, Aaron murió, de nada, en la cama.

Los niños, por supuesto, sabían que Aaron había muerto de algo.

Que la muerte es como una abeja que zumba en torno a la boca de la persona a la que desea, tratando de introducirse en ella. Y se introdujo en Aaron.

Pero antes de eso, en los años previos al duodécimo, cuando Aaron creía que había tiempo aún para la expiación, se volvió un fanático. Ayunaba. Se mutilaba. Se paseaba desnudo fuera cual fuera la estación, dormía sobre la nieve y las espinas. En el invierno de su sexto hijo, el frío le había hecho perder un dedo del pie y las puntas de las orejas. Esa primavera, los capullos de las flores se abrieron oscuramente y mostraron caras de santos. Y Aaron empezó a perder los dientes, aquellos dientes

antaño tan fuertes se le caían a las manos, indecisamente corroídos por la podredumbre, como funestas cabezas de muerte hechas a su imagen y semejanza.

Aaron abandonó a Dios tras el nacimiento del séptimo. Sus oraciones habían sido en vano, y Aaron pensó que tal vez Él no quería oraciones, que nunca había querido oraciones, sino carne. Carne y sangre.

Emma, en cambio, parecía mantener una excelente relación con Dios. Eran como dos osos que habitan un mismo cubil.

Aaron repudió la fe y abrazó la superstición. Empezó a tallar figuras, arte de soñadores, creyendo que podría salvarse trocando en sombra sus terrores, aquellos terrores que ahora conocía tan íntimamente como las formas de los hijos de Emma. Su propósito era aprehender su alma y convertirla en sombra, en juguete. A fuerza de matarlos, desollarlos, extenderlos y despellejarlos, había llegado a conocer tan bien a los animales que ahora era capaz de recrearlos en madera con un cuchillo que otrora sirviera para ofrecer sacrificios humanos. Dedicaba varios meses a tallar cada una de las figuras, procurando que cada una de las líneas capturara cada instinto, cada aspiración… Aquello lo serenaba, lo curaba un poco. Creyó sentir el regreso de la voluntad.

Una noche, un año después de tener el duodécimo hijo, Aaron entró en la casa. Las habitaciones estaban a oscuras. Todo dormía bajo la protección de sus cuerpos. Caminó por las habitaciones que había construido, en silencio, como cuando en el pasado se deslizaba por los bosques. El lugar no presentaba un aspecto inusual. Todo estaba tal cual lo había construido. Ahí dentro, su familia prosperaba.

Aaron había dejado de intentar comprender. Se había obligado a descender de la esfera del entendimiento, con su incapacidad para distinguir entre el mundo de la hechicería y el de los hombres, entre la enfermedad y la salud.

Entró en la habitación donde en tiempos había dormido con Emma. El menor de los hijos descansaba junto a la gran cama de latón, metido en su cuna. Aaron pisó en silencio, con cuidado de no despertar a su mujer, y levantó al bebé. La papada le colgaba ligeramente, tirando a amarillenta bajo la luz de la luna; su gran cabeza chata estaba dormida. Se sacó el cuchillo del bolsillo, el mismo que utilizaba para hacer las tallas, un instrumento antiguo salido de las junglas de Guatemala. En el pecho del bebé se vislumbraba una media luna. Como unos cuernos. Como la huella de un talón en el polvo. Giró al bebé sobre el estómago y recorrió

suavemente su columna con el cuchillo, a través del pelo, no cortando, sino sintiendo la dureza y la iridiscencia de la columna bajo la hoja. Alzó el cuchillo y en ese instante Emma se lo arrebató de las manos y le mordió la cara gritando. El grito fue tan terrible que Aaron supo que con él había convocado todo lo que él más temía. El bebé gritó, y Emma también. Y los niños entraron en tromba en la habitación…

—Aauuuu —chilló Angie.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Pearl girando la cabeza de golpe—. ¿Qué ocurre ahora?

Desde la piscina, también Jesse daba berridos. Dos lagrimones resbalaban por su cara reluciente.

—Tracker me ha contado algo terrible —gritaba. Estaba sujeto con sus manos rechonchas al borde de baldosas de la piscina—. ¡Pero no es verdad, no es verdad!

Angie estaba sentada en la hierba y chillaba. Se notaba un olor horrible. Franny le había puesto flores en el pelo a Angie. Pearl se levantó como pudo, mareada y con la cabeza a punto de estallar.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

—Hay que cambiarle los pañales, pero no quiero hacerlo —dijo Franny.

—Oh, vaya —dijo Pearl frotándose las sienes—. Tanto jaleo para tan poca cosa. Me habré quedado dormida.

—¡Pearl! —gritó Jesse—. ¡Lo que ha dicho Tracker sobre las ballenas no es verdad, no es verdad!

—¿Se puede saber por qué lleva pañales? —preguntó Pearl—. ¿No iría mejor sin?

Aturdida, miró a Jesse. Tenía el labio inferior hacia fuera. Los ojos hinchados como bolas. Estaba aferrado al borde y movía el cuerpo adelante y atrás en el agua. Pearl parpadeó.

—Dice que las matan para hacer pintalabios. Dice que a veces las matan solo para ver cuánto les pesa el cerebro.

Pearl lo miró con tristeza. Pensó en las maravillosas canciones que cantan las ballenas. En cómo se protegen las unas a las otras.

—Es verdad —dijo Tracker.

—No seas malo —dijo Jane—. Te encanta decir cosas desagradables.

—Se van a extinguir —insistió Tracker—. Solo se las ve cuando están muertas.

… Y son tan espirituales, pensó Pearl. Con todo ese agua a su alrededor deben de tenerlo fácil para entrar en estado de meditación.

En el mar, también ahí, en el mar que se extendía a su alrededor, en tomo a Pearl y los niños, debía de haber ballenas que viajan y se llaman, que se llaman las unas a las otras a miles de kilómetros de distancia mientras galopan por las profundidades imposibles del mar, entre las tenues y cambiantes luces del mar, que se cantan y se llaman, fieles las unas a las otras…

¡Ah, ser un buzo en el mar profundo, conocer criaturas como esas, vivir la experiencia de las cosas! Ese era el secreto de la insondable sonrisa de una mujer, ¿no? El haber buceado por el mar profundo y haber muerto muchas veces, el haber vivido de un modo a la vez siniestro y no revelado, una vida perpetua de diez mil experiencias.

Pearl acarició una cabeza de niño.

Uno de los niños dijo:

—Las crías de ballena engordan varios cientos de kilos al día durante los primeros seis meses.

Como una pesadilla, pensó Pearl, la creciente…

Miró de un niño a otro. Sam no estaba. Había vuelto a escaparse hacia la casa para estar con ella, la anciana, su abuela. Pearl observó las caras de los niños. ¿Quién puede abrir la puerta de la cara de un niño? Es como una puerta que se abre a la creciente…

¿Qué era lo que había dicho Sam cuando Pearl le había preguntado si la quería? Sí, había dicho, sí.

Pero no era cierto. A quien quería era a la anciana.

CAPÍTULO DIEZ

A Pearl la abuela de Sam nunca le había parecido adorable, pero ella, claro está, la veía de manera muy distinta a como la veía Sam. La anciana no sentía ningún aprecio por Pearl y Pearl no podía culparla por ello, y además, en siete años no se habían dirigido la palabra, lo cual para Pearl en realidad era un alivio, aunque habría deseado que su apariencia no fuera tan excéntrica.

A veces, Pearl, al verlos a los dos juntos a través de la puerta abierta, sentía ganas de entrar corriendo y sacar de ahí al niño, de alejarlo de su voz, de su rostro, que a Pearl se le antojaba terrible. Pero creía que no tenía derecho a hacerlo. Lo cierto era que la anciana estaba criando a Sam y Pearl no. La anciana cuidaba de Sam mejor de lo que nunca lo hubiera hecho Pearl. Le había enseñado a contar historias y a escucharlas. Le contaba cosas maravillosas. ¿Qué consejos habría podido darle Pearl? Cuando una está borracha e intenta comer al mismo tiempo, ¿sirve de algo hacer el intento frente a un espejo? Era inútil. En el jardín crecían unas rosas altas que Pearl sospechaba que le tenían antipatía. En cierta ocasión había estado segura de que la cortina que ondeaba en la ventana había sido enviada con el fin de asesinarla. Su mundo titilante resultaba demasiado deprimente. ¿Qué le podía decir al niño? ¿Qué esperanza le podía dar? Algunas noches se despertaba y veía cincuenta pájaros, muertos pero rígidos, en actitud vital, esparcidos sobre las sábanas de la cama. Tras dar un gemido, se alzaban y se iban. Pearl sudaba. Temblaba. Los ojos se le nublaban con cosas que galopaban, hurgaban, volaban, anidaban ahí. Y el amor parecía ser un reino del que la hubieran desterrado. Las apariencias de las cosas eran como pústulas del alma, una costra que separaba su alma de la luz. ¿Cómo podía decirle eso a Sam? Él era su miedo.

Él era su miedo a causa del amor que le profesaba a la anciana. El modo en que la anciana se aparecía ante Pearl era terrible. El modo en que se

aparecía ante Sam, no. ¿Cómo hablar con él de eso? Para Pearl, era una presencia primordial, pertenecía a un mundo a medio materializar, tanto era así que parecía preferible ignorarla. Eso era lo que hacían los demás. Hasta donde a Pearl le alcanzaba, se habían olvidado de su existencia. Creían más en Emma. Sam se ocupaba de las necesidades de su abuela y la anciana no pedía nada a los demás. Vivía en parte como un animal, en su cuarto, pero en parte no, en parte era una matriarca digna y voraz con un rostro que la edad y la convicción habían esculpido hasta darle la forma de un arma enemiga. A veces sonreía en dirección a Pearl desde el interior de ese rostro, y Pearl, impotente, le devolvía la sonrisa con la escalofriante sensación de que la anciana estaba confabulada con Dios.

No el Dios en el que romántica y equivocadamente creía su madre, sino el Dios verdadero. Un dios de aspecto bárbaro e impío, con una mente desfavorable a la conciencia humana.

En esos momentos, Pearl hacía voto de beber más o menos. Se iba a su cuarto y se cepillaba los dientes. Se iba a la biblioteca a jugar al Cluedo con Trip y Peter.

«Fue la señorita Amapola, en la sala de música, con la cuerda», decía con voz ominosa, mientras su largo dedo con la uña mordisqueada arrastraba la pequeña cuerda por encima del tablero.

Cortaba el sirope del pelo de Jane. Trataba de comer un poco de pan. Se iba a dar un paseo junto al mar. Veía a Sam y lo besaba. Posaba su mano sobre la de él, sobre la marca de nacimiento que crecía en su mano. Al inicio era una media luna, pero ahora semejaba más bien dos círculos cada vez más próximos a punto de intersectar, de eclipsarse, portadores de oscuridad.

Cuando era un bebé, Pearl había tratado de borrársela.

Cuando era un bebé, Pearl no sabía qué hacer con él. Siempre era brusco y silencioso, un ser desvalido en su mundo. Y no obstante, sus ojos eran tan fieros y formidables. Su cuerpo menudo, tan fuerte. Al verlo, Pearl sentía a la vez reverencia y asco. En aquel momento se había alegrado de la presencia de la abuela. La gratitud, entonces, no le parecía inadecuada. La anciana bajaba a su cuarto y la ayudaba a cuidar de Sam. Se echaba el pelo hacia atrás y le hablaba pegada a su cara. Le contaba historias.

Pearl no conocía muchas historias. Siempre había oído historias ajenas, todos los días y todas las noches, desde siempre.

Erase una vez un mundo que se acabó en una pared de tablones…

Érase una vez que el único modo de no caer al cielo consistía en

aferrarse a las raíces de los árboles…

Erase una vez un niño que quería escaparse, pero tenía una abuela que no le dejaba.

—Estoy decidido —dijo el niño.

—Si te escapas, te perseguiré —dijo la abuela—, porque eres mi nieto.

—Me convertiré en pájaro y me iré volando —dijo el niño.

—Si te conviertes en un pájaro y te vas volando, necesitarás descansar, y entonces yo me convertiré en el árbol en el que estés descansando —dijo la abuela.

—Si tú te conviertes en árbol, yo me convertiré en hoja y me desprenderé de ti —dijo el niño.

—Si te conviertes en hoja y te desprendes, yo me convertiré en el suelo que te atrape —dijo la abuela.

—Si tú te conviertes en suelo, yo me convertiré en nada —dijo el niño —, y entonces no podrás encontrarme.

—Si te conviertes en nada —dijo la abuela—, entonces yo me convertiré en casi nada y te habré casi capturado.

Érase…

Que Pearl había tenido un sueño en el que un hombre se la follaba y la atravesaba y penetraba la roca de detrás, y entonces alcanzaba el orgasmo. Erase…

Que Pearl había ido al colegio de pequeña. Esperando frente al colegio, estaba todos los días un señor viejo que podía tirarse pedos de forma ilimitada y con un amplio registro. Sabía imitar las voces de toda suerte de animales. Los niños lo amaban…

Erase… que Pearl viajó a Florida con su madre y su padre, cuando estaban todos vivos. Iban conduciendo por las afueras de Tampa cuando vieron un hombre que volaba por los aires. Voló desde un pequeño jardín a un lado de la carretera hasta un campo vacío que había al otro lado. El padre de Pearl estuvo a punto de perder el control del coche. Fue un gran sobresalto para todos. Luego supieron que el hombre volador era un miembro de la familia Zacchini, una familia circense que había inventado la bala humana. La familia Zacchini vivía en las afueras de Tampa. Estaban practicando.

El padre de Pearl presentó una queja al alcalde. Aquella misma noche, Pearl se puso mala por culpa de la trucha que se había comido en el hotel.

Los riesgos sin sentido de la vida. El mundo que dormía bajo el mundo de las apariencias y que era el mismo mundo, ambos dolorosos y aburridos a la vez, salvajes y traviesos, radiantes y horrendos, benevolentes e inspirados.

De niña, Pearl fantaseaba con que a los pies de su cama había un animal nocturno. La cama estaba iluminada por una pequeña luz blanca con forma de bailarina. Pearl nunca tuvo la impresión de que el animal nocturno estuviera ahí para protegerla ni, por el contrario, que supusiera ningún peligro. Sencillamente estaba ahí, oscuro y de algún modo escéptico con respecto a ella, Pearl, la niña de la cama. Cuando creció y dejó de verlo, supo que seguía ahí, todavía escéptico e incognoscible, observándola desde su invisibilidad, como una araña en una grieta.

Las desconocidas disquisiciones acerca de la semejanza de Dios. Las desconocidas disquisiciones acerca de la semejanza que le conferirá su fuerza.

En la cabeza de Pearl, la anciana era el ser más fuerte y temible del mundo.

No obstante, cuando Sam la veía, veía a su abuela, a la que amaba.

Es posible que la anciana le dijera a Sam que el mundo se forma de nuevo cada día y cada noche. A veces, prácticamente igual; otras, muy distinto. Uno sueña y entonces despierta y el sueño es distinto. Todo cobra existencia con una naturaleza cambiante. Nada dura mucho bajo la misma apariencia.

Sam la amaba y ella debía de aparecer ante él como una figura complementaria de ese amor. Quizá fuera una silueta vestida con un vestido de algodón suavemente desteñido, acartonado bajo los brazos por efecto del jabón, una silueta que le ofrecía chocolate, cuchillos y libros ilustrados con sus manos cálidas y manchadas de lentigos. Sus articulaciones, tristemente hinchadas; el pelo, cepillado con primor; la piel, exhalante de olor del agua estancada al fondo de los jarrones de flores…

O quizá a sus ojos fuera más bien como una forajida que vive en secreto entre el mobiliario olvidado, bajo una luz apagada desde hacía cientos de años, en un cuarto de huesos y pieles y plumas, de libros roídos por los ratones y cuadros sucios de hormigas voladoras, alguien que le enseña (en el lavamanos transformado en lecho fluvial) a cazar peces con las manos, a trepar por el árbol que crece frente a la ventana (el árbol bajo el cual Emma enterró al hijo muerto) hasta lo alto de la copa para, así, ver entre las ramas (marrones y muertas por dentro, pero vivas por fuera) al coyote que ahí habita, a la espera de que el hueso que ha encontrado (tras la destrucción

del mundo) se convierta en mujer.

En todo hay otro espíritu, le decía a Sam. Todo tiene dos ojos, un par. Y uno es mortal y el otro inmortal. Lo que ve uno de los ojos vive para siempre. Allí reside el espíritu. Y el espíritu puede andar merodeando y adoptar cualquier forma que le plazca…

Puede que la viera sobre todo así, como se ve con un solo ojo, un ser disfrazado, y que conversara con ella como se dice que los animales conversan con la muerte, sabiendo, de un modo que al hombre resulta inaccesible, que la muerte es demasiado grande para ser sepultada en la tierra y que prefiere caminar y alimentarse entre nosotros.

En cualquier caso, Pearl siempre había sospechado que el universo había sido creado por algo más que humano para algo menos que humano.

Desde fuera del cuarto de la anciana, Pearl oía cómo hablaban el uno con el otro, las voces que empleaban. Sam nunca hablaba con Pearl de esa manera. Con ella se mostraba cauto, casi flemático. No se comportaba con ingenuidad, como los otros. Cuando jugaba con los otros, cuando lo veía correr y trepar y nadar con ellos, parecía uno más, indistinguible, pero cuando estaba solo, cuando lo veía de pie en silencio, la gracia de su postura parecía otra gracia, su figura en reposo parecía no ajustársele del todo. Por eso a Pearl no le gustaba verlo cuando dormía. Era como si, mientras dormía, olvidase cómo ser un niño.

Pearl aguardaba fuera del cuarto cuando sabía que Sam estaba dentro. En la habitación había muebles que nadie quería en ningún otro sitio. Había cuadros deslucidos y sillas rotas. Las patas de un tocador de nogal descansaban sobre unos platos con veneno para las hormigas. Las palas metálicas de un ventilador removían el aire. El ojo rojo de un hornillo brillaba bajo un cazo con agua. La anciana se apoyaba contra la ventana sin cortinas y rebozada de sal, y Sam se sentaba justo pasado el umbral. Y Pearl aguardaba sudando fuera, con vergüenza y esperanza, adentrándose en el ritmo de sus palabras igual que un nadador se adentra en el mar.

Había una vez una mujer, le dijo a Sam la abuela, que se fue al bosque sin más que una perra a punto de parir. La mujer construyó una cabaña en el bosque y, al poco tiempo, la perra tuvo sus cachorros. Todos los días la mujer los ataba antes de irse a buscar comida. En varias ocasiones, al volver a la cabaña, oyó las voces y el llanto de unos niños, pero dentro solo estaban los cachorros, atados como de costumbre. Un buen día, en vez de irse de la casa, se escondió en ella y cuando, al cabo de un rato, volvió a oír las voces, fue corriendo a la habitación donde estaban atados los cachorros y vio a un

grupo de hermosos niños que reían y jugaban con sus pieles de perro recostados sobre el flanco. La mujer echó las pieles de perro al fuego y se quedó con los niños…

Sam se dio la vuelta. Sostenía un trozo de madera en la mano.

En invierno, Pearl se pasó del blanco al negro. Había lilas sobre el tocador. Sam tenía dos años. La anciana le enseñó a sonreír. Después de bañarse, Pearl escribió el nombre de Sam en el espejo empañado. En la casa, Sam no parecía interesarse por nada de cuanto lo rodeaba. Fuera era más feliz. Se ponía la ropa de los niños mayores, que cuando se vestían lo vestían a él también. Sam tenía tres años. Con el otoño llegaron las tormentas y apareció un hombre ahogado en la playa. No tenía cabeza, pero en el brazo llevaba un tatuaje de Félix el Gato. Sam tenía cuatro años. Su abuela le había enseñado todas las cosas invisibles, a pensar y a hablar y a esconderse. Pearl se lo llevó a un rodeo en Morgansport. Vieron cómo los vaqueros cabalgaban sus monturas en el cercado. Había monta de toros y caballos broncos. Pearl se tomó una ginebra con limonada. Sam se escurrió bajo las gradas y cayó al corral de los caballos salvajes. La gente se echó a gritar, pero era como si los cascos amarillos de los caballos hubieran echado raíces. Inclinaron sus cabezas salvajes hacia él. Uno de los rescatadores recibió un mordisco en la mano, pero Sam salió sin un rasguño. Sam tenía cinco años. Pearl escribió su nombre sobre la copa húmeda. El amor no estaba ahí. El que estaba era Sam. Parecía extrañamente despreocupado, como alguien a quien todavía no le ha llegado el momento de entrar en combate. El agua salada se filtraba en el pozo. Al cavar uno nuevo, desenterraron unas tumbas de animales. Sam señalaba enanitos blancos en el cielo. Distinguía el sexo de los árboles con solo ver la madera. Convertía en agua la pintura que Timmy le echaba en los ojos.

Transformó en cometa un pájaro estrangulado con un alambre. Sam tenía seis años. Los demás jugaban con él. A cada cual le enseñaba algo. Las pupilas de sus ojos tenían rendijas. La anciana le enseñó a detener el corazón y volver a ponerlo en marcha. Aquello llegó a oídos de Pearl. Ella creía en todo lo que veía. Por las noches oía un crepitar que era la lluvia. Sam tenía casi siete años…

Pearl llamó la atención de la anciana. Pearl vio las franjas de plata que le cruzaban la mejilla, los ojos impenitentes. Su rostro era afilado y gris. Su rostro era como una garra capaz de despedazarla. Pearl se hizo atrás. Sam se volvió.

—Mira —dijo—, les estoy haciendo una talla a cada uno para nuestro

cumpleaños.

Pearl contempló la madera diseminada por el suelo, las figuritas poco sutiles de los niños, sus caras borrosas y sus logradas siluetas. Sam sostenía la imagen de Sweet, en la que había sabido captar las líneas de su alargada cara de asombro, su nervio, su gracia. Puso de pie las demás. Ahí estaban las doce, extraña y crudamente ejecutadas, ya terminadas, salvo por algo de lo que todas carecían, ese momento que poseen todas las cosas, ese momento absoluto que no pertenece ni al pasado ni al futuro, sino a la nada, la evanescencia, la metamorfosis.

Sam le sonrió. Llevaba puesto un polo. Tenía picadas de mosquito en la mejilla, moratones desdibujados en las rodillas. Tenía los ojos amarillos y escasos de pestañas. Sus ojos eran capaces de hechizarla para que creyera estar viendo a su hijo en el cuarto de su abuela, en una casa junto al mar, en verano.

—Es el primer año que voy a hacerles un regalo. ¿Te gustan? ¿Los reconoces?

Joe y Sweet. Timmy y Jane. Franny y Ashbel. Angie y Jesse. Peter y Trip y Tracker.

De bebés jugaban con los animales que Aaron había hecho para los hijos de Emma, aquellas figuritas que parecían más desesperadas que un simple juguete. Aún hoy, pese a que todos salvo Angie habían dejado de ser bebés, seguían jugando con ellas, más como ejercicio que como juego, sosteniéndolas e introduciéndose en los pensamientos que estas poseían, las sombras en las que los pensamientos de los niños se truecan en el pensamiento de los ciervos… de los osos… de los pájaros… para resucitar bajo el aspecto de los animales de Aaron, a los que este había dado forma para mantener a raya esos mismos pensamientos.

Pero estas figuritas, como las otras, tenían forma de niño. Y las había hecho Sam.

Pearl se puso en cuclillas para verlas mejor. Sam tenía casi siete años. El siete era el número de la perfección, de la completitud. La anciana lo había criado hasta esa edad. Sam sostenía en alto una de las tallas. La luz incidía sobre ella. Parecía casi que Pearl pudiera ver, a través de la figura, la imagen pulverulenta de algo situado más allá. La anciana le había enseñado a Sam cómo hacerlo. Primero le había enseñado a engañarse a sí mismo con sus pensamientos de niño y luego a engañar a los demás acerca de su verdadera naturaleza…

Pearl sacudió la cabeza como si estuviera sola. No era posible que Sam

hubiera labrado esas tallas. No era más que un niño, demasiado joven incluso para manejar un cuchillo. Pearl estaba confusa. Solo existían las tallas de Aaron. No había otras. Aaron había visto las cosas que labraba. Había convivido con ellas. Aaron había habitado el infierno. El infierno era una bestia, el cuerpo de una bestia, en cuyo interior había otras bestias…

Pearl estaba confusa. Ahora ya ni siquiera estaba con Sam. Tenía la sensación de haberse caído. Se levantó. La puerta se cerró de un golpe de viento.

CAPÍTULO ONCE

—Pearl, no te vayas, ¿adónde vas?

Pearl estaba de pie junto a la piscina. Los niños le tiraban de la mano.

—¿Por qué estabas apoyada con las manos en el suelo, Pearl? ¿Ibas a vomitar?

Ashbel dijo:

—Siéntate Pearl. Peter va a hacer un truco.

Se la llevaron hasta la silla empujándola con cuidado. Ahora la piscina estaba vacía, a excepción de un cuervo que bebía posado sobre el escalón de la parte menos honda. El cuervo era el ave que no regresó al arca tras ser enviada por Noé. Estaba condenado a una sed terrible. Las alas del cuervo relucían como el aceite. Agachaba el pico y lo levantaba hacia el cielo. Agosto era un mes sediento.

Pearl vertió el resto del vino en el vaso. La etiqueta flotaba entre destellos de hielo. Un querubín sobre fondo negro.

—Tengo un truco nuevo —dijo Peter—. Mirad.

Pidió a los demás que formaran un círculo a su alrededor. Vestía un pantalón azul en el que había pintado unos relámpagos de color naranja. El muchacho estaba totalmente poseído por la magia. Quería serrar a los demás niños por la mitad y dispararles balas a los dientes. Thomas se lo impedía. Peter decía poseer una vieja varita que había pertenecido al mago Herrmann y con la que en cierta ocasión este había hecho aparecer un puñado de cigarros puros en la barba del presidente Ulysses S. Grant. Peter ni siquiera quería que lo llamaran Peter. Quería que lo llamaran Ibis el Invencible, cosa que nadie iba a hacer nunca.

Tenía los pómulos altos y chatos, y el pelo largo y fino, aunque, al igual que Trip, siempre estaba alterándose las facciones con tinta, preferentemente mediante diseños indios copiados de unas cartas de *Straight Arrow* que alguien había coleccionado cuando venían de obsequio

con los cereales Shredded Wheat. En los últimos tiempos quería ser de todo: mentalista, médium, escapista. Se pasaba horas trabajando en su atestado cuarto, donde se decía que algunas cosas llevaban años perdidas.

Su habitación era un mercado exótico repleto de baratijas y sorpresas, un rimero camal en el que podían encontrarse Collares Recompuestos, Pañuelos del Diablo, Cajas Indianas, Monedas Mágicas, Cinturones de Rayos, Peces Voladores, Varitas que Aparecen, Pañuelos Saltarines, Cigarrillos Encantados, Anillas Misteriosas y Dados Vampiro. Para él, el hecho de que lo imposible se hallara en la raíz misma de su ardua labor no menoscababa su encanto. Era un mago de verdad, eternamente fascinado ante los efectos que con tanto mimo había ideado. De vez en cuando, incluso revelaba el funcionamiento de alguna de sus ilusiones. Todo el mundo sabía lo que había en el interior del Cilindro Inagotable. Las paredes interiores del cilindro parecían lisas, pero en realidad estaban ligeramente inclinadas y escondían unos compartimentos secretos llenos de objetos extraños sujetos con minúsculos cierres. El hecho de saberlo no les arruinaba el truco a los niños porque nunca sabían qué era lo que habría escondido dentro.

—¡Preparaos para quedaros anonadados! —gritó Peter, y empezó a sacarse de la boca una guirnalda de luces de árbol de Navidad.

—¡Oh, guau! —exclamó Timmy, deseando poder sacarse todo aquello del estómago también él cada vez que se le antojara. Era terriblemente asqueroso. Todas esas cosas, corroídas por los ácidos gástricos y salpicadas de jugo de naranja y galletas de chocolate.

La húmeda y ondulada guirnalda de lucecillas cayó sobre la hierba. No daba luz. De hecho, las lucecillas estaban algo mugrientas, parecían bulbos de flor salidos de un cubo de basura. Entonces se enroscaron y empezaron a trepar, verdes, rojas y azules, por las piernas de Peter, con un aspecto insinuantemente vivo.

Luego se sacó una estrella de la boca. Era una estrella grande, con las puntas afiladas. Los extremos estaban marrones de óxido. A Peter le temblaban los hombros de la emoción.

—¿Qué os parece? —preguntó con voz ronca—. ¿Lo he hecho bien? No es de verdad, ya sé que lo sabéis, pero ¿lo he hecho bien?

Pearl se puso a aplaudir. Los niños lo jalearon y aplaudieron también. Las nubes avanzaban raudas por el cielo y, de pronto, Peter quedó como a contraluz, con los bordes recortados frente a la tarde declinante. En el horizonte había un bote no mayor que el pulgar de un niño. Las primeras

gotas de lluvia cayeron con un retumbar de truenos.

—Tenemos que volver a casa —exclamó Pearl—. Es peligroso quedarse aquí.

—A mí me encantan las tormentas eléctricas —dijo Trip—. ¿Sabías que si a un árbol seco le cae un rayo, puede volver a la vida?

—Sí —dijo Pearl.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó Trip sorprendido.

—Por favor —dijo Pearl—, vámonos ya, venga, para casa.

Se dispersaron alegremente y echaron a correr. Pearl los siguió tan rápido como pudo. Cuando llegó al porche estaba empapada. Se quedó de pie resollando durante un rato. Aquella casa era su hogar. Aun después de tantos años, parecía improbable. Y sin embargo, era la única que tenía, a menos que pudiera considerar que su cuerpo era su casa, idea que resultaba descorazonadora: esa destartalada torre de huesos y agua en la que residía de modo más o menos permanente, un lugar solitario y, a la vez, siempre ocupado, por no decir frecuentemente visitado, compartido con huéspedes y ocupado por viajeros, lleno de tumultos y alteraciones y codicia y reparticiones. Algunos visitantes apenas se demoraban, otros se quedaban mucho, mucho tiempo; algunos eran fantásticos, otros anodinos. Mojigatos e incontinentes, madres y asesinos, filósofos y ratones. El cuerpo en casa. Ahí cabía concebir casi cualquier cosa. Pobre pingajo.

Entró. No se veía a ninguno de los niños. Temblando, se asomó a la cocina. Ahí estaba Miriam, echando colorante en unos boles de glaseado. Estaba llorando. Siempre lloraba cuando preparaba pasteles de cumpleaños para los niños.

—Estos pasteles tienen un aspecto delicioso —dijo Pearl.

Había cinco pasteles enfriándose encima de unos estantes. Pearl se puso delante del homo para secarse. Miriam sollozó y se refregó la cara con el dorso de la mano.

—Este año Johnny habría cumplido trece —dijo—. Sería incapaz de reconocerlo.

Pearl consultó el reloj situado sobre la cabeza de Miriam. En el cristal que encerraba el péndulo como si fuera un muerto en el féretro ponía: REGULATOR.

Miriam se sentó en un taburete y empezó a untar el glaseado sobre uno de los pasteles.

—Se esperaba a que yo terminara de hacer los pasteles para que le leyera un cuento. Le encantaban los cuentos. Yo tenía un viejo libro con

ilustraciones en blanco y negro. *El libro de cuentos de la buena suerte*, se llamaba. A veces me inventaba historias sobre la marcha mientras lo peinaba. Tenía un pelo muy bonito, ensortijado, siempre lleno de nudos, y él se sentaba sobre mis rodillas para que se lo peinara. Yo le hablaba de cada rizo que desenredaba como si fuera el hogar de una cosa viva. Le decía que su cabeza era una «tienda de curiosidades».

«Mira esto», le decía, «fíjate aquí hay un nido de pájaros. Pero ¿dónde están los pájaros? ¿Se han ido volando? ¡Ah, oh! ¿Oyes cómo grita ese cerdo? ¿Seguro que no has sido tú? Y mira, mira este, qué bien agarrado está, voy a tener que tirar fuerte. ¡Oh, cómo ruge! A ver si tendrás un león ahí dentro…».

—Sé que es terrible, Miriam, pero, por favor, Franny y Ashbel…

Pearl se quedó mirando la mancha que había sobre la madera de cortar la carne. Esa primavera, mientras pintaban los huevos de Pascua, los niños habían derramado tinta por encima.

—Ahora lo tiene la oscuridad —dijo Miriam—, y la oscuridad no va a devolvérmelo. Piensa un momento en ese hombre de Nueva Zelanda, el que envió un trozo de piel de conejo del manguito de su hija. Su niña murió de fiebres cuando tenía cinco años, y él y su mujer pensaban que nunca lo superarían, pero antes de un año tuvieron otra niña que ahora tiene cinco años y que, pese a no parecerse en nada a la hermana muerta, lo recuerda todo de ella, todo: sus juguetes favoritos, sus lugares preferidos, la comida que le gustaba. Creo que es algo maravilloso… Piensa en el alivio que tiene que ser…

Pearl consultó el reloj. No se había movido. Hora de tomar una copa, pensó. No puedo faltar a mi cita. Tiene que ser horrible, pensó, tener una hija capaz de recordar el día de su muerte.

En la pared había un estúpido burro alargado que había dibujado para el cumpleaños de los niños. Las posaderas del burro estaban crucificadas con largas agujas a las que alguien había pegado trozos de papel. Y debajo, ordenadamente dispuestos, había varios rollos de cintas de colores, una docena de cajas de globos y un surtido de regalos simpáticos y baratos. Filoscopios, anillos que sueltan chispazos, chicles que al cogerlos te pellizcan el dedo, juegos de maquillaje, láminas lenticulares.

Pearl movió una de las láminas despacio entre los dedos. Una pareja de novios besándose. Una y otra vez. En una segunda lámina se veía a una niña saltando a la comba. Una y otra vez, los pies brincaban, la cabeza se echaba hacia atrás, la cuerda completaba su arco.

A Franny le gustaba saltar a la comba. Pearl la había oído cantar:

Al pasar la barca
me dijo el barquero
las niñas bonitas
no pagan dinero.

—Ya lo sé —dijo Miriam—. Debería poner fin a esto. Hay personas que dependen de mí, ¿verdad? Personas vivas. Y yo dependo de ellos, de la constancia de los desconocidos, de las penas, las mismas penas, soportadas una y otra vez para nada…

Juntó los labios y los apretó. Pearl se acercó a ella.

—Pobre Miriam, ¿puedo ayudarte en algo?

—Oh, no —dijo Miriam con dulzura y cierta sorpresa. Su mirada se posó sobre Pearl como si fuera la primera vez—. Estás temblando —dijo—. Deberías secarte.

—De acuerdo —dijo Pearl.

—Eres peor que los niños —suspiró Miriam—. Mira cómo has puesto la cocina.

Pearl se fue a la biblioteca, donde estaba el mueble bar. La alfombra oriental que había delante del armarito de las bebidas estaba hecha jirones.

—No soy la única que se toma una copa de vez en cuando en esta casa —murmuró mientras se servía un vaso de ginebra.

La voz de Thomas la sobresaltó.

—Ahh, Pearl —dijo—, hoy tienes un aspecto totalmente medieval. Tienes un mal de esa época: languidez y demacración.

Pearl miró el rostro apuesto e imperturbable de Thomas. Luego miró el ejemplar de la revista *Atlantic* que estaba sobre la mesita de café.

¡Mira, Pearl!, gritó un niño en su cabeza. ¡Puedo comer con los pies!

La lluvia cubrió los cristales con una noche artificial como un arcángel oscuro, y luego se alzó y desapareció. La pálida luz del interrumpido día se derramó al interior de la estancia.

Pearl hizo caso omiso de Thomas. En lugar de mirarlo, volvió los ojos al suelo. Junto al mueble bar había una papelera hecha con el pie de un rinoceronte. Dentro había una lata aplastada de zumo de uva. En algún momento, aquel debía de haber sido un hermoso ejemplar de rinoceronte; su existencia había sido salvaguardada a costa de un considerable cambio de

aspecto. Aquello la puso triste.

Salió de la biblioteca y empezó a subir cautelosamente las escaleras, con cuidado de no tropezar ni derramar el vaso. En la pared había un alfabeto hecho con ramitas contrahechas pegadas a una plancha de yeso. Una idea que Trip había tenido a los tres años. Y también un dibujo al carboncillo que Sweet había hecho calcando unas losas. Algo decididamente carnal estaba ocurriendo ahí.

Para cuando llegó al primer descansillo, casi se le había acabado la ginebra. No recordaba haber bebido, pero tampoco recordaba que se le hubiera derramado por la pierna.

En el segundo descansillo, Pearl se orientó gracias a la estantería en la que se mezclaban viejas fotografías y primeras ediciones. Fotografías de la isla un siglo atrás. La familia a través de las generaciones. Damas y caballeros todos, en lanchas o rodeados de prado. Niños sonriendo felices por algún motivo u otro. Una barbacoa junto a la pared trasera de la casita de piedra. Personas mirando a un hoyo en el que daba vueltas algún animal carbonizado. Una rama de árbol con diez personas sentadas encima. Y por supuesto, en el centro, el padre fundador, Aaron, y la madre fundadora.

Antes de que nacieran sus niños, Emma acunaba pieles de conejo contra el pecho y les cantaba.

Pearl nunca pasaba por ahí sin mirar el retrato de Emma. Se le había metido en la cabeza que entre ambas existía una semejanza burlesca. Nada literal, pero sí algo, una imagen en los huesos. Quizá fuera tan solo la delgadez. Las sombras bajo los ojos.

Pero ¿no nos ocurre lo mismo todos?, pensó Pearl… Tanto pasar trabajos, tanto vivir y morir durante tantos años, solo para que al final nos recuerden quienes nunca llegaron a conocernos, por medio de una única fotografía que podría no ser fiel en absoluto…

Uno de los niños había dejado una galleta a medio comer en la balda superior. Tenía plátano o algo extendido por encima. Pearl la recogió y se la puso en la boca. A Pearl le gustaba comerse las sobras que dejaban los niños. Se comía manzanas ya mordisqueadas, apuraba las cálidas gotas de la leche de los cereales, masticaba el cartílago de los huesos que no querían. Le gustaba verlos comer, el modo en que comían, con sus bocas abiertas y felices.

Pearl subió los últimos escalones y cruzó el pasillo hasta su cuarto. Sobre el tocador había una botella de ginebra y una botella de quinina. Se echó un poco de ginebra en el vaso. Miró las botellas y dejó escapar un

suspiro.

Se giró hacia el baño y vio un escarabajo que avanzaba a pasos agónicos por el suelo. Era del tamaño de su dedo pulgar, tenía un esqueleto triste y brillante, y unas mandíbulas peculiares y abiertas. Los élitros eran transparentes. Los ojos estaban situados sobre una especie de antenas que sobresalían de la cabeza.

Un buen espécimen para la colección de Ashbel, pensó Pearl por un instante. A trompicones, el insecto se introdujo bajo las plantas de sus pies. Podía oír el roce del caparazón.

La casa parecía estar limpia y barrida, pero no estaba ni limpia ni barrida. Había cosas inmundas e irracionales. Formas de vida inferiores que erosionaban las buenas intenciones y las ansias de felicidad.

Fue al baño de puntillas y se quitó el escarabajo de la planta del pie. Abrió el agua para darse un baño, se quitó el bikini y se sentó desnuda sobre la taza del inodoro, dando sorbos a la ginebra mientras veía cómo se llenaba la bañera. Tarareó un poco.

Se sentó en el interior de la bañera. Sintió un escalofrío y se sumergió hasta el cuello. Dio otro sorbo a la ginebra y después dejó el vaso sobre el inodoro, cuyas funciones estaban discretamente disimuladas. Alguien había colocado sobre la taza una silla de mimbre con un asiento articulado con bisagras. Peculiar concepto del decoro. En la parte trasera de la taza, la porcelana tenía una mancha. En sus momentos de mayor aturdimiento, a Pearl le parecía un ángel. O al menos la parte del ángel que tiene alas, aunque en realidad ¿por qué otra cosa se distingue un ángel? Un dios menor de los bidets. Un ángel chico o un ángel chica. Difícil saberlo. Como las serpientes. He ahí un misterio. ¿Cómo lo hacen las serpientes?

Pearl se enjabonó la cara enjuta. Se sintió algo mejor. Cerró los ojos. Al día siguiente era el cumpleaños de los niños. Debería ir a la ciudad y comprarles algo a cada uno. En cualquier caso, debería comprarle algo a Sam, que a fin de cuentas era su hijo.

Sintió una oleada de náusea y echó la cabeza hacia atrás. El agua le lamía las orejas.

Siete años. Thomas decía que a los siete años uno es ya dueño de las emociones que guiarán el resto de su vida. Thomas decía que a los siete años uno deja de ser niño y adquiere las facciones por las que será o no reconocido. Cuando Pearl tenía siete años, se tumbaba sobre la arena en la casa de verano de sus padres y dejaba que las olas la arrastraran con cuidado de un lado para otro. En realidad, lo que hacía era fingirse víctima de un

naufragio, como si estuviera muerta. O casi. Cuando no hacía eso, se dedicaba a botar sobre la cama de su cuarto, en braguitas, como boxeando consigo misma. Nunca había sabido quién era. No tenía la menor idea, y tanto menos a los siete años.

El agua comenzaba a enfriarse. Pearl salió de la bañera. Había empezado a vestirse cuando cayó en la cuenta de que no se había secado. Titubeando, echó un vistazo a la cama, las botellas, la ventana tras la cual se extendía el mar, reluciente y gris; luego acabó de vestirse y se puso los zapatos. Al mirarse en el espejo advirtió que, más que para cenar, iba vestida para dar un paseo. Quizá no cenase esa noche. El alcohol también era alimento. ¿Qué más daba? Ya comería pastel al día siguiente. Odiaba sentarse a cenar. Odiaba el cuadro de Géricault colgado sobre el aparador. Veinte culos de caballo observándolos todas las noches mientras comían.

Pearl regresó al corazón de la casa. Oyó la voz de Thomas.

—… Más avanzado que Soleri. Está muy interesado en el control de la temperatura, en crear ecologías que funcionen con independencia de las fuentes de energía. Me gustaría experimentar con algo así aquí… Voy a…

Pearl puso los ojos en blanco.

Los colores de la isla se consumían con la llegada del atardecer y el mar parecía gordo y alto a causa de la lluvia. A Pearl no dejaba de asombrarla la mera existencia de la isla. Parecía algo puramente accidental. Si el mar subiera unos metros, y no parecía haber motivos para que eso no ocurriera, la mayor parte del terreno desaparecería. Y sin embargo, en la isla había de todo. Ríos y estanques, bosques profundos y muertos donde las vides asesinaban a los árboles, y bosques verdes y soleados de robles y nogales. Había huertos de frutales y bancos de ostras y dunas de quince metros. Pearl nunca la había explorado mucho. Eran los niños quienes le hablaban de todas aquellas cosas.

Tomó un sendero que partía de la parte de atrás de la casa y giraba hacia la playa, pasando a través de la verja rota y unos rediles en ruinas que no se habían usado desde los tiempos de Aaron. A menudo se preguntaba por qué los niños no tenían mascotas. Podrían haber tenido ponis y cabras y terneros…

Pero aquello no parecía interesarles. En todos los años que Pearl había pasado ahí, ninguno de los niños había tenido ni siquiera un gato o un perrito.

Caminó entre los matorrales del bosque, doblando ligeramente las rodillas. A punto estuvo de caerse. Se detuvo y se sentó. Estaba ahí sentada

en silencio, con aire estúpido, suponía, cuando vio que un cuervo se lanzaba en picado desde las ramas de un árbol y se dirigía hacia ella caminando con aires de importancia. Quizá fuera el mismo cuervo que había visto bebiendo en la piscina. Avanzó a gran velocidad, con los ojos negros clavados sobre ella. Le dio un picotazo en la pierna.

Pearl lo espantó con los brazos. El cuervo se retiró hacia los árboles. Parecía francamente asombrado de ver que Pearl todavía estaba viva.

Pearl se puso en pie. ¡Su vida era una calamidad! Echó a caminar por el sendero a paso ligero, con los ojos fijos en el movimiento de sus zapatos. No recordaba por qué había querido dar ese paseo. Por el simple deseo de entrar en comunión con la esencia última, suponía.

Salió del bosque y bajó por una pendiente que conducía a través de una maraña de mirto, espigas altas y rosales marchitos. Caminó por un valle tras las dunas, sonriendo para sí mientras se iba abriendo paso con los zapatos llenos de arena. El cielo color champán confluía serenamente con el mar frente a ella, pero hacia el Norte podía ver cómo la lluvia caía formando un cinturón gris. Unos pequeños soles blancos danzaban ante sus ojos, la ginebra, pensó, aunque bien podían ser estrellas fugaces. Agosto era la temporada. A lo mejor su cerebro se había vuelto tan sensible a todas esas explosiones de neuronas que ahora alcanzaba a ver las estrellas a plena luz del día, si bien ya apenas era de día, más bien el ocaso, la hora oscura. Y había una estrella, una estrella que había ardido, se había desplomado y había desaparecido aún antes de que su presencia fuera manifiesta al ojo humano. Desasida de lo que fuera que la mantenía en su sitio. Como aquel avión que siete años antes había caído de los cielos…

Podía oír a los niños hablando desde la cama otras noches:

—… Casiopea. Y esa es Aquila, el Aguila, y Vulpécula, la Zorra…

—… Y Lacerta, el Lagarto…

—… Y Equuleus, el Caballo…

Fuera del cinturón de lluvia gris, Pearl distinguió una figura que corría, un caballo que trotaba por la playa. O más bien algo que semejaba un caballo, aunque ella sabía que era Joe, con su pantalón blanco ondeando, el pelo blanco al viento, un ser doble, caballo y jinete a la vez.

Imagínate montarlo, pensó Pearl imaginándolo, algo avergonzada de sí misma. Sin embargo, ese es un hecho que cualquier mujer puede admitir. Hay algo especial en montar a un hombre. Montar a un hombre tiene algo que hace que una mujer sienta que no hay nada comparable.

Pearl dio unos cuantos pasos más y se sentó con las piernas cruzadas y la

cabeza asomando apenas sobre una duna baja. Observó a Joe mientras corría. Todavía estaba lejos. Al correr, sus pies tomaban el agua en espuma. Caballo y agua. Qué cosa tan bonita de ver. Los caballos eran francamente maravillosos al imaginarlos. Una vez los niños habían clavado una herradura encima de la puerta de su cuarto. Por lo visto no le había traído mucha suerte, pero los niños decían que no era para traer suerte, sino para ahuyentar las pesadillas, si bien tampoco había funcionado en ese aspecto. A lo mejor la habían colgado del revés. Pearl llevaba tiempo sin fijarse en ella. Probablemente ya no estuviera.

Apoyó la barbilla sobre las manos y escuchó el batir de las olas, el rodar de los guijarros en la orilla con el vaivén del agua.

Entonces oyó un sonido peculiar, un roce, un siseo.

—¿Entra bien, cariño? —dijo una voz de hombre. Una mujer se reía.

Pearl contuvo la respiración. A veces llegaba gente en barca desde Morgansport. Fondeaban a un lado de la bahía y se llegaban hasta la playa. Siempre lo dejaban todo hecho un desastre. Los niños hacían lo que podían por impedírselo.

—Trae aquí ese culo, joder. Ponlo aquí —murmuró la voz del hombre.

—¿Vas a meterme todo ese mango por el culito? —dijo la mujer, sin dejar de reír.

Pearl avanzó con cuidado por la arena hasta que pudo ver a la pareja, en un espacio entre dos dunas, algo más abajo.

Había una pequeña radio sonando sobre una manta. El hombre era bajito, con el cabello pelirrojo y corto. La tez pecosa le confería un aspecto tenso, intemperado. Su pene parecía una vara y relumbraba como un champiñón. La mujer llevaba puesta solo la parte superior del bikini. Estaba de pie de cara a él, con las piernas algo inestables, fumando y riéndose.

—Ven aquí, niña —dijo el hombre con voz lisonjera.

—Oye, que yo tengo voluntad propia —dijo ella—. Espera un momento.

—Oh, cariño, tú tienes tu voluntad entre las piernas, que es donde tiene que estar. Tú no tengas miedo.

Con un rápido movimiento, le dio la vuelta a la mujer, apretó los brazos contra su espalda y entró a ella entre las caderas. La mujer dejó escapar un leve quejido. Como de agua en una sartén. La mano de él le acarició el vientre. El hombre parecía mirar a Pearl sin verla, y entretanto arremetía contra la mujer como un toro embistiendo un pilón. Se balanceaban como si fueran uno. Los labios del hombre dejaban a la vista los dientes

apretados.

Pearl estaba terriblemente aturdida. ¿Y si alguno de los niños pasaba por ahí y se encontraba a ese par de bárbaros haciendo eso? Uno de esos pobres niños, buscando conchas por la playa, para hacer cunas y pies de pavo…

—¡Me cago en la puta! —Oyó que gritaba el hombre—. Pero ¿qué coño es eso?

Pearl vio cómo Joe se alzaba y caía sobre ellos con las piernas levantadas y el torso poderoso reluciente de conchas. Golpeó al hombre pesadamente con el pie descalzo. La mujer soltó un grito y cayó rodando debajo de él. El lugar de Joe pasó a ocuparlo una cosa relinchante y blasfema, toda cascos y dientes, pero solo durante el instante que el ojo tardó en ver que volvía a ser un niño que los maldecía entre risas.

El hombre agarró la radio y se la lanzó, resquebrajando el noticiero. Joe se agachó. Luego levantó un pie calloso de color castaño, un pie tan duro que podría haber pateado una roca como si fuera una pelota. Pearl tuvo tiempo de verle las uñas, gruesas y estriadas. Vio cómo asestaba al hombre una última y veloz patada en el cuello antes de huir corriendo.

El hombre quedó tendido boca arriba en la arena, con una mano en la garganta y la otra sobre su pedazo de carne mustia. La mujer volvió a ponerse las braguitas del bikini. Caminó hasta donde estaba la radio y la recogió. Le dio un par de sacudidas.

—¿Por qué no le has tirado otra cosa? —dijo girando desconsolada los diales del aparato.

—Psicópata hijo de puta —jadeó el hombre—. Pienso matarlo.

—Ja, ja, ja —dijo sucintamente la mujer. Y de pronto añadió—: Casi te mata él a ti. Estamos en propiedad privada, y lo sabes. Podrían habernos pegado un tiro. Primero la lluvia y ahora esto. Y todo porque eres demasiado rata para llevarme a un motel.

Pearl se hizo un ovillo. Oyó cómo el hombre resoplaba y gruñía y luego oyó cómo la hierba de la playa protestaba contra las piernas de la pareja mientras esta caminaba y luego no oyó más que las piedras moviéndose de nuevo bajo las olas. Miró hacia el lugar donde habían estado y donde Joe los había encontrado. Había latas de cerveza tiradas por todas partes. La arena estaba pisoteada y húmeda.

Pearl se levantó con cuidado, encorvando los hombros. Lo único que quería era dar un paseo agradable. Lo único que quería era despejarse la cabeza un poco antes de sentarse a beber como cada noche. La oscuridad

avanzaba hacia su cabeza como una marea, tanteando delicadamente, envolviéndola. Podía ser que se cayera muerta ahí mismo de un gigantesco insulto al cerebro, como hacían los poetas.

Bajó por la duna hasta la arena más dura de la playa. Caminó en la dirección desde la que había llegado Joe. Todavía podía ver el rastro de sus pies a la carrera. Unos quinientos metros playa arriba, había unas rodadas de todoterreno que subían hacia la casa. Volvería por ese camino.

Una vez, cuando Pearl era niña, se agachó a acariciar a un perro y otro perro le saltó encima por la espalda. No podía quitarse de la cabeza la imagen de esa infame pareja de intrusos fornicadores.

Los niños no toleraban a los intrusos. Eran verdaderamente groseros con ellos. En realidad, más que groseros, si la mitad de lo que decían y la mitad de lo que ella misma había visto era cierto.

Pero ¿qué había visto ella, en realidad? Joe era Joe, pero también era algo más.

Pearl siguió caminando, sumergiendo talones y dedos en las charcas de arena, en las que nadaban unos pececillos minúsculos. Los mejillones resplandecían sobre las rocas, cada vez más tenues.

—Pearl… —Oyó cómo su nombre salía volando de la garganta de un niño—. Peeeeearl…

Su nombre pendía en el aire cargado de salitre como un fragmento de melodía en un himnario, como un himno que habla de una carga imposible de soltar. Ser humano era carecer de hogar, vivir expulsado de la bendición de Dios. Pearl. Pearl la loca y sin hogar. Pearl la miedosa.

—No hay de qué tener miedo, Pearl —decían los niños desde el otro lado de la puerta cuando oían que tenía un mal sueño—. Aquí solo estamos nosotros.

Pearl se tendía boca abajo. Se tapaba la cabeza con una almohada. Las pesadillas eran como un ser que se acerca para besarte y lamerte. Cuando te echas boca abajo y el ser ve que no puede besarte la cara, se enfurece y se marcha.

—Peeeeearl…

Era la voz de un niño que la llamaba para la cena. Dentro de un rato se haría oscuro.

Eligió el camino que discurría entre las rocas y los cinturones de algas. El mar rompía contra las rocas. Las aves nocturnas volaban con la boca abierta. El cielo estaba lleno de estrellas que no arrojaban luz. Cada vez se hacía más difícil distinguir las cosas y ya apenas vislumbraba el sendero que

conducía desde el bosque hasta la playa. En la boca sentía un sabor metálico. Cuando llegara a la casa podría tomarse otra copa. Apretó el paso en dirección a la hilera de árboles atrofiados.

—Sweet —dijo sobresaltada.

La muchacha estaba de pie tímidamente entre las sombras. Pearl sentía el apremio de la caída de la noche. Llegaba cargada con la intuición de las cosas, las señales ocultas de las cosas.

Pearl recordó el miedo que había sentido con la primera menstruación, pero dijo:

—No tienes de qué avergonzarte. Convertirse en mujer es algo maravilloso.

Pearl estaba mintiéndose a sí misma, por miedo a sí misma. Convertirse en mujer era convertirse en pregunta, mientras que ser niño era ser una respuesta rauda y brillante.

—Volvamos a casa juntas —dijo Pearl.

Se acercó a Sweety a punto estuvo de rodearle los hombros con el brazo. Percibió el triste olor corporal que emanaba de ella. La muchacha tenía la cara abotargada y casi fea. Los ojos estaban secos y le ardían en la cabeza.

Mientras Pearl se acercaba, los ojos se abrieron más y más, hasta quedarse inmóviles, con las pupilas tan dilatadas que los iris llenaban las órbitas por entero hasta hundirse en la cabeza. En el instante en que se quedó quieta fue como si quisiera echar a correr. Y la extrañeza duró tan solo ese instante, y luego la niña, su forma, desapareció. El vientre se le reblandeció y quedó colgando. Los brazos se le tomaron largos y esbeltos como las piernas. El rostro empezó a sobresalir y la nariz se volvió negra y pasó a formar parte de un hocico oscuro y suave. Y cuando ese instante hubo pasado y pareció que quería hablar, la lengua se le había hinchado como la lengua de un ciervo y la mano que levantó era una pezuña de ciervo, negra y grácil, y sus flancos estaban recubiertos de un pelaje terso y brillante.

Pearl soltó un grito. El ciervo brincó hacia los árboles y se esfumó.

Sam la enfocó con un haz de luz.

—Nooooo —gritó Pearl.

—¿Qué ocurre, Pearl?

Por la voz parecía asustado. Por un momento, aquel timbre de miedo la reconfortó, pero entonces se dio cuenta de que debía darle a entender que no estaba dispuesta a dejar que la engañase.

—¡Basta! —gritó.

Sam buscó el interruptor de la linterna y la apagó.

—Soy yo, soy Sam —se apresuró a decir—. He venido a buscarte para la cena.

No era Sam. Era el niño que nunca había sido Sam. Percibía su presencia en la oscuridad con un nauseabundo sentimiento de aprensión, como el de un amputado al percibir su miembro ausente.

—¿Te ha asustado el ciervo? —dijo acercándose—. Yo también lo he visto.

—No era un ciervo —dijo ella.

… Del mismo modo que no era un caballo lo que había visto al ver a Joe…

—Todo esto es cosa tuya, ¿verdad? —dijo Pearl.

Era un niño cambiado, el niño de la anciana. Se había servido de aquel lugar para crecer, para aprender a hacerse pasar por niño, pero pronto se iría de allí. No podía quedarse para siempre. Se iría con la persona que le había enseñado a hacer todas esas cosas. Y cuando se fuera, iba a querer que los niños siguieran siendo parte de él. No iba a querer dejarlos sin dejar en ellos algo que lo comprendiera.

—No pasa nada, Pearl. Vamos a la casa. Come algo y vete a la cama.

Volvió a encender la linterna. La luz brillaba bajo su rostro irreconocible.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Pearl.

Pero lo sabía. Los humanos se tornaban animales a causa de algún pesar, algún castigo o alguna clemencia de los dioses.

—¿Te han enviado aquí a salvarme? —dijo ella con voz temblorosa.

—Por favor, Pearl —dijo él—. No pasa nada.

Sam la tomó de la mano. Ella se dejó.

CAPÍTULO DOCE

Cuando era niña, la madre de Pearl le dijo:

—Nunca debes mirar al sol. Nunca, nunca, mires al sol…

Cuando era niña, un día marcó el teléfono de su casa y descubrió que las letras de las teclas deletreaban la palabra SIEMPRE.

Deseaba poder marcar SIEMPRE en el teléfono y oírlo sonar. Sonaría y sonaría. Probablemente colgaría al mismo tiempo en que alguien levantaba el auricular al otro lado.

En la habitación se percibía un olor a perfume. Pearl olía de maravilla. Alguien debía de haberle echado encima un frasco entero de perfume.

Abrió los ojos. Estaba en la cama, desnuda bajo las sábanas. Franny estaba de pie junto al tocador, maquillándose con el rímel de Pearl. Sus brazos relucían de perfume y sus ojos eran una máscara negra pintada. Un ocho horizontal. El símbolo de la vida como un cordel vacío.

—¿Qué te has hecho en la cara? —dijo Pearl.

El sol empezaba a desmontar la habitación, apropiándose de los objetos uno a uno y exponiéndolos ante la mirada de Pearl.

—¡Pearl se ha despertado! —gritó Franny encantada—. ¡Pearl se ha despertado!

Se abalanzó sobre la cama y la besó en el brazo. Algunos de los otros niños entraron corriendo en la habitación.

—Pearl, he tenido un sueño maravilloso —gritó Ashbel—. He soñado con un caballo que al montarlo se convertía en una parte de mí y volaba por el aire más rápido que un avión. En la silla tenía un botón, como un pequeño volante, y yo podía conducirlo adonde quisiera.

Franny lo miró con cara de asco.

—Eso lo cuenta Sherezade. Es de las *Mil y una noches*. No puedes contar la historia de Sherezade como si fuera tuya.

—Toma, Pearl, te he hecho un poco de té —dijo Jane alargándole una

taza de juguete.

—No —dijo Pearl—. Por favor.

Se frotó la cara. Le dolían las mejillas. Sentía la boca como si fuera un pedazo de fruta bailando en gelatina.

—Llevo horas esperando que a te despiertes —dijo Jane tocándole el labio inferior—. Esperando y esperando y esperando.

Pearl cogió la taza y dio un sorbito rápido.

—Se lo está bebiendo —murmuró Timmy con su vocecilla afelpada, llena de sueños y pesares.

Pearl dejó caer la copa, que se derramó sobre las sábanas dejando una mancha de color lavanda.

—¿Qué era eso? —gritó Pearl.

—Solo agua —dijo Jane—. Con un lápiz de cera machacado. Solo eso, Pearl, de verdad.

Pearl consultó el reloj de la mesilla de noche, apoyado sobre la botella de ginebra. Lo enderezó. Las seis y media. Soltó un refunfuño.

Tracker estaba de pie junto a la cama comiendo pan con gelatina. Al mascar emitía un ruido seco y pastoso. Pearl se tendió nuevamente sobre las almohadas y se tapó con las sábanas hasta la barbilla.

—¿Dónde está Sam? —dijo.

—Está aquí, Pearl.

—¿Te dije algo horrible anoche? —le preguntó—. Tengo la sensación de que te dije algo horrible.

—No —dijo él—. No dijiste nada.

—¿Qué estaba haciendo? —musitó Pearl—. ¿En qué estaba pensando?

—¿Quieres una aspirina? —preguntó Ashbel.

—Sí. —Y dirigiéndose a Franny añadió—: Por favor, quítate esa cosa de la cara.

Tenía una jaqueca horrible. Miriam le había dicho una vez que sabía en qué momento se había terminado la mitad de su vida. «La muerte —había dicho Miriam— nació en mí el diecisiete de marzo de mil novecientos cuarenta y siete».

Decía que era como tener jaqueca.

—Me voy a morir —gimió Pearl—. Lo he malinterpretado todo. Me he equivocado en todo y, aun así, todo se perderá, todo acabará desapareciendo.

—No te vas a morir —dijo Timmy—. Nosotros te cuidaremos.

La abrazó. Llevaba puestos un par de suéteres muy suaves, casi como de

terciopelo. Pearl le acarició el hombro. Algo se agitó en el recuerdo. Contempló su carita grave y pulcra.

El resto de los niños iban con el torso desnudo. Todos lucían unas curiosas marcas en el pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Pearl—. ¿Qué habéis hecho ahora? Oh, estoy tan cansada, ya no lo soporto más. No puedo ni pensar. —Y era cierto. Su mente era como un proceloso mar de color *whisky*—. Por favor, sed buenos los unos con los otros —les imploró.

—Despierta, Pearl, despierta —canturreó Jane.

Jesse dijo:

—Es un símbolo que nos hemos inventado, Pearl. Somos un secreto.

—No somos ningún secreto —dijo Trip—. Lo que es secreto es nuestro club.

Pearl tiró de Jane hacia sí y se quedó mirando la marca roja que tenía entre los pálidos pezones.

—Parece como si alguien te hubiera pisado —dijo Pearl.

—Oh, no, es pintado —dijo hinchando el estómago con orgullo.

—¿Ha sido idea de Sam? —preguntó Pearl con suspicacia.

—Sí, Pearl, ha sido idea de Sam —respondieron los niños al unísono.

—Sam —repitió Pearl.

Dio un tirón a las sábanas. Lo miró. Sam extendió la mano y le tocó la mano posada sobre la sábana. Pearl se la cogió y trazó el contorno de la marca de nacimiento con los dedos.

—Sam no tiene ninguna marca en el pecho —dijo Pearl.

Los niños titubearon al oír eso. Jane frunció su carita de flor.

—¿Quieres que te ponga la aspirina en la boca, Pearl? —dijo Ashbel.

Pearl no quería soltar la mano de Sam. Observó el espacio oscuro y con forma de almendra que había entre los dos círculos de la mano. Estaba muy pronunciado. Nunca lo había visto tan claramente hasta entonces.

—Sam es el jefe, por eso no tiene que llevar ninguna marca, ¿es eso? —preguntó Pearl—. Es tinta, ¿verdad? Podríais haceros daño, ¿sabéis? Podría envenenaros la sangre. ¿No fue eso lo que le ocurrió a Trip una vez? No deberíais pintaros tanto.

—A mí nunca se me ha envenenado la sangre, Pearl. Una vez me rompí el dedo con el tolete, eso es todo —dijo Trip, que estaba peinándose con el peine de Pearl.

Ashbel trató de introducir la aspirina en la boca de Pearl.

—No, no —protestó ella, sacudiendo la cabeza—. Auuuuu —dijo.

Necesito una copa, pensó. Para pasar la resaca—. Peter —dijo—, ¿qué haces al lado de mis botellas? Apártate…

Peter se apartó de un bote, tapándose la cara con las manos.

—La luz se apaga —gritó—. ¡Todo está negro!

Los tapones de botella que se había puesto en los ojos emitían destellos blancos.

—Peter parece la huérfana Annie —dijo Jane muy seria, mientras se chupaba el dedo.

Pearl logró esbozar una sonrisa. Todavía tenía la mano de Sam en la suya.

—¿También habéis pintado a la pobre Angie? —preguntó en tono triste —. Pobrecita…

El bebé gateaba sobre las sábanas, mordisqueando las hojas del estampado. Pearl la miró con ojos de pena.

—Voy a contarte uno de los grandes secretos de la vida, Angie —dijo —. Uno de los grandes secretos de la vida consiste en vivir sin ser feliz. — Se removió en la cama, incómoda consigo misma—. Y ahora todos fuera de aquí, tengo que vestirme. Seguro que estoy espantosa. Franny, acércame el espejo para que vea lo espantosa que estoy.

—Lo he usado para mi ciudad, Pearl. Lo necesitaba. Es el lago de la ciudad.

—Da igual —dijo Pearl.

La idea se le antojó deliciosa. Adiós a los espejos. Adiós a presenciar la lucha entre el tiempo y el yo.

Franny le dio un beso.

—Gracias, Pearl.

Tracker había terminado de comer. Su cabello parecía manchado bajo la luz de primera mañana. Tenía las uñas largas y sucias.

Jesse dijo:

—El lago de Franny está helado. La gente no puede nadar. Pearl — preguntó—, ¿cómo se llaman los hombres ciervo?

—Pearl, ¿te acuerdas de cuando encontraste en el agua una botella con un mensaje dentro? —dijo Tracker.

—Sí —dijo Pearl.

En el mensaje ponía: «Hola». Ni siquiera le deseaba suerte. Pearl tenía la boca agria y seca. El estómago le temblaba. Con una copa encima habría podido pensar mejor, estaba segura. Una copa la habría hecho sentir mejor. Pero tenía que dejar de beber. Era una mujer malvada, una mujer

terriblemente malvada, y una borracha. Dejaría de beber del todo. Quizá una cerveza de vez en cuando. No, ni siquiera eso. Nada. La cabeza empezaba a darle bandazos y pudo sentir cómo la mano de Sam intentaba zafarse.

¿Qué había ocurrido la noche anterior? ¿Qué se habían dicho? Quizá no se hubieran dicho nada. Las palabras resultan inadecuadas para todo lo que no sean los asuntos humanos. Pero, entonces, ¿qué habían pensado? Eso era lo importante. Pensó en la botella flotando. Todas las botellas vacías, tiradas. «Adiós».

Ashbel le estaba diciendo algo. Las palabras que empleaba no parecían suyas. No podía entenderlo. Eran los dientes. Eran tan grandes y anchos, estaba muy mal formados.

—Pearl —dijo Timmy—, anoche soñé que me perseguía un perro negro. Tenía un miedo de muerte.

—Eso es un sueño del Diablo —dijo Trip—. El Diablo poseyó a Judas, y cuando Jesús lo expulsó de su cuerpo, el Diablo se marchó corriendo convertido en un perro negro.

—De poco le sirvió a Jesús expulsar al Diablo de Judas —dijo Peter agitando la cabeza nerviosamente.

—No hagas eso —dijo Pearl.

—Trip se cree que sabe cosas, pero no sabe nada.

—No peleéis aquí —suplicó Pearl—. Me duele mucho la cabeza. Vamos, todos fuera, por favor. —Soltó la mano de Sam. Angie se puso a gatear por encima de su estómago. La pierna mala le arrastraba pesadamente—. Tengo que pensar —dijo Pearl—. Tengo que levantarme.

—Hoy es nuestro cumpleaños, Pearl, no te habrás olvidado, ¿verdad? —dijo Timmy.

A Pearl el corazón le dio un vuelco. Recordaba haber apuntado algo. Recordaba haberse agachado a acariciar a un perro y que otro perro le había saltado encima por la espalda. La fisicalidad de las bestias. ¡Sus ridículas conductas! ¿O lo había soñado? Ahora lo recordaba. La noche anterior había tenido un sueño fabuloso y se lo había apuntado.

—Pearl, ¿vienes a desayunar? Miriam está haciendo gofres. De los redondos.

—Sí —dijo Pearl, a pesar de que el estómago se le revolvía solo con pensarlo—. Sí, sí, pero ahora marchaos.

Pearl salió de la cama despacio. Sobre la cómoda de pino estaba el peine, lleno de cabellos rojizos. Junto al vaso y las botellas había una pluma

que Peter se había dejado.

Al otro lado de la puerta podía oír cómo Tracker decía:

—Los locos huelen como el mar. Se nota enseguida. Su cuerpo desprende olor.

¿Ella olía como el mar? Pearl entró en el baño y llenó el lavamanos con agua fría. Respiró hondo y metió la cabeza en el agua. Eso era lo que hacían las estrellas de cine, ¿no? Para cuidar el cutis. Usaban tubos para respirar.

Aquello no la hizo sentirse mejor. Se frotó la cara para secarse. Se vistió de mal humor, mirando el espacio vacío de la pared que antes había ocupado el espejo. Todavía malhumorada, fue al dormitorio y contempló el cielo cálido y acolchado. Oyó que uno de los niños cantaba:

Eran tres los pescadores,
eran tres los pescadores.
Eran tres, tres, tres
los pescadores,
eran tres, tres, tres
los pescadores.
Eran tres los pescadores.

Buscó por la habitación algo que quizá había anotado la noche anterior. No parecía haber nada. Se sentó en la cama y miró la pantalla situada delante de la chimenea. Clavados a la pantalla de latón, había unos cazadores que disparaban a unos pájaros posados en lo alto de unos árboles. La pantalla emitía un brillo desigual. En las bocas y los ojos de los cazadores había una plasta de cera blanca. El motivo había sido del agrado de Aaron, el cazador. Aunque al final era a él a quien habían cazado. Dios era el cazador último, el que caza por amor.

Pearl echó un vistazo por encima de la pantalla. Entre las cenizas había un cuadernillo a rayas de alguno de los niños. Retiró la pantalla y lo recogió. Alguien había escrito en él con un lápiz de color. Las letras eran torpes e inseguras.

YO PEARL TEMO QUE MI HIJO SAMUEL

Pearl se detuvo. Quizá fuera mejor desperezarse con una copa antes de continuar leyendo. Le temblaba la mano. Qué ilustre civilización, ¿acaso no?, aquella que, siglos atrás, en lugar de castigar a las brujas castigaba a

quienes creían en las brujas. A ella nunca la habían castigado. Nunca la habían castigado lo suficiente.

NO ES UN SER HUMANO ÉL Y LA ANCIANA QUE ES SU DUEÑA

Pearl tenía la mano dormida. En cierto modo, todavía se sentía ebria, el corazón le latía de un modo fangoso, todo daba vueltas y se derrumbaba. Miró las palabras, erguidas frente a ella.

EN ANIMALES LOS NIÑOS NO LO NOTAN PERO YO LO VEO

En el cuarto hacía bochorno. El cielo estaba lechoso y sombrío. Las siete, dijo el reloj. Noé había introducido a los animales en el arca de siete en siete. En el piso de abajo, un reloj sonó seis veces, pero era el viejo reloj del barco. Pearl dejó caer el cuadernillo con más aversión que espanto. ¡Las nauseabundas intrigas del borracho! ¡Las sospechas y las quejas! Aquello era un galimatías absoluto. Aquellas palabras horrendas y salvajes se apagaban bajo una gruesa línea recta trazada con lápiz de color. Como un corazón que se detiene en un cardiograma. O una mente. La muerte de la mente.

A lo mejor por fin había llegado demasiado lejos. Tenía el cerebro reducido e inflamado. Era presa de las alucinaciones y del odio y de los malos pensamientos. Siempre había sospechado de su Sam (y su nombre nunca había sido Samuel, jamás, eso solo demostraba lo borracha que estaba al escribir esas notas), nunca había sido una madre decente con él, su único hijo, su único vínculo real con la vida. Con Pearl siempre había sido un niño triste y callado y desconocido, pero la única culpable de eso era ella. Y siempre había parecido distinto a los demás, pero ¿por qué no iba a serlo? Probablemente en lo más profundo de él quedaba aún algo del trauma de aquel terrible accidente de avión. Ni siquiera un bebé puede ser inmune a un momento de horror, un momento en el que las personas se metamorfosean en carne y testamento junto a un pantano hediondo.

ESTAR MÁS CERCA DE DIOS SER ANIMALES

¡Qué mujer tan peligrosa era! Asqueada, arrugó el papel y lo rasgó en pedazos. Regresó a la cama y se acostó dando un suspiro. Permaneció con los ojos abiertos, porque al cerrarlos se mareaba. Detestaba la noche, la batalla de cada noche contra el terror y el tiempo, aunque una vez más habría sobrevivido. Esta vez por los pelos, pensó. Y ahora era de día, un nuevo día, un día de cumpleaños. Sam era el niño más dulce, el más

humilde de todos. Envolverlo en su enfermedad, convertirlo en instrumento de su enfermedad… Gruñó. No era de extrañar que el chiquillo hubiera hallado refugio en su abuela. Cualquier fantasía era preferible a la de Pearl.

Recordó que una vez había visto a la anciana en la playa. Era la única vez que la había visto sin Sam en la isla, y en un primer momento se preocupó al verla allí, sentada en la playa, entre los guijarros de la orilla, con el sol entrando y saliendo de las nubes, ora iluminándola, ora ensombreciéndola. La anciana parecía algo eterno, venido a la vida, un ser que sabía todas las cosas, la fuente de todo aquello con lo que Pearl vivía.

—¡Pearl! —gritó un niño desde el pasillo—. Yen a comer gofres, tienes que venir, lo ha dicho tío Thomas.

Pearl salió sin hacer ruido. Su pie descalzo golpeó un melocotón a medio comer que alguien había dejado al lado de la puerta.

Estaban comiendo en el patio. Las mujeres querían disfrutar de los últimos colores, ya difuminados, del jardín veraniego. Habían colocado unas jarras de leche y sirope y unos cuencos con fruta sobre dos mesas grandes de cristal y hierro forjado. Jesse estaba regando los parterres situados detrás del murete de ladrillo que Les había construido años atrás. Regaba las flores un rato y después, con la manguera, mojaba el ladrillo. Luego apuntaba con la manguera hacia lo alto del roble y asustaba a los pájaros. Luego se rociaba los dedos de los pies.

—No derroches agua —gritó Miriam—, que se seca el pozo. La tormenta no ha calado.

—Estoy leyendo *Hamlet*, tío Thomas. Creo que me está gustando —dijo Peter.

Thomas estaba de pie con una toalla de color naranja chillón en tomo al cuello. Acababa de volver de la playa. Se echó la larga cabellera hacia atrás con la mano. Pearl notó que le caían unas gotitas de agua en el brazo.

—¿Sabes por qué Hamlet decide no suicidarse? —preguntó Thomas.

—Porque le sale de las narices —dijo Ashbel con una risita tonta.

—Idiota —dijo Franny.

Peter negó con la cabeza.

Thomas dijo:

—Porque Hamlet sabía que los suicidas acuden triunfantes a la muerte.

—¿Por qué el elefante tiene trompa? —dijo Ashbel riéndose otra vez.

—Idiota —dijo Franny—. Te crees que todas las adivinanzas tienen la misma respuesta. Además, lo estás contando al revés.

Tracker fingía un duelo a espada con un rastrillo de jardín.

—¿Qué es eso? ¿Un ratón? ¡Muerto! ¡Un ducado a que está muerto!

Lincoln lo miraba con desprecio. Tracker reparó en su mirada y se sonrojó. Se fue a molestar a su hermano Timmy.

—Mira, Tim —dijo—. Voy a quitarte el pulgar.

Cerró la mano del chiquillo e hizo ver que le arrancaba el pulgar izquierdo con el pulgar y el índice de su mano derecha.

Timmy soltó un gañido.

Lincoln masculló algo desagradable.

—Oh, por favor, no digas esas cosas —dijo Pearl, que no soportaba la manera en que Lincoln hablaba de sus hijos.

Él, por su parte, le lanzó una mirada indulgente.

—Los niños no se percatan de que inspiran antipatía, Pearl. No saben relacionar el odio ajeno consigo mismos porque no tienen una idea clara de lo que son.

Bostezó. La barriga se le marcó bajo el polo de jugar a tenis. Miriam estaba de pie delante de la gofrera ennegrecida. Los gofres iban formando una olorosa pila bajo la tapa niquelada del recipiente que los mantenía calientes.

—Franny —dijo—, ¿por qué no vas a recoger unas flores para mamá y las pones sobre la mesa? —Suspiró y se frotó las manos en el delantal—. Agosto es el mes más triste —dijo—. Todo se apaga.

De tu juvenil gloria
—pimpollo, flor y hoja—
se borra la memoria
al son de cada hora.

Su voz era dulce y temblorosa. Echó otro cucharón de pasta sobre la rejilla.

—La transmutación es una ley de la naturaleza —dijo Thomas. Y sonriendo en dirección a Pearl añadió—: ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

—Oh, bien, muy bien —dijo ella sonriendo—. ¿Dónde están Joe y Sweet? —preguntó, sonriendo y sonriendo.

—Se habrán dormido, me imagino —dijo Thomas.

—Me gustaría ser guapa —se lamentó Franny, arrancando las flores sin contemplaciones.

—La belleza no está en manos de los humanos, Franny —dijo Thomas —. Tenemos el lenguaje y la inteligencia, y con eso debe bastarnos. Hay que dejar la belleza para los animales.

Timmy se abalanzó sobre una lagartija que estaba junto al pie de Lincoln e hizo chirriar la mesa.

—En uno de los relatos griegos sobre la creación —continuó Thomas —, el dios Epimeteo recibe el encargo de distribuir los ingredientes de la creación biológica entre todas las criaturas. Prodiga sus dones entre los animales salvajes: pieles y plumas bonitas, elegancia de formas, fuerza y agilidad. Pero cuando le llega el turno al hombre, resulta que se le han acabado los rasgos más preciados, y el hombre se queda con la debilidad y la fealdad. Es su hermano Prometeo quien le concede al hombre la capacidad de dominar para que no sienta vergüenza.

—A mí me da lo mismo ser feo —dijo Tracker—, pero no quiero ser débil.

Lincoln lo miró con ademán sorprendido.

—Uy, uy, uy —dijo—, tendremos que andarnos con ojo. —Miró a Timmy—. Pero ¿qué estás haciendo aquí abajo? —dijo empujándolo con el pie.

Pearl, se puso las gafas de sol con mano temblorosa. Todo se veía amarillo. Volvió a quitárselas. El infierno era un lugar para aprender, un lugar donde los árboles dan sombra, donde cae el rocío y la hierba crece… Se abrazó las rodillas con aire distraído. Los niños corrían por el patio, felices y hermosos. Entre ellos se sentía una cretina, una calamidad. Y el resto de los adultos era aún peor. Patanes custodiados por una manada de caballos salvajes…

—Hoy va a hacer calor —dijo Shelly. Volvía a estar embarazada. Lucía un collar del que pendía una flecha de oro apuntada hacia abajo y la palabra bebé. No había ganado mucho peso. Todavía estaba de poco. Se echó nata sobre las fresas.

—Jane, ven aquí —dijo Thomas—. Dime qué es esto sin llamarlo jarra.

Thomas siempre jugaba a este tipo de cosas con los más pequeños. Jane se quedó mirando la jarra, muy seria. Timmy, al levantarse, se golpeó la cabeza con el borde de la mesa y volcó la jarra.

—¡Coño, joder! —gritó Lincoln.

Thomas se echó a reír.

—Muy bien, Tim. Tim ha acertado. Cuando no hay nombres, el mundo no queda clasificado en límites y fronteras.

Las mandíbulas de Timmy se expandieron hacia los lados. Sonrió. Se lamió la nata del brazo.

—¡Pearl, toma un poco de café! Estás tiritando.

Preocupada, Pearl miró hacia Thomas; luego, sin pensar, cortó su gofre, que flotaba casi encima del sirope. Soltó el tenedor. En el tronco del roble se distinguía la voluminosa y pálida figura de Peter.

—Pearl, Pearl —la amonestó Thomas. Pronunció su nombre con la impasibilidad del leñador que tala un árbol.

Sam estaba sentado a cierta distancia de ella en una silla de hierro. Miraba a cada uno por turnos, con sus ojos pacientes y amarillos. Pearl lo observó. Sus ojos eran despiadados y serenos, como los de la abuela. Thomas volvió a decir su nombre. Le puso una taza con café entre los dedos.

Tengo que acabar con esto, pensó Pearl. Me estoy volviendo loca. Todo se estaba volviendo blanco. Sus uñas blancas se veían roídas y feas sobre la taza blanca. Había dejado que una de las niñas se las pintara. ¿No había un cuento acerca de una mujer inglesa, aunque podría ser francesa u holandesa, e incluso una americana rica, que tenía unos bolsos o unos cinturones o unas cajita de esas para las gafas de aspecto caro en los que pone «mierda mierda mierda mierda mierda», y en el que la mujer, quienquiera que sea, está loca pero se cura y entonces la gente le pregunta qué se siente al estar loca, y ella responde que los ángeles son blancos y desprenden una luz maravillosa…?

—Por favor —dijo Pearl.

Los adultos la miraron. Alrededor, los niños no dejaban de hacer ruido. Franny estaba recogiendo las margaritas que crecían sin ningún cuidado entre las grietas de los ladrillos. Se puso a deshojar una, recitando: «Me quiere, no me quiere».

Uno de los pétalos aterrizó en el regazo de Pearl, que se quedó contemplándolo.

—¿Por favor qué, Pearl? —dijo Shelly.

Pearl tomó un sorbo de café.

—Gracias, quería decir —respondió.

Era increíble que no pudieran ver lo que estaba ocurriendo. Miró las caritas oscuras y encantadoras y despreocupadas de los niños. Y entonces nuevamente, con un gran esfuerzo, como si estuviera escalando un pozo, pensó: Tengo que acabar con esto. Rezó para que algo útil y mágico la ayudara a salir del pozo. La realidad es tan confusa. Los sentidos son muy

malos testigos. No podía confiar en ninguno de ellos.

Sam le sonrió.

Thomas estaba hablando de tortugas marinas.

—Son de lo más asombroso —decía—. Una vez, en Florida, vi cientos de tortugas recién salidas del cascarón que se dirigían sin dudarlo hacia el mar, bajo la terrible sombra de las gaviotas.

—El típico ejemplo —masculló Lincoln con un bocado de comida en la boca— de la búsqueda espontánea de lo nunca visto.

Florida, pensó Pearl. Conque era eso a lo que había ido Thomas. No había ido al hospital a maquinar cómo estrangularla. Había estado en la playa, como un turista cualquiera, viendo cómo aquellos seres con aletas eran engullidos mientras trataban de volver a casa. A veces las cosas eran más apropiadas de lo que parecían.

—Hoy hay que ir al pueblo —dijo Miriam— a buscar los regalos de los niños.

Pearl se retrepó en la silla.

—Sí —dijo—. Oh, sí, ¿qué podría comprarles? ¿Alguna idea?

Pensó que era agradable hablar de cosas normales y comentes. Pero el sol calentaba con fuerza y su alma pedía a gritos una copa. Era el cumpleaños de los niños. Y algo terrible estaba a punto de suceder.

—Para los niños, cuchillos —dijo Lincoln abruptamente.

—¡Cuchillos! ¿Para qué?

—Para cortar cosas —dijo Lincoln riendo—, para cortar cosas.

—Oh, no me digas —dijo Pearl haciendo una mueca de alivio—, qué ingenioso.

Lincoln sonrió. Untó mantequilla en un gofre y continuó comiendo. Había ganado treinta y cinco kilos desde que había conocido a Shelly. Era inmenso y de piel suave. Pearl pensó en su espantoso peso encima de Shelly, prensándola.

—Luego iremos todos al pueblo, Pearl —dijo Shelly—, por si quieres venir. Todos los adultos, quiero decir…

—¿Al pueblo? —dijo Pearl—. Oh, no lo sé… al pueblo.

—Puede que sea el último día bueno del verano. Todo indica que el otoño llegará pronto este año.

—Sí, Pearl —dijo Thomas—, te hará bien. Deja que los niños se apañen solos.

En torno a Pearl, los niños sonrieron como si quisieran animarla. Poseían una fe profunda y comprensiva en su actitud, lo cual no significa

que creyeran ni por un momento en que esa actitud les brindase verdades útiles.

—Ven con nosotros al pueblo —dijo Thomas.

—De acuerdo —dijo. Y dirigiéndose a los niños agregó—: Hoy me voy con los mayores.

Los niños rieron y le tocaron el brazo.

—Saldremos dentro de una hora —dijo Thomas.

Después del desayuno, Pearl se fue paseando hasta la piscina, seguida por algunos de los niños. El tejado inclinado de la casita de piedra rielaba bajo el sol.

El suelo que rodeaba la piscina era oscuro y algo resbaladizo. En la cabeza de la escultura había una lagartija descansando. Pearl podía ver su esbelta cola ocre.

—¡Pearl, mírame!

Timmy echó a correr desde detrás de ella y se tiró al agua dando una voltereta. La superficie se replegó como una flor para recibirlo. Bajó hasta el fondo y lo tocó con las manos. El agua formaba un remolino en torno a él. Era como si no fuera Timmy. Luego ascendió como un torpedo, triunfante. El agua resbalaba formando largos chorros sobre sus mejillas.

—Mamá ha hecho pasteles para todos —dijo Ashbel—. Son de chocolate y mermelada. Podemos comérnoslos está noche.

—Qué bien —dijo Pearl.

—No les ha puesto verdura ni nada. Solo chocolate, azúcar y mermelada. Podemos comérnoslos está noche.

—Qué bien —dijo Pearl.

Pearl vislumbró una gran silueta oscura en el cielo junto al piso superior de la casa. Era oscura, pero, al mismo tiempo, parecía brillar más que el cielo. Era densa y negra. Estaba delante de la habitación de Sam.

No les preguntó a los niños si también ellos la veían. ¿Y si no la veían? Se quedaría sola.

Una luz alada golpeando las ventanas del cuarto de su pequeño Sam. Se marchó batiendo sus pesadas alas.

—A ver, niños, ¿qué vais a hacer hoy? —preguntó Pearl.

—Jugaremos, iremos a cazar, comeremos y nos esconderemos —dijo Tracker.

—Será como siempre —dijo Jane.

—Nos gusta quedarnos solos —dijo Tracker.

—Y con Pearl —dijo Ashbel—. Solos con Pearl. Eso es lo mejor —

añadió rodeando con los dedos la muñeca de Pearl.

CAPÍTULO TRECE

Pearl fue en silencio con los demás hasta el muelle. Shelly y Lincoln. Miriam y Thomas. El agua estaba oscura, y el aire, tibio e inmóvil.

Corrían rumores sobre una tormenta tropical que estaba formándose a cientos de kilómetros, frente a las costas de los Outer Banks de Carolina del Norte. Era posible que por la noche o al día siguiente llegara más lluvia.

Pearl miró al agua. Un reino de criaturas. Junto a los laterales del muelle se agolpaba una espuma descolorida.

—Ecs —dijo Pearl—. Odio esas burbujas, sobre todo cuando el viento las arroja sobre el césped.

—Tiempo atrás, se creía que la espuma del mar podía dejar embarazadas a las mujeres —dijo Thomas.

Pearl se ruborizó, molesta.

—¡Menudas preocupaciones tenían en aquellos tiempos!

—¿Qué tiempos eran esos? —preguntó Thomas.

—Oh —dijo ella—, te podrás imaginar. Todos unos neuróticos. Y sin psiquiatras. Ni ginebra.

Thomas sonrió. Tenía los dientes blancos, pero el aliento le apestaba ligeramente. Llevaba puesta una camisa de algodón muy blanca.

Lincoln trataba, sin mucho entusiasmo, de cazar un cangrejo con la red. Clavó el palo en el agua. El impulso de la corriente desvió la red hacia un lado. El cangrejo escapó hacia la imagen de una roca que Lincoln arrojó con asco hacia lo lejos.

Como a una milla de la orilla, vieron un ciervo.

—¡Ay, pobrecito! —exclamó Shelly.

La cabeza del animal se sumergió un instante y volvió a asomar enseguida.

—Menos mal que los niños no están aquí para verlo. Es tan triste… —dijo Shelly.

No había nada que hacer. La lancha pasó de largo. La hermosa cabeza atónita del animal fue alejándose.

Pearl miró hacia atrás para ver su forma en el agua. El animal no tenía conciencia alguna de sus necesidades, su extrañeza, su muerte cercana. Solo quería el mar, las profundidades frías e inaccesibles. Pearl lo comprendía muy bien. Las personas cambiaban al morir, por supuesto, pasaban a los intereses de otra vida. Todo seguía y seguía y seguía. Somos como salamandras bailando en el fuego.

—Parece tan decidida —insistió Shelly—. ¿Creéis que podrá llegar a la orilla?

—¿Cómo sabes que es una hembra? —dijo Lincoln irritado.

Thomas dijo:

—Diez o doce personas se ahogan frente a las costas del pueblo todos los veranos.

—Parece más una cuestión de estadística que de muerte —dijo Lincoln, riéndose y encogiéndose de hombros.

Pearl se recostó en los cojines de la barca. La lona le calentaba la espalda. Estiró las piernas y advirtió que Thomas se las miraba.

Hacía un tiempo qué Pearl no lograba comprender en qué les había visto el parecido. Pero ciertamente se había llevado la impresión, años atrás, de que Thomas se parecía a Wakter. A lo mejor era que cada vez le costaba más recordar a Walker. De vez en cuando, por ejemplo, lo recordaba vestido con un batín verde que sabía que nunca había tenido. Y, desde hacía años, su manera de hacer el amor le parecía poco acorde con las reacciones de ella en el pasado. Revoloteaba por su mente como una polilla en torno a una bombilla, y entonces trataba de pensar en él. En cómo se peinaba… en cómo ayudaba a los niños a subir al bote… Trataba de pensar en el breve tiempo que habían compartido antes de que naciera Sam. Aunque lo cierto es que nadie comparte el tiempo con nadie nunca. Ni siquiera ahora, en el instante presente, cuando su mirada estaba fija en los ojos de Thomas. Ese momento bajo el sol, con la otra orilla cada vez más cerca, no significaba nada. Vamos encontrando a aquellos con quienes podemos compartir la nada, pero esa nada no es el tiempo. Ahí estaba sentado Thomas, inclinado un poco hacia delante, con los ojos ligeramente risueños, con su presencia rotunda y desenvuelta, absolutamente familiar y totalmente desconocido.

Los niños habían dicho una vez que una adolescente se había matado por el amor de Thomas. Thomas estaba estudiando en el Seminario de Harvard. Después del incidente, se pasó a derecho. La religión estaba

demasiado mezclada con la moralidad ética como para suscitar su interés. Luego se produjo otro escándalo y abandonó también el derecho.

Lo vio con su sotana episcopal, con una hostia aferrada entre las uñas relucientes, colocando la oblea sobre las lenguas estiradas de los comulgantes. Un ángel malvado, asexuado y algo violento, con los ojos ardiendo bajo las pobladas cejas.

La chica que se mató tenía un nombre peculiar. Era un nombre sacado de un frasco de perfume, algo que la muchacha había elegido ella misma. Pearl se la imaginó sentada temblando en un banco de la iglesia, observando los ojos humeantes del joven sacerdote en prácticas. Se imaginó a la chica muerta imaginándoselo a él antes de morir con la cabeza metida en el horno de su madre, imaginándose cómo Thomas lo hacía con ella, acaso con los ojos, poseída por una florida y exquisita confusión, tan absoluta que, en realidad, bien habría podido pasar por alto el hecho de que el pelo reluciente, que ella imaginaba enrollado en el puño de Thomas, le arrastraba entre las burbujas de queso renegrido del negro interior del Garland de su madre.

Escapa un grito que nadie oye. Murió virgen. Puede que Thomas lo hiciera analmente. Puede que Thomas lo hiciera con los ojos. A fin de cuentas, estaba confusa, era una chiquilla de catorce años, llamativa, abrazada a sí misma con sus finos bracitos. Aunque probablemente Thomas no hubiera hecho nada. No era más que un hombre guapo y rico, y estaba en Harvard. Tenía una piel rica. Hablaba al ritmo luminoso de la metáfora desconcertante. Hablaba de las más altas e inhumanas ambiciones de los hombres.

La muchacha se ganó su confianza hablándole de su hermano. El chiquillo tenía azúcar. Era enfermizo. Era desgraciado, se hurgaba la nariz y se lo comía, y no podía pronunciar ciertas palabras, palabras como «amor» y «naranja», sencillamente no podía pronunciarlas.

Hay cosas que no son esenciales, decía Thomas, negando a esa ninfa, a esa muchacha de nombre despreocupado, la alegría que ella ambicionaba.

En verdad había dos o tres Thomas. El que ella veía, el que era y el que sería. La muchacha leía demasiado. Mentía acerca de los sábados con las amigas, leyendo los libros de sus padres… «La boca de ella acogió su órgano turgente»… leían y sudaban. «… la tendió encima de la otomana. Entró en ella…».

No lo pensó mucho. Creía que podría oír sus comentarios al recibir la noticia de su muerte. En fin, quizá sí. Thomas no hizo ninguno. Lo cierto

es que no se mostró muy atento, aunque hay que admitir que, después del funeral, se llevó al hermano pequeño de la muchacha a la isla varios fines de semana seguidos. Se llevó a un niño con el espíritu enfermo y lo sanó. Dejaba que los niños se le acercaran, en el sentido bíblico. El muchacho acabó siendo un talento.

Cuando Thomas dejó la universidad, empezó a salir con mujeres muy bonitas. Se las llevaba a Newport o a Saratoga, o incluso a Porto Ercole, pero al final siempre se las llevaba a la isla, donde cazaban langostas para él y lo escuchaban hablar en dialectos ontológicos. Su mente las tenía impresionadas. En serio, ¿cómo es posible pensar y hablar al mismo tiempo…? Cuando uno lo piensa es fascinante. El flujo de aquellas… palabras. La tumescencia del… pensamiento. Para él debía de resultar excitante y, a la vez, degradante. Naturalmente, se ganó enemigos. Para Thomas, tomarse aquellas aventuras como algo real acabó siendo tedioso. A una de las mujeres le rompió un brazo mientras bailaba con ella. Incluso estuvo casado cuatro días con una dama de sociedad que creía en el *I Ching*. Desapareció sin más, sin llevarse nada, ni las varillas de aquilea. Otra de las mujeres que llegó a conocerlo bien era novelista. Utilizó a Thomas como personaje en su libro más repelente. Físicamente, no eran iguales, y la opinión general era que las perversiones plasmadas en el libro eran sucedáneos de las que habían tenido lugar en la realidad.

Thomas era un misterio bien conocido. La gente lo veía en distintos locales de noche al mismo tiempo, o caminando por la Quinta Avenida con una actriz y, a la misma hora, almorzando en el hotel Cloister on Sea Island con un artista de dos metros que hacía retratos de pelo.

Luego se retiró. Se instaló en la isla en la que había pasado los veranos de su infancia. Restauró la casa, que había quedado abandonada. Descubrió que tenía talento para los niños.

¿Por qué Thomas era como era con los niños? Llevaba siete, catorce, veinte años haciendo eso. El padre de Hitler criaba abejas. Lo pone en todo los libros. Pero ¿qué significa eso? Criar abejas. El padre de Thomas era juez. No tenía aficiones, aunque poseía una extraordinaria colección de brújulas. Tuvo dos hijos, y, ya de mayor, una hija. Su esposa pintaba platos y tomaba codeína.

Walker decía que Thomas siempre había sido muy misterioso, aún de niño. Tenía sus secretos y, ya entonces, sentía un amor intelectual hacia el momento irracional, la usurpación de las leyes de la naturaleza. En cierta ocasión, con nueve o diez años, había encontrado una bicicleta arrojada

sobre las rocas de aquella hendidura donde el mar rompe sobre el corazón de la isla. La bicicleta estaba totalmente recubierta de ostras. Thomas le suplicó al juez que le comprara un maniquí de tamaño humano en una de las tiendas de la ciudad. Lo arrojó al mar, de donde lo sacó unas semanas más tarde. Según los niños, aquella creación encostrada todavía estaba expuesta en su habitación. Los niños decían que Thomas guardaba en su cuarto todo tipo de extravagancias de todas las épocas y de todas las etapas de degradación y esperanza de los hombres. Tenía una escultura de arcilla de Osiris, el Dios desollado, el mutilado dios de la regeneración. Y sobre su escritorio había un tapiz etíope que representaba una castración en mitad de una batalla. Los enemigos daban la impresión de estar fumando puros.

Thomas era poco razonable con los niños, impaciente y estricto. Tenía un semblante duro y displicente y una mente rápida y ecléctica. Thomas tenía una veta cruel. Los niños afirmaban haberla visto. Una línea pálida que se extendía desde la axila a la cadera por un lado y desde la axila a la punta de los dedos por otro, bastante perceptible, caliente incluso, visible cuando los niños no lo complacían. Estaba convencido, por decirlo de forma sencilla, de que sus mentes eran capaces de cualquier cosa. Veía a cada niño como una estimulante bestia de deleites transmutativos de los que él podía obtener un gran placer. Años tras año, les iba enseñando. Había encontrado su lugar en su propia vida. Dedicó sus años a observar e instruir a aquellas criaturas encantadoras, inocentes y peligrosas. No tenía la menor idea de que le mentían descaradamente con cada uno de sus actos y palabras, y tampoco se le había pasado por la cabeza que algún día, con ese genio que él, de forma inconsciente, siempre había creído finito, se negarían a seguir el camino de los niños que los habían precedido.

Se había adueñado de la isla y de su historia como si todo aquello no significara nada, como si el presente nunca pudiera alterar la forma del pasado. En realidad, no creía en los niños, la verdad era esas. Al menos no de la manera en que Pearl creía en ellos. Pearl tenía la barbilla en las manos. Se enderezó. Se preguntó si no se habría quedado dormida. Parecía tener el labio mojado. Por algún motivo, Lincoln estaba hablando de la historia del tenedor de tres puntas. Thomas había reducido la velocidad del bote al entrar en el puerto y ahora las voces llegaban a ella con claridad. El día se abatía sobre ellos con sus presagios de la noche.

Hasta entonces, hasta el día anterior, había tenido a Thomas por alguien poderoso, quizá incluso malvado, pero ahora sabía que estaba tan indefenso como ella, como todos en ese día del que se intuía ya la noche. La

noche avanza con sus vástagos, el Sueño y la Muerte, con sus gemelos, el ensueño verdadero y el ensueño falso.

Amarraron en el muelle de Morgansport. Tal y como le dijo una vez un borracho al otro: la vida es una copa sucia o una copa muy sucia. Había algas rojas y un cangrejo muerto que flotaba panza arriba. Una página de periódico pasó flotando por su lado, perfectamente plana y legible. Una modelo lacónica con el pelo liso y de corte recto posaba vestida con un vestido de flores. Pearl se tocó el pelo desnutrido. Me quedaría bien, pensó. Es de mi estilo. La página de periódico giró en torno al bote y se alejó flotando.

Pearl abrió su billetera y miró dentro. Tenía un billete de cincuenta dólares. A lo mejor debería arreglarse el pelo, como la muchacha que flotaba en el agua.

Los demás ya estaban haciendo planes para la vuelta. Eran casi las once. Se encontrarían en el muelle a las tres. Pearl se quedó de pie sin saber muy bien qué hacer. Se alisó el vestido.

—¿Vienes conmigo, Pearl? —preguntó Miriam.

—Ay, Dios mío —dijo Pearl—. Es demasiado temprano para pedirme que tome decisiones.

Se rio como si estuviera bromeando, pero bajó de la barca con los demás y caminó hacia el muelle. Desde ahí se fue siguiendo a Miriam hacia el centro de la ciudad.

Se le hacía extraño estar sin los niños. Anteriormente, cuando iba al pueblo, siempre la acompañaba alguno de los niños. Entraban con ella en la licorería, adonde iba a comprar vino y ginebra. Los niños elegían las botellas que tenían la etiqueta más bonita.

El pueblo era pequeño, pero había movimiento. Las personas se veían bien definidas, como si las rodeara un gran borde de color negro. Pearl siguió a Miriam por los pasillos de la tienda de ultramarinos, la siguió a la librería y al banco. Esperó con Miriam en la larga cola de la oficina de correos. Guardaron el correo en el bolso de Pearl. La mayoría de cartas iban dirigidas a Miriam. Sobres llenos de muestras de tela, de retales de seda y encaje. De color crudo, terciopelo, vaquero. Cada uno con su sencillo historial de traición y de tedio amoroso.

Pearl nunca había entendido por qué esas personas que ni siquiera conocían a Miriam le enviaban aquellos tristes retazos de sus vidas. Nunca llegaban a ver las faldas, que más bien parecían tapices de pared, si bien es cierto que a cambio recibían extensas cartas con consejos y agradecimientos.

La falda que llevaba puesta en ese momento estaba formada por novecientas historias. Miriam era como una santa que se arrastra por el desierto con los pecados del mundo colgados a la cintura. Pearl consideraba que todo aquello tenía algo de chifladura por parte de Miriam. Poseía incluso la cinta de pelo de una mujer que había muerto durante el clímax. Probablemente se la hubiera enviado su amante. Personalmente, Pearl nunca le había dado nada a Miriam para sus faldas. Sentía que el espacio que ocupaba en esta vida era de prestado. Y que a ella no le pertenecía más que a la persona que lo ocuparan después.

Pearl miró los bronceadores y los brazaletes de cuerda de los escaparates. Miró hacia un cercado donde una mujer estaba arrancando malas hierbas. Haría un esfuerzo, estaba decidida.

—Hola —dijo Pearl.

Entraron en una tienda de cosas varias. Pearl compró caramelos para los niños. Compró también un par de conos de helado para ella y para Miriam. Comenzaba a sentirse un poco mejor. Mordió el cucurucho y se rio. El frío hacía que le dolieran los dientes.

Miró las cometas y las sales de baño. Podían ser un buen regalo para los niños. Les gustaban las cosas frívolas como esas. Pero algo en su cabeza le decía que era inútil, que todo era inútil.

Deambuló por los pasillos. La tienda, por lo visto, tenía un excedente de servilletas de papel. Había varias baldas con distintas marcas. Pearl se quedó delante de los estantes como si estuviera contemplando joyería fina. Entre las cajitas de Tampax había una baraja de cartas de tarot con el dibujo del Ahorcado. Pearl la cogió. Las había visto antes. Cuando niña… en la tienda de una anciana que vendía cosas en su casa y que criaba patos en un corral para matarlos. El Ahorcado. La verdad es que parecía estar en paz, pensó Pearl. Intentó que la carta le transmitiera algo relacionado con su naturaleza superior, pero no lo logró. Supuestamente esa era su utilidad, ¿no? Transmitir algo. Ciertamente parecía estar en paz, pensó Pearl. Pero muerto, era de suponer, aunque tuviera los ojos abiertos. En fin, ni vivo ni muerto.

—¿Qué te parece esto? —le preguntó Pearl a Miriam.

Había vuelto a dejar la baraja de cartas en el estante donde la había encontrado. Se la señaló a Miriam.

—No van aquí —dijo una de las dependientas en tono recriminatorio —. Van en artículos de regalo. Desde luego, hay que ver qué molestias se toman algunas para poner las cosas donde no les corresponde.

Pese a dirigirse a Pearl, la dependienta no dejaba de mirar a Miriam. Ambas mujeres se quedaron mirando a Pearl.

La parte inferior del cucurucho de Pearl estaba goteando. Le preguntó a la chica que había en la barra de bebidas si podía tirarlo ahí.

—Lo que de verdad me hace falta es una copa —dijo sin dirigirse a nadie en concreto. Y mirando a Miriam añadió—: Creo que necesito sentarme un rato. No estoy acostumbrada a tantas emociones.

—Sí —dijo Miriam—. De todos modos, yo tengo que estar en un sitio a la una.

Salieron a la calle y se separaron. Pearl titubeó delante de una tienda en la que al parecer vendían exclusivamente platos pintados con motivos de espárragos y cebollas. De pie a su lado había una mujer fornida con una camiseta en la que ponía UNA MUJER SIN HOMBRE ES COMO UN PEZ SIN BICICLETA.

Pearl sintió ganas de preguntarle qué significaba eso, pero la mujer tenía cara de impaciencia y de pocos amigos, de modo que se abstuvo. Si le preguntaba, era posible que la mujer le dijera algo desagradable. Quizá la llamara tonta del coño o algo por el estilo.

Pearl se marchó a paso ligero en busca de un bar. Cada vez más nerviosa, fue doblando esquinas hasta alejarse de la zona comercial del pueblo en dirección a las calles adoquinadas de la parte residencial. Pasó por delante de una hilera de deliciosas casas dieciochescas. Tenían las puertas abiertas, como invitando al transeúnte a profesar su adoración. Dentro se veían suelos lustrosos, sofás de lino y flores frescas.

—¡… te he dicho que para los arándanos quiero sorbete de lima, no sorbete de limón, coño! —dijo una voz en una de las casas—. ¡Estoy hasta los cojones del puto sorbete de limón!

Un Jaguar de color leonado pasó por su lado. Se encendieron las luces de freno. Lincoln asomó la cabeza.

—Eh, Pearl. ¿Te has perdido? —dijo echándose a reír. Tenía la cara rosada y húmeda. Shelly miró a Pearl y sacudió la cabeza.

—Estaba buscando algún sitio para comer algo —dijo Pearl.

—Sube —dijo Lincoln—. Iremos al Silent Woman. Tienen mesitas bajo los árboles. Música de flautín. Quiches. Y un barman excelente.

Pearl se encogió de hombros. Sabía que Lincoln solo quería presumir de coche. Abrió la puerta trasera y tomó asiento.

—Walker tenía un coche como este —dijo.

—No, tenía un Mercedes. Todavía lo tiene, no sé si lo sabes. Está

aparcado en un garaje junto al muelle.

—Yo no sé nada de coches. Olía igual que este.

Lincoln volvió a reírse.

—Hace más de un año que lo tengo y no lo he usado más de media docena de veces. Me cuesta más de doscientos dólares cada vez que lo pongo en marcha.

Parecía encantado de la vida. Pearl no dijo nada. Se arrellanó en el asiento trasero, fingiendo ser la mujer que aparecía en los carteles de «se busca» de la oficina de correos, a la que habían capturado y se llevaban a una prisión de máxima seguridad.

El coche se detuvo frente a una casita blanca con un magnífico jardín de grandes dimensiones. En la verja había un cartel en el que se leía THE SILENT WOMAN. Pearl se quedó mirándolo con tristeza. Por suerte, había un hombre en mangas de camisa y con un chaleco a cuadros detrás de una mesa con una amplia selección de botellas.

—Es un buen sitio —dijo Shelly—. Es mejor que no vayas a un bar tú sola. Hay que ir con cuidado con esas cosas.

—¿Seguro que no se necesita invitación para entrar? —preguntó Pearl.

—No, no.

Pearl salió del coche.

—Bueno —dijo—, pues gracias.

El coche volvió a arrancar suavemente.

No quiso entrar enseguida. El barman la miró impasible y poco a poco se metió el dedo en la oreja y empezó a hurgar.

Al otro lado de la calle había una iglesia abandonada, metamorfoseada en centro cívico. Se oía ruido de aspiradoras y el ladrido apagado de los perros. Un plafón clavado sobre el descuidado césped anunciaba una función de marionetas a mediodía, LAS MÁGICAS BESTIAS DE PAPEL MARIONETAS DE TAMAÑO REAL EN VIVO TRAIGAN MÚSICA Y GANAS DE DIVERTIRSE. Sobre el plafón había colgado un objeto alargado hecho con papel maché. Era una criatura con aspecto de ángel, con las mejillas congestionadas y una cabellera amarilla de hilo que le caía a los lados como unas orejas de burro.

En su cabeza, Pearl siempre había asociado las funciones de marionetas con niños bien alimentados y madres competentes que saben criar a sus niños como es debido. Suspiró, mirando hacia la iglesia. Tenía una estructura simple de estilo protestante. Las vidrieras representaban montañas, árboles y estrellas. Podía imaginársela por dentro. Los bancos cerrados con portezuelas, la moqueta marrón terroso, el púlpito

abandonado, de pino.

Detrás de ella, en el jardín, una voz de hombre dijo:

—Tengo dos hijos de mi tercera esposa. En tu vida has visto cosa tan mal criada. Facturas, pastillas, anorexia nerviosa. Para mi tercera esposa todo tenía que ser una gran ocasión. Cuando llegaba el Día de la Madre les montaba una fiesta. Mi segunda esposa nunca tuvo hijos. Estaba un poco ida, ya me entiendes. Le tiraba más el vino que las rosas, como dicen algunos.

Pearl podía oler el alcohol en el aire.

—Otro tequila sunrise —dijo la voz del hombre.

Ah, qué alegre y civilizado, pensó Pearl, este refugio para veraneantes, este último refugio. Qué alegre y civilizado es beber bajo los árboles en un día de verano. Beber bebidas que tienen nombre, que son tus amigas.

Tenía heladas las puntas de los dedos. No, no debía beber. Debía seguir siendo una testigo sobria. ¿Tan rápido había olvidado sus convicciones del demonio?

Esto no es vida, pensó.

Cruzó la calle en dirección a la iglesia. Justo pasada el portalón había una pila bautismal de madera con un cuenco de plata. El cuenco, cosa extraña, estaba lleno de agua. La iglesia estaba vacía, a excepción de un niño sentado detrás de una mesita de cartón.

—Puede entrar, es gratis —dijo el niño—. Me imagino que no va a venir nadie más.

Pearl dudó. La iglesia era cálida y desprendía un olor dulzón, como si entre sus paredes hubiera pequeñas cosas muertas. ¿Con qué formas de la resurrección habían hallado consuelo allí los fieles? Ya no estaban. Ahora los fieles eran fieles en otra parte. Al fondo de la nave había un fogón eléctrico conectado a la pared por medio de un alargador.

—Supongo que no vais a actuar para mí sola, ¿verdad? —preguntó Pearl —. Por favor, no tenéis por qué hacerlo.

—No es ningún problema —dijo el niño—. Puede sentarse donde quiera.

A Pearl le pareció extraño hablar con un niño que no era suyo. O mejor dicho, de la familia de niños que…

—Sí —dijo Pearl—. Me sentaré.

Eligió el banco situado al fondo de todo. Miró hacia la fachada de la iglesia. De pronto, se dio la vuelta y dijo:

—¿Conoces a Sam? Es mi hijo. Mi pequeño.

—¿Cómo es? ¿Se ha perdido?

El niño mantuvo la boca abierta a pesar de que había terminado de hablar.

—Oh, no… lo que quiero decir es que… no.

—Creo que sí que lo conozco —dijo el niño.

Pearl se dio la vuelta de nuevo. Encima de algo que solo podía ser el escenario, había un gran fondo de cartón apoyado sobre dos atriles. El cartón estaba pintado y recortado como si fuera un paisaje nocturno con luna y estrellas. A la izquierda había pintada también una cama bidimensional.

Al lado de Pearl, sobre la pared gris, se veía la marca de una cruz. Como una cicatriz en el polvo. Una leyenda que ya no satisfacía.

Algo pasó trotando a su lado por el pasillo. Parecía un diente gigante con un gran agujero gris. Lo seguían otras formas, ataviadas con ropas antiguas y rematadas con cabezas de papel maché. Pasó una manzana, seguida por un gusano de repulsivo aspecto que en realidad era un chiquillo enérgico que iba reptando cubierto con un saco marrón. Sobre el escenario había una gran marioneta en forma de niño, con una cabeza de tela sin rasgos y unos brazos larguiruchos, que se movía por medio de un palo que le salía de la camisa. El palo lo sostenía una persona vestida enteramente de negro y con una capucha negra que, de cuclillas en el suelo, movía el muñeco de aquí para allá mientras una voz proveniente de alguna parte hablaba en tono quedo e indistinguible de la infancia, la obediencia, las pesadillas y los ladrones.

Pearl permaneció sentada con una sonrisa rígida y triste estampada en el rostro. Parecía que en aquellos tiempos nada podía hacerse a un nivel estrictamente humano. Empezó a divagar. Echaba de menos a los niños. Deseaba tener un bebé que fuera suyo. Le gustaban los bebés, la manera en que sus manos te tocan la cara, el modo en que te meten los dedos en la boca como si estuvieran metiéndolos en la suya propia…

La voz, que sonaba como una grabación rayada, continuó pronunciando sus confusos axiomas desde un altavoz situado encima de Pearl.

Otra criatura acababa de subir a escena, una especie de insecto volador con antenas de alambre y un gran sol naranja pintado en la espalda. La cara, que recordaba a la de una mujer, tenía mucho maquillaje. Y el vientre era enorme. ¿Se puede saber qué pinta una mujer en semejante estado de gestación en un espectáculo tan absurdo como este?, pensó Pearl. A lo mejor se suponía que era una araña. ¿Cómo era aquello que decían de las

arañas…? Que eran la imagen de las mujeres que se ahorcaban…

Pearl bostezó nerviosamente. La función era inofensiva y exuberante, pero la idea de que estuvieran representándola expresamente para ella la incomodaba. Sitió un ligero asco. Pensó que más le habría valido emborracharse.

Abandonó el banco y salió a la calle. Se fue derecha al jardín del Silent Woman, donde pidió un martini seco. Agarró la copa con sus uñas agrietadas e irregulares. La cáscara de limón flotaba como un gajo de luna. Pidió otro.

CAPÍTULO CATORCE

Las personas que había en torno a Pearl estaban comiendo. Uno comía pichón; el otro, hígado; un tercero, cangrejos de caparazón blando. A Pearl, el olor de la comida le hacía venir náuseas.

Algo se posó en un árbol. Las sombras cruzaban el césped. Pearl miró hacia el cielo y vio unas grandes nubes finas que se movían frente al sol. La luz volvió a derramarse sobre su mesa y continuación saltó al césped, desde donde se dirigió hacia una vieja valla de madera que un hombre joven sin camisa, vestido con un pantalón púrpura estilo gángster, estaba pintando de blanco.

A la izquierda de Pearl, una mujer sorbía una cucharada de algo rojo y blanco.

—El lunes lo ingresan en el General de Massachusetts. Tumor cerebral —dijo. Depositó la cuchara y abrió el bolso, que tenía forma de casa, con ventanas y puertas pintadas. Sacó una revista de la casita y la abrió por una página ilustrada y con letra grande—. No es que lo hagan a diario, desde luego, pero tampoco es tan raro. Aquí describen muy bien la operación —dijo—. Yo no sé cómo explicarlo, pero el *Reader's Digest* lo hace estupendamente. Yo juro sobre el *Digest*. No me lo he perdido un solo mes desde hace quince años. Él está consternado, claro, pero hay que hacerlo. Te sorprenderías si supieras cuánta gente tiene que operarse de lo mismo.

—¿Verdad que aquel joven de Texas, el que se lio a tiros con todo el mundo, tenía un tumor de esos? —dijo la otra mujer—. Aquel que se subió a una torre.

En algún lugar dentro de Pearl, había siempre una personita sobria que espiaba las conversaciones ajenas, y ella sabía que un día de esos, quizá justo antes del alba, se alzaría y la estrangularía, porque esa personita sobria no tenía nada de amistosa.

Al otro lado de la calle, las Mágicas Bestias de Papel habían salido de la

iglesia y estaban sobre el césped. Ahora Pearl ya no las veía con el recelo de antes. La bebida había iluminado sus percepciones de manera considerable. Ciertamente, eran de tamaño real. Una *troupe* enérgica, con elaborados ropajes y cabezas de escayola. Uno de ellos, una curiosa mezcolanza entre león y animadora, echó a correr hacia el jardín y miró por encima de la valla a las personas allí reunidas. Su aspecto pretendía ser feroz, pero en las manos lucía unos alegres mitones y sus modales eran cómicos y atrayentes. Con todo, sus intenciones no estaban claras. No daba la impresión de querer que la gente lo siguiera hasta el césped de la iglesia ni que participara de ningún modo en la función. Ni siquiera quería dinero. Rechazó los varios billetes que le ofrecieron. Los comensales empezaron a reír al ver que no se iba, aunque tampoco los acosaba. No era en absoluto la primera vez que esa construcción burda e infantil pisaba la calle. Una de las mejillas de papel estaba algo aplastada y desprendía una sustancia polvorienta, y la pintura se veía apagada, como si la hubieran guardado expuesto al sol.

La figura fingió no ver a Pearl, insultada sin duda por su maleducada desaparición. Detrás de los ojos, dos huecos mal cortados, Pearl detectó otros ojos, pequeños y no del todo alineados con los huecos. ¿Eran ojos de hombre o de niño? De la figura emanaba un olorcillo a sudor.

Por fin se fue. Los comensales siguieron comiendo, pero Pearl se quedó viendo qué era lo que hacían en el césped, y de pronto creyó que comenzaba a entenderlo bastante bien.

Las figuras eran estrafalarias personificaciones de los sueños y miedos infantiles. Eran animales y porciones de pastel. Eran juguetes y serpientes. Eran las fastidiosas regañinas y amenazas del mundo adulto. El niño que soñaba se contorsionaba por el césped que le servía de lecho. Se retorcía y debatía, manipulado por el muchacho de negro. Todas aquellas cosas que brincaban y se arrastraban en torno a él no eran más que el producto de la imaginación exhausta del soñador, si bien este era a todas luces el único actor totalmente artificial, pues por algo había que moverlo con un palo. A Pearl la divertía el muchacho del traje negro encargado de manipularlo, a veces tendido, a veces agazapado, otras incluso boca arriba como un perro. El dispositivo era tan visible, tan intrusivo, que se quedaba en trance contemplándolo. Ahí estaba la Sombra, más luminosa que el día, ejerciendo de guía y supervisor, la estrella del espectáculo.

La *troupe* no lograba atraer mucho público. Algunos niños se quedaban mirando desde la calle y luego proseguían su camino. La verdad es que debía de darles miedo, pensó Pearl. Poco apropiado. Toda esa pesca. Pero

¿qué era apropiado para los niños? Pedacitos de arcilla impresionables como eran.

Ahora la mujer situada la izquierda de Pearl estaba comiéndose algo marrón. Pearl oyó cómo su compañera decía: «Estábamos jugando a ese espantoso juego, Diplomacia, con los Jones, los Foley y los Prinn, y John se levantó y salió del cuarto con Penny para negociar algo, ya sabes, cuando los jugadores regatean por los centros de suministro. John tenía Turquía, y Penny, la muy zorra, tenía Austria-Hungría, y ya llevaban fuera media hora, lo cual es aceptable según las reglas del juego, pero cuando volvieron el cabrón de John tenía una mancha del tamaño de Inglaterra en los pantalones, así que me marché. Me largué de la habitación para no seguir viendo sus putas *crudités ni* sus putas paredes de ladrillo falso y llamé a mi abogado, y desde entonces soy una mujer feliz».

Pearl se giró ligeramente sobre el asiento para darles la espalda. Delante de ella, de pie, había un hombre que miraba hacia el jardín y le tapaba la vista. Su cara le sonaba. Hay gente que solo te suena cuando estás borracha, pensó. El hombre se puso a hablar con ella. Cayó en la cuenta de que era Thomas.

—¿Yes a esa persona de negro que está ahí fingiendo ser invisible? —dijo Pearl interrumpiéndolo.

Thomas se volvió.

—No —dijo.

Pearl soltó una risita.

—¿Por qué no vamos a algún lado a comer algo? —dijo él.

—De acuerdo —dijo ella, sin dejar de reír.

—Podemos comer aquí mismo, dentro. Tienen un buen comedor. Es más tranquilo. Pediremos la bullabesa.

Pearl lo miró. Vestía traje claro y camisa azul oscuro. La corbata era de esas de universitario, con pequeñas insignias o cabezas estampadas en relieve.

—Te has cambiado de ropa —dijo Pearl.

—Acabo de comprármela —dijo él encogiéndose de hombros—. He pensado que necesitaba un traje nuevo.

Pearl empezó a reír otra vez, pero se contuvo.

—La risa es indicativa de una visión saludable del mundo, Pearl. Me complace verte tan animada.

Pearl salió del jardín y subieron la amplia y agradable escalinata de la casa. Llegaron a un pasillo de suelos negros tenuemente iluminado. A la

derecha se veían varias puertas cerradas y a la izquierda un amplio salón lleno de mesas. En el hueco de la chimenea había un arreglo de césped marino.

Pearl resbaló con un tablón medio salido y entró al salón dando trompicones.

—Dios mío, qué oscuro está esto —dijo—. ¿Por qué está tan oscuro? —dijo—. ¿Es que alguien ha vomitado sobre los manteles?

—Voy a pedir —dijo Thomas, y salió de nuevo al pasillo.

Pearl desplegó la servilleta y se la puso sobre el regazo. Esperó. Esperó como un niño que espera a un adulto, como espera un animal, sin meditar ni ofenderse.

Thomas regresó con dos copas de vino y una botella de vino sin descorchar.

—Vaya —dijo Pearl—, esto está muy bien.

No tenía nada de apetito. Pero estaba eufórica. Parecía un momento decisivo y deseó que los niños estuvieran ahí para distraerla. Aunque por supuesto no tenía sentido esperar que un niño pudiera salvarla. No tenía sentido pensar que un niño pudiera ofrecerle salvación de ningún tipo. Los niños eran demasiado inocentes para ofrecer salvación. De hecho, los niños siempre conducen a los mayores directamente a las fauces de la muerte.

—¿Has pasado un día agradable? —preguntó Thomas con educación. Sirvió el vino.

—El pueblo no acaba de gustarme. No sé, podría pasarme sin él. Aunque es bonito saber que la vida continúa. Como aquí, quiero decir, supongo. —El vino tembló entre las paredes de la copa y le mojó un poco los dedos—. Quería comprar algo para los niños, por su cumpleaños, pero no he visto nada que me convenciera.

—No necesitan nada. Lo tienen todo en la cabeza. Como sabes, entre ellos se hacen pequeños regalos. Cosas que encuentran o que hacen ellos mismos.

—Oh, sí —dijo Pearl—, son muy ingeniosos.

En ese momento Pearl se fijó en un cuadro que había en la pared y que representaba la última fase de la luna. La luna en forma de cuerno… Vio que Thomas levantaba el brazo y poco a poco lo acercaba hacia ella. Con la mano le limpió algo que tenía en la blusa. Sintió un hormigueo en los pechos.

—Cuando los niños besan, muerden —dijo Pearl—. Me quedé alucinada cuando me ocurrió la primera vez. Cuando besan, dan unos

mordiscos en forma de corazón.

—Eso no es más que una metáfora —dijo Thomas.

Pearl dio un sorbo al vino. Estaba frío y sabía a flores.

—A veces —dijo en voz baja— pienso que me gustaría tener otro hijo. Siete años se hacen tan largos. Parece que todo ocurrió hace mucho. Lo trataría mejor, ¿sabes? Quiero decir que para mí sería un consuelo. No es que Sam sea mal chico. No digo que él sea el problema, en absoluto. —La mente le iba a cien por hora. Se inclinó hacia delante con la mirada alerta —. No digo que sea un niño especial. Es como los demás. Bueno, no del todo. No es tan salvaje como algunos de los otros. Si acaso, más normal. Y me alegro. Cuando nació, después de que naciera y cuando Walker murió, temí que… Estaba tan confundida… En fin, que me arruinó la vida, como tú bien sabes. Pero ahora me doy cuenta de que… —Pearl había olvidado lo que iba a decir. Su mente surcaba las aguas rumbo a los niños que esperaban su regreso—… me doy cuenta de que es un niño alegre, un niño tranquilo y normal, y me gustaría que lo dejaras en paz.

—¿Que lo deje en paz?

—Sí —dijo ella tragando saliva.

—Hablas como si yo fuera un Fausto moderno. No tengo secretos inconfesables ni poderes oscuros.

—¿Un Fausto? —dijo Pearl. Le parecía que tenía la voz pastosa.

—Fausto terminó sus días apaleado por los demonios y sepultado en estiércol de caballo —dijo Thomas serenamente—. Me merezco algo mejor, ¿no crees?

Pearl se echó a reír. Estaba maravillada de sí misma.

—El único pacto que yo he firmado es conmigo mismo —dijo Thomas.

—Oh, un pacto. Eso suena un poco pretencioso. De verdad, ¿no te parece? —dijo Pearl con tristeza.

—Creía que sería un término de tu agrado. Es evidente que tú has tomado algunas decisiones por tu cuenta. Me imagino que sabes que los niños respetan a los locos y que tú te has puesto solita en el papel del bufón sagrado.

Pearl había dejado de escuchar. Miró a Thomas mientras este se arreglaba la corbata para que no se le saliera de la americana.

Llegó la sopa de pescado. El camarero la sirvió con una gran sopera. Pearl miró dentro de la sopa, a los grumos de mantequilla y azafrán que flotaban entre el líquido. Se le cayó una pestaña al plato. La apartó con la punta del dedo.

—Será la dieta —dijo ella—. Las pestañas. Se me caen todo el tiempo. Y tarda nueve meses en crecer una nueva.

Ahí los vasos no estaban sucios. Tampoco la cubertería. Todo estaba muy limpio.

—Estoy enferma —dijo Pearl de improviso.

—Peleas con tu enfermedad —dijo Thomas con calma—. Cada cual tiene su enfermedad. Debemos cuidarla, pero no curarla.

—¿Qué? —dijo Pearl sin ánimo. Deseó que le sirvieran más vino. Thomas tenía una manera de hablar que la mareaba.

—Digo que cada cual tenemos nuestra enfermedad. Y que no es algo que haya que curar. Erradicar la enfermedad equivaldría a erradicar el yo.

—De verdad —dijo ella alterándose—, hay que ver la de chorradas que dices.

Lo miró inquieta. Se sentía suspendida al borde de algo espantoso.

Thomas le rellenó la copa hasta la mitad. Ella la rodeó con los dedos, pero no bebió.

—Lo que nunca he entendido —dijo— es cómo ocurrió. Todo el mundo se comporta como si lo supiera, pero yo no lo sé. —Había más gente que follaba con el Diablo que con Dios. ¿No era por eso que las monjas se tapaban las orejas? Pero esa no era la respuesta—. ¿Lo sabes tú? —inquirió.

—Sí —dijo él riendo.

—Primero estaban los animales —dijo Pearl—. Y luego hubo subhumanos y animales y entonces se produjo aquel cambio increíble, aquella catástrofe, y entonces aparecieron los seres humanos.

—Un fenómeno aleatorio ocurrido en un momento de urgencia vital.

—Pero no fue una evolución —dijo Pearl—. Ocurrió y punto. No dio tiempo a evolucionar. Es imposible que diera tiempo.

—Una especie bajo una gran presión o en situación de gran necesidad experimenta cambios no causales en su forma material.

—Eso no lo sabes —suspiró Pearl.

—El cambio lo provocaron visitantes de otro planeta —sugirió Thomas —. Fue el pecado. Debido al pecado nos convertimos en humanos y nos diferenciamos.

—¿Cuál fue nuestro pecado? —susurró Pearl.

—Una repelente fantasía sexual —dijo Thomas sonriendo—. Esa fue la causa de todo. Así es, la más repugnante de las fantasías sexuales era lo que mejor se prestaba a la formulación de las ideas más espirituales que la mente

es capaz de concebir.

Estaba riéndose de ella. Pearl se mordió el labio y se quedó viendo cómo comía.

—Separamos de los animales —dijo ella—. Ese fue el pecado.

—Oh, Pearl —dijo él—. Relájate y disfruta de la comida.

—Nunca he sabido… —empezó a decir, pero se interrumpió. Apuró el vino de un trago y prosiguió atropelladamente—. Me alegro de haber tenido un hijo, pero la cuestión no es ser capaz de hacer algo, ¿verdad que no? Ni siquiera es cómo saber hacer una tortilla. Me gustaría saber hacer una tortilla, aunque fuera. Esponjosa pero jugosa por dentro, bien doblada y de una pieza. Porque da igual si sabe bien o no. Si sabe bien pero no está bien presentada, está mal. Quiero decir que cualquiera puede comerse un huevo, no es eso a lo que me refiero…

Thomas le tocó los labios con los dedos. Eran tan cálidos. La sensación era terrible. Quiso cerrar los ojos.

—Sssshh —dijo él.

Pearl se retiró.

—Oh, estoy borracha, ¿verdad? —dijo—. Es una idea estupenda tomar unas cuantas copas por la tarde, antes de empezar a beber por la noche, pero ahora me temo que estoy borracha… Mi destino es estar borracha.

—El destino, Pearl —dijo él sacudiendo la cabeza.

—Las exigencias de la vida tienen consecuencias —dijo Pearl con cuidado—, y eso es lo que llamamos destino.

—El destino es vulgar —dijo Thomas mojando un poco de pan en la sopa. Se lo comió. Pearl lo miraba.

—Incluso cuando sueño estoy borracha —dijo ella.

—San Agustín daba gracias a Dios por no hacerlo responsable de sus sueños.

—Que yo sepa, no soy responsable de nada —dijo Pearl. Vio cómo comía, cómo la carne tierna del pescado se introducía en su boca—. Todo es sexo —suspiró—. Soñar con alguien o querer ir a algún sitio. La comida es sexo y la música también es sexo… ¿Para qué nos prepara la infancia…? Es decir, esos pobres niños…

—¿Sabes qué hizo Jesús cuando era niño? ¿Sabes qué les hizo a los niños que no querían jugar con él?

Pearl golpeó el plato de sopa con el codo.

—Los convirtió en cabras.

—Oh —exclamó Pearl—. ¡Los convirtió en muchachos! Ya me habías

contado ese chiste. ¡Convirtió a los niños en muchachos! Eso no sale en la Biblia.

—¿Sabes qué les decían los padres a sus hijos para que ahuyentaran a Jesús por ser mago? Jesús jugaba en el río y hacía figuras de animales con el barro, y era capaz de hacer que los animales se alejaran de él y de ordenarles que volvieran. Y un día moldeó doce gorriones con arcilla y dejó que se fueran volando.

—Supongo que es verdad. Supongo que cuando era niño debía de ir por ahí haciendo cosas como esa.

—En varias ocasiones provocó la muerte de los niños que discutían con él. José le dijo a María: «No deberíamos permitirle que saliera de casa, porque siempre que alguien lo disgusta lo mata». Mató incluso a un profesor que una vez lo había azotado.

—Oh —dijo Pearl muy seria—, seguro que todo eso lo hizo otro chico, ¿no crees?

—¿Por qué lo dices?

—Se supone que Jesús era caritativo, ¿no? Y bueno. «El alegre muchacho de los campos». Y tú lo pintas como un cabrón.

Pearl se echó a reír. Su risa resonó como una cadenilla al caer al suelo.

—No estás comiendo —dijo Thomas.

—¿Puedo pedir algo dulce? Me temo que esto no me apetece mucho.

Thomas llamó al camarero. Tenían tarta. El camarero le sirvió a Pearl una porción de tarta con un charco de nata. Pearl probó la nata con el dedo.

—De todos modos no me creo que Jesús fuera niño —dijo Pearl—. No en ese sentido, me refiero.

—Es verdad —asintió Thomas—. Las vidas de los personajes que cambiaron nuestra historia dependían de un saber especial, de una fisicalidad del espíritu que nada tenía que ver con su forma en tanto que hombres.

—No sé… No estoy muy segura. No sé…

Thomas sonrió con indulgencia. Sus ojos parecían irradiar unos rayos blancos. Pálidos aguafuertes sobre su rostro bronceado.

—No entiendo para qué quieres hablar conmigo —dijo Pearl.

—Es cierto que el carácter femenino no me interesa mucho. La mayoría de las mujeres se sirven de una combinación de entusiasmo e ignorancia para ir pasando los días.

Pearl se sirvió otra copa de vino.

—Los niños me han hablado de tu cuarto —dijo—. Me han dicho que

tienes un suspensorio colgado de la pared con una rata dentro.

—Lo tenían en una exposición que fue un gran éxito en el Museo de Arte Moderno de Nueva York —dijo Thomas sin darle mayor importancia.

Pearl volvió a mojarse el dedo con la nata.

—En realidad, el carácter femenino sí me interesa un poco —dijo Thomas.

—Demasiado tarde para interesarte por mi carácter —dijo ella—. A la pobre Pearl ya casi no le queda carácter.

Empezaba a sentir una terrible euforia. Lo oía todo pero no escuchaba mucho. Su mente estaba serena e iluminada. Los niños estaban tranquilos. El animal estaba en calma.

—Antes me caías mal —dijo alegremente—. Ahora ya no tiene mucha importancia.

—Has tenido una vida estupenda —dijo él.

—Un día me caí por la escalera cuando bajaba a cenar —dijo Pearl—. Es verdad. No sé cuántos escalones serían, treinta y siete o… y no me rompí nada.

—Si te perdieras en una ventisca, seguramente te recogerían los lobos.

El florecer, la euforia, el vuelo, no duró mucho. Pearl sonrió.

—Ser un superviviente es un don —dijo Thomas—. Trato de que los niños se den cuenta de lo importantes que son los dones. Me gustaría creer que, si algo me ocurriera, los niños triunfarían en su propia sociedad, que no necesitarían de las falsas seguridades de…

—Qué manera tan curiosa de decirlo, ¿no? «Si algo me ocurriera». La gente lo dice todo el tiempo, ¿no te has fijado? Gente de todo tipo, como si significara muchas cosas, cuando en realidad solo significa una.

Pearl cogió el cubierto que tenía junto al plato y lo hundió en la tarta. Se llevó un trozo de tarta a los labios y se lo introdujo cuidadosamente en la boca. Sintió un sobresalto al contacto. Deslizó la runcible cuchara con asco entre los labios. ¿Quién había inventado esa componenda imposible? Continuó arrancando pizcas de pastel con los dedos.

—No eres mala persona —dijo Pearl, como hablando consigo misma—, has amado a tantos niños durante todos estos años…

—Oh, para ser sinceros, no estoy seguro de que sea amor. Me interesan, eso es cierto. Los niños siempre me han fascinado. La energía que los moldea y los impulsa no es la misma que la nuestra.

Los niños se revolvieron en la cabeza de Pearl. Alzaron sus cabezas.

—Pero luego crecen —iba diciendo Thomas—. Se vuelven prisioneros

de su cuerpo. Adquieren un rostro propio. Francamente, es una desgracia.

—En fin —dijo Pearl—, los niños crecen. Es su trabajo. Prácticamente no tienen otra ocupación.

—Sí, sí —dijo él con impaciencia. Su rostro parecía ensancharse frente a Pearl, que se salpicó un poco de vino en la muñeca—. Es solo en la juventud que la vida te da tiempo a enfrentarte a tu alma, a tu protector, y entonces lo ves con vida, tal cual es —dijo Thomas—. Pero los niños crecen, como tú has dicho. Cambian. La metamorfosis llega sola. Truecan el saber del niño por las convenciones del adulto, y en esa transición todo se pierde. Todo. La vida misma.

Pearl observaba cómo sus manos enormes y rapaces se movían al hablar. Todo era artificio. Lo que la mente pensaba, lo que la lengua decía, lo que el corazón sentía. Pearl lo observaba con ojos pesados y somnolientos.

—La razón ha convertido al hombre en la aberración de la naturaleza —dijo Thomas.

Hablaba de un modo terrible, de un modo extraño, punitivo. Pearl se preguntó cómo era posible que los niños fueran con él tan pacientes y sumisos, tan inmunes.

—La dicotomía entre el antimundo y el mundo que se ve obligado a experimentar lo consume. El resultado es la muerte. Tal dicotomía es innecesaria.

—¿La muerte es innecesaria? —dijo Pearl.

—«Muerte» es una palabra pobre. Tan solo un medio para comunicar un recuerdo, una experiencia compartida. Sí, una palabra sumamente pobre, como «amor».

Envolvió la palabra con la boca como si fuera una ostra, un coágulo de flemas.

—No estarás experimentando o algo así con esos niños, ¿verdad? —preguntó Pearl elevando la voz.

Thomas la miró. Enrolló la servilleta y la deslizó lentamente a través del puño. Un gesto provocador, pensó Pearl. Le entró la tembladera. Se sentía como si tiritara de pies a cabeza.

—Pearl, tienes que dejar de pensar en mí como si fuera una especie de hechicero.

—Bueno, entonces lo que dices… vamos a ver… no son más que palabras, ¿no? Por favor, no quiero seguir hablando. Pide otra botella de vino, por favor. ¿Por qué empleas tantas palabras? Esos pobres niños…

—Me has preguntado tú por los niños. Gozan de todas las libertades.

He fomentado y respetado su fantasía. Algunos de ellos son brillantes. Algunos tienen conocimientos enciclopédicos. Pero eso es lo de menos. Ya no me atrae tanto como antes. La infancia es el mundo inconsciente y, a la vez, el trascendente. El incremento de conciencia es la clave de todo. Es la principal fuerza de cambio, una fuerza lo bastante poderosa como para alterar las estructuras primitivas de los instintos y las necesidades humanas. Observando a los niños a lo largo de los últimos años, me he convertido en un sinergista convencido…

—No sé qué significa eso —aulló Pearl—. Por favor —dijo.

Se fijó en su corbata, en los dibujos de la corbata. Eran pájaros que volaban hacia ella desde una gran distancia; ni siquiera pájaros, más bien sombras de pájaros.

—Solo son niños —dijo Pearl—. No deberías hablarme así. No quiero hablar de ellos. No quiero hablar de Sam. No estoy… ¿Por qué quieres que esté enferma, que esté loca? Aunque algo sí que sé. Lo sé desde hace tiempo, desde que estaba en casa de mi madre, en casa de mi madre y mi padre, hace tiempo, cuando estábamos todos vivos. En la pared había un cuadro. Era una mujer, una mujer de la edad que yo tengo ahora, y debajo, en grandes letras de filigrana ponía: «No romperá la caña quebrada», y era evidente que estaba muy agitada, la pobre mujer, con su vestido largo, abrazada a un árbol. Estaba tendida en el suelo, muy agitada y abrazada a un árbol que no era un árbol vivo, sino una especie de tronco sin corteza. Una cosa terrible, despellejado, y, aunque de aspecto era sólido, a la pobre mujer no le daba ningún consuelo, y yo recuerdo que pensaba, pese a ser una niña: seguro que rompe cañas quebradas todo el tiempo…

Se quedó mirando los pájaros que volaban hacia ella, directos hacia sus ojos.

—Yo soy una caña quebrada —dijo.

—Lo siento, Pearl, te he cansado.

Thomas alargó el brazo por encima de la mesa y le acarició la mano. Pearl bajó la vista hacia la cesta del pan, donde una mosca se movía delicadamente entre las migas.

—Quiero preguntarte algo —dijo—. Quiero que respondas de manera sencilla, te lo ruego. Es una pregunta muy sencilla.

—De acuerdo.

—¿Hay una anciana viviendo en casa? ¿Una mujer muy anciana?

—No —dijo Thomas.

—¿Estás seguro? —dijo Pearl—. ¿No te habrás olvidado? ¿No será tu

abuela o algo así? A veces pasa. He leído casos. A veces, la gente que vive en caserones grandes se olvida de que hay un pariente anciano que vive arriba, muy frugalmente, que entra y sale del pasado y estrangula palomas para cenar o algo por el estilo.

—No —dijo Thomas.

—Es muy anciana —dijo Pearl—. A veces ni siquiera parece una mujer. Parece un pájaro. Una pájaro temible, fiero, como un halcón o… A veces, cuando la miro, lo veo tan claro que me cuesta dudar que no sea un pájaro. Pero entonces la veo y veo que no es un pájaro, porque cuando la veo tengo la impresión de que es una anciana, alguien a quien vengo viendo desde hace ya un tiempo…

—Vamos, Pearl —dijo Thomas sonriendo—. No es nada. Ya sabes lo que es. Es la bebida. Es lo que pasa cuando uno bebe demasiado.

—No es eso —dijo Pearl, apartando las manos de las de él.

—Michelet dice que los pájaros son el «benéfico pebetero de fuego vivo a través del cual pasa el mundo».

—Pero… ¿Por qué haces esto? ¿Se puede saber qué significa? Siempre respondes con palabras, palabras de otros… no tienes palabras propias…

—Michelet se refiere a los pájaros como agentes de purificación, «el saludable acelerador del intercambio de sustancias».

—No sé quién es este… ¿Es francés? Habla de buitres. Carroñeros. Yo estoy hablando de… no lo sé…

Se levantó bruscamente.

—A medida que envejecemos nos volvemos asustadizos, supongo que es solo eso.

—El miedo es un embeleso terrorífico —dijo Thomas.

—Esas también son palabras de alguien, ¿verdad? —gritó Pearl.

Las palabras eran como insectos posados en las paredes de la habitación. Insectos que cambian de color, que se desvanecen y se mueven y se despliegan por la habitación.

—Volvamos a la barca, Pearl. No debería haber hablado así, perdóname.

Hablaba en un tono desprovisto de humor y conocimiento.

Salieron del local a la calle. El cielo desprendía un brillo insólito. El día se ahogaba.

—Puede que nos alcance el temporal. Tenemos que irnos a casa, Pearl, hay que prepararse para la tormenta.

Le hablaba como quien le habla a un perro con correa. Caminó tras él

con aire abatido. La bebida la había defraudado. Pensó en los niños esperándolos en la isla, en la otra orilla. Caminaba muy despacio. La gente pasaba corriendo por su lado. Lo había intentado, ¿no? Estaba harta de intentar razonar las cosas, harta de hablar. Las personas pasaban corriendo por su lado con sus enormes caras. El mundo tras el que corría la gente no era más que una broma, ¿es que no lo veían? En un instante, todo podía invertirse. La vida puede saber a flores, como ese vino caro que había comprado Thomas, pero al final acaba mareando.

Lincoln y Miriam y Shelly esperaban en el muelle. Había varias cajas de juguetes llamativos y baratos. Pearl los miró haciendo un esfuerzo. ¿Qué iban a hacer los niños con todo eso? Bajó a la barca.

Thomas soltó las amarras. La lancha zarpó hacia la bocana. El sol emitía un brillo sucio entre las finas hebras de nubes.

Lincoln estaba comiéndose una chocolatina y haciendo nudos con un trozo de cabo. Nudos imposibles. ¿Quién podría escapar de ellos? Dio un tirón con la muñeca y el cabo soltó un chasquido.

Hacia el oeste, donde se ponía el sol, había varios barcos navegando en círculos, pequeños botes con las estrellas de la policía en los laterales blancos del casco que trazaban flores, viraban y se retiraban dibujando el tallo de la flor.

Arrastraban algo agarrado a unos ganchos.

Miriam sacó el correo del bolso de Pearl y se puso a ojearlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Shelly, jugueteando con la cadenilla que llevaba al cuello.

—Esta mujer dice que los vegetales fueron los primeros salvadores del mundo —dijo Miriam apretando sobre las rodillas una carta escrita con finos trazos marrones—. Es de Dakota del Norte y dice: «Los vegetales fueron los salvadores frente al aire irrespirable que en un principio envolvía la tierra», y envía un trozo de tela de fibra vegetal que incluye los tallos de veintitrés especies de plantas.

Les mostró un pequeño cuadrado descolorido, seco y encogido. Volvió a guardarlo en el sobre y abrió otra carta.

—Esta es de una mujer que me envía un trozo del pañal de su hijo. Dice que cuando pusieron el pañal encima de la cara de su hermana muerta, la mujer empezó a hablar.

—¿Quieres decir que volvió a la vida? —preguntó Pearl.

—No, solo que empezó a hablar.

—¿Y qué dijo? —inquirió Thomas.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales Miriam continuó leyendo la carta.

—Aquí pone que su hermana dijo: «Denny no me empujó, me caí por culpa de una trombosis».

—¿Por qué le pusieron un pañal en la cara? —preguntó Pearl.

—No lo sé.

Miriam tenía el rostro triste y derrotado.

—Debieron de sospechar algo —dijo Pearl.

—Te tomas las cosas demasiado al pie de la letra —dijo Miriam.

CAPÍTULO QUINCE

A los niños no se los veía por ningún lado cuando regresaron a la casa. Las puertas estaban abiertas. Había silencio.

—Podrían estar en cualquier parte —dijo Thomas.

—Voy a sentarme en la piscina —dijo Shelly apartándose el pelo del cuello—. Nunca me había sentido tan pegajosa.

La casa parecía más fresca. Miriam se fue directa a la cocina, y Thomas, a su habitación. Lincoln sacó una cerveza de la nevera y bajó a la sauna.

Pearl subió lentamente las escaleras. Miró en cada uno de los cuartos de los niños, pero no había nadie. Nadie saltando sobre las camas, como habría cabido esperar, con los brazos abiertos, implacables. Nadie. Pearl vaciló frente a la puerta de su habitación. En el suelo del pasillo había una gran construcción hecha con bloques de madera. Los niños siempre estaban construyendo cosas. Se fijó en cómo estaba hecha. Carecía de techumbre y era un hervidero de actividad estática en el que todo parecía fuera de proporción. Había una piña de plástico que se veía gigante al lado de la muñeca de trapo que descansaba en una cuna. Un suspensorio colgado de una chimenea hecha con piedrecitas. Todo estaba dispuesto de tal modo que representase algo que no era.

Las alfombras estaban hechas con papel de colores. Los libros, con sellos. Fuera, estaba el mar de espejo.

Pearl entró en su cuarto y se sentó en la *chaise longue* desvaída que estaba delante de la ventana. Se sentía como si le hubieran clavado finas agujas de plata en la cabeza. Quería hacer que sus huesos florecieran, quería una vida distinta. Sus huesos floreciendo como los bastos de la baraja. Una imagen como la del Ahorcado en las cartas del tarot. De niña prefería los bastos, pero significaban esperanza y esperanza no había ninguna.

Alcanzaba a distinguir la figura de Shelly a lo lejos, nadando de un lado a otro de la piscina.

Sin los niños, estaría sola. Sería espantoso. Echó una mirada alrededor de la habitación, hacia la cama, con su fino cobertor. Todo había ocurrido hacía tanto. Era el pasado lo que siempre había tratado de recordar, pero había averiguado que el pasado cambia como todo lo demás. No permanece igual. El cazador de la pantalla disparaba al pájaro del árbol, pero había otro cazador que se erguía sobre el mundo y veía los patrones y los huesos y las luces de las cosas. Un cazador con ojo de cazador que vuela en el estrecho pero inacabable canal que media entre la muerte de uno y otro.

Fuera, las nubes reptaban por el cielo, un gran mar de disolución, en armonía con sus pensamientos. Amarillo, veloz y gris, un mar enfermo y furioso. Y su mente se unió a él sin lucha. Una vez había tenido un bebé. Hacía sonidos agradables, sonidos nocturnos, sonidos acuáticos. Una vez había tenido un bebé que no era suyo.

Pearl bajó y se sirvió otra copa. En la cocina, Miriam tenía la cena encima del hornillo. Estaba sentada a la mesa, tomando té. Pearl se fijó en sus manos puestas sobre la taza. La piel había empezado a crecerle por encima del anillo, como la corteza de un árbol cuando recubre un cuerpo ajeno clavado en el tronco.

—Pearl, ¿por qué no vas a buscar a los niños? Estarán en la casita de juegos. Es como si quisieran perderse su propio cumpleaños. He tocado la campanilla, pero no ha aparecido nadie.

Pearl miró ensoñada por la ventana, donde ahora el cielo parecía del color de las ciruelas. Las últimas luces se acumulaban en las ventanas, que parecían tener un grosor de varios centímetros.

Miriam miró a Pearl con severidad, pero no hallaba modo de penetrar en su hermético universo.

—Siempre estás bebiendo, siempre con el vaso en la mano… —dijo.

Pearl enarcó sus más bien pobladas cejas.

—Voy a por los niños.

—Pensándolo mejor… —empezó a decir Miriam. Miró a Pearl—. Esto no está bien —dijo.

Pearl miró la alianza hundida en la carne de Miriam. Como la mano de su madre. A su madre tuvieron que cortarle el anillo del dedo. Nunca se puso otro. Pearl sintió en la garganta esa familiar hinchazón que significaba que, si quería, podía llorar. Todo el mundo estaba solo, muy solo, y todo el mundo anhelaba lo que había perdido y ya no tenía esperanzas de volver a poseer jamás.

Notó que se le erizaba el vello de la nuca. Se imaginó un murciélago

cerniéndose sobre su cabeza, abanicándola con sus peculiares alitas. El aire que la rodeaba era reconfortante, rítmico y frío. Estaba tan agotada, tan cansada de presenciar, de responder. ¡En la vida no hay espacio para el decoro! ¡En ocasiones es necesario dejar a la vista el esqueleto y poner de manifiesto la muerte llevamos dentro!

—No te molestes conmigo —dijo Pearl de repente—. Yo también sé qué es el recuerdo. Es lo que hace que los otros sigan estando vivos, que sigan siendo familiares. Es el olvido lo que es la segunda muerte, la verdadera muerte. —Vio cómo a Miriam se le hinchaba de horror el rostro —. Oh, lo siento —gimió Pearl. Se fue corriendo afuera. La tierra le roía los pies y el viento hacía lo propio con el pelo. Se sentía tan pesada como la tierra, e igual de eterna e indiferente. Debía haber dicho… los muertos no regresan porque ahí no están tan solos como aquí… es el único consuelo que pueden darnos… Debía haber dicho… se acabó, este es el atardecer del día. Nuestras almas se congregan para el juicio.

El sol todavía estaba en el cielo, junto con la luna. El mar parecía más alto que la tierra. Pearl se encaminó hacia la casita de piedra pensando que allí encontraría a los niños. ¿La acogerían en su grupo? ¿Podría ser uno de ellos? Era lo que esperaba. El animal también estaba dentro de ella, ovillado en torno a su corazón, la bestia de la fe que conocía a Dios.

Depositó el vaso vacío sobre la hierba. Los vasos vacíos de Pearl estaban por todas partes, en la playa y en el bosque, sobre las piedras caídas de los muros.

Puso un pie tras otro sobre los fríos y resbaladizos peldaños que se hundían en el suelo húmedo de la casita de piedra. Movió un brazo a tientas, pero enseguida lo retiró, no porque hubiera tocado algo, sino porque tuvo la sensación de que se lo habían arrojado al fondo de un pozo. Se sentía como dentro de un calcetín, de una caja, dentro de una de las pieles de Aaron, del revés, con los ojos en la carne. Se percibía un olor. Allí era donde tiempo atrás se almacenaba la carne. Era también donde guardaban los animales en invierno. La habitación hacía pendiente hacia abajo, como un teatro o una cripta, sugiriendo otras estancias, otros niveles. Era imposible borrar el olor a muerte de las cosas. Antaño los muertos habían estado ahí abajo, en estancias limpias y frías, y los vivos arriba, en cálida y atribulada espera.

La luz se filtraba a través del cristal sucio situado en lo alto. Las vertientes del tejado descendían hasta el suelo y la hierba inmóvil centelleaba en los vidrios de la parte baja. La hierba presentaba un aspecto

lacio y brillante, como si advirtiera la llegada de la tormenta. Pearl sintió la vieja desesperación, la vieja sed. Estaba sola, era una, y la tormenta estaba fuera, indiferenciada, lo era todo. Pearl temía y despreciaba su vida. Jamás había deseado esa responsabilidad, esa espantosa responsabilidad para con la propia vida, el conocimiento de que todo se halla fuera de uno mismo.

Se recostó contra las paredes, paredes que dejaban al descubierto sus anchas costillas bajo la delicadísima piel del yeso. Ahora podía ver con mayor claridad. Podía distinguir la mesa sobre la que las tallas se erguían como sombras. Se adentró en la estancia, pegada a la pared.

—Tracker —llamó.

Saldría a recibirla, ¿verdad? Si lo llamaba. Era tan brusco y macabro, aunque dulce en algún lugar de su apetito, escrupuloso, valiente.

—Ashbel —llamó—. Franny…

Si la oían, saldrían, sin duda. Ellos le tenían cariño. Retozarían entre sus pies y treparían por sus flancos y le cantarían sus canciones tristes al oído con voz alegre.

—¡Trip! —llamó, aunque apenas sin esperanza de que se le acercara. Trip con su sonrisa y su cara alargada, su trote inteligente, sus manos falsas…

La tierra se elevaba ligeramente bajo sus pies, un montículo de tierra fértil, de malas hierbas. Ahora que estaba más alta, los dedos de Pearl rozaban los ganchos oxidados que tachonaban la parte superior de las paredes. Apartó la mano con asco y se sentó. No alcanzaba a identificar los sonidos que oía. ¿Hielo cayendo en un vaso de cóctel? ¿Alguien moviéndose en un cubículo? Música sonando en alguna parte, música a la vez inteligible e intraducible…

No, no había nada. Se habían ido todos, y ella también. Así era. Había ocurrido. Las personas viven sin saber qué deben hacer, y entonces uno cambia y se acabó. Existe un lado y existe el otro. Y uno viaja de uno a otro y, sencillamente, termina siendo demasiado para soportarlo, ese ir y venir entre el advenimiento y el adiós. Rozando apenas la superficie de la oscuridad, pasadas las rocas negras de mejillones, por encima de los bancos de arena y las cavernas muertas llenas de luz, siguiendo la carrera, corriendo, más allá de los bueyes que señalan tanto la seguridad como el peligro, rumbo al puerto de los otros. Rojo, derecha, regreso… pero ella se había ido ya de ahí. Se acabó. El pueblo con sus caras, con su gente que habla. Los humanos tienen ojos crueles. Los ojos del chiquillo con la cabeza de animal frente al jardín en el que se había detenido a beber… Los ojos de

la mujer de la tienda poniendo la baraja en su sitio. Recordó que en la baraja había otra carta. El loco al que sigue un perro. El loco, ella era el loco, y sin embargo las profundidades del abismo que se abría frente al loco no contenían ningún terror…

Pearl oyó un ruido.

—Jane —llamó—. ¡Timmy!

Los huesos le crujieron al darse la vuelta. ¡Cómo había envejecido junto a esos niños! Tenía las caderas debilitadas, el pelo gris. Las manos le temblaban al comer. No podía comer. No recordaba haber comido.

Veía las plantas secas que colgaban de los marcos de las ventanas, atadas por las raíces, descansando a la espera de redención. Distinguía las tinas, los nidos, los cubos, los corrales laberínticos. Cien lugares donde ocultarse, cien hogares. Cripta y vestuario eran allí una misma cosa. El vientre que bostezaba en su interior era la cámara frente a la cual se encontraba, invernadero hediondo o fría tumba, que descendía desde la oscuridad hacia una oscuridad aún más profunda, donde reinaba un aire pesado y enrarecido.

Una luz acolchada se alzó y cayó en la estancia. Una luz insonora. Una par de nalgas flotaron hacia su cara como un pálido enamorado. Podía ver los animales de madera encima de la mesa, formando en un círculo sin fin. Si los tocaba, serían como ceniza en sus manos. El navío ha de ser fuerte. Si el navío no es fuerte, se rompe. En vez de paz, no habrá sino locura.

Pearl había tenido un bebé. A aquel bebé lo había llamado Sam.

Pearl no tenía ningún bebé. Había perdido al niño por no creer en él. Ahora solo estaba ese otro Sam… ese indicio… un producto de su entendimiento.

No tenía a nadie más que a ella. La niña desaparecida que había en su interior.

En su interior. Una niña pequeña que pregunta, insistente, a una niña tan insistente. «¿Me amarías si fuera otra? ¿Me amarías…?». Ella había sido niña. Había tenido zapatos de hebilla y un conejo llamado Bruja Avellana. El conejo se había muerto. De muerte violenta, como se suele decir. Como mueren todos los conejos.

«¿Me amarías si fuera…?». Cállate, Pearl. Qué pregunta tan tonta. Si fueras otra, no serías nuestra Pearl. ¿Verdad que no? Cállate…

De niña creía que en el fuego había fantasmas. Descubrió que podía alejarlos e invocarlos. Podía decirles que se fueran y se iban. Pero luego creció, dejó de creer en ellos y, cuando les decía que se fueran, no se iban, y

a veces se presentaban sin que ella los invocase.

Pobre Pearl. Pearl…

Todo es un largo día, un día de verano, un día de sed con el vaso a punto de acabarse, los niños jugando, desapareciendo…

Había tenido un bebé pero el bebé había muerto. Había caído del cielo como si fuera una estrella. Y luego estaba Sam, que nunca había sido un bebé, sino algo que ella había presenciado y que ahora ni siquiera era un niño, sino algo encargado de seguir a Dios.

Pearl se preguntó si no se habrían asustado, no al ver a Sam, al que conocían, sino al reparar en la presencia de la anciana, a la que nunca habían visto. El cazador, el pescador de hombres.

Vio una figura terrible que ensartaba un gancho en el cuerpo de un niño, empezando por la ingle y terminando cerca del ojo. El niño forcejeaba y se retorcía. El niño era Jesse y estaba transformándose en un pez incapaz de alejarse a nado.

Pearl se llevó los dedos a la cara. Unos escarabajos luminosos se arrastraban por el cristal del invernadero. El interior de sus cuerpos era incandescente. Se cruzaban y volvían a cruzarse en todas direcciones, aparecían y se desvanecían, eran creados y, al instante, aniquilados. Pearl se acercó más los dedos a la cara y vio que sus manos flotaban, iluminadas por una luz cenicienta.

Vio al cazador tendiendo las trampas, al niño corriendo hacia ellas, sorteando la primera, salvando la segunda, pero cayendo al fin, atrapado por el alma. El niño era Trip y miraba hacia arriba con unos ojos que parecían moscas gordas y verdes.

Terrible, terrible. A Pearl le faltaba el aliento.

—¿Pearl? —La puerta se había abierto. Era Thomas—. ¿Pearl? —dijo —. ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde están los niños?

A Pearl le castañeaban los dientes. Era como si le hubieran sumergido el cuerpo en hielo. Era como si tuviera el cuerpo magullado y de repente lo sintiera pesado por el frío. El aire que trataba de inhalar era como si le hubieran echado sopa hirviendo en la garganta. Thomas se acercó. Los insectos parecían iluminarlo. Las vides muertas del suelo crujían bajo sus pies. La ayudó a levantarse y le apartó el pelo de la cara. Tenía la cara mugrienta y húmeda. Había estado llorando. La besó.

Pearl no se retiró. La lengua de Thomas era extraña y dura. Apretó su cuerpo contra el de ella. ¿Cómo será esto para él?, pensó. Los senos apretados contra su pecho. Derramándose contra su pecho como las

entrañas de un animal eviscerado, los pezones moviendo sus ojos ciegos… Tal es la diferencia entre hombres y mujeres. La misma que hay entre lo crudo y lo asado. Entre lo húmedo y lo seco. Y aun así, insuficiente.

Una vez que Peter y Trip estaban jugando en el porche, Pearl oyó que Trip le decía: «Tío Thomas no tiene picha, Pearl…». Aunque no era *picha* lo que había dicho, sino *ficha*, porque estaban jugando al ajedrez en el porche.

Tenía la mandíbula dolorida por sus besos, pero no se movió, no se resistió. ¿Por qué la besaba? Pearl no podía evitarlo. ¿Acaso creía que ella podía ayudarlo? Thomas frotó con la mano sus pequeños senos, su vientre de muchacho. Siempre había creído que él era quien mandaba, quien tenía el control, pero no era así. Nadie tenía el control. Las manos de Pearl colgaban a los lados. La boca de su hombre la besaba. La suya se llenaba de saliva. No lo estaba haciendo bien. Sentía excitación y rabia. Había olvidado cómo se hacía. Pero uno no olvida algo así. Lo que pasa es que deja de querer. Se observó a sí misma al ser besada. Se sentía tan lejana, a tantos años de distancia, al ver a ese hombre y esa mujer besándose, como si hubiera despertado en un sueño anterior.

Thomas le metió la mano por debajo del vestido, sus dedos ya estaban entre el pliegue de las braguitas y el labio húmedo, frotándola. Las piernas empezaron a fallarle, pero él la sostuvo y la depositó con cuidado en el suelo. Había un olor oculto, un olor terroso. Su cuerpo sentía placer, pero su mente no. Su mente huía a rastras, horrorizada, como un niño jorobado a la carrera. Vio los animalillos sobre la mesa, en círculo, uno. Menudos forajidos, esos. Los hijos de Emma, menudos ángeles… convirtiendo en regocijo su oscuridad, sus ojos, los ojos de los animales, todos y cada uno, las sonrisas de sus labios, las sonrisas con que sonríen los hijos cambiados.

Pearl estaba boca arriba. Thomas apartó la cara de ella y la enterró entre sus piernas. La empujó hacia atrás y la incorporó, se cargó sus piernas junto al cuello, la acarició con la lengua desde la corona del coño hasta la hendidura de la nalga. Ella se encogía debajo de él como un cono de papel en llamas, y, como si fuera de papel, se abrió en abanico, adquirió delicadeza y se irguió al unísono con su desintegración.

Se agitaba, temblaba con las caricias dulcemente irregulares de su lengua. Entonces él se retiró y presionó de nuevo la boca contra la suya, comprimiendo en sus labios el olor de su propio cuerpo, olor de pantano, olor de luna. Pearl se estremeció, tenía la boca llena de algo que él iba exprimiendo de su cuerpo, respiró su aliento y sintió una rigidez, el

orgasmo. Y entonces, de un modo abrupto, justo antes de acabar, se detuvo, la espiral volvía a alzarse. Gimió, repelida por todo aquello. Por una vez había puesto todo su empeño en mostrarse cuerda. Pero la cordura era como aferrarse a un globo, un globo del mundo, frágil y repleto de secretos y deseos nimios. Se soltaría. Soltarse era fácil.

Las manos de Thomas estaban ahora junto a su cabeza, apartándole el pelo, tratando de calmarla, de hablarle. Sus brazos desnudos y musculosos la retenían, pero ella no podía pensar más que en los huesos de los brazos. Forcejeó. La frágil mesa se balanceó pero aguantó, los animalillos se balancearon y salieron volando sin hacer ruido. Pearl se arrastró sobre el costado, sus labios encontraron la mano que le sostenía suavemente el cuello, apresó la mano con la boca y mordió con todas sus fuerzas la pesada carne hasta tocar el hueso. Thomas se apartó rodando con un alarido, y Pearl se puso en pie y salió corriendo.

Fuera, los árboles producían un ruido como de agua al caer. En lo alto, los relámpagos hacían que el cielo pareciese el interior de una caverna.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Pearl trató de aislarse de todo salvo del prado por el que iba corriendo. El prado se extendía hasta las estrellas que aún no habían salido. El viento tenía el tiempo que en él quedaba y empujaba contra su rostro. El viento empujaba las recordadas voces de los niños recordados desde el fondo de su corazón.

¡Pearl, mírame! Toco fondo. ¡Toco el fondo de la piscina!

¿No es cierto, Pearl, que a veces el cielo parece una caverna? No soportaría caerme en ella. Una vez, en Inglaterra, bajaron a un hombre a un pozo —el Pozo de Eldon, lo llaman—, veinte metros lo hicieron descender, y cuando volvieron a sacarlo se había vuelto loco de remate y a los siete días se murió.

No te vayas Pearl siempre estás intentando irte escucha la tierra es como nosotros puedes oírla respirar escucha él se bebió toda el agua se comió todo el jabón y murió anoche con una burbuja en la garganta tú vivirás pero yo moriré si puedo volveré contigo contigo contigo te quiero Pearl méceme sobre las rocas y volaré no lloraré quién es la dama del bolso de cocodrilo será mala será buena serás tú Pearl antes enterraban a los animales en los árboles pero los animales bajaban desde el fondo y subían desde la cumbre Paz en Descanse en realidad no se van cuando lo dices así al revés sabías esos brandis con la fruta flotando dentro qué horror los duraznos las peras la liebre lunar a Timmy le encanta la miel las abejas le pican y le pican pero a él le da lo mismo y fíjate en Peter que tuvo un sueño en el que un árbol daba plumas en vez de hojas en primavera decía moada en vez de almohada te acuerdas y decía fada en vez de falda nunca hizo su a cada hora se inventó su cara blanca como el humo de la piscina por la mañana sabes que el Diablo tiene seis ojos con los que llorar mira qué etiqueta tan bonita sale la reina de Inglaterra Pearl sé nuestra reina y nosotros seremos tus súbditos aquí estaremos para siempre un día mojé la cama mientras soñaba que era

un lobo veía el prado como lo vería un lobo era bonito no sabía nada sobre mí dicen que si un lobo te mea encima tienes que seguirlo adondequiera que vaya cuéntanos un cuento háblanos de Sam mira ese atardecer pedante qué pedante no una vez vi un caballito de mar que un niño tenía en un cubo una vez vi a Miriam entrando en la casa que tiene el signo de la langosta sí va a ver a una médium del pueblo es una casita verde del color de los tamales Miriam habla con ella va a dejar que Miriam hable con Johnny me siento raro Pearl mírame el diente a que es un diente raro mira ese reloj trata de decir la hora tío Thomas dice que el Tiempo es el Tigre que nos devora pero que nosotros también somos el Tigre crezco como crece la luz fíjate el corazón es tan grande como el puño puedes hacer decía moada pero nunca hizo nunca habló no existían las palabras él sabe de dónde vino y adónde vamos y cómo regresaremos por el mismo sendero después de muchos días nosotros te cuidaremos Pearl te queremos bebe vino el vino es algo maravilloso un momento maravilloso cuando el agua miró a su Creador y se ruborizó como dijo Milton si Tracker matara a su papá lo reclamaría Dios tendría que ir al colegio Pearl tienes pequeñas grietas en los ojos los ojos de Emma eran así pequeñas grietas a través de las cuales la luz del sol caía hirviendo cayendo es cierto que el horizonte habló contigo Emma era buena también los quería podía ser hermosa podía ser lo que pensara rey rey cuántos años viviré soy pequeña y no lo sé Shelly dice que al nuevo bebé lo llamará Rey sea lo que sea está demasiado vieja para esas cosas cuando los mayores se hacen viejos como que se ablandan y se pudren no te parece se vuelven malos dale con una piedra Timmy una piedra pensante déjalo tonto las piedras también piensan aunque siempre sea para quejarse todas las cosas piensan las hojas disertan sobre la desintegración y el agua medita acerca de las groserías de los peces es la verdad pero los mayores son malos comen carne te pegan en sueños dicen cosas que no creen tío Thomas se llevó a Johnny al bosque para castigarlo esa es bonita Pearl pero no esta no no compres eso mira ese pájaro de la esquina junto a la dirección del importador el pájaro de la pena en el pico que no llevémonos ese a casa Pearl quédate con nosotros seremos solo tú y nosotros.

Pearl contemplaba la piscina y el cuerpo que había flotando en ella. Era Shelly, con el largo pelo suelto y ondeando. El agua se agitaba y se mecía suavemente contra sus piernas escoradas. La cabeza golpeaba la rejilla que había debajo del trampolín.

Se están muriendo, pensó Pearl. Se están muriendo y yo no puedo hacer

nada. Pearl tocó la lona del trampolín y acto seguido, con un movimiento extraño y espasmódico, empezó a tocarse los labios y los dientes y los ojos. El agua era una sombra oscura, efímera pero devastadora, y el cuerpo de la otra mujer se mecía liviano sobre ella.

Voy a decírselo a Lincoln, pensó Pearl. Lincoln hará algo. Le hará el boca a boca. Y ella se alejará nadando y riéndose. El niño nacerá y será la viva imagen de su padre.

A59Pearl corrió entre la hierba hacia la sauna. La puerta estaba abierta. El vapor se esparcía por el aire. Vio a Lincoln en el suelo, resbaladizo de humedad y pelos. Un ojo apretado hacia abajo. El otro vibraba como un folio de papel. Temblaba en su cabeza. El ojo de la oscuridad ya había sido excluido del mundo. Vio que estaba muerto y que la sangre manaba de su boca como una flor púrpura. El calor hacía que todo fuera más vivido. El color de la toalla con la que el cadáver se había envuelto las piernas. El olor a madera de cedro, el color de los helechos que crecían en las grietas del cubículo de la ducha. Sobre una piedra negra, un lagarto moteado sujetaba con la boca los restos de otro lagarto.

Pearl vio la pierna extendida del cuerpo de Lincoln, el rastro de barro que le cruzaba los hombros, la sarcástica lengua inmóvil entre los labios rígidos, la lengua, ese órgano rojo y acabado en punta, más peligroso que la polla, sobresaliendo sin gracia en dirección al cubículo corroído. Miró la gelatina del ojo del muerto. Había cumplido con su acuerdo. La muerte es un acuerdo como cualquier otro que uno establece con sus semejantes. Presentaba un aspecto prosaicamente cincelado, seco, enrojecido, con un grano hinchado en la nalga. Pearl estaba sudando. Aquello era terrible. Pero había cosas más terribles que aquello. Pearl sabía cuáles eran.

Pearl vio unas huellas sobre la hierba larga y húmeda que se dirigían desde la puerta hacia los árboles. Podía oír los gemidos de los niños, el murmullo de las exclamaciones de reprimenda, y podía ver la oscuridad de la hilera de árboles alterándose a su paso entre ellos.

El bosque era como una oscura labor de encaje.

Podía ver a los niños caminando por el bosque.

Los vio, vio el estampado de sus abrigos, la simetría del diseño. Vio sus relucientes puntos de incorruptibilidad como la silueta de las estrellas que en ese momento florecían en los cielos.

Se vio a sí misma corriendo en paralelo a los niños en dirección a la casa. Sus piernas cansadas la impelían campo a través por la noche nueva, fiel aún al secreto que custodiaba. Cayó una estrella, dejando un agujero

tras de sí. La luz rebosaba desde el interior la casa. Olía a ratones y a alcohol derramado. ¿Nunca antes se había fijado? Y madera no vista que nunca se secaba. Oía el resuello de los niños, que formaban un torrente junto a ella. Las habitaciones sin fin de la casa estaban encendidas, esas habitaciones que Aaron había construido para mantener la oscuridad a raya. Sería bien posible vivir en ella. Aaron había construido las habitaciones con sus propias manos, un carpintero asustado, una puerta constantemente repetida que se abre o se cierra en otra, en el pasado, cien años atrás, realizando aquellos actos irrevocables del pasado, cuyo recuerdo constituye el tiempo.

El cielo se escindió sin hacer ruido, se resquebrajó como la cáscara de un huevo. Por un instante, Pearl pensó que podía ver su interior. Estaba tan cerca… pero no quería inventarse nada. No iba a hacer trampas. Era demasiado tarde para hacer trampas y había llegado demasiado lejos.

Alcanzó el porche. Había hojas sobre los tablones sin pulir. El jersey de uno de los niños tirado sobre una mecedora de mimbre. Dentro de la casa, la corriente procedente de la puerta hizo temblar las flores de uno de los jarrones. Vio a Miriam. Al principio Pearl se sintió aliviada. Tengo que decírselo, pensó, y las imágenes que había visto adquirieron una forma esférica en el aire que separaba a las dos mujeres.

Voy a decírselo, pensó.

Se sintió aliviada al verla ahí, al reconocer sus cálidos ojos pardos, el rostro apesadumbrado, las manos portadoras de sustento, la familiar falda con su lenguaje vesánico.

Sonaba una radio. Interfería con los pensamientos de Pearl. El locutor hablaba con una voz quejumbrosa y conspirativa. Estaba cerca, dentro de la cocina. La apagó. Sonó un clic.

Recordaba al sonido que hacía la anciana al mirarla. Pearl lo había oído. En su cabeza, una membrana pasó flotando por delante de sus ojos para luego alzarse de nuevo con un che. Como el ruido de una puerta al abrirse.

Oyó llorar a un bebé.

—Es Angie —dijo Miriam, atareada con los fogones. La cocina parecía apagada—. Será mejor que vayas a ver qué le pasa.

Debería decírselo, pensó Pearl. Le diré la verdad sobre esta casa. La casa está en nuestra cabeza. La Verdad está separada de la Vida con mucha astucia.

Cruzó la cocina en dirección al llanto del bebé y encontró a Angie en la biblioteca, apretujada bajo los cojines del sofá. Angie lloraba como si algo la

desgarrara por dentro. Extendió los brazos hacia Pearl.

Le duelen las piernas, pensó Pearl. La alzó en brazos y notó el peso húmedo del culito de la niña a través del vestido. Era un vestido de fiesta largo, a cuadros rojos y blancos, con un gran lazo alegre en la parte delantera. Pearl besó el cabello de la niña, que olía apestosamente, y la acunó en sus brazos un momento.

Angie dejó de berrear y se quedó contemplando la cara de Pearl con gesto sereno.

Nos han abandonado, ¿verdad?, pensó Pearl. A las dos. Escrutó el rostro inocente e inacusable de la niña.

La chiquilla estaba tranquila, pero todavía jadeaba un poco. La estancia estaba en silencio. La mente de Pearl, en reposo.

Me echarán la culpa a mí, pensó. Pero da lo mismo. ¿Qué más da?

—Búscalos —decía Miriam—. Quiero que los busques.

A los niños, decía. No aparecen por ningún lado.

Suéltala, decía.

El cabello de Angie estaba mojado como un trapo de tanto llanto. Pearl trató de secárselo con las manos. El bebé volvió a llorar. Pearl no sabía cómo acallarla.

—Están escondidos —decía Miriam—. Nos están gastando una broma.

La comida está fría. Está oscuro. Está empezando a llover.

—Será que se encuentra mal, si llora así. Le calentaré un poco de leche —decía Miriam—. La han asustado. No sé por qué les ha dado por jugar a esto.

Yo también he tenido mis reveses hoy, decía Miriam. Esa mujer es una impostora. Me ha pedido más dinero. Le he dado tanto. No puedo darle más dinero, es imposible. Decía que había visto cómo mi Johnny lloraba y se marchaba corriendo porque yo había mentido acerca de algo tan trivial como el dinero. Decía que había hecho lo peor que puede hacerse en este mundo. Había traicionado la fe de un niño. Me dijo que me fuera. Yo estaba muy exaltada. Pensaba que iba a hacer que me arrestaran.

Miriam estaba pálida. Una vena parduzca palpitaba cerca de su ojo. Levantó la mano para apaciguarla. Tenía el brazo muy blanco, demasiado, como el cuello de un cisne.

—A veces creía sentir sus ojos —decía Miriam—. Eran unos lazos brillantes que se estrechaban en tomo a mi corazón. Pero la mujer dice que ahora no volverá a dirigirme la mirada. Ha apartado los ojos.

Pearl pudo oír que comenzaba a llover. Oyó las verdes hojas esparcidas

por el suelo una sobre otra y la lluvia cayendo sobre la lluvia. Podía oír la lluvia al caer sobre las caras de los niños, sobre sus caparazones, llevándoselos, cual crisálida, transfiriéndolos.

Voy a prepararme otro té, decía Miriam. No sé cómo calmarme.

Se marchó. Angie le dio un tirón en la cara a Pearl.

—Vale, vale —dijo Pearl sin prestar mucha atención. Los ojos de la chiquilla titilaban. Arrugó los labios y se rio.

La habitación olía a perfume y a comida y a lluvia. Y por encima de todo, el olor aplastante del alcohol. Pearl dejó a Augie sobre el sofá, fue al mueble bar y se sirvió un vaso de ginebra.

Se inclinó sobre Angie una vez más. Un regusto agrio le subió por la garganta. El vestido cayó sobre los pies del bebé. Pearl lo levantó. Angie tenía las piernas atrofiadas y peludas, terminadas en forma de pequeñas y afiladas garras. Entre las piernas le colgaba una gruesa cola de color pajizo con reflejos dorados. Tenía el vientre plano y moteado.

Pearl levantó a Angie y subió a su cuarto. Las luces estaban todas encendidas. Nada estaba fuera de su sitio. Preparó una camita para Angie juntando dos sillas y luego se desvistió despacio y se puso el camisón. El camisón llevaba años colgado en la parte de atrás del armario. Rara vez se lo ponía. Era blanco, con un dobladillo de encaje color salmón. Echó el cerrojo de la puerta y se bebió la ginebra despacio.

No pasó mucho tiempo hasta que oyó cómo los niños arañaban suavemente la puerta.

—Pearl —dijeron—, ¿dónde está todo el mundo? ¿Se han escondido? ¿Dónde estás?

Estoy aquí, dijo ella.

Hubo un tiempo en que pensaba que estaba loca y que quizá podía curarse. Pensaba que tenía que ser ella misma. Pero no había ella misma. Solo los sueños que soñaba, los sueños que la preparaban para vivir en la vigilia.

—¡Sal, Pearl!

Todavía no, dijo ella.

Los niños también tenían su vida, nuevas formas por medio de las cuales el futuro se cumpliría.

Se bebió la ginebra. Era la persona más ebria del mundo. Por dentro estaba bañada en luz de cristal. Apagó las lámparas. Encendió dos velas, la segunda con la llama del pábilo de la primera. Contempló su gesto embelesado. Luego apagó las velas de un soplo.

Fuera de ella se extendía ahora una profunda oscuridad que le recordaba la luz de cristal de su interior. Cerró los ojos. Los niños se fueron. Se encontraba en un arca ebria y perdida. No había remos, ni velas, ni timón…

Regresaron entre susurros.

—Pearl, Miriam está en la cocina. Está tendida en el suelo. No se mueve. Tiene la cara rara. Como si hubiera sufrido un colapso.

Empujaron la puerta. El pomo empezó a hacer ruido.

El vaso estaba casi vacío. No podía soportar la idea de apurarlo, de vaciarlo del todo. Lo sostuvo con ambas manos. Lo único que importa es la culpa, pensó.

Todavía no, dijo, todavía no puedo salir.

—¿Qué hacemos con Miriam? No sabe decimos qué tenemos que hacer. Ashbel tiene miedo.

Sus voces eran pesadas y borrosas.

En la muerte no somos humanos y no hay necesidad de saber, pensó Pearl.

Se encontraba en un arca ebria y perdida. Su mente iba de un lado para otro, arriba y abajo, como el agua, de un modo mareante.

No será nada, dijo.

El viento producía un efecto de succión en las ventanas.

—¡Pearl!

Ya voy, dijo.

Se callaron. Se fueron. Pearl se quedó sentada a oscuras, pero con el vaso en las manos sostenía la última luz y sentía el amanecer interior dentro de sí.

Augie resoplaba y se agitaba en sueños.

Antaño habían sido niños, domados por los años y las confusiones de Pearl. Pero ahora eran libres y en esa libertad había cambio y renacer infinito. Era ella quien había propiciado esa libertad. Siete años atrás había llevado el instrumento del cambio a la isla.

¡Da el salto! Caer. El loco. El perro.

Su mente rehusó, aguardó.

El espíritu es animal, pensó. Es el espíritu el que conoce a Dios. Es Su favorito, Su sueño, liberado de Su imaginación. La sombra de Jesús, la sombra del Diablo se habían echado una junto a otra a reposar, hacía mucho, en una muerte común, pero el espíritu es un hijo cambiado. Siempre en trance de ser moldeado mediante interminables e inminentes transformaciones.

Alzó el vaso y bebió, y sintió cómo una enorme ola a punto de replegarse la arrebataba, la integraba, justo antes de iniciar la larga y triunfal caída…

El mundo parecía rojo. En la ola estaba el cielo y Pearl divisó un gran halcón de color vino que volaba en círculos pasado el cielo mientras sostenía un conejo con sus tristes y despiadadas garras.

Y luego el negro, la ola, disolviendo la habitación negra. El suelo de tablas negras, la mosca solitaria ahogada en el vaso oscuro, las cortinas negras contra la noche como ángeles aborrecibles, la pequeña forma negra sobre la silla.

Luego blanco. De apariencia encantadora. Ella tendida en silencio, mirando. Galaxias de energía vaciando luz. Pero entonces salió un aullido. La fuerza de la informe ola vital se retiró en su grito aterrador.

«¡Puta!», fue la palabra de Thomas. Puta puta puta.

De la ola salió su sombra con la boca del hombre abierta hacia ella, blasfemando, agarrándole el pelo con una mano, enrollándolo en el puño mientras la otra mano le golpeaba la cara y le arrancaba la piel, y ella podía sentir cómo los huesecillos se fracturaban suavemente en ese rostro, el de esa mujer, tanto tiempo atrás.

Hubo una colisión. La hierba cayó como caen las estrellas. El viento azotaba sus oídos como si tuviera alas, grandes alas famélicas. Pearl gritó. «¡Puta!», era la palabra. «¡Lunática!».

Ella gritaba porque la persona que era debía gritar. La persona que ya no era no habría gritado. Esa persona iba a morir y ¿qué podía hacerse al respecto? No se podía hacer nada. El hombre que trataba de golpearla hasta dejarla medio muerta antes de que se muriera le daba puñetazos y las cosas iban perdiendo su relieve. El hombre le hablaba. Quería que supiera a qué obedecía ese castigo. La sujetaba por el pelo y la abofeteaba con la mano abierta y luego esperaba unos instantes como si quisiera hacerle comprender y entonces volvía a abofetearla. Era doloroso. Ella gritaba. Acababa de tener un bebé, apenas unos días antes, y todavía le dolía. Había tenidos muchos bebés y todos habían tenido partos difíciles, pero los amaba a todos. Era terrible que ese hombre la golpeara justo después de haber tenido un bebé, con el bebé ahí al lado, seguramente aterrorizado, seguramente sollozando, aunque ella no pudiera oír nada con tanto estruendo.

El hombre la empujó al suelo y ella trató de alejarse del bebé pero el bebé no estaba ahí. Ella estaba cayendo pero quizá el bebé había caído en otro lado. Gritó.

Vio a los niños apelotonados en la puerta.

Los vio un instante antes de que entraran de un brinco en el cuarto y se llevaran al hombre a rastras. El pequeño de la cabeza redonda y negra fue el primero. Se aferró al cuello del hombre. La carne se comprimió entre sus dientes.

Otro tenía su cara alargada y fina hundida en el costado del hombre. Otro mascullaba cosas mientras le escarbaba los ojos.

Una bruma de sangre estalló frente a la cara de Pearl. Lo estaban despedazando. Mordían. Sujetaban. Los de mayor tamaño se ocupaban del pecho, le golpeaban el pecho con las mandíbulas produciendo un ruido plano. Vio una astilla de hueso amarillento, una mano cercenada. Con las pocas fuerzas que le quedaban, el hombre se arrastró unos metros por el suelo. Volvió el rostro. Pearl lo vio. Estaba regado de sangre. Tenía los ojos cerrados, los labios desplazados y hechos trizas. Y entonces el rostro se desvaneció. Se hundió bajo las cabezas espumeantes.

Pearl vio cómo lo remataban. Contempló esa escena demacrada e imposible y la aceptó. Vio los animales, sus bocas llenas de carne, lo eterno consumiendo lo corruptible. Oyó el silencio en tomo a ellos, el silencio de la tormenta en calma. El silencio de la ausencia de gritos y gruñidos y llantos. Solo el morder, tirar y arrancar de aquella mezcolanza de monstruos salidos de los abismos de Dios.

Pearl se puso en pie pese al dolor. El camisón estaba hecho jirones. Se palpó la cara hinchada. En el umbral de la habitación vio a la anciana, aquella anciana escuálida que tenía a Sam en brazos. Era más fuerte, más fuerte de lo que uno pudiera imaginar. Érase una vez un niño que quería escaparse. Erase una vez un niño que quería ser un niño de verdad. Érase una vez una mujer que había tenido un niño que no era suyo. Nunca había sido suyo, nunca había querido ser un niño humano, lo había inventado ella, mucho tiempo atrás.

Y sin embargo, ahí estaban.

Recordó la noche en que todos estaban muertos y los perros correteaban en torno a ella. Aunque evidentemente no todos estaban muertos. No se puede vivir en un mundo en el que todos están muertos.

Recordó la noche en que cayó. Era una noche templada como esta, y algo terrible había ocurrido, como esta noche. Había un niño al que nunca se encontró.

La anciana miró a Pearl desde la distancia. Su rostro nunca aparecía completo pero siempre llevaba estampada una expresión de furia. La

anciana ya no estaba furiosa con Pearl. Pearl había sido perdonada. La anciana había dejado de volar por la mente de Pearl, furiosa con ella debido al niño, volando por la mente de Pearl con sus pavorosas alas. La anciana tenía aquello a lo que Pearl había llamado Sam y estaba dispuesta a irse. A Pearl le dejaba los demás. No la había dejado sola. Pearl estaba perdonada. Pearl se había ido.

Fuera, lejos del cadáver interior. Los demás la seguían. Se agachó sobre el suelo mojado, en el paisaje que Pearl había visto tantas veces desde su cuarto, desde la *chaise longue* de flores situada frente a la ventana, sobre la que se echaba a beber. Ahora ella era el paisaje, ella era la visión borracha apenas delineada en la oscuridad, el cuerpo embrionario del sueño, al fin perfectamente recordado.

Se agachó y ellos se apretaron contra ella, con el calor de la noche en su pelaje. Ella recorrió el profundo cuerno de pelo que se alzaba sobre sus ojos, el duro cofre de sus cráneos.

Aspiró los distintos olores de su piel, palpó sus negras mandíbulas festoneadas. Ellos se frotaban con la áspera lengua los pliegues amargos de la piel. Le desenredaban el cabello enmarañado dulcemente con las zarpas. El aire era calmo y fresco. No había más sonido que el de los animales respirando en la noche veraniega. Los animales que eran niños.

Animales como florecillas sin más que un pequeñísimo filamento por raíz.

Animales como estrellitas centelleantes de vidas pretéritas.

Animales que eran parte del gran animal de Dios, con un corazón que late sin romperse jamás.

Era una noche de verano. Siempre es verano en la femenina, pueril y animalesca casaforma de Dios.

CAPÍTULO DIECISIETE

¡Peeeeearl Peeeeearl me toca a mí déjame, déjame! Es como un cíborg quizá no llores Trip lo leí hace mucho tiempo dice usarán un cerebro para volar el cerebro de un niño nonato es perfecto para manejar una nave volante no tripulada puede ir adonde sea puede conocerlo todo cuando sonríe deja de llover en todo el mundo no es más que un espejo grasiento tan grasiento que podrías escribir encima el mundo ocurre en todas parte al mismo tiempo qué genial a que sí ahí no esto es lúgubre Pearl y está vacío el daño ya está hecho no están aquí no de verdad eres la única persona que está aquí y estás con nosotros los demás viven en un mundo loco entre extraños recuerdas la lucha por amar por comer por estar alerta de verdad no te angusties nosotros nunca te traicionaríamos hubo una especie de explosión Tracker agarró lo primero que pudo era un libro sobre metopomancia figúrate había una ilustración con una mujer desnuda cubierta de lunares déjame me toca a mí alimentar a Pearl hoy por la noche su inicial está entre las estrellas Jane tiene gusanos come demasiadas flores escucha ese ruido ahora es un ruido antiguo el perdido sin el río subterráneo el perdido sin ¿ha sido hallado feliz por dentro? Escurre un trapo y pónselo alrededor de las muñecas le gusta soñar con uvas significa niños ponedle esa blusa si tiene frío nadie más se ha ido Pearl se ha desmoronado Miriam iba a poner parte de eso en una de sus faldas pero no pudo no había por donde pasar el hilo cuando sueñas que te caes significa que los niños por la noche nos metemos a rastras en una cabeza no es mala idea es agradable y oscuro duerme Franny tiene las manos más primorosas que se han visto en ninguna criatura puede abrir lo que sea la cara que nuestras manos palpan es nuestra cara nada más y sin embargo la sensación es la misma ¿lo ves? Cántale esa canción que le gusta ¿sabes? Yo no podía cantar ni una nota hasta que el halcón salía volando de mi garganta el himno ohhhhhhh él camina conmigo y no ella no quiere eso no era muy grande pero a veces

parecía grande ohhhhhhh Tracker basta ya mira que eres malo sí Pearl tú nos conoces mejor que nadie tú nos ves tal como somos y nosotros te vemos a ti no no está lloviendo te notas mojada hubo una vez que la lluvia duró tantos días que empezaron a crecer flores entre las máquinas te leeré la buenaventura los animales son de natural proféticos como bien sabes sí vas a vivir para siempre aquí con nosotros los delfines predicen los huracanes por ejemplo cuando los pájaros vuelan por la derecha traen suerte y los manatíes se creen que son sirenas que sí en serio Génesis Éxodo Levítico Números ya vamos por Corintios I por cuarta vez uno cree que tendría que estar harta pero no nunca se harta y tú Pearl a ella le encanta ese libro y ese otro el manual que venía con la cocina uno cree que debería haber cierta tensión estética pero no no pasa nada 15 os digo un misterio no todos moriremos pero todos seremos transformados ohh sí le gusta eso mira esa sonrisa dónde está el bar más grande del mundo tú crees yo apuesto que en Atlantic City la Muerte es un carromato que traquetea por el paseo marítimo Pearl no va a subirse a ese viejo carromato verdad Pearl no no hace falta plantaremos patatas en primavera Peter sabe hacer vodka le cae mejor en el estómago ohh le parece gracioso a que es gracioso Pearl sí es verdad los manatíes se creen que son sirenas porque se lo dijeron los marineros no todavía no es primavera tienes frío entonces no podemos acercamos más Pearl estamos lo más cerca que podemos qué le dices a un pepinillo que tiene un año no Pearl tu corazón no puede tener frío eso solo es poesía por qué el encargado de pesar el corazón de los muertos tiene cabeza de chacal feliz cumpleaños no se dice eso Timmy lo hace en broma quiere que pongas muecas ohh qué feroz la cara que tus manos palpan es imagínate al cazador furtivo disparándole a Timmy desde el helicóptero pobrecito Timmy estaba medio muerto de miedo el sonido era terrible y ese otro hombre el hombre que llegó en una barca con un arco y flechas y le disparó a Tracker ese hombre tenía cara de cabronazo tenía algo que daba mala espina las caras cuando son tuyas son asunto complicado la de Trip por ejemplo esa clapa donde no le crece el pelo una clapa con forma de cara de niño ¿crees que tiene sueños propios esa cara de niño? Durante el sueño el tesoro se entierra en la oscuridad a la que todas las criaturas acuden aquí estamos a salvo Pearl y ahí también esa es la parte especial me toca a mí cepillarle el pelo a Pearl cuánto te ha crecido qué bonito sí exactamente no es que sea castaño tiene un color imposible de definir de verdad tantos colores en medio de tanto desconcierto que parece no tener ninguno cuando Ashbel era pequeño y encontraba un lugar bonito ya sabes el roble

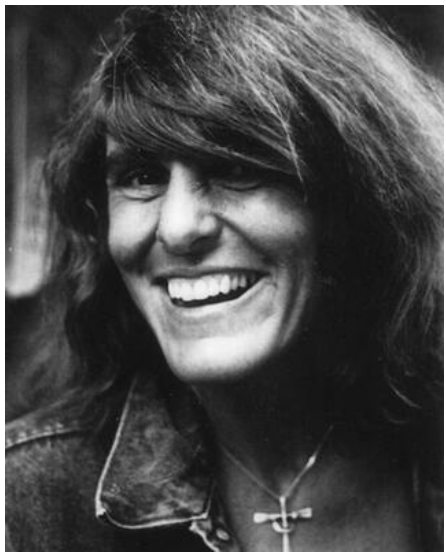
podías quedarte en pie o en el pequeño puente roto de la marisma siempre tenía que hacer pipí eso era cuando era niño cuando veo el agua deseo que cuando viéramos algo pudiéramos saborearlo y palparlo y también olerlo que todo fuera una sola cosa nos ahorraría mucho tiempo note parece supongo que eso a nivel astral no pues claro que tenemos todo el tiempo del mundo y aunque no lo tuviéramos seguiríamos siendo así todos contigo feliz cumpleaños feliz en cuanto a eso Peter lo vio ayer estaba fisgando es un desastre los libros tienen hongos venenosos y arañas por todas partes las puertas no cierran están pandeadas y abiertas y hay charcos y polillas del color de cualquier cosa se posan sobre todo lo que está roto nada funciona los cuadros están tan borrosos como el pelo de Angie iremos allí en invierno puede que cuando todo esté helado y haya bullicio pero hoy hace un sol bien bueno siente el sol las palabras que pronunciaban ya han desaparecido del lado de lo expresable hay seres humanos pero más allá de lo expresable se halla el principio del mundo Pearl. ¿Pearl? Ella lo sabe cómo eso es algo que tú sabes a que sí pues claro la casa no es más que barro y huesos Peter dijo que está muerta en fin tuvo su momento Pearl sonríe tan despacio a que se despliega de un modo encantador Peter se puso a caminar por el tejado han dejado salir todo el aire por eso parecía que los niños se hubieran ido no llores ya la has hecho llorar otra vez no llores siente el sol es verano tú siempre decías que beber te hacía creer que todo el año era verano no bueno algo por el estilo noche y el agua parece la misma por eso a Jesse nunca le dio miedo la oscuridad si lo abrazas te ahogarás siempre ha sido difícil demostrarle afecto pero en sus sueños es amado en sus sueños es un niño al que acunan y acunan pero ahora es de día el cielo es tan blanco como el pan todo lo que se aprende se recuerda poco a poco la cara de un extraño asoma en las caras de todos nosotros ocurre siempre quiere saber más sobre la casa muy bien la casa pues bueno podrás imaginarte lo que queda de ella queda el porche y la chimenea y la escalera huele a gas pero no es desagradable mira esa barca con la vela gris azulada una vez tuvimos una igual con una vela desteñida igual igual que el color de tus ojos Pearl una vela de color perla qué día tan bonito y sereno verdad la barca no se mueve ni un palmo el cielo está blanco el mar es como la seda es verano bueno podrías mirar por las ventanas como hacen las malas hierbas crecen en el vacío podrías ver lo que ven las malas hierbas como si miraras a través de un velo casi igual los adultos se van son muy afectados no se puede contar con ellos se van los dispositivos de sus huesos cumplen su cometido hazte un ovillo encima suyo es lo que quiere sí estamos aquí Pearl contigo día y

noche meses y años corren juntos y descansan aquí en nosotros en estas formas que nos han sido otorgadas somos felices así la estás rascando bájate y frótala un poco tiene calor el sedal se estira desde lo más alto a lo más bajo Jesse sabe todos sabemos hay fuego en el bosque como dicen el todo no se parece a las partes que lo forman a fin de cuentas la vida no son los pequeños momentos y Aaron no era padre de nadie como tú has dicho y no obstante sin su presencia esas vidas no se habrían introducido en nosotros sí sufrió el destino de la muerte por nosotros eso fue lo que ocurrió quiere saber nunca se cansa pues bien ocurrió de forma gradual bueno tú *viste* que nosotros a ella *nunca* la veíamos pero lo suponíamos porque estaba completa para nosotros jugábamos con él era fácil tú nos enseñaste cómo empezar había una vez un niño eso es lámele ahí donde se ha hecho daño a veces se muerde creo había una vez un niño que viajaba con su abuela que no lo dejaba ir a veces los dos viajaban en forma de pájaro en el cielo y a veces iban por tierra como seres salvajes y a veces viajaban en forma de ser humano pero dentro de cada uno estaba el otro dentro de la mujer estaba el niño al que no quería soltar y dentro del niño estaba el animal el hijo cambiado que era eterno cuando parecían más humanos en forma de niño y de anciana había esas cosas que volaban con alas como vuela un pájaro por los canales que flanquean y van a la deriva entre la vida y la muerte o caminando como camina un animal a lo largo de los arrecifes y a través de las cavernas que comunican un sentido del ser con otro vinieron aquí sí tú los trajiste si le cuesta oír se nota qué bien otra vez ese trapo qué bonitas sus manos tendidas sobre el regazo como guantes vacíos te fuiste pero volviste y ellos vinieron contigo jugábamos con él era como nosotros cada día se nos parecía más y más y nosotros a él sí comíamos dormíamos jugábamos sin pensar estábamos en un viaje tú antes tenías miedo lo sabíamos de las cosas sencillas los niños sus juguetes el reloj los coches con sus ojos sellados el agua habla monótonamente y con calma sí estamos contigo ya sabes que te queremos hablas con calma y con ritmo y con voz queda la bomba la pantalla la puerta cerrada la comida en platos una ruina esa casa ahora una concha ya no vivimos ahí la naturaleza es generosa e insensible el corazón de quienes no tienen corazón nada dura o está completo todo se halla en constante cambio ocurrió de forma gradual primero los ojos y luego nuestros cuerpos dejaron de ser suaves y sin pelo nos agachamos nos pusimos a cuatro patas nuestras cabezas eran felices de verdad sabíamos que era posible y se cumplió como tú pensabas nuestros enemigos fueron derrotados nuestra cabeza era como una casa de llaves leonada demasiado

cristal en un momento en un abrir y cerrar de ojos habíamos cambiado los niños se habían ido pero aparecimos nosotros en el instante de tu grito no te extiendas quiere echarse ayúdala a agarrarse a nuestra espalda es ligera como una pluma mira qué comida tan buena ha encontrado Tracker ¿no ni tan solo probarla? Mastícasela un poco toma eso es así está mejor el perdido sin ha sido encontrado nosotros somos tus mascotas y tus protectores el círculo se ha cerrado y nosotros estamos contigo toma eso es y ahora silencio no hay palabras para lo que estás pensando Pearl no hay palabras para nosotros date la vuelta Peeeeearl.

Notas

[1] El original juega con la homofonía entre *hart* (venado) y *heart* (corazón). *(N. del T.)*. <<



JOY WILLIAMS (Chelmsford, Massachusetts, 11 de febrero de 1944). Autora americana conocida tanto por sus novelas como por sus relatos, Joy Williams nació el 11 de febrero de 1944 en Chelmsford. Vive a caballo entre Tucson (Arizona) y Laramie (Wyoming). Además de dedicarse a escribir ha sido profesora de Escritura Creativa en la Universidad de Wyoming.

Los vivos y los muertos fue su primer libro publicado en castellano. A este le seguirían otros títulos como *Estado de gracia y La rastra*. Asimismo, en *Cuentos escogidos* se reunieron cuatro de sus libros de relatos.

A lo largo de su carrera ha sido finalista de premios como el National Book Award o el Pulitzer.